

Desde mi balcón

Desde mi balcón

NACHO CADENA BERAUD



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de la Costa

Universidad de Guadalajara

José Trinidad Padilla López
Rector General

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Vicerrector Ejecutivo

Carlos Jorge Briseño Torres
Secretario General

Centro Universitario de la Costa

Javier Orozco Alvarado
Rector

Melchor Orozco Bravo
Secretario Académico

Antonio Ponce Rojo
Secretario Administrativo

Primera edición, 2006

© D.R. 2006, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de la Costa
Av. Universidad de Guadalajara 203, Delegación Ixtapa
48280 Puerto Vallarta, Jalisco

ISBN

Impreso y hecho en México 970-27-0879-6
Printed and made in Mexico

Contenido

Prólogo. El hombre del balcón	11
Presentación	17
Agradecimiento	19
Todos tenemos derecho a ser felices	21
El arte no tiene sexo.	24
Si pudiera vivir de nuevo	26
Lucha vs. la rutina. No perdamos la capacidad de asombro.	29
El valor de equivocarse.	31
Dos gringos en el pueblo	33
El niño que llevamos dentro	35
La bendición de Dios	37
Los caminos a la felicidad	40
Ilusiones y felicidad	42
Una historia	45
Los unicornios existen	49
En el nuevo milenio te deseo que tengas tiempo	53
Mi primera gran experiencia del milenio	56
Los pleitos y las envidias	58
El valor de la salud y de la vida	61
Las puestas de sol	64
El escultor	69
Estamos en primavera	72
El arte, los artistas y los espectadores	73

Los criticones jamás proponen. Ixcateopan	208	76
Mi otro yo, la mejor compañía	80
No lo podía creer.	84
El viaje de los recuerdos	88
¿Para qué sirven los árboles?	92
Quiero volver a ser niño. Volver a tener mamá y papá	96
Camina el arco iris	100
Después del 11 de Septiembre	105
Los niños y los poetas	109
Mi primer encuentro con un extraterrestre	116
Me encanta Dios.	120
Mi posada navideña	123
Cuentos y recuentos.	127
Los albañiles	130
Enseñanzas en el circo	135
Cotidianas	139
Clarabelló y San Valentín	143
Hoy me enamoré del viento	147
Jules Verne.	150
Llegó la primavera	152
Entrevista con un millonario	155
Lo invaluable de las sillas	157
Encuentros y desencuentros	160
De madres, abuelas, tíos y colibríes.	163
El genio de los genios	166
Jeremías	169
Mujeres divinas	173
Concédemelo un deseo	176
Viaje a la capital	180
Viaje a la capital II	185
Pequeña reflexión	190
Manicomio.	193

Mexicoa	198
Llamado a los regidores	202
Diego	206
El lenguaje del lenguaje	209
Dos buenas y una mala.	213
Kenna. Lo que el huracán nos dejó.	218
Olores y sabores	222
Una plática con Champoleón.	226
Tradiciones mexicanas	228
Estímulos de la vida diaria	232
El juego de los pensamientos imposibles	235
El valor de la unidad	239
Sueño romántico en tres actos	242
Convención de Cupidos en Puerto Vallarta	246
En vísperas de la guerra	249
Me lo platicó un taxista.	252
Urge, ya urge	256
Guadalajara y los celulares	260
Milagros de una taza de café	262
Los universitarios. Un paseo por el CUC	263
Las montañas de Puerto Vallarta	265
El planeta está enojado	268
Vida: volar y aterrizar	271
Día de Muertos. Fiesta de vivos	275
Todo por cuatro pesos (0.40 dólares)	279
Soñé que tendríamos un parque.	284
El terror de los ombligos	288
Un año nuevo es como volver a nacer	292
Beisbol, el rey de los deportes.	
Puerto Vallarta, el rey de los destinos	297
Cómo mantenerse joven	302
Todos los días son días para amar	304

Amor sin barreras	308
Las lecciones de la bahía	312
La noche de antenoche.	316
Regalémosles algo que perdure	321
Entre piropos y chiflidos	325
El gato pardo que nunca llegó	329
André	332
La mujer de la poltrona	338
Hace setenta y cuatro años	341
La universidad hace cultura	345
En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme.	348
De sorpresa en sorpresa	352
Reconocimiento a un amigo	354
Si los árboles pudieran defenderse	357
Las delicias del verano	360
Crónica de una mañana en el súper	365
Bienvenido.	370
Epílogo. El hombre que vive de noche y sueña de día	374

Prólogo

El hombre del balcón

“Nacido en Sonora, tierra mexicana, escucha su voz...”

José de Molina

No es que pase la vida recargado en el barandal de su atalaya nomás mirando inútilmente el ir y venir de hombres y mujeres por el paisaje vallartense. La verdad es que su balcón está, en todos los sentidos, demasiado arriba como para preocuparse por el color o la calidad de un vestido, la naturaleza de un peinado o de quién viene aquella joven agarrada de la mano. Nuestro hombre, desde su balcón, de lo que se entera es de lo que realmente le importa a la comunidad de este antiguo Puerto de las Peñas y, más aún, a todos los habitantes costeros de la espléndida Bahía de Banderas.

Desde su balcón opina sobre lo que más conviene, pero no se queda ahí, en el sol de un abstracto teórico. No es de aquellos que se espera a decir “se los dije”. También suele descender y arremangarse para hacer la talacha y dejar un surco muy ancho de acciones de incuestionable beneficio para quienes viven en estas latitudes.

Nació ese benemérito personaje en tierra sonorense, con el nombre de Ignacio Cadena Beraud. Precisamente lo hizo en la población que lleva por nombre el de un osado jalisciense que, por cierto, ni siquiera anduvo cerca del lugar: José M. González Hermosillo.

Pasó Cadena Beraud muchos años en aquellas secas planicies sin constatar que el verde del paisaje en realidad existía. Tal vez por ello, cuando conoció bien la feracidad de nuestra costa jalisciense, se aqueñó de manera tal que ya no se quiso desprender de ella. Vino, se mojó los pies en esta agua salada y quedó cabalmente arraigado en todo el paraje. Poco a poco, ya convertido en un adulto hecho y derecho y

con plena conciencia de lo que hacía, fue soltando amarras allá y dejó caer el ancla en estas arenas adherentes. Poco a poco fue quedando atrás ese joven conocido en el norte como Ignacio Cadena Beraud para que fuera cobrando forma y vitalidad el *Nachocadena* que todos conocemos, estimamos y admiramos.

La verdad es que nuestro *Nachocadena* forma ya parte integral de Puerto Vallarta. Podríamos decir que es un capital de su activo. Difícil es concebir el sitio sin él. Pronto, estoy seguro, aparecerá en las postales como un referente iconográfico del ser y hacer de los “patasaladas”. Bien lo veo junto al emblemático caballito de mar de Rafael Zamarripa, con su argentífera cabellera —despeinada, naturalmente— vestido totalmente de blanco y vindicando el uso de esa tela de manta que se ha portado en nuestro país desde tiempos inmemoriales.

El caballito de “Zamas” está quieto y paciente esperando que pase todo el tiempo. Nacho, en cambio, a pesar de su naturaleza reposada, está en movimiento constante.

No le importa que los europeizados hayan menospreciado su indumentaria desde hace más de un siglo. ¿Saben ustedes que con su habitual atuendo, hasta no hace mucho, Cadena no hubiera podido entrar a Guadalajara o hubiera tenido que pagar una multa por ello? En efecto: la ropa de manta estaba prohibida, de manera que los campesinos que la portaban solían pasar la noche en chirona y, al no tener con qué pagar la infracción, para ser liberados barrían las calles de la ciudad al día siguiente, junto con los ebrios y escandalosos reunidos la noche anterior.

Había que dar, como fuera, la imagen de “modernidad y civilización” que los pomadosos anhelaban, pero, eso sí, evitando a como diera lugar que se menoscabaran sus ventajas, privilegios y la posibilidad de aumentar el capital a expensas de la explotación más inicua del hombre por el hombre.

La solución de aquellos infelices alcanzaba peores resultados estéticos. Entre todos los del pueblo compraban unos pantalones y una camisa de tamaño medianito, que portaría todo aquel que se viera obligado a ir a Guadalajara. A unos les quedaba más o menos bien el ropaje, pero a otros le sobraría tela por doquier o bien parecerían chapulines brincacharcos.

No es el caso, por cierto, de Nacho Cadena. Si ahora la ropa le queda ligeramente grande es debido a los buenos resultados de sus empeños

por adelgazar, en beneficio de su salud y de que lo podamos disfrutar mucho tiempo más. ¡Ojalá! Los pueblos necesitan de sus íconos...

Blancos son también los zapatos de ese estilo que conocimos precisamente como “Puerto Vallarta” y que hoy solamente los he visto en este lugar en los pies de Nacho Cadena, en los del finado y añorado Guillermo Brockman y en los míos, aunque en mi caso y el de Tito, de color baqueta.

En fin, en los pies se ve la diferencia: si yo soy baquetón, Nacho Cadena es blanco por dentro y por fuera y de la cabeza a los pies.

Es un verdadero soldado al servicio de Puerto Vallarta, mas espera conquistar nuevos horizontes, no con la fuerza de las armas, sino promoviendo su desarrollo cultural.

Nacho Cadena es un verdadero garbanzo de a libra. En vez de quejarse, como es característico del empresariado tapatío, de todas las cosas que se podrían hacer y el gobierno no hace a favor de la cultura, ha hecho de su propio negocio un auténtico motor y promotor de tal quehacer, de manera que resulta ya imposible saber si *La petit* [sic] existe para promover la cultura o la promueve para existir; sea cual fuere la razón —si es que una debe excluir a la otra— el caso es que el “negocio de Nacho Cadena” constituye ya un importante capítulo de la historia de la cultura vallartense.

He medido bien mis últimas palabras, porque su rol no es tan solo invitar gente de fuera que venga a compartir lo que sabe o a mostrar lo que sabe hacer. Ello es bueno de por sí debido a que se sugieren nuevas ideas, se incursiona en nuevos temas y se dinamiza la manera de pensar. Las sociedades, no cabe duda, deben relacionarse con el modo de ser ajeno; no para imitar irracionalmente, como algunos creen, sino para cimentar y enriquecer lo propio.

Pero también resultan muy importantes, ivaya que sí!, los esfuerzos que se realizan en *La petit* para que los locales salten a la palestra y, también para que nosotros —todos— les reconozcamos sus méritos. Hacer es también un modo de aprender, y fomentar el conocimiento de lo que se hace, a la manera de Cadena y *La petit*, es sin duda también importante para promover el desarrollo cultural y social.

Todo ello ayuda a conformar la personalidad comunal y a que ésta mejore. Hemos visto a Nacho promover el reconocimiento de méritos de mucha gente, de manera que resulta de la mayor justicia que ahora dediquemos también un rato a reconocerle los muchos que él tiene.

Tal vez por su filiación sonorense llena de grandes espacios y también por su vida frente al mar, es un hombre, ni duda cabe, de horizontes abiertos. Su inquietud lo lleva a escudriñar por doquier: literatura, historia, sociología, artes plásticas, música vernácula y de la otra, etc. Aunque todos lo sabemos, y bien que lo disfrutamos, su mayor especialidad es la gastronomía, en la cual hace que converjan prácticamente las más diversas expresiones culturales.

La cocina, bien podríamos decir, “también es cultura”. Más aún: se trata de la expresión cultural que está más imbricada con la vida cotidiana de la sociedad. De ello Nacho Cadena está consciente a plenitud, de ahí que, a partir de su cocina —en la que vierte todo su saber y entender—, bien podría hacerse también un estudio del pensamiento vallartense.

A lo mejor, un buen día, podría escribirse un libro sobre Nacho Cadena que se titulara “Desde su cocina”, aunque para ello habría que realizar sistemática y exhaustivamente un trabajo que los antropólogos llamarían tal vez “de campo”, mas en este caso, para ser precisos, deberíamos llamarlo con toda propiedad “trabajo de mesa”.

Pero mientras llega esta deliciosa oportunidad, volvamos al balcón de Nacho Cadena, de cuyas observaciones nos ofrecen estas páginas una cuidadosa y representativa muestra.

Bien claro está que predomina en ellas una preocupación: el futuro de Puerto Vallarta y la felicidad de quienes aquí habitan. Pero estarán de acuerdo conmigo en que tienen esta idea múltiples aristas que, no por trascendentales y graves, pueden dejar de verse, como se hace *desde el balcón*, con un poquito de ironía y siempre un dejo de buen humor.

Pero no es este un libro nomás para pasarla bien, sino más bien para pensarla mejor: para tener más y mejores elementos con que enfrentar el futuro y, sobre todo, problemas concretos del presente, gracias a la agudeza, la experiencia y el gran sentido de observación de quien tiene mucho de todo ello. A veces los vallartenses se miran demasiado a sí mismos; es cuando Nacho levanta la vista y busca en la lejanía referencias que pueden resultar de beneficio doméstico. En ocasiones, al contrario, la localidad tiene arranques “malinchistas”; por fortuna se cuenta con la mirada aguzada de Nacho que encuentra y sublima virtudes locales que, por estar tan a la vista, pasan a veces inadvertidas.

Desde su balcón, Nacho Cadena puede ser también un egregio faro que dé luz sobre el mejor camino a seguir.

Estas páginas constituyen una selección de muchas columnas que, con el mismo título —*Desde mi balcón*— han ido apareciendo en las páginas del periódico *Vallara Opina* —otro faro vallartense—. Se reúnen en un solo volumen, gracias a la sabia decisión del señor rector del Centro Universitario de la Costa, la importante sede vallartense de mi *alma mater*, la Universidad de Guadalajara. El doctor Javier Orozco Alvarado ha percibido muy bien la importancia de perpetuar y difundir más esta representativa muestra de las “columnas” de Nacho, para disfrute y enriquecimiento de quienes no tuvieron la oportunidad de leerlas el día de su aparición o que, conscientes de su gran valer, podrán enriquecerse de ellas mediante una o varias lecturas más.

Todos debemos congratularnos por la aparición de este libro, pero de manera muy especial debemos felicitar a los responsables principales y directos de que se haya hecho.

José María Murià

Desde el balcón de Nacho Cadena
Durante el invierno de 2005-2006.



Ignacio Cadena Beraud. *Foto: Arturo Pasos.*

Presentación

Son inspiraciones fugaces de cualquier día, se me ocurren cuando me siento en mi balcón, frente al mar, de cara al sol y con los cocoteros como testigos mudos, el aroma a yodo de la brisa del mar, las aves mariñas y la música que hacen a la vez el murmullo del pueblo, las campanas de la iglesia, el vendedor de tamales y el ruido de la alegría de los niños a la salida de clases.

Fueron escritos todos en un pueblo de ensueño, un lugar de privilegio, donde Dios perdió el sentido de equidad y regaló a este girón del Pacífico todas las cosas bellas... un lugar que me recibió con los brazos abiertos y al contacto los cerró para no dejarme jamás escapar, por lo cual vivo eternamente agradecido.

Te sugiero que leas uno por día, de la misma forma como fueron escritos. Son cortos y pretenden siempre que el lector los continúe por su cuenta y los haga propios. Pero si prefieres leer de dos en dos, de atrás para adelante o al contrario, o como te plazca...

Son escritos sacados del diario quehacer, sin mayor pretensión que hacer compartir con quien los lee la temática cotidiana y de las cosas intrascendentes, que por su naturaleza simple pueden llegar a ser los únicos con gran trascendencia en nuestra vida personal. Pretenden estos escritos, con sencillez, compartir mi creencia de que las cosas bellas están regadas por todas partes, en los espacios más inesperados y que las experiencias más hermosas suelen ser las cosas que cuestan menos, en el término siempre relativo del dinero.

Es un conjunto de temas cortos, para divertirse, para jugar al poeta, para pasar un rato pensando y reflexionando, para buscar la burla y la risa hacia uno mismo, para divagar, a veces para buscar esa maravillosa sensación de ser cursi y estar fuera de tiempo... para llenar los espacios entre el ir y venir de nuestra cotidianidad.

Más que escritos son pláticas, o más bien conversaciones con el lector. No aguantan ningún rigor literario, pero eso sí, están sacados del corazón, de donde los sentidos encuentran en las cosas y las personas que nos rodean, una razón para vivir, para vivir emocionado, ilusionado y con deseos de compartir el privilegio de ser y abandonar por momentos la ambición de tener. Ojalá encuentres en alguno un momento que llene tu verdad y te ofrezca un instante de alegría y espante cualquier intromisión de tristeza o mal humor.

En donde te encuentres con este libro, *Desde mi balcón*, estaremos entrelazados.

Agradecimiento

Agradezco a los coautores de este libro, pues sin su ayuda jamás hubiera sido escrito.

Champoleón. El filósofo, el sabio, el prudente, el de pensamiento fino y profundo, el grande; el que entiende el sentido trascendente de la vida.

Allegra. La bella, la que encuentra un sentido estético a la vida. Amante de lo bello, de lo alegre, la que descubre en lo más sencillo, en lo más común y ordinario el valor mismo de vivir. El amor es su esencia. Las virtudes su herramienta.

Amical. El especialista en convivencia, en descubrir los valores de los demás; la amistad como factor fundamental para llevar el camino. Amigo de amigos.

Magone. El gran mago. El que logra transformar lo feo en bonito, lo complicado en sencillo, lo intrascendente en trascendente. Maneja la magia de la vida con una varita.

Degusta. La mujer del buen gusto, del refinamiento sin tonterías, la simpleza de la elegancia. El placer de lo permitido, el disfrute de los sentidos, la expresión del saber ser en el momento y en el espacio.

Clarabello. El guardián del buen camino. El custodio, el que no permite desviaciones del camino. El noble, el que sabe estar en segundo plano, sabiendo lo importante que es El Protector.

Estos personajes, autores *de facto* de este libro, viven en el mundo de la imaginación y la fantasía, con la enorme responsabilidad de auxiliarme, de formarme, de ayudarme. Supieron siempre salir de su hermoso mundo para sentarse a mi lado y mirar la enorme bahía, aquí, *desde mi balcón*.

Ellos han formado desde hace mucho tiempo mi gran equipo de consejeros personales y han dictado y puesto en marcha el movimiento de mi pluma.

Con coraje y desesperación agradezco también a Chapo, Chepo, Chipo y Chopo, formidables intrusos, duendes incógnitos e invisibles que con sus travesuras han llenado mi vida de esa gracia que da el reírse, el disfrutar, el regocijarse después de pasar un mal rato. Han puesto sal y pimienta a mis días de toda la vida. Me enseñaron a reírme y a burlarme de mí mismo.

A Ventus, mi pegaso de las largas alas y cabellera rosada, gracias por transportarme al mundo de la fantasía y la imaginación y hacer vuelos para capturar polvos de estrellas.

A “Totí”, mi amigo de carne y hueso, hombre que en su singular simpleza me ha enseñado a tratar de distinguir lo sencillo de lo complicado.



Agradezco a José María Murià, amigo entrañable por aceptar escribir el prólogo; a mi hijo Ignacio por abrir su corazón en el Epílogo de este libro.

Agradezco de forma especial a la Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de la Costa, que sin ser mi Alma Mater, me ha adoptado y dejado inmiscuirme en su gran labor de enseñanza y formación. Gracias al Rector, a Javier Orozco, mi amigo, por empeñarse en publicar mis apuntes.

Todos tenemos derecho a ser felices

Estaba sentado en mi balcón, pensando en la inmortalidad del cangrejo, con la vista perdida en el horizonte, viendo sin mirar, oyendo sin escuchar, extraviado en uno de esos momentos de divagación, cuando, de repente, me viene a la cabeza el tema de: ¿cómo podemos hacerle para pasarl mejor? ¿Para vivir bien? ¿Para tener cada día un saldo positivo de momentos felices?

Invoqué a ese consejero misterioso que tengo la fortuna de conocer, al invisible que sólo habla al oído, a ése que si le da la gana llega y si no, pues no llega. A ése mi amigo secreto, mi maestro, mi guía. Se llama Champoleón, nombre ciertamente pomposo y presumido, que para nada corresponde a la sencillez de este personaje. Filósofo de profesión, escritor por vocación y con conocimientos, por su propio gusto y afición, de la arbolaria, de la medicina naturista, de la astrología y de otras ciencias para mí totalmente desconocidas, como la magia, la lectura de las cartas y la palma de la mano. A través de los años Champoleón se ha convertido en mi consejero personal en asuntos relacionados con la vida, la felicidad y el amor.

Lo invoco de nuevo, le llamo y de pronto aparece, invisible como siempre, como si no existiera, como si sólo fuera una voz y no todo lo que acabo de decir de él.

Empieza Champoleón a hablar y yo a tomar notas mentales, porque se molesta si uso papel y pluma. Tiene que ser todo a base de memoria, y como la mía no es tan brillante, se pierde mucho entre lo que él me platica y lo que yo logro transcribir posteriormente. Bueno, ése es el precio de tener un amigo sabio.

Me dice: “Si quieras incrementar tus niveles de felicidad:

“1. Empieza cada día una nueva vida. Cuidado —me aclara—, no es que olvides el pasado, no es que borres tu camino, es sólo que cada día que inicies, al abrir el ojo, al brincar de la cama, tienes que empezar

y vivirlo como si fuera el único y el último. Vívelo —me dice— hasta exprimirlo, trabaja todo lo que tienes que trabajar, disfruta todo lo que tienes que disfrutar, comparte todo lo que tienes que compartir. Cada día —dice Champoleón— es una vida, una vida entera, que nace por la mañana y que muere cuando te duermes.

“Cada instante del día es una oportunidad de algo bonito y precioso, no lo desperdices. El día está formado por instantes, por momentos, igual que la vida está formada por días —sigue diciéndome.

“El objetivo es vivir cada día no sólo como si fuera a ser el último; más aún, vivirlo como si fuera el primero de tu existencia. Vívelo admirando, descubriendo y aprovechando todo lo que nos rodea, muy particularmente a los otros seres que nos acompañan.

“2. Mira la vida con optimismo, con alegría, con ganas de pasarl bien. Deja lo feo por un lado y concéntrate en lo bonito.

Hay demasiadas cosas buenas alrededor como para estar mirando a las malas.

“Piensa, al levantarte, que la vida es buena, que vale la pena vivirla, que vale la pena aprovecharla ¡disfrútala!”

Con un cierto tono de seriedad, Champoleón me comenta en voz muy baja, tan baja que apenas alcanzo a escucharlo: “La felicidad, lograr la felicidad es una actitud de ver la vida y todas las cosas. Es una actitud positiva, de darle buena cara al mundo. Nadie que no busque la felicidad podrá encontrarla. La felicidad no se regala, se busca, se lucha para alcanzarla. Más aún —me dice—, esta actitud además es contagiosa. Regala sonrisas y recibirás sonrisas.

“3. Todas las mañanas —sigue diciéndome Champoleón, a quien, por cierto, lo escucho muy contento pasándome estos consejitos—, todas las mañanas antes de salir de tu casa, llénate los bolsillos no con dinero, si no con ganas de vivir. Atibórrate las bolsas y si tienes un morral, mejor, de ganas de vivir; y así, durante el día las vas utilizando y también, por qué no, repártelas, derróchelas, aviéntalas por todos lados. Las ganas de vivir son el combustible —me dice claramente—, no es el fin, son los medios. Las ganas de vivir dan fuerza, dan ánimo para conservar esa actitud positiva ante la vida y así caminarás derechito hacia la meta de la felicidad”. Ya casi en secreto me dice: “Bueno, a veces no tan derecho, pero si afinas el rumbo aunque de vez en cuando te encheques, llegarás siempre al destino.

“4. Si alguna vez te sucede que pasas por algo negativo o triste, no te detengas ahí.

“Recuerda que la tristeza es mala consejera. Jamás recuerdes o voltees a mirar o a recordar esas piedritas en el camino; al contrario, vitamíname todo el día con recuerdos agradables, con momentos bonitos que has vivido, con momentos graciosos, hasta chistosos. Recuerda aquel buen amigo, aquella buena persona, aquel instante feliz y agradable”.

Me dice muy serio: “Fuera con la tristeza, es aliada de los malos”.

“5. No pierdas nunca la capacidad de admiración hacia las cosas bonitas. Admira las flores como si fuera la primera vez que las miras. Admira la luna como si nunca antes la hubieras conocido. Admira la naturaleza, las plantas, los animales, las piedras, el sol, los ríos, la lluvia, el relámpago, el mar, los paisajes, la arena que pisas, la fruta que comes, el agua que bebes”.

6. Una cosa me dijo muy en serio; nunca lo había escuchado tan terminante: “No tengas miedo en buscar la felicidad. No te pongas barreras, no te cobijes en pretextos. No seas miedoso —me dijo con un tono de firmeza—. La felicidad existe para todos, ahí está, al alcance de la mano. todos tenemos derecho a ella, no es privilegio de unos cuantos. Es riqueza de quien la busca, de quien la procura.

“Tienes ganas, ¡hazlo! ¿Quieres? ¡Decídete!”.

Silencio...

Hubo una pausa que a mí me pareció larguísima. El silencio se podía escuchar. Sentí una gran alegría porque la pausa me dio tiempo a rumiar lo que Champoleón me había dicho. Me puse a ordenar mentalmente los conceptos. Se me olvidaba algo y recordaba otras cosas. El silencio seguía, pero estaba yo seguro que él por ahí andaba todavía. Escuché cerca su respiración tranquila, pausada, rítmica.

Por fin Champoleón volvió y, con gran cariño, me confió al oído: “¿Quieres ser feliz? Ama”, me dijo suavemente. “Ama todo lo que puedes, con toda la fuerza que tengas. Ama”. Escuché y el silencio se hizo profundo.

Espero que mañana o pasado regrese para platicarme más sobre este último asunto. Mientras tanto, ante esta belleza del jardín que me rodea, con este clima maravilloso y con tantas cosas bonitas, cerré los ojos y me quedé dormido.

El arte no tiene sexo

Fue una mañana espléndida. El despertar del día fue excepcional, aunque aquí en mi balcón esta palabra excepcional debería utilizarse con cuidado, ya que la belleza, lo bonito, lo hermoso, es más bien lo ordinario y no la excepción.

Estos amaneceres, que inician por el lado de la montaña, le van dando al mar una gama de tonos que van desde el modesto gris oscuro hasta el espléndido azul marino.

Hoy, muy temprano, hicieron acto de presencia las islas, Las Marietas, que parecían recortadas en esa línea del horizonte donde se junta el mar con el cielo. Las Marietas en escena, gritando a voz en cuello, aquí estamos, disfrútanos. Estas islas, además de ser muy bellas, sirven para dar dimensión a la Bahía de Banderas, señalan la línea de profundidad en la distancia.

Para este momento, la primera taza de café se había esfumado. Estos amaneceres bellísimos, que a veces tienes hasta que pellizcarte la piel para cerciorarte de que no es un sueño, sino un martes cualquiera... y que estás vivo y listo para emprender un nuevo día. Los colores, los sonidos, la temperatura, los olores de este momento alimentan el espíritu y enriquecen el ánimo. Es un poco como llenar el tanque de combustible para arrancar y recorrer el día lleno de entusiasmo.

Esa misma mañana, mira qué suerte, por un evento que estamos preparando tuve la oportunidad de juntarme con un grupo de pintores y escultores de los que se han formado en Puerto Vallarta. Hombres y mujeres que aquí han aprendido a dominar el pincel y a desarrollar su arte. Un grupo de artistas muy interesante, de diferentes edades, de técnicas distintas, de orígenes y nacionalidades diversas. Tienen un punto en común: su arte... y además esa personalidad especial, ese desempeño ante la vida, esa piel fina que tienen los artistas, que la adquieren de vivir dentro de la estética y por supuesto de vivir felices haciendo lo que

quieren, como quieren y donde quieren. La felicidad de estar creando y la felicidad de ser libres. Hay pocas cosas en mi opinión que reflejan la libertad como el estudio o el taller de un pintor, de un escultor, de un músico, de un bailarín o de un poeta.

Me di cuenta en esa reunión de que el arte no tiene sexo, pues hombres y mujeres piensan en términos de belleza, de transmitir sentimientos, de producir sensibilidad.

Qué bueno, por supuesto que haya artistas, reflexionaba, pero qué bueno también que no todos lo seamos. ¿Qué sería del arte si no hubiera quién lo apreciara, quién lo admirara y también quién lo comprara? En esto hay siempre dos bandos: quien produce el arte y quien aprecia el arte; los segundos son el impulso de los primeros.

Había en este grupo hombres y mujeres, jóvenes, algunos muy jóvenes y otros no tan jóvenes... Sin embargo, me di cuenta que entre ellos no hay diferencias humanas (por supuesto, artísticas sí), todos parecen de la misma edad, aunque hayan nacido en fechas muy distintas, y claro, lo que pasa es que si el alma no tiene sexo, la edad tampoco, ni el arte.

Si pudiera vivir de nuevo

Todavía a esta hora andan pululando minúsculos polvos de luna, de los que dejó el lunes pasado esa increíble luna llena que envolvió desde las diez de la noche el panorama de Puerto Vallarta. Otra vez, como cada mes, apareció, dejándonos saber que siempre la más bella es la actual, la de hoy, la que estoy disfrutando.

Ante estos polvillo luminosos brillando sobre la bahía empecé a recordar aquellos versos del argentino Jorge Luis Borges, en la que inicia: “Si pudiera vivir nuevamente mi vida...” y prosigue con ese estilo tan peculiar de poeta: “trataría de cometer más errores... sería más tonto de lo que he sido... subiría más montañas y nadaría más ríos... comería más helados y menos habas... tendría más problemas reales y menos imaginarios... contemplaría más amaneceres... jugaría con más niños...”, y termina diciendo: “Pero ya ven, tengo 85 años y sé que me estoy muriendo”.

Y tú y yo, que aún no alcanzamos esa preciosa y deseada edad... ¿si pudiéramos vivir nuevamente nuestras vidas? Si pudiéramos...

Cada uno tendrá respuestas diferentes o auto propuestas que mejorarán nuestras vidas o que nos darán una dimensión más amplia en nuestro camino.

Pero déjame platicarte el punto de vista de un viejo amigo de mi padre, allá lejos, en Hermosillo, Sonora, que un día me decía que no era necesario pensar en morirse para saber qué hacer si tuviera una segunda vida. Decía Don Chon Dávila que cada amanecer no era sólo un nuevo día, sino que era como volver a nacer. “Emprender un día es como emprender una vida en corto plazo, hay que intentar, corregir rumbos, mejorar, hacer más de lo que deja más, y no me refiero al dinero”, comentaba.

“Cada día, debes aprender a trabajar y a descansar, dar y saber recibir, poner y quitar, amar y ser amado”. Creo que este hombre viejo y sabio sabía lo que era vivir para ser feliz.

Para este momento, desde mi balcón, dejé de percibir los polvos luminosos y, en cambio, el cielo se empezó a encapotar, se empiezan a formar nubarrones, de color gris oscuro, y el techo va bajando hasta hacer sentir que aplasta al mar.

La luz del amanecer se va perdiendo. Parece que Aquel apagó la luz y de repente soltó unos truenos que se escuchan lejos, pero que llegan hasta mí como rebotando, haciendo el efecto del eco. Miro a mi taza de café y está vacía.

Y es que ya llegó la temporada de aguas, no se esperó al tradicional día de San Juan. “Qué bueno, el agua es una verdadera bendición”, decía un ranchero, “por más daño que haga, siempre hará un mayor beneficio”.

Pienso que los que vivimos aquí en Puerto Vallarta, a veces perdemos la dimensión respecto al valor del agua. Yo tenía tres años de edad en Hermosillo y no conocía lo que era una lluvia; y hay que ver cómo cuidan esas gentes del desierto, cómo atesoran el agua, gota a gota. Es verdad, Puerto Vallarta tiene mucha agua, pero almacenarla, entubarla, distribuirla, bombearla, representa mucho trabajo y mucho costo.

Qué fácil abrir la llave de la regadera o del lavabo y disfrutar de ese chorro de agua fresca y cristalina. Pero ¿has pensado todo el esfuerzo y el trabajo que hay atrás para que nosotros disfrutemos este privilegio? Vamos a cuidar más el agua, hoy es por ti y por mí y mañana es por los que vienen.

Y la temporada de aguas nos trajo una nueva belleza para beneficio de los vallartenses. Los ríos y los arroyos ondulantes, canturreando a su camino, dibujando la geometría de mil maneras, improvisando tonos y pasos, chocando con las piedras, deslizándose hasta llegar al mar, coloreando el azul marino con el color café de la tierra. Qué espectáculo el choque de la tierra y del mar a través del agua de los ríos.

Ahora llueve a chorros. Tengo que abandonar mi balcón, sin perder de vista, por supuesto, esas gotas que una a una se suman, hasta hacer el aguacero. Pienso que la vida es parecida a la lluvia, la vida está hecha de momentos, de circunstancias que, como las gotas de agua, al juntarse van trazando el camino de nuestras propias vidas. Igual que una línea está formada por una innumerable cantidad de puntos, uno tras otro, la

vida está formada por esa serie de momentos, vivencias, personas, haciones y deshaceres, encuentros y desencuentros, amores y desamores... así forjamos nuestra vida y nuestra propia felicidad.

La lluvia, una raya trazada en un papel, y la vida, tienen ciertas similitudes... la última gota de la lluvia, o el último punto de la raya, en la vida, es la muerte.

Por eso la obligación particular de buscar sólo buenos momentos, momentos de felicidad, vivir intensamente cada minuto de la vida, crear los momentos de alegría, no esperarlos. Vivir plenamente el ahora, sabiendo que el futuro se hace hoy y después mañana y todos los días.

Pero volvamos al principio de esta columna. La pregunta, para ti y para mí... ¿Si pudiera vivir nuevamente mi vida? Vamos a dejárnosla de tarea. Por lo pronto hoy, como abandoné mi balcón y estoy en la cocina, quiero vivir el ahora y voy a despacharme unos chilaquiles montados con dos huevos estrellados.

Lucha vs. la rutina

No perdamos la capacidad de asombro

Para escribir esta columna cambié mi balcón. La escribí después de sentarme en el balcón de mi amigo, que me invitó a desayunar un delicioso machacado, esta vez sin huevo, acompañado de unos tamalitos de Monterrey. El aroma del café recién colado inundó la bahía desde allí hasta Los Arcos, que estaban tan cerca de nosotros que daba la impresión que podías tocarlos con la mano. Junto a la mesa, dos plantas de chile, uno habanero y el otro del llamado chile de monte, que aparte del sabor al desayuno, aportan al balcón un toque decorativo.

Déjenme platicarles que desde ahí, como si estuviera sentado en la terraza de uno de estos inmensos cruceros, se ven las cosas desde otra dimensión. Las Marietas, Boca de Tomatlán, Quimixto y las montañas que forman la entrada a Yelapa. El mar liso como una tina de agua, las aves marinas alborotadas haciendo piruetas unas, y otras braceando sobre el agua, a una altura de diez centímetros. Aquí, aquí abajito una enorme mancha negra y blanca delata la presencia de la bailarina del *ballet* marino, una mantarraya joven, seguramente, que hacía figuras dentro y fuera del agua.

Pienso que no debemos perder esa capacidad de asombro ante las cosas bellas. No importa qué tan afortunados seamos de estar rodeados de mar, de montañas, de fauna, de flora increíble, debemos seguir con esa buena costumbre de disfrutar al detalle, cosa por cosa. Es verdad, el bosque es muy bello, pero no hay que perder de vista que los bosques se hacen de árboles, y cada árbol, por sí mismo, es un estuche de cualidades, de formas, de diseños, de colores, de riqueza.

Que tanta belleza alrededor no nos haga perder nuestra capacidad de disfrutarla. No tengamos ojos ciegos, ni oídos sordos ante tantas cosas excepcionales que están cerca de nosotros. Sepámos detenernos un

instante para regalarnos unos minutos y disfrutar esa enorme obra que es la naturaleza. Nada más gratificante y, además, no cuesta. Dos minutos de contemplación pueden redituar un costal de felicidad.

Hay sólo un enemigo y éste se llama “rutina”, esa mala, malísima, malvada costumbre que nos lleva a no percibir los colores ni los olores, que nos hace insensibles, piel dura, inalterables. Eso que nos hace que no distingamos la risa del llanto, lo bonito de lo feo, lo claro de lo oscuro. Eso que nos orilla a no saber decir “gracias”, a no contestar un saludo, a no apapachar un bebé. Eso es la rutina, lo que nos lleva a que no sepamos decir “cómo te quiero”, ni “cómo te extraño”, o “qué bueno que estás aquí”. Es la rutina la que no nos deja detenernos a mirar una pequeña mariposa, a admirar una señora embarazada; la misma que nos ciega y no nos deja mirar que hoy las servilletas en la mesa son de color amarillo y además hubo sopa de fideos con dentritos de pollo, o que ella colgó una cortina azul nueva en la ventana o que el portarretrato tiene una foto diferente de la nieta. Esa misma que nos impide llamar al amigo en desgracia, o al amigo que hace tiempo no veo, o al amigo que acaba de tener un gran éxito, o al que se sacó la lotería. Esa rutina, la misma que nos hace rezar como merolicos o saludar como monos de ventrílocuo.

Guerra contra la rutina, fuera, hay que luchar contra ella como contra el cáncer o las drogas.

Ya a esta hora estoy de regreso en mi balcón, que, no por nada, también tiene lo suyo. Desde aquí viene a mi mente, mirando al sur, a la lejanía, el otro balcón donde desayuné hoy por la mañana, y recordando los momentos, me obliga, para una nueva ocasión, a hablar de la amistad.

Por hoy estuvo bueno. Déjame disfrutar esta puesta de sol, que se va a esconder entre jirones de nubes y formará en el cielo un concierto de colores en tonos rojos y naranja.

El valor de equivocarse

El cometer errores es parte integral de nuestra vida. Nos equivocamos, tomamos malas decisiones, erramos constantemente... Es un aspecto fundamental de la condición humana, y, obvio, el que menos yerra más acierta. Concluí dos cosas: primero, que al final lo que cuenta es el porcentaje, igual que en el béisbol con el bateo, donde cuanto me equivoco en relación a los aciertos. De cada diez o cien o mil actos, ¿cuántos son equívocos y cuántos están bien hechos? No pude precisar cuál sería un porcentaje medible para decir si mi actuación es mala, regular, buena o sobresaliente. De todos modos, lo importante sería buscar una actuación personal equilibrada y exitosa. La segunda conclusión a la que llegué es que aprende uno más de los errores que de los aciertos. En la vida de todos los días, la tuya y la mía, en la cotidianidad, de los errores sacamos enseñanzas, nuevas fuerzas, nuevos propósitos. Nos hacen ser mejores, más luchones, menos creídos. Nos ponen los pies en la tierra, nos recuerdan que somos humanos comunes y corrientes, que somos frágiles, que una constante en la existencia es caer y levantarse y que cada vez que esto hacemos nos levantamos más fortalecidos, más sabios, más prudentes. Cometer errores y reconocerlos nos hace humildes, pero al mismo tiempo analíticos y estudiosos; nos obliga a hablar con nosotros mismos, a mirarnos hacia adentro, a ser sinceros, y nos lleva también a corregir rumbos, a encontrar sentido a la palabra, a fijarnos objetivos personales. Concluí que los errores no sólo no son malos, sino que son la única manera de seguir hacia adelante. Benditos errores.

Por otro lado, y viendo las cosas desde otro punta de vista, qué aburrido ser perfecto, hacer todo bien, acertar al cien por cien. Si así fuera nunca tendríamos que pedir perdón a nuestra mujer, ni hacer tachones en los cuadernos, ni usar corrector blanco en los escritos, ni cambiar el color de la recámara, ni pedir disculpas por una metida de pata... ni habría crudas por pasarse de copas, ni se podría hacer el ridículo al

resbalar en la banqueta, ni tendríamos a veces problemas económicos, ni estaríamos en desacuerdo con los amigos con temas de política o de golf. Qué aburrida será la vida de los perfectos... aunque a veces dan ganas de probarla.

Las equivocaciones nos hacen optimistas porque por ellas sentimos nuevas oportunidades para ser mejores. Me encanta la gente optimista: son siempre muy alegres, muy positivos, muy constructivos, muy alegres, muy felices. La palabra “esperanza”, para los seres optimistas, es mucho más que el color verde de la bandera. La esperanza, para ellos, es una especie de faro que desde la distancia los guía por un sendero mucho más agradable, además que esa bella cualidad casi siempre los lleva al éxito y a la realización personal.

El mismo día por la tarde

Observar la naturaleza nos puede dar sorpresas increíbles. La semana pasada, caminando por una de las calles que se encuentran bajo mi balcón, me senté en una de esas jardineras de ladrillo, a media calle, y desde ahí observé tres palmeras cocoteras, altas, cargadas de fruto. Al mucho rato y con la ayuda de la brisa del mar, empecé a verlas como si fueran tres mujeres jóvenes, guapas, delgadas, elegantes... parecía que caminaban por el pequeño malecón. Los cocos parecían sus senos, las hojas su cabellera y el movimiento del tronco semejaba sus caderas, que suavemente contoneaban, presumiendo su feminidad. Cómo lucen, cómo platican entre ellas, cómo se divierten, cómo disfrutan ser admiradas por los paseantes y los curiosos. Quiero saber qué platican, de qué hablan, qué se dicen... por más silencio que guardo, no alcanzo a escuchar, pero adivino que están más que divertidas. Qué bellas mujeres las palmeras de Vallarta, siempre con los cabellos volando y luciendo su desparpajo. Me enamoré de una de ellas.

Dos gringos en el pueblo

Hoy fui a comprar una caja de puros. En Puerto Vallarta hay espléndidos lugares para comprarlos, desde los famosísimos y carísimos habanos, pasando por los veracruzanos, también de muy buen tabaco... Y, déjame platicarte que aquí se producen buenos puros, unos en Nayarit, con tabaco de ahí mismo, y otros torcidos en el merítito Puerto Vallarta, con tabacos traídos de San Andrés Tuxtla. Fumar un buen tabaco después de una generosa comida o cena tiene un placer indescriptible. Eso sí, se requiere de tiempo, tranquilidad, una buena compañía, una charla interesante y, de ser posible, de una taza de café exprés hecho con ese grano que se cosecha en lugares altos como Córdova, Oaxaca y también aquí cerquita, en El Tuito.

Ahí, en la distribuidora de los puros encontré una pareja de turistas que yo calificaría como diferentes. No conocían discotecas, ni bares, ni tampoco muchos restaurantes. Llevan cuatro días en el Puerto y se han dedicado a caminar, a andar de aquí para allá, tomando fotos de fachadas, de puertas, de ventanas, de faroles, de niños jugando, de patios, de flores, de calles empedradas, de perros ladrandos, de esculturas urbanas, de gente bonita vallartense. Es decir, son una pareja de turistas que vinieron a conocer lo nuestro y gozan lo que ellos ni remotamente tienen en su país, tan lleno de tecnología y tan vacío de sentimientos.

Charlamos, me hicieron todas las preguntas hasta que se les hizo bueno y, al final, me invitaron a acompañarlos en uno más de sus recorridos... y heme aquí paseando por una de esas preciosas callecitas del centro, con jardineras en medio de la calle, con flores, con casas, con rejas de todas formas y tamaños... y las banquetas, que por sí mismas son una obra de arte, suben y bajan, son escalones que dan vueltas, con descansos, y luego vuelven a subir, o a bajar, depende qué dirección llevan... ¿Quién diseñaría estas banquetas? Yo creo que fueron esos maestros de obra que dibujaban los planos en su imaginación y que ya en

el quehacer diario, al pegar ladrillo con ladrillo o piedra sobre piedra, iban concretando esa obra de arte que sólo existía en su propio pensamiento. Hombres, arquitectos de todos los días que han dejado en nuestro pueblito obras de gran trascendencia y donde jamás encontrarás una de esa placas de bronce con nombres y fechas que diga quién construyó. Artistas anónimos que con su cuchara de albañil y la mezcla de mortero han dejado su huella indeleble en nuestras calles.

Rematamos el paseo en el teatro de Los Arcos, ahí donde termina el malecón. Les invité un vasito de esquite con limón y chile en polvo, y ahí nos dijimos adiós. Ellos fueron Scott y Beverly, quienes me forzaron a vivir el gusto de recorrer a pie una calle de Puerto Vallarta.

Aquí estoy, en mi balcón, disfrutando mi matutino café en la taza de siempre, la que tiene el símbolo del conejo en el horóscopo Chino... ¡Qué diferencia tan grande entre Oriente y Occidente, entre ser Leo y ser Conejo!

El niño que llevamos dentro

Hoy es 14 de julio. La celebración de la Toma de la Bastilla, el día que estalló en Francia el movimiento político social más importante, en mi opinión, para el mundo contemporáneo. La herencia que la Revolución Francesa dejó es de dimensiones incommensurables. Fue el fin de los desmanes de la Monarquía en contra del pueblo, fue doloroso... La guillotina trabajó horas extras, el adiós a María Antonieta y al Rey Luis xvi. Pero sobre todo, fue la renovación. La legalidad, la igualdad. El nacimiento del conocimiento de los derechos humanos; en lo social, las oportunidades para todos, el fin de la opresión y la burla. En lo político, el resurgimiento de la democracia, ésa, la misma, la tan deseada por nosotros y todos los pueblos modernos. También se descubre el parlamentarismo o el llamado “bicamerismo”, es decir los cuerpos colegiados que deben de servir de contrapeso y equilibrio con el que manda, con el Ejecutivo.

Recuerdo cómo de niño gozaba esta fiesta en casa de mi abuelo, Don Emilio Beraud, francés hasta los huesos. Se destapaba la mejor botella de vino mientras Doña Elisa, la abuela, cocinaba sus mejores platillos. Y, por supuesto, se cantaba *La Marsellesa* a voz en cuello, aunque recuerdo que un poco desafinada.

Y ahora que hablo de recuerdos y de niñez... Qué bonito es que aquellos jóvenes maduros, adultos y hasta viejos, muy viejos de edad, sigan guardando por dentro, en el fondo de su ser, ese niño, esa alma de niño, que nunca debemos dejar escapar. Ese niño que todos llevamos por dentro, el que siempre pregunta el porqué, el que hace que no perdamos la capacidad de asombro por todas las cosas bellas que nos rodean, ése que nos hace reír de las cosas simples de la vida y también de las cosas serias y complicadas. Ese niño que nos hace bailar, juguetear y bromear. El que hace que tengamos memoria corta para lo feo y desagradable y memoria larga para lo bueno y alegre. Ese, ese niño que

llevamos por dentro todos y que debemos guardar para que no se salga, sellar la salida con tapón y cera para que no se escape, ése que nos hace perdonar a quienes supuestamente nos ofenden, que nos hace cruzar a brincos la avenida, jugar con trompos y baleros y hacer un alto en el día para comprar un paleta de limón o de jamaica.

Ese niño que llevan por dentro los hombres y mujeres buenas, simpáticas, optimistas, alegres. Los que trabajan duro, los poetas, los músicos, los pintores.

Los que van chiflando por las calles, los que los domingos usan camisetas de las Chivas o del América. Los triunfadores también lo llevan por dentro, los exitosos, los que cuentan cuentos, los que juegan a que eran bomberos, los que saben reír por dentro y por fuera.

Pienso, aquí, desde mi balcón, que los grandes hombres, los que trascienden, los que entran a los libros de historia, todos cuidan de no perder ese niño que llevan por dentro. ¿O no crees tú que Cristóbal Colón, Magallanes y Marco Polo llevaban en su alma un niño que jugaba con barquitos de papel?

La bendición de Dios

Tenía varios días pensando en los ríos de Vallarta, por lo que me propuse hacerles una visita. El río Pitillal fue el primero; caminé por una especie de andador que le construyeron en la ribera, así que tuve la oportunidad de contemplar río arriba primero y río abajo después. Pienso que en ese tramo es un poco soso, como aflojeroado, no dibuja nada que no sea el movimiento del agua color chocolate, es manso, aburrido, diría. Da la impresión de que tiene que cumplir su propósito, pero sin pena ni gloria. No digo que no sea bello, cómo podría decirse eso de un río, el que mueve agua, el que va regalando vida a su paso, el que da de beber a las milpas...

Cambié de rumbo y me fui al centro. Me metí por la callecita donde está la tienda de licores “Don Chuy” y desde ahí me bajé a caminar por un pequeño andador natural. Este río, en mi opinión, es muy simpático, alegre, travieso y hasta un poco coqueto. Arriba tiene un puentechito, donde había dos parejas de enamorados con las manos enlazadas; sí, el río sirvió para eso: ya cumplió. Se forma la isla y el río se parte en dos y comparte su caudal y su belleza a dos diferentes grupos de admiradores, es decir, duplica su generosidad. Aquí el río va dando brincos, va salpicando y sacando la vuelta a las piedras, lo que hace que las aguas luzcan más interesantes y que vaya dibujando figuras que, si te fijas con calma, les vas encontrando sentido y, con ayuda de la espuma, puedes descubrir rostros, figuras humanas, leones y muchas otras cosas bonitas. Éste es un paseo precioso por las casitas a los lados, cuidadas, orgullosas... qué privilegio el de sus propietarios.

Tiendas, restaurantes, curiosidades, cafecitos, pinturitas, exhibiciones y el Museo del Río Cuale. Los árboles, los enormes árboles, aportan al conjunto señorío y dan dimensión a los espacios, aparte de que sombrean el camino y lo hacen fresco. El canto melodioso de las aguas que

corren es una aportación más al paisaje, que se antoja, desde cualquier rincón, plasmarlo en un lienzo con pinturas de agua.

Te invito a hacer este paseo mañana, nos vamos a divertir. Está aquí cerca, en medio del pueblo...

Seguí hacia el sur, con la mira puesta en aquel río que se llama, creo, "Los Orcones", que se halla pasando Boca de Tomatlán.

En el camino, justo en Punta Negra, me senté un rato a contemplar un riachuelo que desborda de un manantial. Sus aguas son cristalinas y bajan al mar con elegancia, finura y mucha educación, sin atropellos ni apuros innecesarios. Es tan transparente que puedes ver cada grano de arena del fondo, y lo más bonito es que está plagado de piedras de río, éas de todos colores, de fina textura y de formas diferentes, sin aristas ni bordes en punta. Es también un bonito paseo.

Ahí, a la orilla del riachuelo, me acordé de un poema, o algo que pretendía ser un poema, que escribí precisamente diciendo que de todas las piedras, las que más me gustan son las de río, porque han tomado su forma de tanto rodar y rodar, por correr, chocar una contra otra, alisando así su superficie. Es un poco como tú y yo, que al correr de los años aprendemos, nos pulimos a base de errores, experiencias y también de aciertos. La naturaleza siempre tiene una lección para la vida.

Seguí mi paseo hasta Los Orcones. Empezó una lluvia pesada. Ése sí que es un río: primero se ve un caudal ancho y plano, donde el agua camina reposando, despacio; luego se angosta y empieza a bajar entre piedras, enormes piedras que han sido esculpidas durante miles de años por las mismas aguas, y el viento formando figuras con diseños indescriptibles, hermosísimos. Hidráulicamente, a veces estas mismas piedras se convierten en rebalses o compuertas que hacen que el agua, al brincar, acelere su camino, tomando una fuerza increíble. Ahí viene el agua bufando como toro bravo, tomando aviada y fuerza, buscando salida entre las piedras, formando así chorros, cascadas, torbellinos.

No puedo describir el espectáculo, sólo sé que es inusitado y bellísimo. Tampoco pude calcular, y le hice mucho la lucha, la cantidad de agua que baja por ese río. ¿Cuántos metros cúbicos por minuto podrían ser? Y así, como montaña rusa, llega cerro abajo, tranquilizando su ímpetu hasta que delicadamente entrega sus aguas al mar, sumándolas a aquellas azules, inmensas, del océano Pacífico.

No pude evitar que el pensamiento volara hasta las áridas tierras del desierto donde viví mi niñez. Vino a mi mente mi tío Alberto, con

sus más de 1.90 m de altura y su nariz más larga que la de Cyrano de Bergerac... Durante el verano, mañana y tarde volteaba al cielo tratando de encontrar una nube que diera alguna esperanza de lluvia... nunca aparecía. Con su pipa en la boca, en la mañana, muy temprano, llegaba al borde de contención de la presa Abelardo L. Rodríguez, a medir la miseria de agua acumulada. Esa gastada libreta de piel llevaba la cuenta todos los días, con una letra impecable, de la tristeza diaria que provocaba la falta de agua. Lo vi apuntar meticulosamente, día tras día, año tras año, los índices de lluvia... aquella que llegaba a cuenta gotas, si llegaba.

Eso sí, nada es más fuerte que la esperanza de un hombre.

Qué paseo más entretenido el de los ríos de Puerto Vallarta. Cuántas cosas buenas nos rodean; vamos sacándoles jugo. ¿Quién dice que Puerto Vallarta es sólo mar?

Los ríos y el agua de los ríos son una gran bendición, hay que cuidarlos.

Hay que cuidar siempre la bendición de Dios: cuidemos todos a la madre naturaleza.

Los caminos a la felicidad

Dicen que en el atrio del templo de Apolo en Delfos está grabada una frase que se le atribuye a uno de los Siete Sabios, que reza: “Conócete a ti mismo”. Me quedé frío cuando me enteré. Parece fácil la consigna, pero lo cierto es que realmente conocer nuestras propias limitaciones, habilidades, defectos y cualidades no es una tarea fácil. La consigna implica también tener el valor, la humildad y la sabiduría de explorar nuestro interior para saber verdaderamente lo que queremos y buscamos en la vida.

El conocernos interiormente es una labor de todos los días, es escudriñar en nosotros, buscar huecos para encontrar con certeza a dónde se va y a donde se quiere ir... humanamente, y lo repito: humanamente, conociéndonos bien sería más fácil llegar a la felicidad por todos buscada.

Lo que sí creo es que la felicidad no tiene un solo camino, creo que cada quien traza su brecha (que con suerte se convierte en carretera) para llegar a ella. De hecho, filósofos y humanistas de todos los tiempos: Platón, Aristóteles, Epicuro, Bertrand Russell, Baltasar Gracián, Shopenhauer han esbozado sendas muy diferentes hacia la felicidad, a veces muy divergentes, pero que han presentado a los lectores y seguidores de su pensamiento un amplio abanico de sabios consejos. La verdad, tú y yo, que buscamos ser prácticos, sabemos que cada quien diseña su propio sendero y hace todo lo posible por no apartarse de él hasta alcanzar la dicha preciada. Sabemos también que la felicidad se encuentra solamente con buscarla. Y, después de todo, ¿qué no está forjada de muchas pequeñas cosas, de la satisfacción de muchos pequeños gustos? O, al final, ¿el solo proponerse ser feliz, de alguna manera, no es el inicio para lograrlo?

Busquemos la felicidad donde realmente podamos alcanzarla, sin pretender inalcanzables y menos buscando lo que otros tienen, porque

eso se llama envidia y con ella jamás podremos ser felices. A la mejor la felicidad está aquí, tan cerca, a mi lado, en lo de todos los días, y no he sido capaz de descubrirla. Me lo dejo de tarea. La felicidad es la plenitud de la vida; vale la pena buscarla.

Ilusiones y felicidad

Tener ilusiones en la vida es como tener combustible en el automóvil. Las ilusiones empujan, energizan, dan fuerza y te llevan siempre, te empujan hacia tu propio destino. Hay que saberlas guardar, hay que fomentarlas, hay que provocarlas, echarlas a volar... Nunca frustres una ilusión, no la contengas, no la aprisiones, no la mal juzgues, porque de alguna manera estarías frenando el motor de la vida. Preferible es que tú y yo las dejemos rodar libremente, a detenerlas porque queramos estar seguros de que valen o son ciertas.

¿Qué sería de nosotros sin la ilusión de encontrar un alma gemela, o un nuevo trabajo, una realización más allá de lo logrado, o un viaje al otro lado del Atlántico? ¿O encontrarse con el hermano, conseguir un vestido de manta, un libro, o tener un Vallarta mejor... o un lo que sea? Las ilusiones nos hacen flotar, sobrevivir, levantarnos cuando caemos, corregir cuando erramos, reorientarnos cuando nos desviamos, luchar cuando nos cansamos.

Por eso no puedo apartar de mi mente a esos muchachos con los que ayer conviví... cuántas ilusiones, cuántos anhelos, cuántas metas; pero eso sí, cuánta preparación, cuánto trabajo, cuánto sentido de realidad.

Qué ilusión tengo ahora por los jóvenes y los no tan jóvenes y los viejos que acumulan ilusiones para tener razones, para darse ánimo, para agarrar fuerzas y hacer de las ilusiones una meta y después una realidad.

La mayor de las ilusiones, creo yo, es la vida misma. El seguir en este camino maravilloso que el Creador hizo para nosotros. Las ganas de amanecer, de vivir un nuevo día, muchas nuevas experiencias, muchos nuevos encuentros, muchos nuevos gozos... y así tener más y mejores ilusiones que se convierten en una gran bola de nieve. Una ilusión lleva a la otra, una vivencia positiva atrae a otra mejor, y así la vida nos

lleva por el sendero de la alegría, poniéndonos más ilusiones que nos lleven por la ruta como si fueran patines de hielo, suavecitos y rápidos.

Y qué tal que hoy es viernes y mañana sábado. Podemos crearnos la ilusión de caminar por las callejitas de Vallarta que suben y bajan, o pasear por el malecón tomando un helado de chocolate o esperando que llegue la Marigalante y lance cohetes y fuegos artificiales al aire, para gozar gratuitamente de los reflejos de colores rojo, azul, blanco y verde sobre las aguas tranquilas de La Bahía. ¡Qué felicidad!

Le pregunto a Champoleón, el filósofo, si la riqueza es fuente de felicidad. Me contesta certero, como siempre. Creo que hay muchas formas de verlo. Cuando a María Félix, la famosa artista de Álamos, Sonora, le preguntó Zabludovsky si era verdad que lo único que le interesaba era el dinero, escuetamente contestó: "Por supuesto que no, pero cómo me calma los nervios". Tiene razón. Las riquezas materiales sirven para vivir mejor, para disfrutar ciertos bienes que dan bienestar, para lograr ciertos beneficios intelectuales y físicos... pero de ahí a que riqueza sea igual a felicidad, está por verse.

Cuántos ricos que son tan pobres, y cuántos pobres que son tan ricos. Una cosa es cierta: la felicidad no se compra en el supermercado, ni con todo el dinero del mundo en Nueva York.

Manuel Othón Sánchez probablemente haya sido el hombre más feliz que yo haya conocido. Trabajaba en la casa de mis padres, medio como jardinero, medio como mozo, pero sobre todo era la compañía perfecta para mis viejos. Cantaba todo el día, hacía sólo lo que le gustaba, tenía comal y metate con todos y siempre una palabra de consuelo para el que lo necesitara. Es la única persona que, me consta, hablaba con los pájaros, se comunicaba con el gato, conversaba con el perro... era tal su bondad y su felicidad que había trascendido lo que es normal y ordinario en los humanos. Nunca lo oí quejarse, nunca fue al dentista, ni al médico; comía carne aunque era totalmente desdentado. Usaba un sombrero roto y unos pantalones heredados a la hora del trabajo, y en la tarde, bañadito, recién cambiado, pantalones y camisa almidonados. Solterón, nunca tuvo hijos y dinero, menos. Tengo la impresión de que todo su salario lo regalaba, como regalaba su cariño, sus canciones, sus atenciones a propios y extraños. En este caso, riqueza y felicidad no tienen nada que ver.

Aunque hablar de riqueza es medio ambiguo.

¿Qué no es ser rico el tener muchos amigos, o alguien que te quiera, alguien que te atienda, o hijos sanos y buenos? ¿Qué no es ser rico el vivir aquí, frente a la bahía, con este clima, con esta vegetación, con esta tranquilidad? ¿Qué el solo hecho de vivir no es una gran riqueza?

Pero al hablar sólo de riquezas materiales, de dinero, de propiedades, de dólares, tampoco hay que ser tan drástico como Epicuro, el filósofo del placer, quien dice: "Muchos que consiguieron riquezas no encontraron en ellas la liberación de sus males sino una permuta de éstos por otros aún peores". O también escribió: "Con una actividad desenfrenada se acumula gran cantidad de riquezas, pero a ellas se les une una vida desgraciada".

Qué tal si llegamos a un justo medio y aceptamos que no por mucho madrugar amanece más temprano, pero también que con dinero baila el chango.

Entre que sí y que no, hoy viernes vamos por una buena cena, una copa de vino tinto y un poco de música; mañana sábado vámonos a la playa a pasear, al mar a la contemplación, a buscar el punto verde de la puesta del sol... y el lunes a trabajar.

Una historia

Y la bahía se cubrió de negro. Era la noche del viernes o la madrugada del sábado... no lo sé, ni intención tuve de mirar el reloj. Al punto de quedarme dormido, escuché un ruido fuerte y agresivo. Me pareció que era como el que emiten los dragones cuando bufan y echan fuego por la nariz, pero no: siendo realistas, se trataba del clásico sonido que se escucha cuando se va la electricidad.

De un brinco llegué hasta mi balcón y gracias a la CFE pude presenciar un evento que difícilmente, en lo que me resta de vida, volveré a ver (tampoco veré de nuevo una lluvia de estrellas, pues faltan muchos años para la siguiente).

Se fue la luz. Se fue en toda la bahía, en Yelapa, en Las Ánimas, en la Boca de Tomatlán, en Mismaloya, en Puerto Vallarta, en el Pitillal, en Las Palmas, en Nuevo Vallarta, en Punta Mita, y después me enteré que se fue en todo el tramo que va desde aquí hasta Tepic.

Imagínate: desde mi balcón, parado junto al barandal de hierro forjado, recargado a una jardinera plagada de flores amarillas de la copa de oro, vi todo este litoral, el valle y la montaña como seguro se habían visto cada noche hace cien años. Mi imaginación corrió para atrás para ver en la inmensidad el espectáculo de toda esta bahía sin un solo punto de iluminación. Seguramente se habrá visto igual cuando la geografía era la misma pero no había casas construidas, ni iglesias, menos supermercados, centros comerciales y enormes edificios de hoteles.

No había un solo foco prendido... Bueno, había uno, que sin tener luz propia, iluminaba la noche, una luna creciente, apurada por que llegara el día 14 (vísperra del día de la Virgen) para convertirse en luna llena.

Imagínate un Vallarta sin casas y edificios, sin parques, sin semáforos, sin letreros de gas neón, sin gasolineras, sin antenas de radio y televisión; eso sí, con una luna y un mar muy negro... aunque abriendo

bien los ojos, pude distinguir la línea del horizonte donde se junta el agua con el cielo.

Aquí y allá aparecían los faros dobles de los coches. Muy pocos, por cierto, afortunadamente para mí. Corrí al balcón de atrás que da a la montaña: estaba igual, todo oscuro... el espacio lleno de luciérnagas, *copechis*, dirían mis amigos, bailoteando con esos foquitos que llevan en sus cuerpos, que no iluminan pero sí brillan. Corrí a la ventana que mira al norte, al Coapinole: igual, todo color negro. ¡Qué belleza!

Los ojos empiezan a acostumbrarse a la obscuridad, las pupilas se abren como los lentes de las cámaras fotográficas y uno acaba por distinguir las siluetas y los cuerpos de los edificios grandes primero, las casas después, los techos de teja. Se ven los bultos, no los detalles.

No sé si los veía o me lo estaba imaginando. Me pareció distinguir las palmeras junto a la playa de Camaroncitos. De repente, las plantas de emergencia empezaron a hacer su labor. Observé primero cómo escalonadamente se prendían los pasillos, de abajo a arriba, del hotel Buenaventura Premier; después en todo el litoral, los foquitos rojos en los techos de los hoteles altos. Luego vi iluminarse por fuera el Sheraton en todo su volumen. Aún la CFE estaba fuera de servicio, así que todavía nuestro pueblo estaba pintado de negro... ya llevábamos quizá quince minutos de espectáculo.

Empezaron las patrullas de policía a hacer su trabajo. Corrían apri- sa por las calles, totalmente a oscuras, iluminadas por el clásico flachazo rojo, azul y blanco de las torretas que llevan en el techo. Primera vez que me parece que estos flachazos eran bonitos: iluminaban parcialmente, cambiándoles de tono, las fachadas de las casas cercanas a mi balcón.

Dejé de mirar la panorámica para concentrar mi imaginación en lo que estaría pasando en el interior de las discotecas, en los salones de baile, en los restaurantes que aún estuvieran abiertos, en el supermercado de aquí abajo, que opera las 24 horas, qué hará la gente, cómo reacciona, qué caras, qué expresiones ante un fenómeno como éste. Pensaba, también, que ojalá otras personas, en sus casas, o en el balcón de su cuarto de hotel, estuvieran como yo, engolosinadas presenciando este fenómeno que causó un paro generalizado de energía y que, no dudo, así como a mí me hizo disfrutar, a otras personas les causaría problemas, quizá muy serios.

De todos modos, me gustaría pedirle al Ingeniero Juan Manuel Rodríguez que, en plan de amigos, cuando menos cada año bisiesto hiciera que sucediera, intencionalmente, este espectáculo maravilloso. Eso sí, avisando para que los que lo necesiten tomen precauciones, pero sobre todo para que ya avisada, mucha gente como yo goce de este magno concierto de la bahía cubierta de color negro.

Había pasado ya un largo rato, y como se fue, instantáneamente, sin avisar, la luz volvió!

El mismo Vallarta de noche, la de siempre, la misma bahía... Volvió a apreciarse la vida, la modernidad, la luminosidad... y tuve que hacer una breve reflexión. Ya tenía mucho sueño. El apagón fue sensacional, pero la luz, la de todas las noches, es grandiosa y nos hace vivir diariamente el espectáculo de la claridad y de la vida de todas las noches. Y la verdad, qué esfuerzo tan grande, de tantos hombres y mujeres que con su trabajo hacen que los usuarios podamos ver televisión, sacar una cerveza fría del refrigerador, calentar una sopita en el microondas, disfrutar de la brisa de un abanico de techo o simplemente caminar por los pasillos de la casa, sin tropezarnos y golpearnos el dedo chiquito del pie, sólo por tener en el techo un fabuloso foco prendido de 40 watts.

Mis respetos para la CFE y su gente, y más cuando se sobrevuela la sierra y se ve para allá abajo, cruzando la cumbre de las montañas, aquellas líneas de alta tensión que llevan la energía a todos los hogares y a todos los centros de trabajo.

Y todo esto me lleva a pensar qué fácilmente se acostumbra el ser humano a las cosas buenas y las da por gratuitas, como caídas del cielo. Oprimes un botón y en el foco se hizo la luz; abres la llave del fregadero y, mágico, aparece el chorro de agua; le das vuelta a un botón y aparece en la pantalla un programa de entretenimiento; picas un punto en la agenda electrónica y aparece todo tu directorio telefónico; tecleas una dirección electrónica y te enteras del estado del tiempo en Sudáfrica; marcas un número celular y contesta Juan, que va cruzando en su barco desde la Cruz de Huanacaxtle con rumbo a Careyes. Cuánta gente, cuánto trabajo, cuánto desgaste humano, cuántos años de aula universitaria, cuánta vida entregada de cuántas personas, para que yo abra la llave del agua, caliente el líquido y me prepare un café, un rico café que me ayude a ver todo esto desde mi balcón... y me haga disfrutar la vida.

Y viendo las cosas desde otro ángulo.

Cada vez que doy una mordida a una jugosa manzana, me gustaría acordarme del agricultor que tuvo la idea de sembrar el huerto, del jornalero que hizo las podas, del que frabricó el fertilizante que aumentó la productividad en el cultivo, del tractorista que trabajó la tierra y el transportista que trasladó la fruta de Chihuahua hasta Vallarta, del muchacho que cargó la caja y la expuso en la vitrina, y de Olaya, que lavó la fruta y la puso de una manera muy atractiva en mi plato, en la mesa donde hoy voy a desayunar.

No es posible hacer este proceso de recordar, apreciar, admirar y agradecer, diariamente, por todas las cosas buenas que tenemos, pero quizás sí, de cuando en vez, en forma general aceptar que las cosas buenas que tenemos no son gratuitas y que todos dependemos los unos de los otros, que los humanos, por fortuna, formamos una cadena en la que ninguno es más importante que el otro, donde todos somos necesarios... aunque, claro, no indispensables.

Por cierto, ¿qué sería de la naranja sin un exprimidor de jugos, de la gasolina sin un automóvil, de la fuente sin agua, de los pintores sin admiradores de arte, de los hoteles sin huéspedes, de los pañales sin bebés, de la noche sin luna, del mar sin barcos, de las flores sin colibríes, de las escuelas sin niños, de los rayos del sol sin esculturales bañistas, de los anillos sin manos, de los que escribimos columnas sin unos cuantos lectores? ¿Qué sería?

Lo bueno es que tú y yo sí estamos hoy aquí, lo bueno es que hoy es viernes...

Los unicornios existen

En la puerta del cuarto, con una pintura deslavada por los años, rezaba una leyenda mal dibujada: “La Cueva del Unicornio”. Ella abrió la puerta con la confianza que le dio el saber que iba a encontrar al abuelo. Sus ojos verdes, del tamaño de un mar, volteaban a todos lados, subía y bajaba la mirada contemplando todas aquellas fotos, dibujos, escritos y poesías relacionadas con el mismo tema. Cofres, estantes, cajones, baúles, entrepaños repletos de figuras de unicornios de todos tamaños y colores y de algunos pergaminos enrollados, donde se leen testimonios de aquellos afortunados que han llegado a contemplar la mítica criatura.

Se acercó al hombre que habita de día la cueva, su abuelo, y lo condujo de la mano suavemente hasta la mesa aquella donde posaba un largo cuerno, como de porcelana negriza, un tanto retorcido. Movió la cabeza, guiñó el ojo, en señal de buscar una respuesta a todo aquello que miraba... el hombre, el abuelo, le tomó las dos manos, con cariño, pidiéndole paciencia. No cruzaban palabras, dialogaban sólo con la mirada, con los gestos de la cara, con los apretones de mano, y sobre todo con el corazón, aquel corazón de ambos abierto a la verdad y cerrado a la incredulidad.

La niña de ocho años y el abuelo, solos, disfrutándose el uno al otro, envueltos con ese maravilloso y único lenguaje que dan las señales y los recuerdos de los misterios de una criatura mágica que se llama, simplemente: Unicornio.

Guardaban silencio tomados de ambas manos, el hombre centró la mirada en un antiguo papel, corroído por la sal y por los años, y su mente se transportó a aquel lugar que narraba el documento. Era una casa, quizá una choza, que después me enteré que estaba en algún lugar de la montaña, cerca de Cabo Corrientes. Debió haber sido una de estas preciosas construcciones de palapa, sin paredes ni puertas, abiertas de

frente al mar, dejando que el canto y la brisa entre hasta donde pueda y que de ahí se dirija hacia el mar, se retache la misma brisa cargada de sentimientos humanos, de alegría y gratitud por vivir de esta manera tan distintiva.

Decía el antiguo papel, una copia escrita a lápiz de lo que se leía en la casita:

Ésta es la casa del unicornio.

La casa del unicornio es una casa que canta.

Afina tu oído y escucharás cantos medievales muy suaves.

Son los cantos que producen las vibraciones míticas del unicornio.

Aquí, entre estas paredes de bambú y palapa, no cabe la discordia, ni los celos, ni los pleitos, ni las intrigas, ni las mentiras.

Ésta es una casa que canta, abre tu corazón a la alegría.

El hombre se quedó quieto, callado, mezándose los cabellos grises, largos y un poco descompuestos. Parecía que su mente y su espíritu se hubieran transportado hasta allá, hasta la choza, hasta la casa que canta; pero no, él estaba aquí, tomando a la chiquilla de la mano... La verdad, no comprendo la capacidad de este hombre de estar tan aquí y tan allá.

Hojearon los libros, leyeron poemas, narraciones, y sobre todo sacaron del fondo del viejo baúl aquel libro, antiquísimo, con portada en piel y hojas de pergamino; ese antiguo libro donde en la primera plana aparece el símbolo (logotipo, dirían los mercadólogos modernos) de la cofradía, el de la hermandad de los que creen y han tenido el privilegio de alternar con los unicornios.

La niña, por primera vez abrió la boca y preguntó: ¿de verdad existen los unicornios?

El abuelo, como única respuesta, le dijo: "Cierra los ojos". Al minuto agregó, dirigiéndose a la niña: "Es tiempo ya que aprendas a mirar con el alma y no sólo con los ojos; mirarás cosas y personajes nunca soñados".

La niña de ocho años, con los ojos cerrados, alzó la cabeza y le dio al abuelo un beso en la mejilla.

Yo me pregunto: ¿Tú y yo tendremos la capacidad de creer en los unicornios? ¿O quizás seremos de aquellos seguidores de Santo Tomás, que necesitamos ver para creer? Pero al mismo tiempo, ¿cómo vamos a encontrar un unicornio si no salimos a buscarlo?

Si cerramos los ojos, como la niña, quizás encontraremos que el Unicornio es la representación viva de la pureza, o quizás de la verdad, de las buenas intenciones. A la amistad, la verdadera, la auténtica amistad, quizás le veamos identificación de Unicornio. O los buenos deseos, o los propósitos, o las ganas de vivir... ¿por qué no? Vamos a cerrar los ojos.

Ahora voy a platicarte que conocí a un hombre de apellido Vavra y de nombre Roberto que el 15 de abril de 1967, dice, vio y fotografió un unicornio en un paraje cercano a Tamazunchale, México y desde entonces, en muchos lugares del planeta, ha grabado en fotos y películas a los unicornios del mar, de la montaña, del desierto y de la nieve.

Yo te sugiero que cerremos los ojos y abramos los oídos a esto, que escuchó como un murmullo:

En las noches de cuatro lunas o
en las noches de luna roja o
en las noches de constelación Leo o
en las noches de medio eclipse o
en las noches de lluvia de estrellas
...siempre en las noches.
Desde tu balcón o tu ventana
o desde el malecón o la azotea de tu casa
mira fijamente el horizonte sobre la bahía,
más fijamente, mucho más,
en espíritu de concentración.
Y cuando lo hayas logrado,
cierra tus ojos suavemente, déjate llevar
y aparecerá frente a ti la criatura
maravillosa, como saliendo del agua
y con ella aparecerá la paz, el
descanso, la claridad y el ánimo de amar.
El misterio se hace realidad, ya no
hay agua, ni viento, ni fuego... sólo hay Tierra.
Deja que la pureza de estos seres te eleve
a un estado de éxtasis y gozo, deja

llegar el placer de entrar al mundo
fantasioso y místico del Unicornio.
Disponte a alcanzar tu otro yo
tu yo desconocido
tu yo perfecto.

A estas alturas, aquí, desde mi balcón, me pregunto si será verdad o formará parte de lo que platicamos hace unos días: de las ilusiones. ¿Será una ilusión? De todas formas, no perdemos nada si las dejamos correr.

Por último, un recordatorio. Si quieres sacarte la lotería hay que comprar un billete... si quieres ver a los unicornios hay que salir a buscálos.

Luego me pláticas tu experiencia. Por hoy ya estuve bueno. Estoy cansado, estoy muy feliz.

En el nuevo milenio te deseo que tengas tiempo

Me quedé más de una hora reflexionando sobre lo que significa un año que termina. De ahí me pasé al tema de lo que es un siglo que se va... y donde ya no pude dimensionar es cuando pensé en el milenio. Mi pobre imaginación no alcanza a concebir qué significa un milenio, cuántos años, cuántos sucesos, cuántos personajes.

Lo que es un hecho es que tú y yo somos un par de afortunados. Sí, tener la fortuna de vivir el final de un siglo y de un milenio no es cosa de todos los días; pero más importante es poder empezar un nuevo siglo, el que inició hace cinco días. Iniciar un primero de enero del año 2001 es algo verdaderamente maravilloso. Y nos ha convertido en hombres y mujeres, a ti y a mí, de dos siglos diferentes. Suena fácil, pero creo que significa mucho. Te lo dejo de tarea.

Este siglo luce bonito. Este año promete mucho para todos. Hasta se escribe bonito en los documentos. Mira: 01/01/01. Como todo lo que inicia, es alentador, optimista y alegre. Debemos sumarnos todos a una cruzada de trabajo, de unir fuerzas, de sumar entusiasmo, de unidad y concordia y así contrarrestar esa aburrida conducta de tantos políticos que sólo se dedican a difundir su interés personal o de partido, a justificar su ineptitud o simplemente a cubrirse la espalda.

Bueno, pero volvamos a lo bonito de un nuevo año y de un nuevo siglo. La evaluación del año anterior y los propósitos para el que inicia. La creación de ilusiones, la elaboración de nuevos planes y proyectos, las correcciones de rumbo, la búsqueda de caminos nuevos. Nuevos planes, nuevos sueños, nuevos encuentros con asuntos pendientes.

Es muy bonito, a principios de año, ese acto humano tan valiente que es el caer y saberse levantar; el fallar y volver a empezar; el equivocarse y saber corregir.

Es bonito en el año nuevo volver a intentar aquellos tan llevados y traídos propósitos fallidos. Volver a iniciar la dieta; eso sí, con una nueva técnica que hizo un amigo de mi comadre; dejar de fumar, ahora con el sistema que anuncian en la tv a las dos de la mañana y que es fácil, sólo hay que pegarse un parche en el brazo; otro propósito sería iniciar de nuevo mi programa de ejercicios, hoy en día hay nuevos y mejores aparatos recomendados por exitosos deportistas profesionales. Es muy bonito iniciar el año nuevo.

Otra cosa importante son los buenos deseos para los demás. Yo hoy tengo para ti un deseo.

Mi primer deseo es que este año 2001 tengas tiempo. Tiempo para sentarte en tu balcón, o en la azotea o en una banca del malecón a mirar el mar, a escuchar el ruido de las olas y a observar el vuelo de los pelícanos.

Tiempo para gozar las travesuras de un niño. Tiempo para platicar con un árbol o una palmera. Para llevar a tu novia o a tu esposa a tomar un helado de chocolate o de lo que a ella le guste. Para escribir una pequeña poesía cuando escuches cantar a las aves. Tiempo de gritar, gritar muy alto dando gracias a la vida por estar sano y fuerte.

Tiempo para que este próximo martes nueve esperes la salida de la luna llena y la mires hasta enamorarte de ella. Tiempo para tomar baños de luna y ahogarte en buenos deseos y llenarte de energía.

Que tengas tiempo para saber callar y escuchar. Para mirar hacia adentro, para conversar contigo mismo, burlarte de ti y de tus cosas, quererte y disfrutarte tal como eres.

Tiempo para darte cuenta de lo afortunado o afortunada que eres, de agradecer tantas cosas que posees y tantas gracias que has recibido. Tiempo para darte cuenta que vale mucho más lo que sí tienes que aquello de lo que careces. De saber que no siempre lo ajeno es lo mejor, que lo propio, aunque poco, es más que suficiente y debe hacerte feliz.

Que tengas tiempo de admirar la belleza interior de los ancianos, su sabiduría, su tranquilidad y su aceptación de la vida. Y también para admirar los enormes valores de los jóvenes, su ímpetu, sus ganas de ser, de transformar, de lograr, de trascender.

Tiempo para escalar una colina y desde lo alto admirar todo lo que te rodea y agradecer el aire que respiras y el sol que te calienta y el globo aerostático que vuela lentamente y el pasto que se mueve con la brisa.

Tiempo, te deseo mucho tiempo. Para leer cuentos de niños, cantar canciones de Cri-Cri, jugar con un trompo o a las muñecas. Tiempo para no dejar escapar ese niño que llevas por dentro.

Tiempo para hacer cosas comunes y corrientes. Visitar un manicomio, volar en el lomo de un Pegaso, platicar con una sirena, hacer rompecabezas en el cielo, hacerte un vestido con mariposas monarcas u observar aquel sapo gordo en el Estero del Salado que se alimenta del arco iris.

Tiempo para que en la mañana temprano, antes de iniciar el día, quede un momentito para tocarnos y saber que estamos vivos y dar gracias. Pensar la fortuna que es tener un trabajo y que hay que cuidarlo. Darle un sentido a este día, hacer un buen propósito.

Tiempo para recordar con gusto a aquellos que están cerca de nosotros y de nuestro corazón y que tantas alegrías nos dan constantemente. Para qué te digo, tú ya sabes quiénes son.

Te deseo tiempo, mucho tiempo para que este año te dediques a ser feliz, a encontrarle lo bueno a la vida y desechar lo que no te gusta. A buscar en cada instante la dicha y la felicidad. Poner la felicidad como la única misión... y ésa ya la tienes, es cosa de pulirla.

Te pido una cosa: quiero que todo esto que yo te deseo a la vez tú me lo regreses. Quiero que me desees que yo tenga tiempo el año 2001 para todo eso que dijimos en párrafos anteriores. Necesito tanto tener tiempo del bueno... Gracias.

Mi primera gran experiencia del milenio

Te platico la primera cosa fabulosa que me pasó en el cambio de siglo. Hice un viaje en avión, muy parecido al que hago semana a semana de Guadalajara a Puerto Vallarta, sólo que fue diferente.

La diferencia es que esta vez lo hice acompañado de una niña increíble de tres años. Ella dice que tiene cuatro. Es tan linda que ya quiere ser grande. Me la entregó su mamá para que yo la llevara hasta sus abuelos Héctor y Eva. Ella, la niña y yo, solos. Nos encontramos en el aeropuerto como si hubiéramos viajado juntos toda la vida; le pedí autorización para ir al cajero y sacar dinero, a lo que me replicó: "No vayas, yo traigo". Caminamos a la puerta de salida y me hizo tomar su paso, más bien su brinco; su cuerpo entero bailaba, demostrando su alegría. Pasajeros iban y venían, a ella nada le inmutaba. Tomados de la mano seguimos el camino hacia la puerta de embarque y, de vez en cuando, me apretaba la mano y volteaba hacia arriba para cruzar su mirada con la mía, y así, en silencio aparente, decirme lo feliz que estaba. Nunca había yo sentido tanta expresión corporal. Me hablaba tanto, me decía tantas cosas sin expresar una sola palabra, como no fuera con miradas, con apretones, con movimientos y con baile. Por fin subimos, los primeros, a aquella enorme nave. Era un 757 de Mexicana. En el primer escalón de la escalera, antes de ascender, hizo un alto y miró la cabina donde estaban los pilotos: su expresión fue cautivante. Era su primer vuelo en avión (quizá ya había volado en Ventus el Pegaso), así que todo era novedad. Se sentó en el asiento y abrochó el cinturón como si volara a diario. Por primera vez, con palabras, me preguntó si realmente íbamos a volar en el aire y su única preocupación era dónde estaba su maleta y si volaría junto con nosotros.

Antes de iniciar el vuelo le saqué el tema del dinero y me dijo: “Traigo dos de veinte”, “¿Y qué vas ha hacer con tanto dinero?”. Me contestó de inmediato: “Comprarte una cheve cuando lleguemos a Vallarta”.

Arranca el avión rugiendo, y conforme más veloz corría, los ojos de Prisi, de por sí bonitos, se encendieron y se hicieron divinos. Inicia el vuelo, arriba, más y más, velocísimo... Ella más y más gustosa, emocionada, gozosa.

Como el capitán Puebla, comandante del avión, casualmente era buen amigo mío, pasamos a mostrarle a la niña la cabina. Le gustó, le impresionó, pero dio la idea de estar familiarizada con lo digital, con las computadoras, con el espacio.

De inmediato regresamos a nuestros asientos y siguió observando desde arriba las casitas, los carritos, todas las cosas pequeñas, tal como se ven desde las alturas. Llegamos al aeropuerto, que bien pudo haber sido el de París o Moscú: ella se desplazaba como una viajera internacional. La entregué a sus abuelos.

Ojalá que cuando Prisi sea grande, cuando sea adulto, sepa lo feliz que me hizo acompañarla en este viaje. Cuánto aprendí, cuánto gocé, cuánto disfruté al contemplar la belleza interior y exterior de una niña. Gracias, tus deseos se cumplieron, tuve tiempo de vivir una experiencia al lado de Prisi, mi amiga, con cincuenta y tantos años de diferencia. Yo, feliz; y ella, creo, también muy feliz.

Los pleitos y las envidias

Hoy salí a mi balcón más temprano que de costumbre.

El reloj de la iglesia del Refugio campaneaba las 6:45.

El horizonte aún luce en tinieblas y seguro el padre Carlos está ya listo para la misa de siete.

Café en mano, alcancé a escuchar un susurro que, conforme me acercaba y aguzaba el oído, me di cuenta que era primero una conversación intensa entre la luna y el sol, y mientras avanzaba, me percaté que la conversación se convertía en una alterada discusión.

Así pasa. La luna quería ser roja, aparecer en la mañana, ponerse a la caída de la tarde y ser el centro de la atención de todos aquellos que gustan hacer un alto, cada día, para contemplar la despedida de la luz, luciendo impresionante mientras se oculta en el horizonte con ese color fuego y un punto verde en el centro, bañando de tonalidades rojizas hasta el último rincón del cielo de la bahía.

Y el sol, el astro rey, el centro de gravedad de todo un sistema, hazme el favor, deseaba ser, aunque fuera por un solo día (o mejor dicho una noche), esa bola blanca brillosa, aunque con luz prestada, esa rueda mofletuda, esa figura romántica, tema de tantas canciones, motivo de inspiración de tantos poetas, causa de tantos amores y desamores, encuentros y desencuentros. El sol celoso de la luna.

Encontré que aunque fuera por una sola ocasión, el sol quería ser luna y ésta quería ser sol.

Podría contarte tantas cosas de esta singular conversación que escuché entre estas dos figuras privilegiadas.

Me vino al pensamiento: ¿qué tiene de raro esta controversia entre la luna y el sol, si todos los días, en las cosas más ordinarias, sucede entre los hombres y las mujeres de este mundo?

Cuántas veces cambiamos lo más por lo menos en el amor, en el trabajo, en las cosas de todos los días; buscamos aventurillas desdeñan-

do lo sólido, lo de siempre, las verdades que trascienden... Sólo porque pensamos, como dice el refrán americano: "¡El césped es siempre más verde al otro lado de la barda!".

¿No es absurdo que queramos más si tenemos tanto?

¿No es absurdo que el sol quiera ser luna y ésta pretenda ser sol, si cada quien tiene lo suyo?

¿Cuántas veces perdemos la mira pensando en la fortuna del otro, sin darnos cuenta de nuestra propia riqueza?

¿Cuántas veces deseamos el dinero, las posesiones, el poder, las cosas, la belleza, la juventud de los otros, sin ponernos a pensar en lo mucho que tenemos?

¿O qué? Y el hecho de haber despertado hoy con vida, y la salud, y las ilusiones, y las ganas de vivir, y el ánimo, el espíritu de lucha y el tener un trabajo, y el tener tantos amigos, una mujer bonita y poder caminar de un lado a otro. ¿No es eso una gran fortuna?

Y por fin llego a lo que quería decir, y que te comenté el viernes pasado y el anterior. Qué belleza, qué privilegio, qué honor vivir en este pedazo del planeta donde la naturaleza se desborda, donde el buen clima te acaricia, donde las buenas vibraciones flotan en el aire y penetran en las almas, donde la inspiración brota, donde la alegría se da en racimos, donde los pelioneros sol y luna alcanzan una dimensión incommensurable.

Recuerdo que hace casi veinticinco años, cuando llegué a Puerto Vallarta, la comparación que hacía del sediento desierto sonorense con el vergel abundante vallartense.

Cierto, debo reconocer en mi persona el doble privilegio de haber vivido en dos extremos, en dos geografías opuestas, ambas llenas de riqueza y con un común denominador: la calidad de su gente.

Resumen: alegrémonos hoy por ser tan afortunados y por vivir en este pueblo lleno de maravillas. Vamos todos a cuidarlo.

Gracias al beneficio del horario de verano, hoy por la tarde volví a salir al balcón y vi la puesta del sol, ¡que belleza! Entiendo ahora por qué la luna quería ser el sol; y en esa escenografía natural, fascinante, encontré un pequeño libro y redescubrí a un poeta que tenía en el olvido, mejor dicho una poetisa, aquella mujer de manos largas plagadas de anillos, vanidosa, presumida, seductora, creída y de fuerte temperamento: Guadalupe Amor, la maravillosa Pita Amor, ¿cómo es posible que la tuviera olvidada?

En una página de este su libro *Letanías* platica así:

Un mar revuelto, ondulante
de brumas y de zafiros,
de luceros y de tiros,
el mar eterno y cambiante,
el negro mar desquiciante
movido en diversos giros,
mar de profundos retiros
retirado y navegante.
Mar de perlas y centellas,
de mapas que son estrellas,
mar profundo del olvido,
mar cóncavo del sonido,
mar siniestro y tempestuoso,
terrible mar impetuoso.

El valor de la salud y de la vida

Por razón de los exámenes médicos que año con año me hago, esta semana recorrió consultorios, doctores, hospitales y laboratorios. He encontrado ésta una práctica molesta y engorrosa, sin embargo necesaria.

Al llegar la noche me senté tranquilamente a cumplir la receta que me dio el doctor al terminar los exámenes: "Vete, tómate una copa de buen tequila y luego cena lo que más te guste". Procedí con la primera parte de la orden médica.

Al escanciar el tequila, me vino a la mente una leyenda que leí en alguna parte, referente a este elixir derivado del agave azul y que con mi mala memoria trataré de reproducir. Decía algo similar a esto:

"Virtudes comprobadas del Tequila: despertar el natural apetito de los alimentos en las personas que por alguna causa lo han perdido; fortalecer las digestiones difíciles; tonificar las funciones gástricas; tener una acción real en aquellas enfermedades en que la atonía hace su papel; nulificar el colesterol y el riesgo al cáncer del estómago.

"Calmar la ingrata sensación del hambre por espacio de muchas horas, por ser un alimento de los llamados respiratorios; levantar las fuerzas agotadas por un trabajo excesivo y por el amor, avivar la inteligencia, ahuyentar el fastidio y sobre todo, procurar ilusiones muy agradables..."

Con todas esas virtudes, cómo no lo va a recetar el doctor, aunque debe utilizarse con una cierta moderación, según lo describió el famoso maestro arquitecto Ignacio Díaz Morales:

"Tequila: invaluable y excelso aperitivo que complementa la vida y se debe honrar a diario en dosis no menor de tres copas ni más de diez".

La orden del doctor fue doble. Estaba yo apenas cumpliendo con la primera parte, así que al correr los minutos tuve que empezar a pensar cómo iba a cumplimentar con la ordenanza de cenar lo que quisiera.

Y si hablamos de tequila no puedo dejar de pensar en José María Murià, el historiador de Jalisco, quien escribió aquel libro *Una bebida llamada tequila*, en mi opinión el mejor compendio sobre ese elixir que ha hecho famoso a México en el mundo.

Y así como con el tequila, al pensar en la cena me vino a la memoria aquel poema que Pablo Neruda hizo al famoso *foie-grass* de los franceses. Sí, el mismo Neruda, el profundo, el romántico, el grande. Escribió:

Hígado de ángel eres.
Suavísima substancia,
peso puro
del goce
sacrosanto,
esplendor de la cocina
compacto es tu regalo
es intensa tu estética riqueza,
tu forma,
un continente diminuto,
tu sabor toca el arpa
del paladar, extiende
tu sonido en los tímpanos del gusto,
y desde la cabeza hasta los pies
nos recorre una ola de delicia.

Después recordé la frase de aquel importante empresario financiero zacatecano, don Federico Sescosse, quien enamorado de la buena mesa y de las buenas costumbres gastronómicas, alguna vez dijo:

La mitad de la vida
es comer
y la otra mitad...
es cenar.

En esas cosas tan humanas divagaba, cuando copita en mano, volteo al horizonte y, sobre la inmensa mancha obscura del mar, aprecié las tenues luces de los barcos que cruzan de noche la bahía. Y aquí, más cerca, la luz que emite la lámpara de gasolina blanca de los pescadores, que fondean

estáticos en su panga, buscando quizá el rico pescado que tú o yo degustaremos en uno de tantos buenos restaurantes de Puerto Vallarta.

Recordé mi recorrido de todo el día con doctores y hospitales y, sin darme cuenta, llegué al meollo de la verdad que buscaba. Me pregunté: ¿Cuánto vale la salud? Y más allá: ¿Cuánto vale la vida?

Vivir, para ti o para mí, sin duda es la riqueza más grande que podemos... vivir con salud es algo sin límite.

La vida nos da todo. Nos da la oportunidad de nacer todos los días. Cada amanecer es un nuevo día y nueva vida; el ayer se fue, el hoy inició de nuevo, como si nada. Nacer cada día para vivir la experiencia del ayer y crear hoy algo nuevo, diferente, tendiendo siempre a ser mejor.

La vida nos da la oportunidad de amar. El que ama, vive. Pienso que amar es la característica más importante de la vida. Nos llena, nos da, nos multiplica, nos engrandece, nos hace felices. Vida es igual a amor. Amor por una mujer o un hombre, amor por la cotidianidad, amor por lo simple, lo sencillo, por las cosas de todos los días: respirar, comer, bailar, cantar, hacer poesías. La vida nos da la oportunidad de amar la vida misma, es una especie de bonito círculo vicioso. Amo, luego vivo. Vivo, luego amo. ¿Habrá alguien en este mundo que no ame? ¿Habrá quién pueda vivir sin amar? No lo creo, sería como meterse al mar sin mojarse. No lo creo.

La vida nos deja ser niños, luego jóvenes y después adultos. Es tan grande la vida, tan preciosa, tan increíble, que hasta nos deja morir... por eso la vida humana no puede ser eterna, tiene un principio y un fin. Un inicio bellísimo y un final hermoso. La vida es el entretanto.

La vida. Nos da oportunidad, al igual que de amar, de pedir perdón y perdonar. De disfrutar el insecto que pasa, el aire que circula, las flores y la vegetación. El color y el sabor. El calor y el frío. El canto y la danza. El ir y venir. El gozar y del sufrir. Vivir con los amigos y convivir con los que no son tan amigos. Nadar y volar. Caminar y correr. Decir y escuchar. Cobrar y pagar. Dar y recibir. Acostarse y levantarse. Soñar y soñar.

Sin darme cuenta, me empecé a reír, a carcajearme de mí mismo. Y me pregunté: ¿qué más nos puede dar la vida que vivir hoy, aquí?

No hay mejor reflexión sobre la vida que vivirla plenamente. No hay mejor filosofía que la que se escribe día a día. Vivir aquí, donde tú y yo tendremos que decir: ¡Esto es vida!

Las puestas de sol

Estaba divagando en el balcón de mi casa, esperando la puesta del sol. Una vez alguien me dijo: “¿Cómo esperas diariamente las puestas de sol en Vallarta si todas son iguales?” Sólo me llevó tres días el demostrar a mi amigo que cada puesta de sol es un evento único, irrepetible e inigualable. La posición cambia diariamente, dependiendo de la época del año; más al sur en los meses de invierno. También el astro rey llega al punto de la cita en una gira mucho más inclinada que el resto del año. El color, ni se diga, totalmente, cada día es uno nuevo: los rojos, los naranjas, los amarillos, los azules, los verdes... ¡Qué capacidad del sol para vestirse! O, más bien, para ponerse la pijama, de color diferente, cada crepúsculo. Mira el de ayer, por ejemplo, de un color fuego, azul en la base, amarillo en medio y rojo en la parte superior: los tres colores se fundieron hasta formar uno solo, color fuego, llama ardiendo.

La forma del sol cada día también varía. A veces es redondo como una pelotota; a veces un poco achatado, como si la noche le empezara a poner una mano encima; a veces estriado, cortado uniformemente por unas tiras de nube que les gusta ser intrusas a esta hora. El tiempo en que el sol se esconde también es diferente: a veces más corto, a veces más largo. Y qué decir de la bóveda celeste: cuando el sol se hunde atrás del horizonte, el cielo se cubre de toda la gama de formas y colores, formando caprichos que a los observadores nos gusta descifrar.

Pero no sólo cambia la puesta de sol, lo que más cambia somos nosotros, tú y yo, en esos momentos de espera, de contemplar cómo cobardemente el gran astro se va escondiendo hasta desaparecer. A veces esperamos el momento llenos de entusiasmo, como esperando el gran espectáculo; a veces estamos melancólicos, extrañando quizá a alguien; otras veces nos hallamos pensativos, analíticos, optimistas, tristes, alegres, eufóricos, calmados... Según nuestro estado de ánimo nos resulta la puesta de sol.

Por eso le dije a mi amigo, hace ya tiempo: “Tendrás que venir a mi balcón tres días seguidos, y a ver si me haces de nuevo la pregunta”. Al tercer día se despidió de mí sin cruzar palabra. Sólo dijo: “Gracias”.

El amor, ¿cursilería?

En éas estaba cuando empezó a correr una brisa un poco fría, de las que te tocan la cara y te hacen sentir la vida, una especie de caricia, un masaje en el rostro que te hace correr la sangre más aprisa. Y cambio de tema para pensar en todas las muestras de cariño que nos expresamos unos a otros, a veces de una manera frívola, hasta ligera, y otras con verdadero sentimiento profundo. Y empieza a caer en mi mente un tema que a veces parece cursi, a nuestra edad... y la verdad, por un momento me sentí igual, un cursi hecho y derecho. Rectifiqué rápidamente. Lo cursi no necesariamente es feo, lo cursi puede llegar a ser bonito, si se maneja bien, en el momento adecuado, en el espacio propicio, en las circunstancias apropiadas. Ya lo sé, estas macetas llenas de espejitos, o las golondrinas de barro en las paredes, o el payaso de papel maché, o las figuritas de porcelana, ya lo sé: son cursis. Una vez entré a una casita en San Sebastián del Oeste, adornada con todas estas “cursilerías” que, lejos de repugnarme, me llenaron de gusto. En esa casita había paz, tranquilidad, armonía, alegría y felicidad.

Así que, corriendo el riesgo, busqué, correteé, persegui el tema cursi del amor y lo metí en la conversación que a veces logró entre mi yo y el otro yo que llevo más adentro. Recordé primero un verso que hace tiempo escribí:

Declaración

Y el día y la tarde
y la noche se convirtieron en amor.
El aire y la tierra y la lluvia y
el rayo se convirtieron en amor.
Y la idea y el propósito
y el deseo y la determinación
se convirtieron en amor.
Todo lo que huele a ti,
esté cerca de ti, pase por ti,

camine hacia ti, se convertirá en amor,
siempre se convertirá en amor.

Lo terminé de recordar, lo repasé una vez más, volví a vivir las circunstancias y me gustó. Volví a recitar dentro de mí y en silencio esa “Declaración”.

Te confieso que para estos momentos el hablar de amor no me pareció tan cursi; al contrario, me sentí muy a gusto, alimentado espiritualmente, listo para hablar conmigo y dispuesto a guardar ese silencio que no da la soledad, sino la compañía hermosa de lo que te rodea.

Estaba entusiasmado, con ganas de no perder la hebra de ese tema. ¿No te ha pasado que cuando te sientes a gusto con una conversación no quisieras que se acabara? Lo mismo pasa cuando lees un libro que te fascina. Me dije: “Y los demás, ¿qué piensan del amor?”. ¿Y tú qué me dices?

Decidí entonces, ya entrado en la cursilería, abandonar el balcón y salir a la calle a hacer una encuesta, hoy tan de moda en los periódicos, en la tv y los partidos políticos. La pregunta fue: “Cuando escuchas la palabra ‘amor’, ¿qué te viene al pensamiento? ¿Qué piensas, que te provoca?”.

Primer entrevistado. Calle Perú, por el rumbo del Templo del Refugio. Contesta: “Amar a una mujer, amar a la vida, amar al Ser Supremo, amar a lo verde, amar al agua cristalina, amar a las causas justas, amar al tiempo, amar a los míos y a los tuyos, amar al soplo de la vida, amar a los días y a las noches, amar el color del universo... Son sólo variantes del mismo tema”.

Segunda entrevista. Una niña de doce años, por el rumbo de la escuela que hoy se llama “Teresa Barba Palomera” y que los viejos de Vallarta conocen como “15 de Mayo”. La respuesta, para mí, como dijo Agustín Barrios Gómez, “5mentarios”: “Cuando vuelan los pájaros, cae la lluvia, ruedan las piedras en el arroyo y una madre amamanta a su niño... entonces, entonces me doy cuenta de lo mucho que nos ama el Creador de todas las cosas.”

Tercera entrevista: un trovador, no muy joven, no muy viejo, más bien un hombre sin edad. Le hago la pregunta y le da gusto, como que destapé el cofrecito de su imaginación y, mirándome fijamente, me dijo: “Cuando estás enamorado haces cosas comunes y corrientes: pláticas con los árboles, encuentras unicornios, viajas a las estrellas, escribes

poesías. Cosas comunes y corrientes que sólo haces cuando estás enamorado.”

Me voy rumbo a la Marina y encuentro una pareja de jóvenes, a la visita enamorados, de muy buena figura, muy guapos, insisto, tomados de la mano, como si se quisieran mucho. Al hacerles la pregunta, se miraron, se carcajearon y corrieron, volteando hacia mí, viéndome como bicho raro.

Volví al ánimo, aún acrecentado, ahí mismo, cuando encontré a mi amigo Lalo acompañado por no sé quién. Sin saludo previo, le hago la pregunta y, sin más, me contestó: “Pienso que si no tuviera capacidad de amar tampoco tendría capacidad de vivir”.

Mientras caminaba apurado, en este peregrinar por saber qué se piensa del amor, me encontré con un árbol, una preciosa y frondosa ceiba verde tierno que en la punta de sus ramas tenía las hojas nuevas color verde claro brilloso, señal de estar en plenitud de vida.

Me paro frente al árbol y así, de repente, lo metí a la encuesta. “¿Y tú que piensas del amor?”. Sí, el árbol, la ceiba, pausadamente me contestó: “Odio tanto el momento aquel que abrí mi corazón a la noche, a la luna y a las estrellas y les confié mi intimidad de lo tanto que las amo. Odio ese momento porque soy un indiscreto. Tan bonito era ese secreto sólo entre ellas y yo”.

Me sorprendió. Estoy acostumbrado a hablar con los árboles, pero nunca del tema del amor. Seguí mi camino y en el Malecón, muy cerca de la escultura de Ramís, me senté y callé... Me vino a la mente aquel otro verso que escribí hace poco tiempo y que lo tengo enmarcado a la entrada de mi casa. Dice:

Sólo para amar es esta vida.
Si no es a ti, mujer,
tendré que enamorar a una planta,
si no es a ti, amaré a una estrella
o si no a una piedra.
Amar es la única misión,
es el sentido de existir.
Amarte a ti sería mejor,
si no...
Amaré un lo que sea,
una gota de agua,
amaré
para vivir plenamente.

Me dio gusto que el amor existiera para todos... La encuesta dejó mucho qué desear, pero tuve una tarde/noche muy feliz al saber que amar no es extraño ni a los hombres, ni a las mujeres, ni a los árboles... Si le buscamos, hasta las mismas piedras saben amar.

Estaba por quedarme dormido esa misma noche, cuando oí una voz que, bajito, me dijo al oído: “¿Cómo alguien puede morir tranquilo sin haber amado?”. Sin hacer caso ni darme cuenta, sólo balbuceé: “Yo ya yo”. Como las de Talpa.

El escultor

Él se llama Demetrio, un hombre más o menos de mi edad. Fuimos compañeros en la secundaria. Pacifista de nacimiento, abogaba siempre por la conciliación. Nunca lo vi reñir, atacar a alguien, quejarse de otro, mentir o difamar.

Un hombre que buscaba siempre la paz entre todos, porque él tenía el privilegio de vivirla por dentro. Sólo daba lo que le sobraba, no inventaba pretextos, tenía su verdad muy a fondo.

Siempre pensé que la amistad que disfrutaba con Demetrio era un privilegio. Conversaba amenamente, comunicaba lo mucho que leía: una presencia siempre discreta, un tanto alejada. Si no lo buscas, no lo encuentras. A algunos compañeros de la secundaria no les parecía que no participara en la bulla, en la bola, en los juegos o en las travesuras colectivas, tan propias de esa edad. Él tenía sus razones, tenía otros planes, su mente quizá desde entonces estaba puesta en otros intereses. Lo mejor, nunca impuso su criterio, ni siquiera su punto de vista... Opinaba, sí, pero hasta ahí. Pasaron los años y le perdí a Demetrio la pista.

Hace una semana lo encontré y fui a visitarlo. Su casa, más bien chica, limpísima, con muy pocas cosas, de extrema sencillez, con lo indispensable. Una banca muy bonita junto a un sillón hacen las veces de sala. El comedor, un diseño extraordinario, una puerta labrada sobre dos burros de madera y un cristal encima. Volteo a la derecha y aprecio un cuarto a media luz que, para mí, seguro es su biblioteca o estudio. Demetrio, hombre sensible, descubre en mis ojos la curiosidad y, con un pequeño empujón en el hombro, me orienta hacia esa habitación. Efectivamente, era su estudio. Había muchos libros, principalmente libros de arte, muchos de filosofía y bastantes también sobre biografías de personajes ilustres. Alcanzo a ver la de Gandhi, Van Gogh, Roosevelt y otro que, sin alcanzar a leer, creo que es sobre Teresa de Ávila. En una mesa hay, discretamente, algunas fotografías viejas; para mi sorpresa, una pequeña donde apare-

cíamos él y yo, uno a lado del otro, perfectamente enfundados en un saco que parecía azul marino (la foto era a blanco y negro), un grande cuello blanco puesto sobre la solapa del saco, perfectamente peinados con copeote y raya lateral, como trazada con regla y, por supuesto, se veía la goma de tragacanto con la que mi madre me obligaba a peinarme. Fue un bonito momento recordar aquella escena posterior a uno de esos concursos de declamación interescolares en los que participábamos.

Nunca me preguntó Demetrio qué tal me iba, en qué trabajaba, y menos sobre el éxito o no de mi vida; de dinero, ni hablar... eso nunca estuvo en la mente de mi compañero. Seguía igual, prudente, discreto, lleno por dentro.

Me llevó más allá, y en la parte de atrás de la casa, hay una bodega dividida en dos partes: una mucho más grande que la otra. La parte más grande, por la que entramos, es un taller donde un grupo de diez personas, aproximadamente, funden y modelan esculturas de varios tamaños. Me enteré que van a la exportación. Ni le dio importancia, y me pasó al otro lado de la bodega. Le miré al rostro y le había cambiado totalmente. Se le iluminó la vista; su boca dibujó una sonrisa. Aquí estaba su mundo, lo descubrí. Era el taller de escultura de Demetrio, su vida, su amor, su destino.

Platicamos poco y me fui.

Aquí, desde mi balcón, pienso qué importante es en la vida disfrutar lo que se hace, gozar lo que se tiene, vivir intensamente haciendo lo que a cada quien le gusta.

Realizar su vocación, encontrar en el trabajo un medio de realización, vivir la vida con alegría y plenitud, ser coherente con las ideas y forma de pensar, ser auténtico en las creencias, son ingredientes indispensables para lograr aquello que tú y yo tanto hemos buscado: la felicidad.

Cumplir las promesas, respetar los tratos, aguantar la palabra empeñada, son formas que sin duda darán a quien las vive un alto grado de satisfacción.

He visto hombres, muy hombres, saber cumplir a pesar de las tentaciones y las influencias de terceros... los "No seas tonto", "Tú puedes más", "Te lo mereces", "Nadie lo va a saber". Y sabes una cosa, son hombres, los he visto, mucho muy felices. Pasan por mi mente tantos nombres, entre ellos el de Demetrio.

Por cierto, cuando digo hombres, por supuesto me refiero también a las mujeres y, tú lo sabes, a las mujeres en forma muy especial.

Qué buenos momentos tuve al visitar a Demetrio; los años no pasan por él. Claro, está más viejo, más delgado, más huesudo, más arrugado; pero es el mismo, con sus mismas ideas, con sus mismas ilusiones, con su mismo carácter serio, un tanto retraído. Feliz, muy feliz porque se ha realizado en la vida con su arte, con su arcilla y su bronce, con sus esculturas terminadas como sus amigos y compañeros.

Para ti, Demetrio, escribí esta pequeña fantasía:

El escultor (narración de una experiencia vivida en un taller de escultura)

La figura empezó a cobrar vida. Era un torso clásico, anatómico, un hombre perfectamente formado. El escultor había logrado cada detalle, había logrado con sus manos dibujar los músculos de la espalda y de todo el cuerpo: precisión, medida, proporciones. Era la figura clásica, perfecta; parecía un dios de la mitología griega. De pronto, esa perfección empieza a tomar color, y la plastilina y la cera se transforman en tejido. Aquellos ojos huecos empiezan a mirar los músculos, se mueven lentamente, se contraen, se expanden. La figura crece. Aquellos perfectos sesenta centímetros de escultura son ahora un metro ochenta de un hombre en movimiento, de un hombre que piensa. La creación del escultor ha sido perfecta, tan perfecta que ahora vive. El torso escultórico tiene ahora corazón y corre sangre por sus venas; siente dolor y tiene sensibilidad. Entonces, el escultor, atónito ante su obra, empieza a hacerse chiquito. Aquellas manos que crearon formas exactas, empiezan a endurecerse. Su piel es rígida, brillante. Su figura es estática, ya no tiene movimiento. Su sangre se congela, ya no crea, ya no piensa, ya no modela. Su apariencia es exactamente la misma: huesudo, flaco, de manos largas y finas, el rostro serio, de barba recortada en punta, pelo rizado y un poco largo. Quedó con toda su expresión, con sesenta centímetros de altura y montado sobre una base de óvalo. Quedó el escultor como una obra de arte en cera negra. El escultor es ahora escultura y la escultura es ahora escultor. El hombre musculoso contempla la nueva pieza y la soba y la pule y la bruñe y la delinea. Sólo nos queda esperar a ver si el nuevo escultor es capaz de hacer vivir su obra. Si así lo hace, habrá dos hombres vivos. Ahora serán dos escultores y, por lo pronto, ya no habrá ninguna escultura.

Estamos en primavera

Estamos en plena primavera y la luna se encuentra en una posición igualable, con tres planetas en línea custodiando su belleza. Por tanto, es un momento propicio para la realización de nuevos proyectos, ideal para que nazca una criatura, para iniciar una amistad, para acentuar el amor, para emprender una aventura, para hacer locuras insospechadas, para enamorar a una piedra, para dejar madurar los sueños... para vivir en plenitud. Estamos en plena primavera, desde hace unos cuantos días.

Todo eso es bueno, pero mejor es ver cómo el ambiente se convierte a color amarillo en muchas tonalidades; la primavera es de color amarillo, sin duda. Van Gogh, el famoso, el increíble pintor holandés realizado en Francia, pintó todos sus cuadros en color primavera. Este árbol que abunda en la región también se pintó de amarillo: se desviste de su color verde y se pone su camisa en este tono.

La primavera además trae ilusiones, ganas de algo, esperanza de ser, buenas vibraciones ante la vida y ante los demás. Es una época de buenos modales y de una nueva manera de ver la vida.

El espíritu de la primavera se mete por los poros de la piel, penetra en los seres humanos y también en los animales, como por ósmosis. No es fantasía, es una realidad: el espíritu de la primavera flota en el espacio. De la misma manera que florecen las plantas, que retoñan los árboles secos, que el frío se convierte en calor, que los pájaros cantan, que los individuos procrean, el espíritu se hace más tolerante, más generoso, el amor brota y, sobre todo en los seres humanos, en los hombres y en las mujeres, se fortalecen las ganas de vivir, las ganas de disfrutar la vida, las ganas de vivir intensamente esta delicia que se llama vida.

Las ganas de vivir son un signo de la primavera; para otros, las ganas de vivir son una actitud permanente en la vida.

Ganas de vivir y vivir feliz.

El arte, los artistas y los espectadores

Transitaba por una calle de doble carril, amplia y muy bien trazada. En medio había un camellón por lo menos cuatro veces más ancho que el que tiene el doble cauce de la calle. En el camellón, un verdadero bosque de fresnos, bien regados, muy sanos. El color verde, por sí solo habla del estado de salud y del estado de ánimo de estos bonitos fresnos que alcanzan distintas alturas, aunque su follaje tiene formas similares.

Cruzan a todo lo largo dos caminos perfectamente pavimentados: uno de color gris, que sirve de ciclopista, y el otro de color rosa cantera, que se utiliza por los caminantes y corredores perfectamente ataviados con trajes deportivos a la última moda y bocinas minúsculas en los oídos para escuchar música o quizá una conferencia de superación personal o de cibernetica, o un curso de altas finanzas. Muchas mujeres corriendo y caminando, muy bellas, con cabello largo o corto pero siempre bien arreglado; algunas, madres jóvenes, empujan carriolas en tres llantas como de bicicleta, y seguro que un bebé está adentro, aprendiendo a correr antes de saber caminar.

El tráfico es fluido y ordenado, no hay embotellamientos, nadie toca el claxon y ningún automóvil contamina el aire con el humo del motor. Se siente esa armonía que provoca un pueblo civilizado.

Llego al número 407 poniente, mi destino de esa noche. Un estacionamiento lleno de jardineras con plantas de flores de temporada: pensamientos, margaritas, petunias, crisantemos y otras de diversos colores, que no alcanzo a reconocer. Por allá, de cuando en vez, unas bugambilias de colores surtidos. Junto a las jardineras, los coches estacionados. Parecía aquella una exposición de coches de lujo y del año: Mercedes, BMW, Jaguar, Peugeot, Audi, Cadillac y otro que me pareció un viejo Packard de color negro. Entre todos los hermosos y lujosos coches, una camioneta *pick-up*, yo creo que modelo 83 u 85, bastante empolvada, llamó, por contraste, mi atención.

Al fondo del estacionamiento, un edificio de fachada muy limpia, sobria, de corte moderno sin ser modernista, una pared que hace curva como cadera de mujer; y al frente, un ventanal amplio, que por su transparencia deja pasar la vista desde lejos y empezar a disfrutar el hermoso contenido del interior.

Se bajan de los coches los invitados, los interesados, los coleccionistas y también los representantes de los medios de comunicación, cámara en mano, otros con micrófonos en la mano y todos con una carpeta o portafolio bajo el brazo. Las mujeres, las damas, sería más propio y más justo decirlo, elegantes, discretas, ataviadas para la ocasión; todas ellas, sin excepción, luciendo joyas de muy buen gusto, pero sobre todo con gran sobriedad y discreción. Todas sonríen y se saludan como si fueran conocidas entre sí.

Los hombres, digamos los caballeros, más eclécticos. Había distintas formas de vestir: desde el casual elegante hasta el formal de traje oscuro y corbata roja de Hermes. Una cosa común sí les noté, casi todos los hombres eran escasos de cabellera... todos con cara de inteligentes y de saber a lo que iban. Cada quien iba a lo suyo. No era un acto social, aunque se socializaba. Cada quien llevaba su propia intención; tanto que nadie notó, menos criticó, por lo menos abiertamente, mi vestimenta tropical, de playa, en color blanco y calzando los típicos mocasines Puerto Vallarta. Cierto, entre la concurrencia había algunos de vestimenta más folklórica, digamos, o más *avant-garde*.

En la fachada del edificio no había un solo letrero, nada de gas neón con enormes letras marcando el lugar. No hace falta, lo importante está adentro y la gente lo sabe... a eso van a mirar, a contemplar, a apreciar y también, por qué no, a adquirir lo que ahí se exhibe.

Adentro, una señora, una señorona, elegante, inteligente y con un don especial, dirige todo el evento como con varita mágica. Precisa, exacta, discreta, prudente y atrevida. Está donde tiene que estar, está con quien tiene que estar. Escuché que le llamaban Emma.

El lugar repleto. La concurrencia se mueve con orden, con una clara intención. No van a saludar, no van a tomar una copa de vino, van a lo que van.

Entre la multitud sentí que yo iba a algo diferente y salí por un momento al estacionamiento, encerrado entre Lincolns y Porsches.

¿Qué son los artistas? ¿Quiénes son los artistas?, me pregunto. Para mí, la mayoría son los narradores de su época. Son los reporteros, que

con sus pinceles, o con sus instrumentos o con su cincel plasman los movimientos sociales de su época, las ilusiones, las transformaciones, los sentimientos, las desgracias, los éxitos y los avances. Son virtuosos que en lienzo o en piedra o en un papel pautado plasman sus vivencias y sus emociones y sus contemplaciones. Hacen propuestas, dan movimiento a lo estático, comunican con sus formas y sus colores, en este caso, lo que viven y lo que experimentan.

Los artistas comunican a los demás lo que ellos con oídos y ojos diferentes captan lo que los comunes y corrientes no percibimos. Algunos, pocos, se adelantan a su época y proyectan, con su arte, lo que va a suceder en el futuro. Van Gogh, Picasso, Dalí, Felgueres, son ejemplos de este caso.

Los artistas, con sus obras, nos provocan reacciones insospechadas. Nos hacen amar, odiar; nos hacen callar o gritar; nos hacen reír o llorar... pero siempre, siempre nos hacen sentir, es decir, nos hacen vivir.

Y miro a toda esa gente en el interior: las damas, los caballeros, los jóvenes y los viejos, los poderosos y los no tanto, los muy cultos y los ordinarios; eso sí, todos admiradores del arte. Me pregunto: ¿qué sería de los artistas si no existieran estos hombres y mujeres admiradores del arte? El arte tiene dos vías que van y vienen, y en ese movimiento llegan las nuevas propuestas, los avances, las transformaciones. Esas dos vías la forman, por un lado, los artistas, los que producen el arte, y por el otro los admiradores, los que disfrutan la obra de los artistas y la estimulan y la promueven y la coleccionan.

De salida veo una invitación que dice: “Galería Molina Barquet, Calzada del Valle Pte. 407. Garza García, Nuevo León (Monterrey)”.

De lo que vi dentro de la galería, una galería hecha y derecha, con dos salas de treinta metros de largo por diez de ancho, con paredes en color *beige*; de lo que ahí ví y observé y sentí y me aceleró el pulso, de eso no voy a platicarte, porque el amor mira diferente, porque el corazón es malo para hacer juicios, el corazón no es equilibrado, ni objetivo, ni justo. Lo que yo admiré ahí lo hice con el corazón; el que exponía su obra era mi hijo, mi hijo Ignacio. Por eso no te platico lo que vi.

Los criticones jamás proponen

Ixcateopan 208

Convoqué a una junta urgente a Champoleón, mi asesor personal en filosofía; a Magote, mi asesor en magia y ciencias ocultas; y a mi asesor personal en el arte del disfrute y del buen vivir, Allegra, una de las dos mujeres en el grupo de consejeros.

En estos tiempos en que aparecen nubarrones sobre el horizonte del mar, aumentan los grados de temperatura y humedad y nace la duda sobre si lloverá o no, al tomar mi taza de café, mi compañera matutina, me inquieto y mi pensamiento se acelera y empieza a buscar lo que no sé y que por lo mismo ni me puedo imaginar dónde encontrarlo.

Mi gran inquietud de esta mañana, razón por la que llamé a mis asesores a junta, la puedo centrar en tres puntos, o en tres preguntas. Esta definición la logré gracias a la ayuda siempre eficaz y desinteresada de Champoleón, que al oído me aconseja: “Tranquilo, sosiégate, no te distraigas, no te derrapes por aquí y por allá, sintetiza”. “Define”, me dijo al final, con voz autoritaria.

Me preocupa, primero, que haya hoy en día en nuestro México y también en Jalisco y Vallarta —no sin excepción—, más críticos y juzgadores que ejecutores. Me encuentro que todo mundo critica y pocos proponen y menos hacen. Veo nacer una nueva profesión: “Los analistas políticos”. Veo crecer geométricamente el número de los que miran vigas en el ojo ajeno. Veo crecer en número a aquellos que nada les parece y se gastan la vida lamentándose de lo que los otros no hacen o hacen muy mal.

Tengo temor de que, para evitar problemas, todos nos pasemos al bando de los “criticones” para así evitar el riesgo de ser criticados. O si no hay espacio ya en ese placentero lugar donde habitan de una manera excelsa los reyes de la crítica, por lo menos decidamos no hacer nada,

no emprender nada, no empujar, pues de esa cómoda manera, ¿de qué nos pueden criticar?

Me dice Champoleón al oído que él siempre cuida que sus consejos, y sobre todo sus regaños, sean en privado, para no avergonzarme, no hacer públicos mis defectos y mis limitaciones de pensamiento. Me dice: "Menos mal que ya definiste tu preocupación. Manos a la obra, no te detengas en problemas intrascendentes. A trabajar, a jalar (como pasa mucho tiempo en Monterrey ha adquirido terminología norteña), a hacer sin mirar a los lados, sin preocuparte del que dirán. Hacer, proponer, ayudar, sumar, cooperar, dar soluciones, plantear alternativas.

Tiene razón Champoleón. Es lamentable ver el pleito entre el Jefe de Gobierno y el Presidente de la República. Entre el Legislativo y el Ejecutivo. Entre el PRI, el PAN y el PRD. Entre los directivos mismos de un solo partido. Entre sindicatos y trabajadores. Entre los que quisieran el Centro de Convenciones y los que no. Entre los taxistas y los *tour* transportistas. Entre el Consejo Electoral de Yucatán. Entre los buenos y los malos. Los negros contra los blancos. Los feos contra los guapos. Los sabios contra los ignorantes.

¡Cuánto tiempo perdido! Cuanto tiempo empleado por unos atacando y por otros defendiéndose. De unos juzgando y de otros justificándose. De unos señalando y de otros escondiéndose.

¿Qué pasaría —como me dijo Champoleón el sabio— si dedicamos la mitad del tiempo que nos pasamos peleando, a juntarnos, a saludarnos, a ponernos de acuerdo, a caminar juntos para adelante, a coordinar nuestro esfuerzo, a trabajar de común acuerdo, a realizar, a ejecutar, a lograr el bien de cada quien y sobre todo el bien común? Entonces, la otra mitad a disfrutar, a vivir a gusto, a vivir con plenitud, con alegría, haciendo únicamente lo que nos gusta. ¡Qué maravilla! Al dedicar la mitad del tiempo a trabajar con empeño y con calidad, nos quedaría la otra mitad para gozar la vida y necesitaríamos tiempo, mucho tiempo para hablar con Allegra, mi asesora en disfrute de la vida, para poder aprovechar tanto tiempo que nos quedaría a nosotros mismos.

¿Utopía? No lo sé. Creo que no. Yo me he dado cuenta que cuando me paso el tiempo criticando o defendiéndome, según me toque el caso, todo sale mal. No hay alegría, no hay transparencia, no hay ni siquiera eficiencia.

Propongo una cruzada positiva. Si no te gusta lo que hace tu mujer, dile lo que sí te gusta. Si crees que funciona mal el Fideicomiso de Pro-

moción, no lo critiques, mejor proponles ideas, diles como lo harías tú. Si no te gusta cómo se comporta el Departamento de Policía, arrímate a quien sea conducente y sugiérele cómo hacer las cosas. Cuando uno propone, en lugar de solo quejarse, cada quien se va haciendo correspondiente de la labor que tuvo tentación de criticar. Si así lo hacemos, seremos más los que lucharemos con alegría y con optimismo y el éxito tendrá que ser mayor: haremos de las causas de unos los éxitos de todos. Vamos a compartir la responsabilidad. La solución de México no está en manos sólo de una o unas cuantas personas, aunque éstas ostenten el poder. Es decir, la solución no está solo en las autoridades, está en manos de todos. Eso sí, la autoridad debe cumplir y cumplir bien. Pero el ciudadano, el profesional, el empresario, el trabajador, el poeta, el paletero... todos debemos cumplir bien.

Si cada quien se hiciera un crítico de sí mismo y no de los demás, otra cosa sería. Si cada uno buscara ser mejor, no habría oportunidad ni necesidad de criticar a nadie.

Hace muchos años, cuando era yo estudiante universitario, tuve una experiencia. Vivíamos en una casa para estudiantes, una casa de asistencia que no era muy grande, por cierto. Nos hospedábamos ahí once estudiantes. La casa estaba en la colonia Vertiz-Narvarte, en la ciudad de México. Estaba, pues, sobre poblada, pues vivíamos tres o cuatro en una habitación pequeña; el comedor era minúsculo, no cabíamos todos al mismo tiempo. La vida ahí, en Ixcateopan 208, empezó a ser caótica. Los que llegaban temprano se comían los alimentos de todos; el que se salía primero a la fiesta tomaba el saco o la corbata de otro; la suciedad y la basura empezó a rebasar los límites más elementales de salubridad. El ruido, por momentos, se hacía infernal. La ropa sucia y los artículos deportivos estaban por todos lados y, por supuesto, los reclamos se enfocaban hacia la dueña de la casa, hacia ella iba toda la artillería, la crítica, el comentario fuera de tono, el ataque personal. Pobre señora, se le criticaba la comida, la lavada de la ropa, la limpieza de la casa, las cerraduras de la puerta que no funcionaban, y más y más. Entre los once, por primera vez, empezaron los pleitos. César y El Yito, a trompadas resolvieron una discusión; las caras largas aparecieron. Las críticas de unos a otros. Pobres muchachos.

Una noche, uno de los once recorrió los rincones de la casa y convocó a una reunión en la cochera. Tenía al centro un hielera con doce cervezas, una para cada uno de los once estudiantes que ahí vivíamos. Calladamen-

te, sin decir nada, abrió botella tras botella y, con una sonrisa, se acercó a cada quien y le regaló su ambarino líquido. Silencio total.

“Si quieren —dijo— mándenme a la chingada, pero les propongo un cambio. Primero a la Señora de la casa ya no le vamos a llamar ‘La Milanesa’, sino Doña Laura. Segundo, no vamos a reclamarle más cosas, vamos todos a no tirar basura, a ayudar a limpiar, a cuidar cada quien su cuarto. A la hora de la comida vamos a ser respetuosos de las porciones de los demás, vamos a sentarnos con educación a la mesa. Vamos a nombrar comisiones: limpieza, comidas, fiestas, seguridad, cuidado de la luz y la energía, toque de queda para empezar a estudiar”.

Se levantó en ese momento el más bronco, el más aguerrido, (por cierto el mejor para jugar beisbol) y dijo: “Queda en la hielera una cheve fría, ¿por qué no llamamos a Doña Laura y se la invitamos?”.

De Ixcateopan 208 salieron dos abogados, tres contadores, dos médicos, un ingeniero, un administrador, un arquitecto y un músico. Todos ellos hicieron una exitosa carrera universitaria.

Todos ellos tuvieron una vida de estudiantes llena de alegría, de estudio, de travesuras, de ganas de salir adelante. Todo gracias a una idea positiva de uno de los actores de ese suceso.

¿Cuentos de fantasía? No. Éste es un caso de la vida real.

¿Te gustaría que lo intentáramos en Vallarta? ¿O en la ciudad donde vives? ¿Qué perdemos? Los ganones seremos tú y yo y nuestros hijos y nuestros nietos y nuestros descendientes hasta la generación cien.

Mi otro yo, la mejor compañía

Desde la semana pasada que convoqué a una junta urgente a los miembros de mi consejo personal, seguimos aquí reunidos. Resulta que el único que verdaderamente tuvo una participación activa en el tema de la columna pasada fue Champoleón, mi consejero personal en filosofía y temas de trascendencia, mientras que Magone, mi asesor en magia y ciencias ocultas, permaneció al margen, creo que aburrido y un tanto decepcionado por su nula participación en la reunión: mira con frecuencia sus largas manos que mueve con la elegancia digna de un profesional en el campo del ilusionismo y de las apariciones y desapariciones de cosas de la vida real. Magone es el primero que me incitó a buscar a los unicornios y me llevó de la mano hasta encontrar a Ventus, aquel maravilloso Pegaso por el que conocí, una noche de luna llena, hasta la mismísima Vía Láctea, atrapando con mi mano derecha puños de polvo de estrellas. ¿Cómo quieres que no tenga aprecio y un gran respeto por mi asesor y amigo Magone? Ahí quedaba sentado, en el observatorio de mi balcón, contemplando a esa luna que llenó el martes 5 y que se ha hecho escurridiza escondiéndose cada noche detrás de las nubes.

Allegra, mi asesora en el arte de vivir bien y de disfrutar la vida, con esa cualidad que tiene para sacarle provecho a cada instante, de disfrutar el murmullo del viento, de aprovechar el movimiento de las palmeras, de sacarle lo positivo a cada momento de la vida, permanecía ahí, con la sonrisa dibujada, esperando los acontecimientos en el grupo. Ella, sin hablar, sin decir palabra, te transmite paz y alegría; qué felicidad tenerla como consejera personal.

Ahí estábamos los cuatro, sentados en el balcón en santa paz. Champoleón, como siempre, serio, profundo, pensador. Qué ganas de ser máquina de rayos X para poder penetrar en su cabeza y leer sus pensamientos en conjunto... Cualquier computadora, por muchas memorias que tenga, no tiene ni la mitad de la capacidad de almacenamiento de

ideas que tiene Champoleón en su cerebro; quizá en retención de datos sí lo supere.

Tratando de sacar provecho de la presencia invaluable de estos tres personajes, lanza la pregunta: ¿por qué hay seres humanos que lo tienen todo y al mismo tiempo no tienen nada? ¿Por qué hay quien, viviendo en la abundancia, no es feliz?

Silencio absoluto. Creo que no les gustó mi pregunta, o les pareció intrascendente, o quizás piensan que llevaría demasiado tiempo resolver este cuestionamiento. Como quieran, ya son las diez de la noche. Silencio total.

De pronto Allegra, siempre a tiempo, siempre dulce, interviene con esa sencillez que parece un cuento de niños, sencillos pero con un gran contenido. “Déjenme platicarles de algo que creo que debemos de sugerir a todos los hombres”.

Empezó a platicar. De lo que me he podido acordar escribo ahora en estas páginas, para ti, mi único y muy querido lector.

Los hombres, y por supuesto se refiere al género humano, no es necesario aclarar diciendo “los hombres y las mujeres”, debemos educarnos siempre en tener una compañía, alguien cerca de nosotros, y así evitar que en algún momento nos alcance ese enemigo mortal que a veces nos destruye y nos nulifica, ese enemigo que se llama “aburrimiento”. Cuántas veces, inexplicablemente, quien lo tiene todo no sabe ni qué hacer con sus momentos de vida, con sus lunes y sus martes, con las ocho y las diez de la mañana. Hombres aburridos, sin quehacer, sin iniciativa intelectual ni física. Prenden y apagan la televisión, llaman por teléfono a quién sabe quién o a números equivocados, o simplemente se quedan dormitando en el sillón o, como mejor fórmula, salen a dar una vuelta en el coche o, por qué no, a llamar por el celular a un amigo o a una amiga y chismear sobre la pobre e indefensa personalidad del ausente.

Decía Allegra que habría que buscar una compañía siempre cerca, pero que ésa, la única, era la compañía de uno mismo. Hay que enseñarle a los niños a saber estar acompañados por sí mismos, para que cuando sean adultos tengan siempre a la mano a su otro yo y así, entre los dos, que son el mismo, se hagan compañía y no dejen llegar a ese monstruo del aburrimiento.

Interviene Champoleón: “Debemos aprender a pensar y a desarrollar pensamientos. Quien sabe pensar, sabe vivir, se acompaña de sus

propios pensamientos y de ellos saca conclusiones y nuevas tesis y, por el contrario, antítesis, llegando así a sus propias conclusiones, a las que confronta. Y continúa así un nuevo proceso de pensar. “¿Qué mejor compañía quieres —dijo Champoleón— que tus propias ideas y el procesamiento de las mismas hechas por ti mismo?”. Silencio momentáneo.

Magone no deja de mirar el firmamento, para cualquier humano muy borroso, pero para un maestro como él, transparente e infinito. Guarda silencio.

La siempre asertiva Allegra interviene: “Vamos a lo sencillo, a lo muy humano, a lo fácil. Veo tantas personas felices a mi alrededor porque saben divertirse consigo mismas”.

“Aquél al que le gusta leer, por ejemplo, nunca se aburre. Es tanto lo que aprende en cada hora de lectura que no tiene tiempo de aburrirse. El que ha desarrollado una actividad complementaria a su actividad normal, lleva las de ganar. Ser abogado, ama de casa, gerente de hotel, taxista o publicista es el trabajo habitual de una persona. Me refiero a saber hacer algo más, a saber entretenerte con otra cosa. Los pasatiempos (*hobbies*), desarrollar actividades complementarias a la propia, hacer carpintería, colecciónar monedas antiguas, pintar por placer, ser poeta aficionado, aprender nuevos idiomas, cultivar flores, cocinar para invitar a amigos o a la familia, observar aves... todas aquellas cosas complementan y llenan, saturan de actividad y felicidad la vida diaria. El que sabe servir a los demás, el que participa con su esfuerzo personal en la Clínica de Rehabilitación... todos”, dice Allegra, “debemos aprender a hacernos compañía a nosotros mismos, llenando nuestro tiempo de actividades buenas y bonitas”.

Por fin habla Magote: “Debemos aprender a mirar las estrellas y a platicar con la luna. Hacer un safari para encontrar unicornios, buscar una sirena o pensar en los dragones. Debemos aprender a estar en contacto con las criaturas mágicas que habitan nuestro universo, que va mucho más allá que nuestro querido planeta Tierra”.

Interviene Champoleón con la seriedad de siempre: “No nos equivocaremos. Aprender desde que estamos en el vientre de la madre a mirar hacia adentro, a platicar consigo mismo, a descubrir nuestras verdades, a saber definir nuestras realidades, a sabernos disfrutar, a conocer lo que somos y lo que no somos... ¿Quién se puede aburrir hablando con su otro yo? Imposible”, afirma terminantemente Champoleón.

Me siento contento de este diálogo y hasta ahora sólo concluyo una cosa: la única misión en esta vida es ser felices. Búscale: cada cual tiene su fórmula. Mis consejeros personales ya hablaron.

No lo podía creer

Pues sí, la semana pasada visité la ciudad capital, interesante como siempre, desbordada, pletórica de actividad y llena de cosas atractivas, entre otras la presentación en la Sala Netzahualcóyotl de la mismísima Filarmónica de Nueva York, dirigida, ni más ni menos, que por Curt Masur, nacido en Brieg, Suecia, y a gusto de muchos el mejor director en la actualidad.

Caminaba por el Centro Histórico, precioso y restaurado, aunque, eso sí, lleno de vendedores ambulantes. Un verdadero signo de los tiempos que nos está tocando vivir. A pesar de el ambulantaje y si hacerle mucho caso, esta zona es preciosa. La historia misma de nuestro país, nuestra herencia arquitectónica y todo lo que tú quieras.

Pasaba justo por el número 16 de Justo Sierra, sede del Antiguo Colegio de San Ildefonso, y me llamó la atención, justo a la entrada de este precioso edificio, un gran número de hombres, hombres fuertes del tipo atlético, que trataban, dije trataban, con mucha dificultad de mover unas cajas de madera muy bien armadas, cierto, de tamaño grande (más o menos de 2.40x1.20 m, pero más bien angostas, de 30 cm cuando mucho).

Cuatro de ellos intentaron traspasar el umbral de la puerta cargando una de esas cajas. Imposible, se suman dos hombres más a la tarea. Llevaban alrededor de la cintura uno de esos cintos anchos, de cuero, que usan los cargadores, y en los hombros unas bandas que pasaban por debajo de la caja y se colgaban de la espalda. Con un grito al unísono, los seis hombres jalaban para adelante, con un gran esfuerzo para mover escasos 10 cm el pesado bulto. Y así seguían, poco a poco.

Los chorros de sudor les escurrían desde la cabeza hasta los pies, mientras trataban de secarlo con sus rojos paliacates; uno, más precavido, llevaba una toalla mediana de color rosa que, al exprimirla con sus fuertes manos, dejaba un charco de sudor en la banqueta.

Atrás, otra caja más o menos del mismo tamaño, cargada por otros tantos hombres... más atrás parecía haber muchas más cajas, algunas más grandes, otras más pequeñas, todas muy bien terminadas. Todas parecían muy pesadas.

Fascinante espectáculo pero, para mí, incomprensible. ¿Por qué son tan pesadas las cajas?, me preguntaba.

Entre todos los hombres y las cajas se movía un individuo,ivamente con gesto de preocupación, delgado, de pelo canoso pero escaso, barba y bigote en forma de candado, también en color blanco canoso, de buen tipo, de piel clara y enfundado en un traje de lino color crudo, de franco diseño italiano.

Iba y venía de un grupo a otro y se dirigía a un señor también barbado y de pelo más o menos largo, mucho más joven, quien parecía dirigir la maniobra. Yo estaba entusiasmado, tanto que, sin darme cuenta, perdí mi cita de las cinco de la tarde.

Por fin, una a una las cajas penetraron al recinto, entre pujidos, lamentos, sollozos, imprecaciones, maldecires y hasta protestas de aquellos cargadores que llevaban casi dos horas moviendo las cajas. Lógico, estaban cansados, exhaustos, deshidratados por mover aquellos pesados cajones que contenían quién sabe qué.

Con los derechos y hasta con la impunidad que me da el tener una credencial por ser colaborador del famoso *Vallarta Opina*, cuando desapareció la caravana del interior del Antiguo Colegio de San Idelfonso, intenté cruzar el enorme portón de la entrada. Después de un diálogo intenso con los guardianes del ingreso, los convencí de que me dejaran pasar, para poder disfrutar del desenlace de este gran esfuerzo de carga y movilización, por la fuerza bruta, de todos estos misteriosos empaques que encerraban en su interior algo muy pesado, pero seguro también muy valioso, por la forma en que se cuidaba el movimiento.

En los diferentes salones del recinto se fueron dejando, recargados en las paredes, uno a uno, aquellos empaques llenos de misterio pero también de kilos, quizá de toneladas.

Hace acto de presencia otro individuo acompañado de una mujer de muy buen ver, ataviada discretamente, pero con la inteligencia suficiente para dejar ver al exterior las cualidades femeninas que la hacen muy llamativa. Imposible que pasara desapercibida. Él, muy serio, firme en sus movimientos, claro en sus órdenes, como quien sabe bien lo que hace. Le llamaban por un apodo que me pareció curioso: "Señor

Curador”. Pensé que pudiera ser un chamán o un brujo, o simplemente un curandero, pero no, no tenía el tipo.

Éste último por fin dio la orden tan esperada por mí. No escuché lo que dijo, pero por el movimiento de sus brazos asumí que dijo: “Adelante, abran el primero”. El hombre de traje de lino y barba blanca se acercó presuroso. Era una caja de las grandes. “Con mucho cuidado, Con mucho cuidado”, repetía el hombre de tez blanca.

Con unas herramientas muy modernas, color negro con rojo, fueron quitando uno a uno los enormes remaches que habían mantenido hasta ahora el secreto del contenido. Cuando zafaron toda la madera de un lado, alcancé a ver algo totalmente cubierto por un material plástico espumoso, en tiras. Daba la impresión de que ese envoltorio se le ponía a las momias. Quitan los trabajadores, diferentes a los cargadores, todo el vendaje. Éstos últimos trabajadores son de apariencia muy diferente: perfectamente uniformados, con guantes de un material que parecía látex y se movían con precaución y seguridad. “Con cuidado, con mucho cuidado”, volví a escuchar.

Lo primero que veo salir era de color rojo, rojo intenso, un moño de color rosa y abajo con olan amarillo. Era el vestido de ella. Bailaba con un hombre de traje oscuro y con los ojos cerrados, peinado relamido y bigote recortado tipo cuarto para las tres. Concentrados, cachete con cachete, repegados uno al otro. En un instante ambos llenaron el espacio. La escena terminaba con un piso lleno de colillas de cigarro y una botella de licor vacía. Las piernas de la mujer remataban en unos rollizos muslos que se encajaban en unas generosas asentaderas que servían para reposar la mano del gordo que la abrazaba.

“Se llama ‘Bailarines 2000’”, dijo el hombre del traje de lino. Todos estallamos en un aplauso ensordecedor. “Los bailarines” llenaban el salón con su figura voluminosa, con sus amplios movimientos al bailar, con sus robustas nalgas y con una alegría enorme que calladamente transmitían.

Más allá abrían la segunda caja. Me acerco y alcanzo a leer la etiqueta de identificación: “La viuda, 1997”. Lo mismo, la venda plástica y que al quitarla resucita la escena llena de vida y de color. Es una mujer densa, cachetona, con el pelo castaño recogido en un chonguito, su vestido gris con amarillo y carga en los brazos un gato pardo regordete; de la mano toma a un niño gordo, piernudo, con calcetines verdes que le aprietan el chamorro. Atrás, otro niño, visto de atrás, con anchas pom-

pas, junto a la mesa de planchar. Si el niño estuviera vestido de blanco parecería refrigerador, por lo grande, ancho y cuadrado. En el suelo la niña, gorda también, cargando su muñeco gordito. Qué escena, la ropa tendida, algo muy común y ordinario, la madre sola y sus tres hijos. Conforme los van destapando, crecen, crecen mucho y llenan el espacio y la pared a la que fueron designados.

Más cajas. Más gordos. Más figuras sensacionales, todos de gran volumen. Un obispo, un cura con un paraguas, el picador montado a caballo, un torero, Adán, Eva, hombres, mujeres, niños. Todos tiene dos cosas en común: sus rostros impávidos y sus voluminosas dimensiones. Algo maravilloso.

Figuras admiradas, aplaudidas, vitoreadas y tan serenas como siempre: no se inmutan. Con ese volumen, comprendo ahora el gran peso de aquellos empaques de madera.

Al centro, en el patio, una figura, ésta sí monumental, con su título: "Mujer fumando". Qué hermosa gorda, acostada boca abajo, su cara en alto luciendo a todo lo que da la papada, sus senos destapados y, en su mano de empanada, un cigarrillo ardiendo.

La alegría cubrió el interior del Antiguo Colegio de San Ildefonso. Aquellas hermosas figuras contagiaron a los asistentes de ese carácter sereno que llevan por dentro.

El hombre del traje de lino se llama Fernando Botero, originario de Medellín, Colombia, que después de 50 años de viajar por el mundo, estudiando, pintando y esculpiendo, vino a México a celebrar y a montar una enorme exposición.

El viaje de los recuerdos

Hay recuerdos de la niñez que son imborrables, están grabados en el alma como con tinta china indeleble. Así es como tengo presente hoy el momento en que mi padre me retiró el habla por casi dos meses por haber faltado a una promesa, a un pacto que habíamos hecho entre él y yo. “La palabra de un hombre es palabra de honor”, me dijo, y no volvió a dirigirse a mí en señal de castigo.

No se me olvida tampoco aquel Día de las Madres en que me dieron oportunidad en la XEHQ de meterme a la cabina y decirle a Mamá Tiche, mi inolvidable madre, una poesía alusiva, quien, cuando llegué a la casa, me comió a besos; pero mi abuela María, a la sazón de visita en Hermosillo, suavemente me reclamó por no habérsela dedicado a ella también. Me monté urgido en mi “bici” y, de nuevo, pedí oportunidad en la radiodifusora para que me permitieran otra participación con aquella de “Madre / madre mía / en este día / para ti sólo sea alegría / etc., etc. Todos felices.

Recuerdo como si fuera hoy cuando a mi hermano Jorge le dio sarampión y, en aquellos tiempos, además de con medicinas, te curaban con dieta y sobre todo con reposo y aislamiento. Era como si estuvieras infectado con lepra. El matancero del Rastro, el “Chispirri”, cliente agradecido de mi papá, médico militar, llevó a la casa a regalar un bolson de chicharrón duro, de ese carnoso. A hurtadillas, dos días seguidos se puso pando por ingerir el manjar, con las consecuencias lógicas. La enfermedad se prolongó y un día mi padre, al verlo desesperado por estar en aquel claustro, decidió llevar a mi habitación la visita de un caballito pony que montábamos mis hermanos y yo, de nombre “Veneno” (por mañoso). Resbalando en el mosaico, el “Veneno” entró al amplio cuarto. Todo iba bien hasta que se encontró mismo viéndose a sí mismo en un gran espejo que iba de techo a piso. Con el susto relinchó, reparó, pateó, haciendo del cuarto una escena de posguerra. Las figuras

de porcelana, los portarretratos, todos los adornos regados por todos lados. Así le fue a mi papá; para él el momento fue la cura definitiva del maldito sarampión que lo tenía postrado por más de ocho días.

Así, estoy seguro que tú también tienes recuerdos imborrables de tu niñez: la primera noviecitina a los ocho años, el primer deceso en la familia, las primeras experiencias de esto y de lo otro, momentos, circunstancias, personajes... algunos de esos recuerdos quizás hasta han sido decisivos en tu vida futura, en tu vocación, en tu actuar, en tu camino por la vida.

No se me puede olvidar aquel primer encuentro con la comunidad de los indios seris, allá donde se junta el desierto con el mar, el sahuario con las olas; La resequedad de la tierra con la inmensidad del agua del mar. Allá donde se te secan los labios por falta de agua para beber, allá donde habitan esos hombres altivos, guapos, con su trenza bien peinada, con los taparrabos rojos, Ahí mismo donde habitan esas mujeres hermosas, altas, con la cara pintada cuidadosamente, según su estado civil. Ahí donde el verano tuesta las pieles con sus cincuenta grados de temperatura, y en el invierno desértico el frío estira la piel humana como si fuera cuero de tambor. Ahí, en el Desemboque, a donde regresan los hombres nómadas que se mueven por el desierto y el mar buscando la recolección, la pesca y la caza. La resequedad del ambiente se junta con la valentía; el calor del desierto se junta con el calor del alma. Ahí, en ese lugar inhóspito donde sólo sobreviven los hombres de bronce, recuerdo escuchar, a la media distancia, claramente un aria de "La Traviata". Me fui acercando al epicentro del sonido, cada vez más alto, cada vez más nítido. Penetro al interior de aquella pobre casita de adobe y me encuentro con un señor de apellido Topete quien, al centro de la habitación, tenía uno de esos fonógrafos con el símbolo del perrito y una gran corneta y su manija para darle cuerda, escuchando aquel disco rayado (lo habrá tocado miles de veces). A su alrededor, viejos carteles anunciando al tenor Topete cantar en París, Londres, Nueva York y la ciudad de México. El tenor perdió la voz y se fue a refugiar al punto geográfico más inhóspito, rodeado de sus éxitos y sus aplausos. Qué buena compañía era el viejo fonógrafo para Topete.

Imborrable tengo también el recuerdo de la celebración del 14 de julio, la Toma de la Bastilla, aquella prisión sin prisioneros, pero que simbolizó el inicio de la Revolución Francesa.

Recuerdo a mi abuelo Emilio organizando el acto oficial en el Consulado, siempre con la bandera francesa en el ojal de la solapa. (Claro que también le vi en el mismo ojal el moñito morado, de luto, que portaba el día en que los alemanes tomaron París y desfilaron bajo el Arco del Triunfo, y recuerdo ver sus lágrimas año con año.) Toda la familia y representantes del gobierno local izaban orgullosamente la bandera azul, blanco y rojo, y el viejito de ojos azules transparentes, de mostacho y pelo blanco, no cabía en sí del orgullo que sentía por su Patria. Al medio día, no en la noche, la Comida de Celebración. Invitados, el gobernador en turno, el jefe de la Zona Militar, el obispo don Juan Navarrete y Guerrero y los seis u ocho franceses residentes en Hermosillo. Una comida formal, de seis tiempos, preparada por Elisa, mi abuela, a excepción de la ensalada de lechugas, que diariamente, al final de la comida, preparaba el abuelo personalmente. Era un derecho que él se había ganado a través de los años. Por supuesto, la tabla de quesos como antepostre. Antes, el viejo fonógrafo entonaba los acordes de la Marsellesa, que a voz en cuello cantaba el cónsul francés en el desierto de Sonora.

El otro día hacíamos una consideración. Qué capacidad la de estos franceses, originarios de los Bajos Alpes, que de bajos no tienen más que el nombre, que, a pesar del frío endemoniado, con esas montañas altísimas de color blanco, emigraron a trabajar en un país lejano, a México, para asentarse en la región más caliente y más sedienta. Jamás escuché a un Camou, un Bouvet, un Benard o un Beraud quejarse del calor.

No hay remedio, los seres humanos tenemos esa gran capacidad de adaptación, sobre todo si nos guía una meta, un anhelo, un objetivo claro en la vida. ¿Quién puede contra un hombre decidido?

Y los recuerdos, las historias, las anécdotas de la niñez pasan como una hermosa película que descubre nuestra propia existencia.

Al terminar de escribir estas líneas cerré los ojos y, desde mi balcón, me lancé a volar en ese inolvidable mundo de los recuerdos de la niñez, en ese vuelo sin alas donde encuentras a tus padres, a tus abuelos, a tus hermanos, a tus amigos de la infancia, a tus compañeros de escuela del 4º año de primaria, al lechero Don Nacho, a Ángel el verdulero, a la Paca, la doméstica. Quizá en ese universo nos encontremos tú y yo, mi estimado y único lector, volando por el mismo rumbo, anclando nuestro futuro en esos recuerdos indelebles de la niñez.

¿Qué tiene de malo recordar? ¿Qué tiene de malo vestir de nuevo nuestra alma con pantaloncitos cortos de niño y apapachar aquellos momentos inolvidables que forjaron nuestra vida y nuestro destino? Nada tiene de malo. Te encuentro en este vuelo maravilloso de los recuerdos... Total, es una forma hermosa de reflexionar sobre nuestra vida y sobre lo que nos rodea.

¿Para qué sirven los árboles?

Serían las diez de la mañana de ese día cuando tomé mi sombrero blanco de ala ancha y la canasta de mimbre, lo único que había preparado cuidadosamente, casi meticulosamente. Enfilé en el auto hacia el sur. Para entonces, el calorquito vallartense ya hacía de las suyas, iqué sabroso!

Con la misma admiración de siempre recorro la carretera Conchas Chinas, Mismaloya, La Boca de Tomatlán... Entre más ves ese mar, más te gusta, y si el tráfico te permite voltear a la izquierda, quedas prendado, hechizado con la magia de esa selva en la montaña. ¿Cómo es posible que la naturaleza solita pueda crear esa gama de colores verde?

Había decidido en la mañana visitar ese pueblo cercano que se llama El Tuito. No llevaba horario, ni citas, ni compromisos... sólo mi capricho personal de ganar un día de vida visitando los caminos y sus vecinos más cercanos: el mar y la montaña.

Empieza la carretera a separarse del litoral y la naturaleza va cambiando de piel, y sin que haya radio o estéreo de por medio, escucho los acordes sonoros de la quinta sinfonía de Beethoven, que va anunciando la metamorfosis visual de todo lo que me rodea.

Al pasar la Boca desaparece el mar de mi vista, pero de inmediato me encuentro en mi recorrido al río Los Orcones, con esa inmensidad de caudal de aguas que bajan bufando y que se cortan en dos al enfrentarse a las enormes piedras que están en el río; piedras en forma de mamuts, de elefantes, de volcanes. Fíjate bien y les seguirás encontrando diversas formas. Escucho el ruido del agua hasta aquí, hasta la carretera.

Es un verdadero problema. Tienes que hacer paradas continuas, se atraviesan a la vista las palmas de coquitos, las majahuas, las parotas, hasta los barcinos y, ni modo, hay que parar a saludarlos. Las piedras en la montaña están llenas de lloraderas de agua que a veces sólo gotean, a veces salpican como regadera y a veces se juntan y forman pequeñas

cascadas que desembocan en la cuneta de la carretera y se escapan traviesamente buscando los niveles de la topografía.

En línea recta, sin hacer tantas paradas, no son más de 40 minutos para llegar al Tuito. El clima ya cambió, está fresco. Increíble: tan cerca un pueblo del otro y tan distantes en clima, en vegetación. Ya no hay selva, ahora son bosques. Ya no hay calor, ahora es ligeramente fresco.

Sin darme cuenta, rebaso al pueblo y en aquella curva que da a la izquierda, justo en la lomita, diviso un enorme cedro, con su inmensa copa, y ahí, sin preguntar a nadie, establezco mi destino de ese día.

Tiendo en el suelo, a manera de alfombra mágica, aquella fresca baqueta que me acompaña desde mi Hermosillo natal; sirve solamente para establecer territorios entre lo mío y lo de las hormigas, las catarinas y los otros bichos que son residentes de la zona. Yo soy sólo un intruso con ganas de pedir prestado un pedacito debajo de aquel cedro y ganar así un día de vida feliz.

Con gran cuidado, digno de mejor causa, bajo la canasta de mimbre que, junto a la naturaleza, tampoco la he perdido de vista. Una a una saco las cosas de la canasta, que para ese momento, las dos de la tarde, llegan a ser un verdadero tesoro: unas rebanadas de jamón serrano, un trozo de paté de conejo preparado en la forma campestre, dos buenas porciones de queso, uno *camambert* y el otro Roquefort —por cierto muy azul—, un puño de cerezas rojas frescas y una gran hogaza de pan de centeno. Por supuesto, no faltaba la botella de vino tinto, un Cote du Rhone, no malo para la ocasión. Saqué mi “Opelier” (navaja grande que llevan los chef franceses al mercado, para calar la mercancía) y le di el primer “troncho” al pan.

Para ese momento estaba rodeado de una gran compañía. Ninguno hablaba español, todos comprendían ese idioma que se habla entre los animalitos del campo.

Al terminar mi banquete campestre, comparto las migas con los bichitos visitantes y me echo para atrás, poniendo mis brazos cruzados a manera de almohada, boca arriba, con la vista perdida en esa telaraña de follaje que tiene el grandote cedro que me sirve de enorme sombrilla.

Poco a poco voy perdiendo la vigilia. En un estado en que no me hallow ni despierto ni dormido, cobijado bajo el inmenso árbol, encuentro la figura elegante y discreta de Allegra, mi consejera personal sobre las cosas bellas de la vida.

A la vista del bosque había un ejército de árboles, de distintas formas, diversas alturas, diferentes follajes y colores.

A quemarropa lanza la pregunta a Allegra: ¿para qué sirven los árboles?

“Para dar sombra. Para hospedar peregrinos bajo su follaje. Para servir con su sombra de hermoso recinto donde el campesino recibe la lonchera y la visita de su amada compañera. Para dar sombra y refrescar al caminante. Para servir de paraguas al labriego cuando llueve. Para dar sombra”, repetía Allegra entre dientes.

“Para que aniden los pájaros y procreen y llenen el mundo de canto y de alegría y adornen el cielo con sus piruetas al vuelo.

“Sirven los árboles para alegrar a los niños, para que cuelguen columpios de sus ramas y cuerdas y fabriquen casitas en sus troncos. Sirven para que los niños trepen, junto con sus gatitos, y se escondan.

“Sirven los árboles para enseñarnos a los hombres toda la gama de colores verde que crean con su follaje y también la música gloriosa que crean con sus hojas cuando la brisa sopla”.

Estábamos muy divertidos. Mi consejera Allegra y yo tratábamos de encontrar razones, buenas razones para los árboles. ¡Qué divertido!

“De los árboles sale el papel; entonces sirven para que los poetas escriban versos y los escritores cuentos, novelas, relatos. Sirven para grabar la historia de los pueblos y plasmar la planeación del futuro.

“Para dar frutos y flores y alegrar el paisaje, para enmarcar los caminos, para alimentar al hambriento y saciar la sed del sediento.

“Para que los románticos se abracen debajo de un árbol o para pintar en su tronco aquel corazón atravesado por con una flecha que dice ‘Juan y Chela se aman’.

“Para que los parta un rayo y no haga daño a los vecinos y también para que el perro desahogue sus necesidades primarias.

“Si son galianos, jacarandas, primaveras, tabachines o lluvias de oro, para dar flores y alfombrar el piso de colores. Para dar naranjas, que según *Las mil y una noches* son mitad fruto y mitad flor.

“Para fabricar caballos de Troya y violines y guitarras.

“Sirven los árboles para hacernos humildes, sensatos, prudentes, realistas. Esto sucede cuando te caes de la rama más alta del árbol.

“Sirven para enseñar a las mujeres a ser coquetas, a mostrarles cómo contonearse, cómo moverse, al igual que los árboles cuando sopla la brisa.

“Sirven para enseñarnos a los hombres y a las mujeres, cuando el aire sopla fuerte, cómo doblarse pero nunca rajarse, ni quebrarse.

“Sirven para que las manos mágicas de los artistas hagan con sus troncos bellas figuras, como aquellos de palo fierro, de la María Astorga, en el desierto de los indios seris o San Miguel en Vallarta.

“Los árboles son inspiración de canciones y de poesías: ‘Dos arbolitos hay en mi vida’.

“Los árboles han servido para descubrir el mundo, para que Cristóbal Colón Y Marco Polo pudieran navegar... y también el Kon Tiki.

“Para dar sombra”, repetía Allegra una y otra vez.

“Y si son manglares, para vivir en los esteros y bajo su sombra permitir el desarrollo de microorganismos que van a atraer a las aguas del Pacífico, las ballenas, los delfines y todo género de cetáceos.

“Sin ellos no hay lluvia y sin lluvia no hay agua y sin agua no hay vida. Imagínate qué son los árboles para nosotros.

“Para dar sombra.

“Para purificar el aire, para oxigenar el ambiente, para limpiar el alimento que respiramos y nos mantiene sanos y vivos.

“Para evitar la erosión y permitir que las tierras se conserven útiles y productivas”.

Pasaron las horas. Caí dormido después de este ejercicio junto con Allegra, mi preciosa consejera sobre las cosas bellas de la vida.

Al cabo, hice la última reflexión: ¿para qué sirven los árboles?

Para que un hombre, bajo su sombra, destape una canasta de mimbre, rebane una hogaza de pan, deguste unas rebanadas de buen jamón serrano y aterciopele su garganta con un sorbo de vino tinto y comparta un momento de vida con los bichos del campo e invoque a su Allegra y se cree el ambiente especial para preguntarse: ¿para qué sirven los árboles?

Para que los hombres buenos tengamos oportunidad de protegerlos. Cuidemos a los árboles... son parte de la vida.

Quiero volver a ser niño Volver a tener mamá y papá

Hoy, la verdad, no tengo muchas ganas de escribir. Hoy tengo más ganas de platicar contigo, mi único y solitario lector, platicar de intimidades, descararme, sentirte mi amigo, mi amigo cercano, del alma, de toda la vida. Tengo ganas de perderle el miedo al ridículo, tengo ganas de ser cursi y querendón.

Tengo muchas ganas de comportarme como un niño, vestirme de pantalón corto, tener mochila con libros de gramática, geografía, historia y civismo; tener una regla y un compás y lápices de colores, de muchos colores, para pintar la vida como la veo y también un borrador para borrar lo que no me gusta.

Tengo ganas, muchas ganas de volver a ser hijo, de voltear para arriba y saber que ahí está mi papá, para disciplinarme, para enseñarme, para decirme que la palabra de un niño es la palabra de un hombre y que esa palabra es de honor. Un papá que me levante temprano y me mande a la regadera de agua fría y a vestirme rápido y correr y llegar a tiempo a la escuela.

Un papá para voltear y ver cómo se cuadra cuando pasa la bandera nacional y cómo ayuda a cruzar la calle a una viejita. Quiero ver a mi papá y tenerlo cerca.

Quiero aprender de él que la vida es nobleza, pero que si hay que defender, hay que defender. Que lo que se debe se paga, que a lo que tengo derecho se lucha. Quiero verle sus manos grandes y su destreza al moverlas, ya sea para tomar el bisturí de cirujano, cortar una flor o acariciar a uno de sus nietos.

Esta mañana de mucho sol y esta noche de mucha luna, quiero volver a tener un papá y ser un hijo, ser dependiente, incompleto, frágil, pedigüeño, consentido. Quiero saber que si algo necesito ahí está; quie-

ro saber que tengo con quien contar, a quien pedir, a quien platicar, de quien depender. Quiero acercarme y pedirle un consejo, plantearle un problema; acercarme y que me apapache, me mire con dulzura, me abrace con cariño. Quiero sentir que si no puedo solo, sí podemos juntos; que si no doy más tengo quien me empuje. Hoy, la verdad, tengo ganas de ser niño, de ser hijo.

Quiero irme a la cama sin poner el despertador... tengo quien me llame por la mañana. Quiero salir a la calle y comprar una paleta helada... tengo quien me la pague. Quiero ir a un partido de beisbol y emocionarme y gritarle al *umpire* y comer cacahuates... tengo quien me acompañe.

Quiero ser de nuevo un niño y jugar en la calle a la cascarita y volver a la casa a la hora de la cena, sin tener que llevar dinero. Quiero ir a la escuela y aprender la gramática y conjugar los verbos irregulares y aprender a dividir los números quebrados y, si no entiendo, para eso tengo un papá que me explique.

Si no tengo dinero volteo para arriba. Si me peleo con Tolin, volteo para arriba. Si me gusta Marilú y no me hace caso, volteo para arriba.

Qué padre tener un padre. ¿De qué te preocupas? Ahí está tu padre.

Quiero volver a ser niño, de pantalón corto, con las bolsas llenas de canicas y una resortera en la bolsa de atrás. Montarme en aquella bicicleta marca "Ciclón", de llantas anchas y con una canasta en los cuernos y hacerme la pinta e irme a la presa a pescar y sacar muchos bagres y abajo del limonero encender una bonita hoguera y asar los pescados e invitar a todos los que pasan por enfrente: los jardineros, los albañiles, los vendedores de vajillas de peltre, los voceadores de periódico, los tragafuegos, los aboneros.

Quiero ser niño y tener muchas ilusiones y realizar muchas fantasías. Montarme en aquel viejo carro de pedales y creer que soy corredor de carreras Fórmula 1. Mirar mi avioncito de hojalata y sentirme aviador. Cerrar los ojos y saberme bombero o astronauta o domador de leones en un circo o el mago Mandrake o un investigador como Sherlock Holmes.

Qué padre tener papá. Saber que hay alguien arriba de ti que te cuida... que no tengas que ser tú la última palabra. Tener quien te cobije y entonces puedas divertirte, hacer travesuras y jugar a las luchitas o al tochito. Puedes vivir sin reloj, sin cuenta de cheques, sin agenda, sin

tarjeta de crédito, sin internet y sin teléfono celular. ¡Para qué! ¡Ahí está tu papá!

Sobre todo tener a ése, a ése que sabe apretar tu mano, a ése que sabe apapachar, que te carga en sus hombros y sabe darte todo sin decirselo a nadie.

Y, por supuesto, como ya soy niño, quiero hoy aquí tener cerquita a mi mamá. Quiero darme cuenta de lo bonita que es, tan tranquila, tan generosa. Quiero verla aquí como antes, leyéndonos a mis hermanos y a mí *Corazón. Diario de un niño* y hacernos llorar y llorar junto a ella. Quiero que me enseñe a rezar y a pedir y a dar gracias por todo y a hablar con mi ángel de la guarda: “mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, no me dejes solo que me perdería”. Quiero escucharla en esas conversaciones en francés con su hermana Magdalena todos los días y quiero verla lavar y planchar, acomodar y, sobre todo, cocinar y ayudarle yo a hacer la cajeta de membrillo y a amasar la harina para los ravióles. Quiero tener aquí hoy a mi mamá para verla hacer sus cuentas diarias y sus listas de debe y haber.

Quiero que me enseñe a ser caritativo y generoso, que me enseñe cómo robarle al gasto unos centavitos para invertirlos en becas para los seminaristas aprendices de cura o para las escuelas de los niños de escasos recursos. Quiero aprender de su paciencia cuando teje con hilo y gancho aquellas enormes sobrecamas.

Quiero aprender su sentido de equidad al tratar a todos mis hermanos y a mí con la misma medida; también quiero aprender su alto sentido para saber perdonar a aquel hijo de pelo largo y quiero aprenderle su capacidad para asimilar el dolor y su entereza de no flaquear ante las vicisitudes, incluso aquellas relacionadas con la salud y con la muerte.

Pero, sobre todo, quiero ser niño para volver a tener a mi mamá para acurrucarme, para sentir calor cuando tengo frío; para sentir compañía cuando estoy solo, para tener alimento cuando siento hambre. Quiero tenerla para saciar mis ansias con aquella su tranquilidad; mi coraje con aquella su alegría; mis tristezas con aquella su felicidad; mi inseguridad y desesperación con aquella su fe.

Quiero que vuelvas, mamá, y yo volver a ser niño y ser de nuevo tu hijo...

Mi querido y solitario lector, te dije que me iba a poner cursi y cumplí, pero ahora, en este momento, caigo en cuenta de que aunque ya no

tengo ni papá ni mamá. Los llevo, los cargo aquí, muy dentro del alma, y se siente padre volver a ser hijo.

Acércate. Pero acércate más para que nadie lo escuche, déjame decirlo en voz baja para que nadie se entere, la verdad es que yo ya soy papá y tengo muchos hijos... y también esto es a todo dar.

De pronto me dieron ganas de dejar de ser niño y volver a ser adulto y ser responsable y levantarme en la mañana con el mejor despertador que es la luz del sol y correr a mi trabajo y escribir columnas en el periódico y hacer programas de radio los miércoles en la noche en Radio Cultural, en el 91.9 del cuadrante FM, y dar pláticas sobre Toulouse-Lautrec hoy a las 10 am en los desayunos culturales.

Y sabes una cosa, aquí entre tú y yo, también con los hijos se aprenden muchas cosas. Condenados muchachos, cómo enseñan; y también apapachan y son querendones y generosos y sabios y pacientes. ¡Ah, muchachos! ¡Cómo dan y qué poco piden!

Ya no quiero ser hijo, quiero volver a ser padre... es un buen trabajo, es divertido, entretenido, retador, comprometido.

Bueno, la verdad, lo mejor es vivir la realidad. El que es hijo que sea buen hijo, el que sea padre que sea buen padre.

Al final, ¿quién dice que ser padre y adulto te impide jugar, montar en bicicleta, hacerte la pinta de vez en cuando? ¿Quién dice que los adultos no podemos realizar nuestras fantasías y soñar?, ¿quién dice que no podemos cerrar los ojos y viajar entre las estrellas?

Los padres seguiremos siempre llevando a un niño en el alma.

Camina el arco iris

Seguro te diste cuenta, después de la torrencial lluvia que cayó la semana pasada, cómo salió un arco iris hermosísimo, que nació allá, en el valle, y terminaba al otro lado de las montañas. Un arco de verdad. Su forma era geométricamente perfecta y estaba estructurado de puros colores, de los colores clásicos del arco iris, todos bonitos, formando rayas, una junto a la otra.

Parece mentira que a mi edad me pasen estas cosas. Me dieron tantas ganas de llegar hasta el final del arco iris, allá donde me contaba un ranchero que había unas ollas llenas de oro para los adultos y de regalos para los niños. Siempre creí que eso era verdad. Me parecía lógico que algo tan bello, tan único, tan lleno de colores, tuviera al final un premio, un tesoro o algo, no sé qué, pero valiosos.

Vivía yo de niño en un lugar donde nunca llovía, o casi nunca, así que era rarísimo ver el arco iris, pero mi papá, por cierto un hombre muy ingenioso, me enseñó a producirlo artificialmente con una lente de aumento. Era tan pequeño el arco iris, que principiaba y terminaba en unos cuantos centímetros. Imposible seguirlo, pues era yo más grande que él. No era de verdad.

Por eso, cuando veo éste otro, enorme, casi infinito, dibujo de colores en tira, me dan ganas de recorrerlo y llegar hasta el final. Divo, personaje al que recurro para que me asesore en lo relacionado a la estética y a las figuras bellas, me dijo: "Si quieres llegar al final tienes que abordar el arco desde el principio y recorrerlo metro a metro y así llegarás a la meta y a la olla llena de regalos".

Sin dudarlo, me enfilé al valle y, después de cruzar por muchas huertas de mango petacón y de largas hileras de papayos y sembradíos de plátanos y de tabaco, por fin llegué a la punta, al mero principio de ese arco de colores. Lo miré hacia arriba y era enorme, pero confiado

en la condición física que me da subir las escaleras de mi casa cuatro veces al día, me di ánimo.

Los colores estaban en franjas, como listones; me parecían como el dibujo de esas pistas de atletismo donde corre y gana mi paisana Ana Guevara, sólo que en lugar de tartán, eran franjas de colores, los del arco iris.

¡Vamos! Por supuesto, escogí la brecha de color amarillo para hacer mi travesía, la de en medio. A los lados, la roja, la lila, la azul, la naranja. Me pareció que el amarillo me sería más fácil, cómo no, si es tan alegre, tan lleno de vida, tan luminoso. Me gusta ver la vida de color amarillo, del color del girasol y también de la sonrisa.

Me eché la mochila a la espalda, me calcé mis mocasines vallartenses y, con ánimo y cierta curiosidad, emprendí la caminata hacia arriba. El camino era suave, el piso muy mullido, como de alfombra fina, y el panorama, indescriptible. Allá voy, subiendo, y desde arriba veo un globo aerostático, también de colores, cruzando por el Coapinole, y veo el aeropuerto y la marina, y allá, chiquitos, los nuevos campos de golf. Todavía me falta mucho para llegar a la cima, pero es muy divertido mirar desde aquí hasta abajo. Allá están el malecón y el pueblito bonito, que desde aquí se ve limpio, las casitas blancas, sin letreros horrorosos y sin camiones que echen humo. Aquí arriba no hay ruido.

Sigo caminando, tratando de llegar a la meta. Pronto estaré en el punto más alto, donde, en un arco fabricado por el hombre, debería estar la piedra angular, la que sostiene todo. Oí una música que al principio me pareció del tipo *new age*, me pareció la que toca ese famoso francés de nombre Jean Michael Jarré. Conforme avanza, los acordes se aclaran y ni es *new age*, ni tampoco celestial. Encuentro, con gran felicidad, que no voy solo en mi recorrido, me acompañan muchos personajes.

Por favor, date cuenta de mis compañeros de recorrido: el Gato con Botas, el pato Donald, Peter Pan y también el capitán Garfio, la Cenicienta... Todos los personajes de cuentos y de las grandes películas. Por allá, sobre el color lila, va Blanca Nieves, seguida en línea por los siete enanos. Todos van marchando, bailando y, por supuesto, cantando. Yo tomo el lugar enseguida de Tintín, mi enano favorito. Todos los carriages, de todos los colores, están ocupados por esos personajes amables y maravillosos que a través de los años nos han llenado de alegría y de

enseñanza. Se complicó el tráfico con personajes cantando y bailando. ¡Qué alegría! Ahí van Shrek y su amigo inseparable, Burro.

Cuando todos juntos llegamos a la cima, me acordé de aquel verso de León Felipe que decía que lo importante era llegar juntos y a tiempo. (Por cierto, Mexicana de Aviación, en los tiempos de Popo Gómez y del señor Gustavo Ruelas, lo utilizaba esta frase comercialmente). Al llegar a la cima me dieron ganas de clavar una bandera mexicana, pero se me olvidó traerla, así que me conformé con hacer un pensamiento, un acto de gratitud por haber llegado aquí tan bien acompañado.

Entre paréntesis, la vida es un arco iris de colores, que hay que caminar todos los días con alegría, saber agradecer lo mucho que se tiene y olvidar lo poco de que se carece.

Ahora sí, desde el pico veo, por un lado, Vallarta y toda la bahía; por el otro, San Sebastián, y más allá, Mascota, y hasta allá más lejos, hasta Guadalajara, puedo apreciar los ojos grandes y bellos de las tapatías. Un silencio nos embarga, cada quien mira lo que quiere y se habla a sí mismo. Una pausa y a seguir el camino, hasta llegar al final y encontrar la olla llena de tesoros. Invité a la Bella y a la Bestia y a Shrek a proseguir, también a Alicia, pero ella quiso esperar a la taza y al reloj. Nos dejamos caer, cada quien por su carril, yo en el amarillo, caperucita en el rojo, la Bestia tomó dos carriles y Shrek el verde. Allá vamos, abajo, sin caminar, sino resbalándonos cuesta abajo. ¡Así qué fácil!

Vamos rápido, muy veloces, deslizándonos. El Principito de Saint-Exupéry también venía con nosotros. Allá abajo, atrás de la montaña, se ve un resplandor; por los lados, como vértigo, vemos correr el verde de la selva, el blanco del agua de las cascadas y el transparente del aire. La Bestia y yo, totalmente despeinados, íbamos antes que nadie, y por allá, un príncipe guapito que no alcanzó a identificar a qué cuento pertenece.

De porrazo, en menos que te platico, ahí vamos, rodando por el tierno pasto, al pie del final del arco iris. Todos revolcados. Mientras me quitaba la hierba, algo me levantó la mirada y ante mí ya no había nadie, estaba solo. No sé a dónde se fueron los compañeros de camino. Sólo estaba ante mí la figura de un hombre viejo, limpísimo, recién bañado, viejo arrugado, muy arrugado, albeando de limpio, muy almidonado, vestido de blanco de arriba abajo. Hasta sus sandalias eran blancas, también su cabello y los vellos de sus brazos y sus dientes. Lo más blan-

co era su sonrisa, su rostro afable, cariñoso. También su bondad era de ese color. Un *raport* a primera vista.

¿Y el tesoro?

El hombre viejo, el de color albo, era el dueño del tesoro... Luego me dijo que sólo era el administrador, no el dueño. "Nadie es dueño del tesoro", me dijo, o más bien, "Cada quien es dueño de su propio tesoro".

Con ansiedad, miré la olla. Ahí estaba, mucho más grande de lo que me la imaginaba. No era de oro, sino de un material raro para mí, quizá barro bruñido. Era hermosísima, tapada, casi sellada, con una cubierta del mismo material, que embonaba perfectamente con el cazo. Pensé que el oro, entonces, estaba adentro del recipiente, que era tan grande que debía tener una fortuna del metal precioso... Eso sí te digo, el enorme cazo irradiaba luz, era radiante. De que había tesoro, había tesoro, ni quien lo dude.

El hombre de blanco impecable, al ver mi ansiedad, cariñosamente me puso una mano en la espalda y me acercó al enorme recipiente. Me dijo: "Tienes razón, tu curiosidad te acercó a conocer el tesoro más grande que los humanos puedan tener. A tus compañeros de viaje no los verás ahora, porque ellos desde siempre han disfrutado de esta riqueza y quisieron dejarte solo con el tesoro y con tu admiración".

Yo estaba desesperado. A pesar de la bondad que irradiaba el hombre de blanco, quería ya que dejara de hablar y destapara aquella olla grandota, para así poder apreciar su contenido. Nunca he visto tanto oro junto.

Dimos un paso al frente y ahí, a distancia de mi mano, estaba el cofre del tesoro. Sin decir palabra, con toda su fuerza el hombre lo des tapó y mi mirada se fijó en el interior. De momento no vi nada, no alcanzaba a distinguir con claridad el contenido.

Sin embargo, al destaparse salieron aromas y una brisa que me empezó a llenar de alegría, de relajamiento. Nunca había sentido tanta frescura en mi alma, ni tanta alegría a la vista. Créeme, estaba extasiado de tanta intensidad.

Habla el hombre de blanco: "Aquí está el mayor tesoro que puedes tener en la vida. Este cazo tiene el elemento más valioso, se llama Tiempo el recurso menos renovable y el más útil. Según como uses el Tiempo, disfrutas tu vida.

“Lo que este cazo tiene es Tiempo, es felicidad, es aprovechar lo bueno y desdeñar lo malo. Llévate todo el tesoro y úsalos, úsalos bien. Aquí, yo vuelvo a llenarlo de tiempo, para otros que vengan a buscar el tesoro precioso de la felicidad, para otros que quieran ser ricos”. Mientras seguían emanando de la olla aquellas esencias de vida, nos sentamos en una enorme piedra blanca y empezó a platicarme del tesoro, del Tiempo. Alguna vez te confiaré lo que me dijo.

Hoy me voy corriendo a buscar a mis nietos, a esperar que vuelva a aparecer un arco iris e invitarlos a recorrerlo y presentarles al hombre de blanco que les muestre el tesoro... Sí, ellos, que por pequeños tienen Tiempo de disfrutar el Tiempo.

Y tú, ¿por qué no?

Después del 11 de Septiembre

Siento al mundo confundido. Cada uno de nosotros traemos un sentimiento interno que no acabamos de identificar en toda su extensión. Resulta difícil aclarar las ideas, porque a lo mejor la confusión no está en las ideas sino en los sentimientos.

Las ideas, la razón, el entendimiento son relativamente fácil de controlar... El corazón, los afectos, la voluntad, las entrañas, la sensibilidad resultan ser más difíciles de maniobrar.

Los pensamientos se gobiernan con una orden mental. Los sentimientos desbordan a la capacidad de conducir de los humanos.

Volteo a mi alrededor y presencio que casi todos traemos ese cosquilleo interior, que a veces no es fácil identificar si se trata de un nudo en la garganta o de un ligero pique en el estómago. Sabemos que por ahí anda, no sabemos dónde exactamente, pero sentimos que existe.

Será una pena, un ataque de tristeza, miedo quizá, incertidumbre. A lo mejor es producido por la duda, la imprecisión del futuro, el qué pasará.

No sé. Me parece que estamos viviendo una desazón individual, que se ha sumado con la del vecino y se ha convertido en una desazón colectiva. Tratamos de disimularla, tratamos de esconderla, de que no aflore, de que no se note. En buena fe, intentamos no transmitirla, no contaminar a otros, a veces sin darnos cuenta de que es un hecho, un hecho de la vida real, de la vida tuya y mía de todos los días.

Las circunstancias, el momento, los acontecimientos nos han clavado en el alma un arpón que nos angustia, que nos produce un gran dolor, que nos mandó el hospital de las heridas que no se curan con antibióticos.

Convoco a mis amables y siempre certeros consejeros, a mi equipo de asesores y encuentro eco y respuesta, en dos de ellos principalmente. Champoleón, el filósofo, el profundo, el que llega a fondo, y Allegra, la

de la sonrisa de Gioconda, la enterada del tema de la vida y la felicidad y del saber dar y recibir.

Escucho en la madrugada esa voz pausada y clara, profunda y sonora de Champoleón, que habla al oído, siempre paciente, siempre sabio, siempre tranquilo. Me dice: “Lo primero es aceptar que hay razones para sentir desasosiego en nuestro interior; hay motivos poderosos, muy poderosos para sentir angustia, pesar y hasta tristeza.

“Hay que aceptar que a partir del martes once, nunca, nunca jamás las cosas volverán a ser igual. No fue una pesadilla, no fue una revista *hollywoodense*... fue un hecho real, como nunca antes había sucedido”.

Suave, pero enérgico, Champoleón siguió diciéndome: “Un hecho de ese tamaño, una acción con esas consecuencias catastróficas, cambian el sentido de la historia”.

Pasan por mi mente tantas cosas, tantas fotografías, tantas escenas, tantos personajes, relatos, historias y, la verdad, mi querido y único apreciado lector, el tapete se me mueve, las dudas me ahogan después de las palabras de Champoleón y puedo decirte que sentí miedo.

Con un fuerte golpe en la mesa del comedor interrumpe mi pensamiento y corta en seco el flujo de sentimientos que literalmente circulaban por debajo de la epidermis.

“Atención!”, me dijo con decisión. “Atención”, repitió con una voz mucho más suave, casi con compasión.

“El que las cosas no vuelvan a ser iguales, tampoco quiere decir que sea el fin del mundo, sólo quiere decir que el mundo será diferente y que los hombres y mujeres y niños y ancianos tenemos que conducirnos de manera diferente. La humanidad no puede detenerse, Dios no nos creó sólo para unos cuantos siglos.

“Hay que despertar, hay que buscar y encontrar una nueva normalidad. La vida debe seguir, no debemos permitir que nos lleve la corriente, sino ser nosotros mismos, los hombres, los que marquemos el paso, los que diseñemos nuestro destino, los que actuemos con un sentido”.

“Hoy mismo —repetía pacientemente—, debemos volver a mirarnos hacia adentro, cada quien a lo suyo, vamos a darnos ánimo, a ser realistas pero no conformistas. Tenemos mucho por delante, tenemos que hacer, tenemos compromisos, tenemos obligaciones y también seguiremos teniendo ese derecho inalienable, insustituible de ser felices, un derecho que recibimos con la vida misma y por lo mismo no podemos rechazarlo o renunciar a él”.

Sus palabras trajeron a mi alma y a mi pensamiento una calma maravillosa, tanta que sin darme cuenta me derramé en los brazos de Morfeo, sin darme cuenta de que mi querido Champoleón seguro se retiró con esa discreción y esa humildad que tienen los sabios, los fuertes de espíritu y los templados de conducta recta.

Pasaron los momentos, los minutos y las horas, quién sabe cuánto tiempo. En este balcón frente al mar se pierde la noción del tiempo, sobre todo cuando encuentras la cura a un mal del alma... pasaron las horas.

El muy particular sonido que produce el cuchicheo entre una pareja de pichones, de palomas del mar queriendo entablar amoríos, hizo que abriera el ojo derecho. Entre sueños distinguí su figura. Ahí estaba ella, en mi balcón, bellísima, con esa sonrisa que produce alegría a quien la mira. Su cabello ondulado descansaba sobre sus redondeados hombros, sus ojos que, de claros, pasan a ser oscuros pero siempre llenos de vida y de luz. ¡Qué maravilloso despertar! Ella, sosteniendo su mirada sobre mi voluminosa humanidad, cariñosa con su mirada y con sus tiernas manos, alargadas, elegantes, perfectamente limpias y arregladas.

Mañosamente cerré de nuevo los ojos, dejándome consentir con su presencia. Qué bella es. Qué fortuna tenerla tan cerca. Me siento protegido con su mirada, me siento mimado con su ternura, me siento feliz con su compañía.

Como siempre, cada vez que la he necesitado ahí está, cerquita de mí. Allegra, mi consejera sobre las cosas bellas de la vida, sobre la alegría, sobre cómo llegar a ser feliz. Ahí estaba Allegra, ahí... aquí, en mi balcón.

Me propuso: "Invita a tus amigos, a tus vecinos, a tus acreedores, a tus hermanos, a todos los que pasen por la calle, a todos. Invítalos a venir conmigo y juntos tomemos de la mano a cuanto niño podamos, para llevarlos a pasear y enseñarles las gaviotas y las mariposas y la lluvia y que aprendan a admirar a las ballenas y a las plantas y a las piedras. Que se enseñen a escuchar el silencio y a mirarse a sí mismos por dentro. Que vean la belleza de la maternidad y la calidad humana de sus maestros y la sabiduría de los ancianos. Que entiendan que del cuchicheo que hacen las palomas saldrá después un huevo y de él aparecerá un nuevo palomito.

"Cuando veamos un perro ladrar y una mamá amamantar a su crío y una pareja besarse y a un amigo perdonar, entonces estaremos ense-

ñando a esos niños el verdadero valor de la vida, de ese regalo maravilloso que recibimos y contra el que ninguno de nosotros tenemos por qué atentar. Y al enseñarles a los niños, tú y yo volveremos a revalorar ese don divino que se llama vida y nos convenceremos de que vale la pena vivirla y amarla y respetarla y defenderla sobre todas las cosas.

“Entonces... entonces el bien prevalecerá sobre el mal, el amor sobre el odio, la felicidad sobre la tristeza y la vida sobre la muerte”.

Son los deseos de Champoleón y de Allegra.

Los niños y los poetas

Antes de que naciera yo, hace muchísimo tiempo, antes de que nacieran los abuelos de los bisabuelos de tus tatarabuelos, ya existían los poetas, éhos que escriben versos.

Los versos se inventaron para recitarlos y para escucharlos, y también para imaginar cosas bonitas, raras, misteriosas, mágicas, románticas o amorosas.

Los versos los hacen los poetas y los disfrutan todos aquellos que los leen, los que, al gozarlos, van haciendo su propia poesía. Es un fenómeno sin igual de armonía que se logra entre quien los escribe y quien los lee. De pronto un verso se puede convertir en diez o en veinte, multiplicando así por muchas veces la belleza original.

Como el mundo debe de seguir su marcha, me ha parecido conveniente voltear mi vista, mi corazón y mis ilusiones hacia los niños. Así que hoy platicaremos tú y yo, mi querido y único estimado lector, de niños y poesía.

Trataré de recordar con tu ayuda algunas obras de poetas que han escrito para los chiquitos de este mundo, hombres y mujeres, que con sus versos han comunicado a los pequeños alegrías, enseñanzas, cantos y juegos, y a través de ellos nos han dado a los adultos tremendas lecciones sobre la vida.

Hoy decidí olvidar al maestro Champoleón, conocedor profundo de la vida y sus razones, para recordar a tantos poetas que con su alma simple y pura han sabido llegar a los niños. Después de cada verso hagamos un alto, cada quien en su intimidad, para sacar conclusiones o simplemente para soltar la risa o lanzar gritos al cielo en forma de canciones. Vamos hoy a quitarnos la rígida vestimenta de adultos (a veces coraza de fierro) y saquemos, rescatemos aquel chamaco que llevamos dentro.

Ayúdame a recordar todo aquello que leímos de niños. Vamos a tratar de hacer gala de nuestra buena memoria y vamos tras aquellos cuentecitos, poesías.

Para empezar, te regalo estas coplas mexicanas:

Como versitos me pidan
versos traigo de a montón
aquí traigo un morral lleno
y un costal sin desatar
y en la copa del sombrero
los que acabo de cantar
Tengo verso sobre verso
y por verso no he de quedar
traigo una cajita llena
y otra que voy a empezar.

Con la alegría de estas coplas, que por sí solas definen nuestra intención de hoy, empezaremos, empezaremos a recordar. Tercera llamada. Desde Argentina, María Elena Walsh nos presenta:

El vendedor de sueños

Vendo sueños con gusto a caramelos,
países raros, lentas maravillas,
ángeles que dan cine por el cielo,
y relámpagos para pesadillas.
Sueños como trapitos de colores,
imágenes y muchas otras cosas.
Algunos tienen pájaros y flores.
otros, infierno y brujas espantosas.
Sueños y sueños para todo gusto:
Cajas de azufre, paquetitos rojos.
Lágrimas o canción, amor o susto
para los niños que cierran los ojos.
Llevo en mi cesta el mágico tesoro.
¡A ver quién me lo compra, quién me llama!
Dejen afuera su moneda de oro,
y mírenme pasar desde la cama.

Y otra argentina, María del Mar Estrella, que con ese nombre sólo puede decir cosas bellas:

El pregonero

Yo regalo semillas
de planetas pequeños.
Tras de mí van los niños,
los pájaros, los perros,
las sabias golondrinas,
los tímidos cangrejos.
Los locos y bufones
y algunos pocos cuerdos.
Regalo agujas finas
y madejas de sueños
para tejer la vida
con diez colores nuevos.
¿Quién quiere mariposas?
¿Quién los raros espejos
donde el que mira puede
ser mirado por dentro?
Acérquense a mis saldos,
yo soy el pregonero.
Regalo lunas rotas
y misterios enteros.
Jugosos corazones,
y corazones viejos.
Sueños que no se compran,
los dan los pregoneros.

Y el poeta colombiano, que en unas cuantas palabras nos dice lo que es una casa:

Casa

Ventanas azules,
verdes escaleras,
muros amarillos
con enredaderas.
Y en el tejadillo,
palomas caseras.

Y de la región más ecológica, desde Costa Rica, Gloria Jiménez nos platica de ese personaje maravilloso que tanta alegría ha llevado a los niños:

Payaso

El payaso siempre lleva
su costalito a la espalda,
donde guarda la Alegría,
que en cantidades regala.
¿Cuántaquieres? ¿Te la vendo?
¿Quieres de a cinco o de a diez?
¿No crees que está bien barata?
¿Quieres una, dos o tres?
Un momento:
la Alegría no se vende,
se reparte, se regala;
y el payaso se ha quedado
sin costalito ni plata.

Y de la tierra de Celia Cruz, nos llega el mensaje:

Ricos y pobres

Mi casa no es mi casa,
si hay quien no tiene casa
al lado de mi casa.
Calabaza, calabaza.
La cosa es que mi casa
no puede ser mi casa,
si no es también la casa
de quien no tiene casa.

No recuerdo el nombre del autor del poema anterior, sé que es cubano, pero iqué importa, la lección ya nos la dio!

Y de tierras uruguayas:

Grano de maíz

Todas las madrugadas
en el buche del gallo

se vuelve cada grano de maíz
una mazorca de cantos.

Y aunque no me lo creas, don Jaime Torres Bodet, ése sí mexicano, sacó de su gran sabiduría la ternura e hizo su:

Canción de las voces serenas

Se nos ha ido la tarde
en cantar una canción
en perseguir una nube
y en deshojar una flor.
Se nos ha ido la noche
en decir una oración,
en hablar con una estrella
y en morir con una flor.
Y se nos irá la aurora
en volver a esa canción,
y en perseguir esa nube,
y en deshojar esa flor.
Y se nos irá la vida
sin sentir otro rumor
que el del agua de las horas
que se lleva el corazón...

Y a continuación doy paso al poeta de poemas para niños, aquel que con oído musical fue capaz de convertir sus versos en canciones y que después de mucho peregrinar logró transmitirlas a todo México a través de aquella famosa radio, la XEW. Cuántas alegrías ha dado el grillito cantor a los niños a través de los años, cuántas piñatas ha amenizado, cuántas bellísimas películas y cuántos sueños bonitos. De Francisco Gabilondo Soler recuerdo aquella que es una historia de la vida real:

El jicote aguamielero
La reina de las abejas
estaba en el panal
y le dijeron —Regia Majestad,
alguien le quiere hablar.
Cortado entró el jicote
humilde de condición,

pero ilusionado de pedir
pedirle su corazón.

—Parece, parece que no sabe,
no sabe con quién trata,
igualado bigotón.

Soy la reina, la reina por bonita
y un jicote aguamielero
íno cuadra con mi amor!
Silencio quedó el jicote
con tanta humillación.

A la orgullosa reina del panal
así le contestó:

—Leí que éramos iguales,
según la Constitución,
la sociedad sin clases la creí
ípero ya veo que no!

La reina de las abejas
estaba libando miel
y una de sus obreras le gritó
—Ai'stá de nuevo aquél.
Mandando cerrar la puerta,
la reina se le negó
porque su afán es que se ha de casar
con un emperador.

—Parece, parece que no sabe,
no sabe con quién trata
ese prieto barrigón.

Soy la reina, la reina por bonita,
y un jicote aguamielero
no cuadra con mi amor.
Fruncido quedó el jicote
arqueándose de dolor.

En su pesar, cantando el infeliz,
así se despidió:

—Adiós reinecita hermosa,
que me trató tan mal
pero asegún las leyes del país
¡aquí todos son igual!

Y el jicote aguamielero
con bigotes de aguacero,
rezumbando regresó a su maguey
sin rubores en la frente
porque últimamente
a la sombra de las pencas es el rey.

No sé qué pienses de los poetas de los niños. Yo, al recordarlos, al traerlos a la prensa del periódico de hoy, me siento más tranquilo, más sosegado. Se me olvidaron los problemas del ayer, los de hoy y los que vienen. Ciertamente ablandan el alma, regocijan el espíritu y despejan la mente. Acerquemos estos libros a los niños de hoy, salgamos a las playas y al malecón y leamos a los poetas de los niños en voz alta, a gritos, de ser necesario. Que todos los escuchen, niños y adultos... Así, estoy seguro, no habrá más guerras, ni bombas, ni siquiera películas de horror. Habrá, creo yo, hombres y mujeres buenas, generosas, sencillas, que bailen, que jueguen, que canten y verán la vida con ilusión, con optimismo, con respeto... y tendrían, seguro, muchas, muchas ganas de vivir.

¡Ah! Y también habrá junto al baile y el canto muchas ganas de trabajar.

¿Quién dice que se oponen?

Mi primer encuentro con un extraterrestre

Recuerdo muy bien, era un martes al caer la noche, el día aún no se despedía y la noche aún no se presentaba. El color a esa hora era entre naranja y amarillento, con una atmósfera muy transparente. No era noche de luna llena, era luna menguante en la constelación de Capricornio.

Había yo tenido un día exuberante, pleno, inmejorable. Uno de esos días en que todo te sale bien, pasas un buen rato junto a quien amas, tienes muy buenos resultados en tu trabajo, te encuentras con un amigo de los buenos. Ese día hubo tiempo para callar y para pensar, para disfrutar tu interior, para hacer planes contigo mismo.

Fue un día divertido. De repente, a ojos cerrados se presentó un personaje de caricatura, muy parecido a mí, pero en forma de monito dibujado y se burló hasta que le dio la gana; nos reímos los dos y nos burlamos de mí mismo. El hombre y su caricatura, burlándose hasta morirse de risa, qué divertido.

Fue uno de esos días en los que no puedes pedir más. Ya lo dije, me encontré con este amigo, y dije amigo, no conocido. De los que saben dar a manos llenas, que son amigos de todos los días, que no tienen fecha ni hora, ni condiciones ni circunstancias... Simplemente son amigos, de los buenos. Comimos juntos, no ingerimos alimentos, comimos, comimos muy bien, platicamos, tomamos una buena copa de vino tinto, recordamos, al final tomamos un buen café espresso y luego un puro, de tabaco veracruzano, que no le pedía nada a los cubanos.

Había trabajado duro desde temprano en la mañana y todo había salido muy bien... Un buen día.

Para remachar el clavo, ya caída la tarde, a la hora del *sun-set*, recibí la visita de ese viajero que frecuentemente viene a alimentarse de los

tulipanes rojos que crecen en las jardineras del balcón. Pico y pistilo forman una unidad, mueve las alas a mil por hora y como sabe que lo observo, vanidosamente hace piruetas, se mueve con rapidez y elegancia de una flor a otra.

Claro, lo adivinaste, es esa chuparrosa bellísima que ha tomado mi casa como cuartel general; es tan frecuente su visita que hasta la bautizamos ya con el nombre de Ballerina... Es bellísima, alegre y muy hábil para volar. Ballerina fue parte del escenario de ese día-noche en que por primera vez tuve un encuentro con un extraterrestre.

No había nadie más en la casa a esa hora y, como ya dije, era un martes entrando la noche; quizá serían las siete y media. De pronto, sin voltear, sentí la presencia de alguien en la silla junto a mí. Por principio de orden, no volteé. Oí una respiración muy suave, rítmica, tranquila. Aguanté la presión de la curiosidad y seguí sin voltear. Sabía a ciencia cierta que no había nadie más en la Casa del Soñador, ¿por qué hacer caso de un presentimiento? Continué con la mirada perdida en el infinito, sin hacer caso a la presunta y supuesta compañía.

Así estaba cuando escuché un pst-pst tenue y entonado, y aunque siempre me ha molestado ese sistema de llamar la atención, sabiendo que pueden llamarme por mi nombre, el ruidito y la curiosidad me vencieron y, cuando volteé a la derecha, en dirección de la silla de junto, efectivamente ahí estaba, con los piecitos colgando, pues su estatura no era mucha. Su cuerpecito estaba bien hecho; no es cierto que tengan pantallas de TV en la barriga. Su cabeza, redondita; no es cierto que tengan antenas. Aunque, eso sí, las orejas son grandes, desproporcionadamente grandes con relación a la cabeza. Las extremidades, piernas y manos son muy delgadas. Su apariencia, a primera vista, me pareció extremadamente simpática. Tienen en su rostro ese algo que lo hace agradable y da de inmediato la sensación de sinceridad. Era un extraterrestre. No sé tú, pero yo nunca había visto uno, y menos convivido y conversado con uno.

¿Cómo iniciar el trato con un ET? Cuando quieras entablar conversación con una muchacha desconocida siempre puedes usar el recurso del “¿Estudias o trabajas?”, pero ¿y con un extraterrestre? El sentido común me aconsejó iniciar por el principio.

—¿Cómo te llamas?

—U-2—me contestó.

“Qué ordinario —pensé—, tiene el nombre de un famoso grupo de rock de los ochenta, o peor, el nombre de esos aviones espías americanos que vuelan tan alto que escapan a los radares y a todos los medios de identificación”.

“Finalmente —me dije—, qué más da”. Seguimos platicando.

—Vengo a visitarte.

—¿Por qué? —pregunté.

—Me caes bien —dijo.

—¿Por qué?

—Vengo a divertirme contigo.

—¿Cómo?

—Platicando, mil veces bobo.

—¿Así nos llevamos?

—Quiero ser tu amigo, platicar, conversar, cambiar impresiones, hablar y escucharte.

La incipiente conversación se llevaba en perfecto español; después supe que tienen un mecanismo ultra sensorial que hace que hablen el idioma del interlocutor, o sea cual fuere: inglés, chino, francés, indio, afgano.

—¿Por qué son tan grandes tus orejas? —pregunté tontamente.

—Para escuchar mejor —dijo—. Tenemos dos grandes orejas y una boca chica.

—¿De dónde vienes? La curiosidad ante todo, soy un baboso.

—Igual que tú, me contesta.

—¿Dónde vives?

—En el mismo lugar que tú, igual que tú.

El hombrecito hablaba como humano, como un humano bien educado, pero no parecía humano. Su figura no era de humano.

Después de las preguntas de rigor, para introducirnos, para romper el hielo, U-2 se dejó venir de lleno para compartir conmigo su máxima preocupación. Está muy preocupado por la forma como los que nos decimos pomposamente terrestres, por cómo tratamos a nuestro planeta. Me dio cifras y datos: los ríos contaminados, los bosques arruinados y llevados a la mínima expresión, la invasión desmedida a los esteros, la contaminación del aire, los deshechos tóxicos, los basureros de plástico, la contaminación de residuos nucleares, la tala incontrolada. Seguía y seguía, aterrorizándome con su información.

—Lo peor, lo peor —dijo—, es que nada se está haciendo en forma organizada. Los defensores de la ecología sólo pueden reprimir. Se

necesita educar. Mira Nacho, hoy vi aquí, en esto que tú llamas paraíso (léase Puerto Vallarta), a un papá que mientras conducía un carro último modelo tiró, en la Medina Ascencio, un vaso desechable, ante la mirada de su esposa y sus tres hijos pequeños. ¿Qué es eso?

Al hablar, el extraterrestre agitaba fuertemente sus bracitos en forma desesperada, aunque no perdía su apariencia amable. Creo que me cae muy bien este personaje, y, no por nada, creo que yo también le simpatizo.

—Vine a tu balcón a decirte que hagas algo.

—¿Qué puedo hacer yo, si ni siquiera he podido motivar a las autoridades locales a controlar a los desquiciados camioneros que juegan carreras en las calles?

—Haz lo tuyo. A tu medida. Busca influir en los programas de educación a los niños. Haz lo tuyo. Por lo pronto, tú no contamines. Cada quien lo suyo en la medida de cada quien.

—¿Por qué vienes tú de otro planeta a decírnos lo que tenemos que hacer?

—Tonto —me dijo—. No soy de otro planeta. Al igual que tú, pertenezco al Cosmos, al sistema general de vida del Universo. Vivo aquí y vivo allá; no hay fronteras. Habemos en la Tierra muchos de nosotros y de otros. Nadie nos puede ver si no queremos... Igual, hay muchos “terrícolas” en algunos lugares tan lejanos como Ilusa, Progressa, Bonvida, Riccon, Salute, Amoroso.

—¿No hay límites en la vida? —repliqué.

—Los que tú le pongas. Depende de tu capacidad de creer y, por supuesto, de tu capacidad para amar la vida.

Sentí que tenía ya ganas de irse. La verdad, me gustó U-2 para que formara parte de mi Consejo Personal, junto a Champoleón, Allegra, Ventus y los demás que me rodean.

—¿Cómo te contacto?

—Pues fácil, tengo *e-mail*: youtooocosmos@amor.com.

—Entonces, ¿no te llamas U-2, sino You Too?

—Tú también (*you too*), me contesta con una franca sonrisa.

Ésta es la crónica de mi primer encuentro con un ET.

¿O sería un ángel o uno de esos pequeños gnomos que vuelan por los cielos de Vallarta de día y de noche?

You too.

Me encanta Dios

Faltaban quince minutos para que fueran las siete de la mañana. La noche aún no se iba y el día aún no aparecía: estábamos en ese momento de indefinición visual. El mar parecía un gran plato de sopa, quieto, tranquilo, sosegado. Por allá sólo se veía la superficie cortada por una raya: la estela que deja el gran crucero que busca el puerto para atracar.

Los sonidos eran los propios de esa hora: el gallo que canta anunciando el despertar, haciendo un llamado a todos a dejar la cama e iniciar las labores cotidianas; las campanadas de la iglesia anunciando la misa de siete, apurando a los fieles a llegar a tiempo; los vendedores clásicos de esta hora; el gas, el agua, el pan, camarones grandes fresquitos... Cruza la bahía la primera parvada de pájaros marinos, de sur a norte, y ya desde esta hora se escucha el infernal ruido de los camiones urbanos, preparándose a hacer sus desmanes cotidianos. El canto del gallo trata de acallar el ruido de las máquinas que echan humo por la parte trasera y juegan carreras en la pista de la Medina Ascencio.

Distingo desde aquí, en la cima de la montaña verde, dos pangas de pescadores a quienes, sin verles la cara, estoy seguro de que van ilusionados a recoger el chinchorro y a levantar los huachinangos que alguno de nosotros habrá comprado para la comida de hoy a mediodía. Las palmeras ni se mueven, ésas que están frente al mar en la calle Paraguay, ni hay brisa que las mueva, ni música que las haga bailar, pero ahí están, elegantes y muy femeninas. A la mejor, eso sí, al rato se ponen borrachas de sol.

Me faltaba decir que dos perros a esta hora hacen coro, el de la casa de Lencho con el de la señora Aurora, el grandote prieto de aquí atrás, con el pequeñísimo Chipotle de aquí adentro. Para mí, este concierto de perros es como un augurio del buen día que tendremos en el pueblo. No veo, pero escucho, el inconfundible ruido armonioso y bello que

hace la escoba de varas al limpiar las banquetas y las calles empedradas y que ha creado esa fama que tiene nuestro pueblito de lugar limpio.

Para ahora, seguro ya pasan de las siete y media. Un misterioso rayo de luz ilumina la zona hotelera, más bien inicia desde el Pitillal, entra precisamente en Los Tules y abarca hasta el Velas en la zona de la marina. Qué curioso, pareciera que Dios estuviera usando un cañón de luz, como aquellos que se usan en los espectáculos nocturnos... El efecto es impresionante. Ahí están los primeros rayos de sol que anuncian el nuevo día, y también, por qué no decirlo, una nueva vida: cada amanecer es un nacer de nuevo.

Heme aquí, contemplando el espectáculo del nuevo día, cuando siento a mi alrededor ese airecito cálido que anuncia la llegada de mi héroe máximo, mi consejero filosófico, el que me encuentra razones para vivir. Sin preámbulos ni saludos matutinos, propuso tajantemente Champoleón (quien es un gran filósofo, pero jamás hubiera hecho carrera en el servicio diplomático): “Hablemos del año que termina”.

Me tomó por sorpresa. Estaba yo en la contemplación, mi cabeza no se hallaba lista para filosofar. “Empieza tú”, le propuse. Champoleón no es de los que se hacen del rogar, sería como pedirle a Cesáreo que cantara.

“Faltan quince días para que finalice el 2001, el primer año del nuevo milenio. No interesa tanto —dijo— hablar del año que termina, sino más bien hablar de cada uno de nosotros”.

Y continuó tajantemente Champoleón: “Agradece que todos estamos vivos, porque la vida es el regalo más grande que hemos recibido. Vivir es maravilloso, es increíble. Lo demás es lo de menos: los problemas, las contrariedades, los errores, los fracasos, las caídas son sólo parte del camino, como también los aciertos, los éxitos, las levantadas, los buenos ratos”.

Hizo ese gesto de cuando habla en serio.

“El que vive, ama; el que vive, lucha; el que vive, disfruta; el que vive, reflexiona; el que vive, perdona; el que vive, pide perdón; el que vive, rectifica; el que vive, goza; el que vive, tiene todo. “Déjame decirte —agregó Champoleón— que los años no son buena medida para el análisis y la valoración. Son mejores los meses y aún mejores los días, los días... cada día, ése sí que cuenta. Pero lo mejor de todo sería vivir los instantes, los momentos, esos que uno a uno, uno tras otro van formando la vida. Si somos capaces de vivir, digo Vivir con mayúscula,

cada instante y valorar nuestra vida por cada momento, seguro, seguro llegaremos al final de la raya, con una Vida llena, plena, saturada...una vida muy feliz”.

“Oye Champoleón —repliqué— ¿y lo del año nuevo que se avecina y el año que termina en quince días?

Contestó: “Me gusta más hablar de cada día, de cada amanecer como éste. El año nuevo empieza todos los días, cada mañana es un nuevo día, un año nuevo y una nueva vida”.

“Pero Champoleón, ¿y el año que está por terminar, y las guerras y los palestinos, y la baja del petróleo y el martes 11 de Septiembre?”.

Sin decir palabra, se levantó, se acercó a mi librero y, sin titubear, tomó un libro de Jaime Sabines y lo abrió en la página 331. Me dijo: “Lee esto en voz alta, a gritos, que te escuche aquel cangrejo que está en Cabo Corrientes y el ostión que está en Punta Mita, lee, lee a gritos”.

Me encanta Dios

Me encanta Dios. Es un viejo magnífico que no se toma en serio. A él le gusta jugar y juega, y a veces se le pasa la mano y nos rompe una pierna o nos aplasta definitivamente. Pero esto sucede porque es un poco cegatón y bastante torpe de las manos.

Nos ha enviado a algunos tipos excepcionales como Buda, o Cristo, o Mahoma, o mi tía Chofi, para que nos digan que nos portemos bien. Pero esto a él no le preocupa mucho: nos conoce. Sabe que el pez grande se traga al chico, que la lagartija grande se traga a la pequeña, que el hombre se traga al hombre. Y por eso inventó la muerte; para que la vida —no tú ni yo— la vida, sea para siempre.

Ahora los científicos salen con su teoría del Big Bang... Pero ¿qué importa si el universo se expande interminablemente o se contrae? Esto es asunto sólo para agencias de viajes.

A mí me encanta Dios. Ha puesto orden en las galaxias y distribuye bien el tránsito en el camino de las hormigas. Y es tan juguetón y travieso que el otro día descubrí que ha hecho —frente al ataque de los antibióticos— ibacterias mutantes!

Viejo sabio o niño explorador, cuando deja de jugar con sus soldaditos de plomo y de carne y hueso, hace campos de flores o pinta el cielo de manera increíble.

Mueve una mano y hace el mar, mueve otra y hace el bosque. Y cuando pasa por encima de nosotros, quedan las nubes, pedazos de su aliento.

Dicen que a veces enfurece y hace terremotos, y manda tormentas, caudales de fuego, vientos desatados, aguas alevosas, castigos y desastres. Pero esto es mentira. Es la tierra que cambia —se agita y crece— cuando Dios se aleja.

Dios siempre está de buen humor. Por eso es el preferido de mis padres, el escogido de mis hijos, el más cercano de mis hermanos, la mujer más amada, el perro y la pulga, la piedra más antigua, el pétalo más tierno, el aroma más dulce, la noche insonable, el borboteo de luz, el manantial que soy.

A mí me gusta, a mí me encanta Dios. Que Dios bendiga a Dios.

Mi posada navideña

Fueron tantos los eventos y los compromisos, que tuvimos que realizar nuestra cena anual hasta el día 30 de diciembre. Claro que en cierta forma salimos ganando, porque cenamos al aire libre, aquí en el balcón y bañados con esa extraordinaria luna llena que duró hasta el día último del año por la mañana. Nos pusimos de manteles largos. Éramos cinco a la mesa y uno más que nos observaba curiosamente desde los aires de la bahía.

Olaya puso aquel mantel de lino con unos deshilados en las orillas que sólo usamos en las grandes ocasiones, servilletas de 60x60 cm, grandotas como en la casa de mi abuelo, y aquella vajilla que me regaló Doña Tiche con el holograma CB, una vajilla de porcelana de Limouge, blanca, con su filete dorado. La ocasión no era para menos. Hubiera querido poner unas copas austriacas Ridel, pero sólo tengo dos, así que opté por ser honesto y utilizar las comunes y corrientes de todos los días... Total, si el vino es bueno, bueno será el sabor.

No hubo necesidad de usar floreros porque las jardineras del balcón están desbordándose de copas de oro amarillas, bugambilias de todos colores y unas florecitas lilas que parecen margaritas, pero no sé cómo se llaman.

Siempre me enseñaron que la preparación de la mesa es un preámbulo necesario a una buena cena, porque reunirse a cenar no sólo es para alimentarse, es una ocasión, un evento, un encuentro, una oportunidad, un suceso propio para convivir, para estrechar lazos, para departir, para saborear la champaña, para ofrecer y recibir, para agradecer. En pocas palabras, son momentos para disfrutar y pasarlo bien.

Por supuesto, llegaron todos puntuales, a la hora de la cita, las ocho de la noche. Antes de pasar a la mesa servimos un buen Kir Royale y nos trasladamos a una terraza que mira hacia la montaña. Ahí estaba, pletórica, llena de vida y de luz, la luna llena bañando la vegetación

salvaje de la montaña... Todo se miraba en tonos blancos y plateados. ¡Salud! Y unos cuantos apapachos.

Pasamos a la mesa. En una cabecera se sentó Champoleón, a su lado derecho Allegra y frente a ella ocupó la silla Degusta. Junto a Allegra se acomodó un invitado de nombre Amical, que por cierto me lo quiere proponer como un miembro más de mi consejo personal: es especialista en asuntos relacionados con la amistad y las relaciones humanas. En la otra cabecera de la mesa quedé yo, al fin el anfitrión, cocinero y dueño de la casa.

Ahí estábamos todos juntos. Champoleón, el pensador, el filósofo. Allegra, la especialista en las cosas buenas de la vida y del amor. Degusta, mi asesor personal en gastronomía y en placeres permitidos, y ahora Amical, que para el segundo tiempo de la cena ya había yo decidido que formara parte del consejo. Tiene más que suficientes méritos; otro viernes platicamos de él. Allá en los aires jugueteaba sobre la bahía Ventus, mi pegaso, mi caballo alado que me transporta en mis sueños y fantasías.

El menú fue diseñado y ordenado por Degusta: de primera. Rollos de salmón rellenos de callo de hacha sobre unas hojas de endibia; crema de mejillones al azafrán; unos envoltorios hechos con la pasta china de los *won-ton*s rellenos de *mousse* de espinacas y en una salsa de jengibre y *wasabi* cremosa... no te digo más porque es muy largo y muy bueno.

Hicimos, como todo mundo, nuestro intercambio de regalos, y decidimos que nos regalaríamos consejos o, mejor dicho, nuestro regalo consistía en tener la oportunidad de preguntarnos uno al otro lo que más nos interesa.

Inicia Allegra, a quien le tocó Champoleón. Dime, ¿qué es lo importante de la vida? Sin pensarlo, Champoleón contesta: “Vivirla. La vida hay que vivirla, cada instante, cada momento. Vivirla con profundidad, con honestidad, con gusto. Hay que vivirla con seriedad, sabiendo que vida sólo hay una. Hay que partir de algo básico, fundamental, saber que la vida es buena, que vale la pena, que está llena de oportunidades. Si crees en eso, el camino de la vida es bellísimo. No digo que no haya dificultades, pero ellas son también parte de la vida; vencerlas te fortalece para seguir el camino, igual que pasa con los fracasos y las tristezas. El optimismo es parte de la vida, es ver las cosas con espíritu positivo y alegre, el optimismo es el combustible que te lleva por el camino”.

Interrumpe Allegra y pregunta más: “¿De las virtudes humanas, cuál es la más importante?” Champoleón contesta: “Ninguna, todas son igualmente importantes. Pero déjame citar una por la que tengo mucha preferencia: ‘la perseverancia’. Con ella se mueven montañas, el que persevera alcanza. Los hombres y las mujeres tenaces son quienes alcanzan la gloria. Sabia virtud de perseguir las metas, de caer y levantarse, de perseguir, de buscar hasta el cansancio. No conozco ningún gran hombre que no haya sido brutalmente perseverante. Hay cuatro ‘P’ que siempre me han llamando la atención: Prudencia, Paciencia, Presencia y Perseverancia”.

Un sorbo a la copa de Chablis. Empezábamos a degustar aquel plato de camarones cuando Champoleón, al llegarle su turno, preguntó a Degusta: “¿Qué hay que hacer para disfrutar los placeres de la vida?”.

“Primero —contesta Degusta—, hay que entender la dimensión de la palabra placer; es disfrutar, es aprovechar las cosas y las consecuencias, es apreciar a las personas con sus virtudes y sus defectos, es sacarle a la vida todo lo bueno y procurar dejar aquello no tan bueno. El placer es algo divino y también humano. El placer es natural. Va con lo bueno, no con lo malo, va con la medida, no con los excesos. Va con lo normal, no con lo anormal. Va con lo permitido, no con lo prohibido”.

“Bueno, concretemos —dice Champoleón—. ¿En esta cena que tenemos ahora, cuáles son los placeres?”. Degusta, con esa delicadeza y buen gusto que la caracteriza, contesta sin titubear: “Empecemos por el principio, y por la lógica que tú tanto dominas. Los sabores, lo dulce, lo salado, lo ácido, lo amargo, lo suave, lo fuerte, lo delicado, lo intenso, lo primario, lo secundario. Los olores, los aromas, los perfumes. Huele, huele por favor este aroma de ajo y perejil”, dijo, inhalando durante casi un minuto y suspirando después. “Los colores, mira y disfruta los colores de los camarones y de las hierbas y de los ejotes verdes sobre el blanco de la porcelana. Las texturas, las consistencias, lo delgado o lo grueso, lo fino y lo áspero, las texturas.

“Pero el mayor placer que ahorita experimento, es cómo a través de estos alimentos estamos aquí los cinco, felices, contentos, encantados de la vida, gozando no sólo de la comida y la bebida, sino de todo, de nuestra presencia, de nuestra comunicación, del ambiente, de las velas, de la luz y de la obscuridad y de los sonidos del silencio”.

Estábamos ya por entrar al *canard à l'orange*, el clásico platillo de pato, cuando, al llegar su turno, Degusta pregunta al nuevo persona-

je, a Amical: “¿Quién es un buen amigo?”. Con cierta timidez, por ser nuevo en el grupo, contesta: “El que ama”. Volteó a ver nuestras caras después de su contestación, tan tajante. “La amistad es un tipo de amor, pero si quieres te doy algunas características de la amistad: la lealtad, la simpatía, el aceptar al amigo tal como es, la humildad (no puede haber amistad entre dos presumidos, fantoches, echones, creídos, etcétera), el saber pedir perdón y perdonar, la solidaridad, el saber guardar secretos (los chismosos nunca son buenos amigos), la sencillez, la consistencia, la naturalidad, la constancia.

“Dime una virtud: lealtad”. Amical calló y brindó. Entonces le pide a Allegra: “Dame la fórmula para ser feliz en la vida”. “No hay fórmula, la vida no es un compuesto químico, ni receta de cocina. Es más fácil que eso, sólo se necesita una cosa, una sola cosa, una única cosa: *querer ser feliz*, desear la felicidad sobre todas las cosas, tener a la felicidad como único propósito, mi razón de ser, mi meta, mi adicción, mi objetivo en la vida. Así de fácil. Es una actitud, una forma de ver la vida”.

“Bueno, pero dame un consejo para llegar ahí”. Allegra, risueña, encantadora, llena de vida, se dirige a Degusta. “Vamos a ver qué te digo. Es fácil, en el correr diario. Esto quiere decir que cada día, cada hora, cada instante, nunca te fijes en lo malo, sólo en lo bueno. No te fijes en lo que no tienes y sí en lo mucho que posees. Disfruta lo bonito y no te quejes de lo feo. Aprovecha lo positivo y descarta lo negativo. Acompáñate de lo alegre y descarta lo triste. Sácale jugo a las cosas pequeñas de la vida y no pases esperando los grandes eventos que nunca llegan.

“¿El enemigo más grande de la felicidad? La envidia. Dime una virtud: la generosidad”.

Estamos en los postres, acompañados de un vino cosecha tardía. Es el turno de Allegra de preguntar y sólo quedo yo. Tengo tan poco que decir que me adelanté y regalé a cada uno de los comensales un versito que escribí, que habla de algo que creo ayuda en la vida. Se titula “Las ilusiones”: “Las ilusiones, déjalas llegar”.

Estoy tan feliz, fue una noche inolvidable. Y así corrió la noche, alegría, sencilla, gozosa, rodeada de estos amigos míos que son incomparables. Al final llegaron los buenos deseos para el año que se avecina:

¡Feliz todos los días!

Cuentos y recuentos

Se terminó un ciclo, no recuerdo si fue un año, un mes o una semana y, como todos, tú y yo hacemos análisis y evaluaciones personales y a veces hasta de grupo. Fue así que mi amigo el “Totí” y yo nos sentamos oficialmente, primero a tratar de repasar lo que sucedió en el mundo de la política, en la economía del país, en el universo internacional, en sus negocios y en los míos y en el contexto del pequeño mundo que nos rodea a cada quien. Cosas personales, ni las tocamos. Hay temas que sólo se platican y se evalúan con uno mismo.

El “Totí”, mi amigo, tiene la sabiduría que da la vida del campo. Se dedica a producir alimentos, a nutrir niños, a saciar el hambre de la gente, a regalar momentos felices y gusto a los paladares, se dedica a sembrar, es un agricultor. Qué bonita profesión; y ahora que estoy desayunando un par de huevos fritos, acompañados de unos ejotes con salsa de chile pasilla, sus frijolitos refritos por un lado y la tortilla de harina calientita recién “echada”, me puse a pensar que para que estos alimentos lleguen a mi mesa, se requirió del trabajo y del esfuerzo de tanta y tanta gente y también de la benevolencia de la naturaleza. Cuánto trabajo alimentar a la gallina, vacunarla, cuidando que ponga sus huevos. También está ahí el campesino que siembra el frijol para los “refritos” y también para cosechar ejotes. Es una cadena de esfuerzos, de trabajos, de sufrimientos, hasta de rezos y oraciones.

Bueno, pero me salí del tema totalmente. Vuelvo a la conversación con el “Totí”, donde hablábamos del año nuevo... propósitos nuevos. Ya sabemos, primero los de cajón, los que no fallan año con año: hacer ejercicio, bajar de peso, dejar de fumar, ir al doctor, hacerle caso a mi agenda, y otros más trascendentales, como dedicar más tiempo a uno mismo, buscar mejor calidad de vida, no pelear con el prójimo, no criticar sin proponer, afianzar las buenas relaciones con los amigos y una larga lista de etcéteras y etcéteras.

El “Toti”, con esa simpatía que da su rostro mofletudo y ojos pequeños, chispeantes y transparentes, que reflejan su gran calidad de hombre, su cordura y sobre todo su siempre recta intención, me dice: “Mira, el año pasado me propuse a bajar de peso (el hombre tiene mucha tela dónde cortar) y lo logré: doce kilos de enero a marzo, y al 30 de diciembre había ganado ya quince, es decir, gané tres kilos en el balance general”.

“Entonces, no vale la pena”, le contesté.

“Claro que vale la pena. No podemos vivir sin propósitos, no podemos flotar y que el viento nos lleve a donde quiera. Debemos tener metas, aunque fallemos al cumplirlas. Luchar y luchar es el ejercicio de la voluntad, es el fortalecimiento del espíritu. El que no lucha, muere”.

“¡Pácatelas!”, dije. Adelante, el “Toti” ya dijo, a luchar. Con estos pensamientos y la grata conversación del “Toti”, que por cierto fue mucho más larga y más fructífera que lo aquí relatado, con estos pensamientos, me quedé solo. Bueno, no tan solo, me quedé conmigo, con mi otro yo y también con mi *alter ego*; pronto diseñamos los tres mi plan de vida para el 2002.

Manos a la obra, a cumplir con el plan. Antes que nada, la salud. Así que me dispuse a mi tradicional examen médico anual. La primera visita fue con el oculista; después de un pequeño susto, todo volvió a la normalidad: tratamientos, indicaciones, recetas, cuidados a seguir, etcétera, etcétera.

Sé que no te importa, mi queridísimo y solitario lector, ni mi estado de salud y mucho menos las indicaciones del médico, pero lo que sí quiero hacer contigo es una reflexión sobre la perfección de nuestro organismo. Me mostraron unas gráficas de la composición del ojo humano, de frente, un corte transversal, un mapa tridimensional. Una profunda explicación, en este diagrama de un ojo amplificado cien veces, de cómo funciona cada membrana, cada cristal, cada venita, compuertas, conductos, sostenes, nervios, vasos comunicantes, fibras, un mecanismo perfecto que nos permite ver.

Cuando apreciamos la complejidad y la perfección del organismo, hasta el más renuente tendrá que aceptar la existencia de un Ser Supremo, capaz de diseñar mecanismos tan complejos y sofisticados como los que componen nuestra humanidad. Cada célula tiene una función, una responsabilidad, y la cumple con puntualidad y eficiencia jamás comparables con maquinaria alguna.

Al ver los diagramas del ojo humano, también pensé qué poca cosa seríamos si no tuviéramos la capacidad de ver y de mirar. Gracias a Dios, tú y yo tenemos el don de la vista, ese sentido excepcional que nos permite en esta época contemplar el nado y el jugueteo de las ballenas, disfrutar de los distintos azules del mar, admirar el amarillo de las copas de oro, el rojo de los cielos a la puesta del sol y tantas y tantas bellezas que nos rodean, sin olvidar las figuras delicadas de las bañistas en la playa, luciendo los pequeños bikinis de diferentes colores.

Alto. Quiero hacer un enorme reconocimiento a todos aquellos que sin contar con la gracia de la vista hacen su vida de una manera normal y ordinaria, apoyándose en el desarrollo extraordinario de otros sentidos como el del tacto, el olfato y el oído.

Cada vez que reniego de un catarro o de un dolor de cabeza, recuerdo con gran admiración a Leonor, aquella compañera invidente que estudiaba en mi universidad, ayudada sólo por el método de lectura Braille y el apoyo de una amiga, y qué amiga, que le leía los textos de Derecho Romano, Derecho Civil, Derecho Mercantil. Leonor desarrolló otros sentidos, y con méritos y galardones terminó sus estudios profesionales... Pero sobre todo qué voluntad, qué fuerza, qué fe, qué ganas de lograr sus propósitos.

Honor a quien honor merece. Un 4 de enero del año mil ochocientos y tanto, nació un francés de nombre Louis Braille, quien a los tres años, jugando con un cuchillo, se pinchó el ojo izquierdo, perdiendo la vista de ese ojo y posteriormente la visión total. Él desarrolló un sistema mediante al cual, con seis puntos en relieve, acomodándolos de diversas formas, configuró todo el abecedario y también los números arábigos y hasta los números romanos. Qué agradecida debe estar toda la sociedad con este gran científico.

Los albañiles

Mis vecinos, la estimable familia que habita enseguida de la Casa del Soñador, donde tengo la dicha de vivir, están construyendo o remodelando el segundo piso de su residencia. A veces me entretengo observando desde mi balcón cómo avanza la obra. Hoy disfruté especialmente el escenario, porque traté de encontrar el lado humano de la construcción y decidí empezar esta columna hablando de unos personajes tan famosos, tan trascendentales en nuestra economía, en nuestra idiosincrasia, y determinantes en el ámbito social. Sobre ellos recuerdo que se ha escrito por lo menos una obra de teatro y se realizó una película. Chava Flores se inspira en ellos en sus corridos urbanos y hasta en los menús de desayuno de muchos restaurantes de Puerto Vallarta se les hace honor, al llamar con su nombre a un platillo de huevos con salsa verde. Me refiero, ni más ni menos, que a los albañiles. Esos hombres que con sus manos, su cuchara y su plomada igual levantan casas que edificios, talleres, oficinas, centros de diversión, cantinas, templos... y tantas, tantas cosas.

Me quedé arriba, en mi balcón, observando con cuidado la labor, el trabajo de un grupo de albañiles, los personajes de quienes hable en esta columna, porque creo que a veces, como con otras cosas y otras personas, damos todo como bueno, como fácil, como que así es y ya. En el caso de los albañiles, creo que hay mucho que agradecerles y mucho que reconocerles. Quiero compartir contigo lo que me vino a la mente hoy en la mañana: descaradamente dejé mi taza de café, me asomé por el balcón y me di vuelo viendo el espectáculo de unos diez albañiles trabajando. Qué agasajo.

Mi primera conclusión es que, sin haber ido a la universidad, los albañiles son un poco arquitectos, ingenieros civiles, ingenieros eléctricos, ingenieros hidráulicos, calculistas de estructuras, diseñadores,

decoradores, artistas, artesanos, ingenieros de producción y técnicos en materiales de construcción.

Leen planos, como tú y yo el periódico, transportan los planos del papel al terreno con una gran facilidad, sin presunción y sólo con una madeja de hilo, la cinta de medir, unas cuantas estacas y un puño de cal.

Recuerdo las revolcadas que un maestro de obras les daba a los jóvenes ingenieros y arquitectos recién egresados de la universidad, en la época en que construimos el desarrollo condominal llamado Los Tules, aquí en Puerto Vallarta. Los albañiles tienen, sin duda, un gran oficio... e igual que en todos los oficios trascendentales, como los talleres de escultura de Florencia, existen dos figuras magníficas, la del maestro y la del aprendiz: qué bonita relación la del que sabe y el que quiere saber, del que da y el que recibe, del que está en la recta final y el que apenas empieza esta carrera.

Era temprano. En el grupo de trabajo había varias figuras: el maestro de obra, que es el responsable, el coordinador general; el maestro albañil, o sea, el experimentado, el que ejecuta la faena, el que pega ladrillos, el que monta los castillos; el peón, que es quien bate la mezcla, moja los muros con esa técnica que todos hacen de la misma manera, con un balde y un bote de Tecate; y me parece ver otro personaje, el ayudante del peón, quien realiza las labores de más friega y en las que el error es algo imposible.

En esta obra que estoy observando había al menos tres de estos grupos, tres maestros albañiles con su respectivo equipo. Hay entre ellos una relación estrecha, amigable, pero de gran respeto a la superioridad... A la salida del trabajo, todos son iguales: toman la misma cerveza, de la misma marca, mandada a comprar previamente por el ayudante. En la mañana y durante la comida se bebe refresco de marca.

Y hablando de comida, ¿has visto alguna vez una comida de albañil? Qué ricura de taquitos los que la mujer le puso en la lonchera. O bien, a los suertudos que viven más cerca, sus mujeres les entregan los taquitos a las doce en punto. Los de carne deshebrada, los de chorizo con papa, los de nopales con huevo y, por supuesto, los tacos de frijoles dorados en el comal, quemaditos, zarandeados. Ni qué decir de las sardinas de lata ovalada, preparadas con cebolla, chiles serranos y jitomate. Yo diría que una comida de albañil es un banquete.

Los albañiles —me llamó la atención— trabajan con mucha alegría, cantan, cantan todo el día canciones de moda o rancheras, las últimas

de Vicente Fernández; también saben chiflar muy bien, algunos hasta con ciertos gorgoreos, imitando a los pájaros. De cuando en vez, el más viejo del grupo entonaba aquella canción de: “Adiós madre del cielo / madre del Salvador, / adiós Reina Divina, / adiós, adiós, adiós”, o aquella muy nuestra que dice: “Desde el cielo una hermosa mañana, / La Guadalupana, La Guadalupana, / bajó al Tepeyac...”, canción que contrasta mucho con la de “Triste recuerdo”, que canta uno de los jóvenes albañiles. Son un grupo homogéneo en el fondo y muy heterogéneo en sus formas y en sus manifestaciones personales.

La vestimenta es otra característica de los albañiles. Los maestros visten diferente, de forma más seria, más formal, con la indispensable cinta de medir en color amarillo o naranja en el cinturón. Usan la cinta con gran propiedad y habilidad. Sin necesidad de ayuda miden horizontal o verticalmente hasta tres metros. Los ayudantes visten más con *shorts* a media pierna, pantalones de mezclilla recortados o con esos pantalones *baggys anchotes*, tipo un poco “acholado”. Todos usan gorras y cachuchas en todos los colores y formas, si bien destacan mucho los que llevan nombres de equipos famosos, sobre todo de Estados Unidos, así como en las camisetas de todos colores se ven los nombres y logotipos de los Bulls de Chicago o los Dodgers de Los Ángeles, aunque también se ven las rayadas de las Chivas de Guadalajara. Hablando de gorras, yo extraño en ellos aquellas que fabricaban con los sacos vacíos de cemento, en una forma como de conscripto, donde se leía Tolteca o Apasco o la marca del cemento, la que fuera.

Por su forma de trabajar, podríamos pasarnos las horas contemplándolos. Al pastelero más refinado se le rodarían las lágrimas al ver cómo, en lugar de harina, huevos y leche, los albañiles batén, con gran limpieza, ritmo y destreza, cemento, arena y agua. Forjan columnas y castillos con el solo uso de una tabla con dos grandes pijas y un tubo que usan de mango para doblar la varilla de fierro. Mueven el cajón de la mezcla y la cuchara de albañil como si fueran una extensión de su brazo y su mano; enjarrando los techos son increíbles, cómo salpica la mezcla mientras que ellos siguen con los ojos abiertos. La precisión con la que levantan las bardas, ladrillo sobre ladrillo, impeccables colocadas, con la guía de una cuerda de pescador y el uso de un aparato cautivador que se llama “nivel”. La terminología es interesante: “chanfleado”, “un pollito”, “la mocheta”, “amachambrado”, “ochavado”. Qué belleza.

Hay dos características más que son dignas de admiración. Su sentido de equilibrio... qué forma de moverse en los andamios, apenas unos tablones sustentados como se puede, con gran ingenio. Manifiestan el equilibrio también al subir esas escaleras de madera improvisadas; a cualquier equilibrista del circo Atayde le daría miedo pasar por esas pruebas. Ninguno de los albañiles padece de fobia a las alturas; caminan en los filos de los techos como los alambristas en la cuerda floja. La otra característica de admiración adicional es su capacidad de fumar un cigarro y trabajar al mismo tiempo. Sostienen el cigarro en los labios sin separarlo de la boca, y aunque una gran bocanada de humo les cubra el rostro, no pierden ni la vista ni la respiración. Ni se diga lo difícil que es sostener al mismo tiempo el cigarro y la cuchara, con una sola mano. Mis respetos.

Pasó por enfrente de la calle una muchacha, veinteañera, gordita, con la falda un poco corta. Todos, todos dejaron su labor, se hicieron bola y lanzaron el clásico silbido coqueto, el “fiu fiu” que halaga tanto al sexo femenino. Pasó, y siguió la chamba. Al rato, una norteamericana que vive en el edificio de enfrente salió a lavar su coche nuevo, vestida con un pantaloncito muy corto y, encima, una mínima prenda. El concierto de silbidos se hizo ensordecedor. La “gringuita”, lejos de molestarse, me comentó posteriormente en su español mocho: “Hicieron mi día, qué feliz con los mexicanos”. Después circuló una señora mucho mayor y bastante pasadita de carnes: la cortesía fue la misma.

Recuerdo a doña Matilde, una señora amiga de mi madre, a quien un día le oí decir en sus conversaciones: “Mira Tiche, si algún día te sientes deprimida, pasa frente a una construcción, ellos (los albañiles) te levantan el ánimo a la pura pasada”. Qué buen reconocimiento a nuestros personajes de hoy: no sólo son constructores sino también psiquiatras.

Veo con gusto cómo de cuando en vez hacen un alto para contemplar la obra. Cómo no van a estar orgullosos, si apenas ayer esa bóveda no existía, o esa ventana o ese techo. Qué bonito que puedan presenciar físicamente el avance de cada día, lo que sus manos crearon.

Por último, quiero reconocer a los albañiles, nuestros apreciables creadores de obras, ejecutores del diseño de un arquitecto, cumplidores de caprichos de la señora de la casa o de su esposo, que van caminando por la vida creando espacios que den felicidad, o por lo menos bienestar, a quienes los usan o habitan.

Por qué no pensar que el albañil que construyó o trabajó en la construcción del Hospital Regional ha ayudado a sanar a muchos enfermos; o que quien construyó el Hotel Fiesta Americana ha dado alegría a muchos turistas, o que quien hizo el Templo de Guadalupe ha confortado a muchos fieles, o que los que trabajaron en el Malecón y en todas las hermosas casas del Centro han dado a nuestro querido Puerto Vallarta un motivo de distinción y quizá una buena razón para que la gente venga a vacacionar aquí y no en otro destino turístico de México o del mundo.

Si estás construyendo tu casa o tu negocio hoy, te propongo que junes a todos los albañiles que están trabajando y les tomes una foto, la enmarques y la cuelgues en una de las paredes más vistosas, para recordar a aquellos que sin ninguna pretensión te han servido para llevar una vida más feliz... Y el día de la inauguración, después de la bendición de rigor, un brindis por Pancho, el maestro de obras, por Poncho, el maestro albañil, por Chon, el peón, y por el "Popochas", el ayudante del peón, el aprendiz, el de los pantalones abombados y gorra roja, del que hoy nadie se acuerda cómo se llama, pero que dentro de diez años será el maestro de obras de la casa de tu hijo o de tu nieta.

Gracias, albañiles de Vallarta, por haber construido con sus manos esta hermosa ciudad, gracias por hacernos felices a tantos que disfrutamos de este arte arrancado de su esfuerzo.

¡Ah! y no dejen de chiflarles a las mujeres, para que nos sigan recordando, a todos los hombres de este pueblo, que a las mujeres hay que tratarlas muy bien y alagar su vanidad.

Enseñanzas en el circo

Acababa de llegar de uno de esos viajes que hago cada mes. Éste no fue hacia las estrellas ni alrededor de la luna, tampoco fue ése, muy divertido, en que jugamos a capotear los meteoritos que vuelan de un lado al otro del firmamento y a veces hasta caer en la Tierra, como si fuéramos rejoneadores en el espacio, emulando al hoy tan famoso Hermoso de Mendoza, que ha venido desde España a mostrarnos lo que verdaderamente es el arte del rejoneo. En mi juego no extraño, mucho menos envidio, los preciosos y finos corceles del español, ya que el mío es muy superior: un pegaso grande y fuerte, de color rosa, con unas hermosas alas que al ser extendidas miden más de ocho metros. Además, es mejor capotear meteoritos preciosos como bolas de fuego que toros bravos, aunque éstos sean de ganaderías tan famosas como Miura o Xajay. Me invitó Ventus, mi alado corcel, mi pegaso de color rosa, a hacer un viaje por una región en nuestro querido y apabullado México, una región que en verano, como las mujeres jóvenes, redobla su belleza, su ánimo, su salud, tanto que hasta chapetes le salen en las mejillas.

“Vamos —me dijo— a sobrevolar el desierto de Sonora, a contemplar sus colores cobrizos, a disfrutar de los granos de arena que semejan polvo de oro y a gozar de esa flora compuesta por saguaros (sahuaros), biznagas, chayas, acatillos y muchas más plantas diseñadas por un Creador que ese día se vistió de escultor. Vamos —me dijo— a observar a los borregos cimarrones en los cerros y a los venados cola blanca, a los llamados burros pastando en los valles o a los reptiles que ahí toman mil formas. Vamos, vamos a pasear”, insistió Ventus.

Regresé del viaje al desierto y aún estoy empachado (palabra muy sonorense), no acabo de digerir lo que ahí vi, lo que ahí admiré, lo que ahí recordé de mi niñez y juventud. Quizá el próximo viernes me desempache y tenga capacidad para contarte. Ganas, me sobran.

Regresé del desierto y de inmediato me fui a visitar a mis nietas, quienes me invitaron a hacer algo que de pequeño me encantaba. Yo disfrutaba el circo desde que de avanzada llegaba aquel vehículo con dos grandes altavoces en el techo, invitando a toda la población a presenciar los actos circenses más estrafalarios del mundo. Después Manuel Othón y yo esperábamos en la calle Aquiles Serdán el gran desfile: caballos percherones, los leones, los payasos, los malabaristas... todos desfilando y dando una probadita de lo que sería su actuación.

Los altavoces sonaban a todo lo que daban: “No se pierda la actuación del grande y único Pepín, el singular payaso venido desde Argentina. Pepín se lanzará desde 30 metros de altura, hará dos saltos triples y caerá en una tina de solo un metro de diámetro. Increíble, ¿verdad? No se lo pierda, asista hoy al debut del Circo de los Hermanos Martínez Espectacular, el circo que acabó con los incrédulos”.

Llegamos puntuales a la función de las siete. Bueno, llegamos a las siete menos veinte. Por supuesto, los palcos estaban agotados. Insistí, rogué, supliqué y volví a insistir. No pude distinguir si el boletero era un hombre medio lampiño o una mujer medio barbona. Después de mucho insistir, me dijo que quedaba un palco, pero que frente a él había una torre, una columna que estorbaba la vista, que no me lo recomendaba. Primera característica de los cirqueros: la honestidad. Los cirqueros son intrínsecamente honestos, porque su oficio de por sí es muy honesto. Hacer suertes, brincos, machincuepas, catatumbas, saltos, malabares, sólo para divertir a la concurrencia, iqué oficio tan honesto!

El *usher*, nombre pomposo para decir acomodador, nos llevó a nuestro palco y de inmediato ofreció, con dulzura y delicadeza, cojines para las sillas, arguyendo que así las niñas estarían más cómodas y disfrutarían mejor el maravilloso espectáculo que nos esperaba. Segunda característica de los cirqueros: son buenos psicólogos y también buenos vendedores. Cuando vio mi impresión al sentarnos frente a la enorme columna que tapaba nuestra visión, dijo: “Qué bien, les va a tocar la suerte de mirar a los operadores hacer todas las maniobras, claro, además del espectáculo”.

Nos acomodamos frente a la enorme columna. Después, con una música de marcha, muy del circo, aparece el héroe de héroes: “Pepín el payaso” hace su primer *sketch* y resuena en el ambiente la primera carcajada general. Después aparece, “directamente desde la Habana, Cuba, el único, el sensacional Óskar, el hombre que no le teme a las

alturas. Trepó por una cuerda que colgaba del centro de la carpa con una rapidez insólita, se montó en otra cuerda que hacía las veces de columpio olímpico, y desde ahí, desde lo alto, nos tenía a niños y adultos con la boca abierta, admirando su valentía, su audacia y, desde luego, su habilidad. El muchacho fortachón, muy blanco de piel, había logrado su objetivo: impresionarnos a todos. A mi nieta mayor (de 7 años), creo que ya la tenía enamorada con unos cuantos minutos de actuación. Otra característica de los cirqueros: su habilidad para combinar la risa, lo fácil con el suspenso, con el miedo, con lo difícil. Saben manejar bien los contrastes. En este momento, la gran columna, la enorme torre frente al palco, ya había desaparecido, nadie la notaba. Estábamos felices con nuestro lugar. Luego siguió el espectáculo de Dania, la hermosa bailarina de las alturas; Kirié, la mujer hecha de goma; desde Las Vegas, Sebastián y sus increíbles malabares. Un hermoso carnet de artistas, bien vestidos, bien maquillados. Divisé al boletero que me dio el palco en la taquilla, ahora vendiendo palomitas de maíz con mantequilla. Una característica más de este legendario oficio: la versatilidad. Son boleteros, luego vendedores de golosinas, más tarde arman la jaula de los tigres y, quizás, entremedio actúan de segundos tiples o de payasos de apoyo. Qué bonita versatilidad la de estos individuos.

De nuevo, el gran Pepín, el payaso mayor. De nuevo las carcajadas de todos. Me puse a pensar que si pudiéramos aprovechar la energía que genera la carcajada de más de mil personas seríamos competidores de la CFE. Pero, sobre todo, en la actualidad reír, divertirnos, gozar y todos al mismo tiempo. Qué maravilla.

Antes del intermedio y después de muchos actos de acróbatas, trapezistas, pulsadores, equilibristas, payasos, después de muchas risotadas y exclamaciones de iah! y ioh!, aparece Pepín entre medio de nueve enormes (dije enormes) tigres de bengala, y en el centro, “Bola de Nieve”, un tigre blanco, yo creo albino. El payaso se convirtió en domador y traía a los enormes felinos como si fueran unos mansos gatitos. Les ordenó tirarse, acostarse en el suelo y formaron así la más espectacular alfombra que yo hubiera visto. Otra característica de los cirqueros: la valentía. Pepín estaba solito junto a esos animalotes, pero sobre todo qué perseverancia, qué paciencia, qué dedicación para enseñar a esas bestias a brincar los aros con fuego, a rugir al mismo tiempo o a pararse de manos. Casi tres metros de altura y ochocientos kilos de animal salvaje haciéndole obedientemente caso a Pepín el payaso, ahora doma-

dor. Cuántas veces debió haber repetido el acto antes de que saliera al público, no bien, sino perfecto. Tenacidad increíble.

Pero ya no te voy a seguir narrando la función porque quiero que tú también pagues tu boleto y disfrutes el espectáculo. Si te sigo platicando, el circo pierde.

Pero, ¿qué más me enseñó el circo?

Orden. Todo en su lugar.

Humildad. Todos, hasta las estrellas del espectáculo, hacen de todo: ayudar, barrer, etcétera. El gran Pepín, la estrella y además propietario del circo, en el intermedio sacaba fotos de los niños junto a Juanito, un precioso bebé chimpancé. Yo, aunque no soy niño, también me tomé una foto junto a Juanito. ¿Qué más hay en el circo? Noción del tiempo. Todo es exacto, todo al minuto, hay puntualidad, sentido de equipo. Todos juntos al jalón y para el mismo lado. Disposición. Nadie se raja. Entrega. Acto tras acto, una función y la que sigue: nadie se queja. Perfección: si te equivocas en tu *show*, lo vuelves a repetir hasta arrancar el aplauso de la concurrencia. Creatividad. Qué manera de complicarse la vida. Cuando crees que el equilibrista ya hizo todo, se aventura todavía en algo más difícil.

Ya me cansé de narrarte, mi querido y solitario lector. Fue tanto lo que vi y disfruté, fue tanto lo que me reí, fue tanto lo que contemplé a mis nietas con sus caras de admiración y felicidad, que hoy, al contártelo, me siento cansado. Pero sobre todo, fue tanto lo que aprendí que me pareció muy barato el palco con la torre enfrente. Si pudiera, hoy volvería al circo, aunque me quedara en el mismo palco.

Cotidianas

Estaban sucediendo cosas poco comunes a mi alrededor, a veces verdaderamente desconcertantes, misteriosas y extrañas. A nadie se las comenté por ese miedo que todos tenemos a que nos tomen a loco, que no nos crean y que además piensen que uno está deschavetado. Cosas extrañas, pequeñas e intrascendentes, pero que en ese momento no dejaban de inquietarme. Jamás he creído en los aparecidos, ni en los espantos, ni en la Llorona o cualquier otro espíritu que venga del más allá. Las películas de horror me aburren, los cuentos de ultratumba me enfadan; quizá lo único que me atrae, en este sentido, son aquellas leyendas de la época de la Colonia, a las que considero más románticas y amorosas que otra cosa.

Volviendo a lo mío, a nadie se lo he dicho, pero a ti, mi único y solitario lector, muy querido por ser el único, te voy a platicar lo que me estaba sucediendo, con esa confianza de que quedará entre tú y yo y así se conservará mi imagen de hombre normal, común y corriente, que he logrado a través de los años.

Nada del otro mundo, cosas pequeñas pero que para mí tenían algo de insólito. Soy un hombre que sin lentes no puede leer una sola línea de un libro, así esté impreso en tipografía de 36 puntos; pues nada, que por más que me fijaba, dejaba mis lentes sobre mi escritorio para descansar la vista y, de repente, cuando quería ponérmelos, ya no estaban. Busco y busco, sabiendo con exacta precisión dónde los había dejado. De pronto, me pongo la mano sobre la cara, y mira, los lentes los traigo puestos.

Otro ejemplo. Listo para salir a trabajar en la noche. Mi pantalón blanco de manta impecable, mi camisa del mismo material y del mismo color, y con gusto y admiración pongo junto a mi silla de vestir unos mocasines blancos del llamado tipo Vallarta nuevecitos, recién sacados del taller: qué bonitos y qué nuestros. Pues cuando llegó el momento de

calzarme, sólo encontré el zapato izquierdo. Acababa de poner el par juntito y ahora sólo encuentro el izquierdo, después de mucho buscar. Sin quererlo, al entrar a la cocina, sobre la estufa, sobre mi enorme estufa, ahí estaba el mocasín derecho, impecable, limpiecito. ¿Qué hace mi zapato sobre la estufa?

Tengo muchos más ejemplos, pero sólo te relataré un caso más, porque si no me pasaría la columna entera escribiendo “Cosas inexplicables e insólitas en la casa de Nacho Cadena”.

Pues bien, para que comprendas, querido y solitario seguidor de mi columna, estaba ordenando unos versos para imprimir un librito que deseo regalar a mis amigos en la noche del 14 de febrero. Son versos que he escrito recientemente y que tienen como común denominador tratar sobre el amor. Titulo: *Doce poemas de amor... y un lamento*. Después de una hora, logré diseñar el panfletito y poner en orden la poesía? Cuál sería la número uno y la dos y, así, sucesivamente, hasta la número doce, luego el llamado lamento. Orgulloso de mi esfuerzo, abandoné mi mesa de trabajo y fui al refrigerador a premiarme con un enorme vaso de agua helada. Regreso y encuentro que aquella que se llama “Declaración” y que puse en el número uno, ahora está en el número seis, y aquella que se llama “Hembra mujer”, antes número tres, ahora es la nueve, y así, todas estaban en un orden diferente. Para acabarla de amolar, aquella que es el “Lamento” no aparece, se fue como por obra de magia.

Me quedé pensativo. Al ratito, un garnucho en la oreja, luego un jalón de canas, después cosquillas en la planta de los pies (me hacen mucho las cosquillas). Guardé calma y silencio, y aparecieron frente a mí un dátil y un higo deshidratado, frutas que me encantan en ese estado. Guardé calma y callé. Dije: “A ver quién aguanta más”. Pasaron los minutos, hasta cumplir cincuenta y nueve, y aguanté sin decir nada. Ahí, callado y paciente, esperé lo que seguía... nada pasaba.

Saqué fuerzas de la flaqua, aguanté sin repelar, guardé silencio, retando, a ver quién aguantaba más.

De pronto aparecieron en el ambiente, ahí, en mi propia oficina, muchas burbujitas luminosas, y al rato había también cuatro personajes increíbles. Yo lo sabía: alguien estaba detrás de todo esto desde hace ya muchos meses. Alguien tiene que ser responsable de todas estas travessuras y desatinos. Por fin, supe que fuera de que soy un poco despistado, no era lógico que perdiera los lentes a cada rato; fuera de que soy un poco desordenado, no era lógico que los papeles estuvieran por todos

lados; fuera de que soy un poco olvidadizo, no era lógico que lo que pongo en la mesa de noche apareciera luego en la mesa del comedor.

Aparecieron los cuatro con los brazos cruzados, con sus pantalones de olanes hasta los tobillos; en los pies uno calzaba unas zapatillas puntiagudas de color verde y los otros azul, rojo y amarillo. Uno de ellos trae un gorrito y los otros tres nada en la cabeza.

Aparecen frente a mí con los brazos cruzados, levantando la ceja constantemente, hacen muecas con la boca y de cuando en vez descruzan las manos y hacen señas, como queriendo disculparse. Son divinos, encantadores, simpáticos y con una gran figura de traviesos. Quise enojarme, regañar, aturdir, ofender, pedir explicaciones y no pude... son tan simpáticos que vencieron mi coraje y lo convirtieron en alegría. Qué simpáticos son, pero qué traviesos.

Se llaman Chapo, Chepo, Chipo y Chopo. Son cuatro, no sé, pudieran ser gnomos o duendes, o quizá unos de esos que se llaman geniecillos.

No sé qué son ni de dónde salieron, quizá del mar, de las montañas selváticas, quizá bajaron de las nubes o del cielo... en puerto Vallarta todo es posible. Qué importa, son buenos, simpáticos, muy simpáticos, occurrentes, juguetones. Eso sí, muy guasones y traviesos. Son de esos seres que por duro que sea tu carácter, no puedes ser duro con ellos. Además, son divertidos, te sacan de la rutina y del aburrimiento.

Comenté con Érika, mi secretaria, toda esta historia, y como a la hora le pedí unos documentos que deberían estar archivados, pasaba el rato y no volvía con los papeles; entró a mi oficina y me dice: "Yo creo que también a mí me visitan Chapo, Chepo, Chipo y Chopo, porque no encuentro ese folder, deben andar aquí haciendo travesuras". ¿Excusas o realidades? Hay mucho tema pendiente alrededor de estos hombrecitos de bolsillo. Ya vendrá.

Con el buen humor que me produjo el haber encontrado a estos cuatro nuevos e insustituibles amigos, culpables de mis desaciertos, me dirigí antier, a las siete en punto, a participar en un evento que me atraía y llamaba la atención.

El salón estaba repleto de vallartenses, de esos de a deveras, de origen o importados, pero al fin vallartenses de corazón. Vi caras muy conocidas, apellidos muy nuestros, señoritas, señores, señoritas, jóvenes y hasta un par de niños.

Las sillas de enfrente estaban tomadas por unas preciosas mujeres, de rostro tranquilo, de cuidada figura, guapísimas. Algunas ya sufrían

un poco el paso de los años, pero no así su sonrisa, ni su porte. A leguas se les veía a estas mujeres la nobleza, la sana intención, la abnegación, la actitud... aunque de cierta edad, a ninguna de ellas se le veía huellas de cansancio; al contrario, desbordaban vida y alegría.

Cada una empezó a platicar, frente al micrófono, su vida, sus experiencias, sus triunfos, sus dificultades, sus alegrías, sus gustos. Unas hablaron corto y conciso, otras se alargaron un poco más; unas fueron muy serias, otras más divertidas. Todas, todas, realizadas a plenitud, orgullosas de su carrera profesional, todas con esa satisfacción que dá el deber cumplido. Todas con un común denominador: el amor por los niños.

Los corazones de los ahí presentes se hinchaban de alegría y sus almas se llenaban de entusiasmo al ver, al presenciar aquella enorme cantidad de buenos ejemplos. Esa noche, este grupo de sensacionales maestras siguió con su tarea, la de enseñar, sólo que esta vez la enseñanza fue para nosotros los adultos, quienes aprendimos cómo se debe vivir una vida, una Vida, con mayúscula.

¡Cómo disfrutamos los ahí presentes! Gracias, maestras, por ser tan maestras. Gracias a los que participaron en este homenaje a las maestras Pachita y Teresa Barba Palomera. Gracias por reconocer y apreciar lo que este grupo de abnegadas mujeres han hecho por los niños de varias generaciones para que hoy todos, tú y yo, disfrutemos del Vallarta actual, disfrutemos del paraíso.

Clarabello y San Valentín

Con gran sorpresa me enteré de que no soy el único ser de los llamados humanos que es visitado por personajes, geniecillos traviesos que les gusta juguetear con las personas. Mis dos queridos y solitarios lectores me platicaron por *e-mail* que ellos también sufren los embates de las travesuras de alguien a quien o a quienes no han logrado identificar. Llevo la ventaja de que al menos yo sí sé que se trata de Chapo, Chepo, Chipo y Chopo, tal como lo describí en la columna anterior, el viernes pasado.

Estoy llegando a pensar que así como cada quien tiene un ángel de la guarda o ángel custodio, que le cuida de las acechanzas y de los peligros y le defiende en las dificultades, así también cada uno tenemos la compañía de estas criaturas que con sus juegos nos hacen pasar primero dificultades y luego nos ponen alegría en el camino, nos hacen ser complacientes y por sinergia nos hacen traviesos como ellos. Parece ser que los Ángeles Custodios son demasiado severos, se toman muy en serio su trabajo, son extremadamente responsables al cuidar a su señalado... y por tanto, a veces pueden caer en ser aburridos y enfadados. Qué esperanza que esté yo hablando mal de mi ángel de la guarda, si me ha protegido tanto, me ha salvado de tantos tropiezos y me ha rescatado de situaciones a veces tan difíciles.

¿Qué sería de mí sin ángel custodio? Volando cada semana en esos avioncitos que por pequeños merecen cobrar las tarifas más altas del planeta. Mi ángel se llama Clarabello y es un verdadero ángel. Me advierte por dónde cruzar la avenida para no sucumbir en la infernal carrera de camiones urbanos que cada vez gozan de mayor prepotencia e impunidad. Clarabello me guía a la hora precisa en que debo ir al Centro para encontrar un lugar desocupado... siempre me tiene reservado, no sé si tiene influencia con los taxistas o les pide prestado uno de los 1,200 lugares concesionados de que disfrutan o simplemente mi

ángel se disfraza de cubeta para reservar un lugarcito ahí junto a los lavacoches. Pero no creas que Clarabello sólo me guía en estas cosas terrenales, también me protege de los malos pensamientos, de las malas compañías, no me permite beber entre semana, no me deja fumar más de un habano al día, no quiere que me desvele, quiere que me salve de los excesos, de todos los excesos... por eso digo, gran labor de ángel de la guarda, pero es una labor difícil, dura, austera y definitivamente aburrida. En cambio, la compañía de Chapo, Chepo, Chipo y Chopo es tremadamente entretenida, muy divertida. Yo también les juego bromas a ellos, les pongo trampas, trato de desconcertarlos y así todos nos divertimos. Ahora que a estos traviesos geniecillos los insulto, les digo majaderías, les grito de groserías, sobre todo cuando estoy apurado y me esconden la llave de la casa y no puedo salir, o cuando en la noche me activan la alarma del coche y tengo que bajar cinco pisos para desactivarla y, deja tú, subirlos de nuevo. Por eso, de machos de cabra no los bajo. En cambio, a mi ángel custodio le rezo todas las noches aquello que me enseñó mi madre: ángel de mi guarda / mi dulce compañía / no me desampares / ni de noche ni de día / no me dejes solo / porque me perdería.

Al final, sin embargo, le propongo que no me deje solo, pero que vayamos juntos a divertirnos y a pasarla bien, aunque nos salgamos un poco del carril. No accede, es ángel de la guarda y tiene que custodiarme. Imposible convencer a Clarabello.

Junto con mis traviesos compañeritos me fui a recorrer el pueblo. Vi y sentí amor por todas partes, aclarando que no sólo presencié escenas amorosas, como aquella bajo el árbol donde la joven compañera llevó el tradicional portaviandas repleto de chorizo con huevo, nopalitos y frijoles aguaditos con un pedazo de panela, aunque el hombre difícilmente podía disfrutar tan suculentos platillos, pues la joven dama no lo soltaba del pescezo hablándole en corto a la oreja y quién sabe qué más cosas. Afuera de las escuelas vimos tantas parejitas bonitas en diálogos muy personales, tomadas de la mano y de donde se pudiera. Vimos muestras de amor en varias formas. Te cuento que visitamos las oficinas del ayuntamiento y el trato a los antes vapuleados ciudadanos era servicial, atento y hasta cariñoso. Sé que no lo crees, pero una de las servidoras públicas hasta un dulcecito envuelto en color rojo entregaba a cada persona que solicitaba su lado del predial. Y vimos más cosas, los camioneros y sus otroras máquinas infernales cedían el paso a los peatones; en Sam's abrieron todas

las cajas y los antes austeros cajeros ayer recibían a los clientes con alarde de buen gusto y atención, evitando que se formaran colas de más de dos carritos; el amor pululó ayer en los aires de Puerto Vallarta: se sentía, se palpaba, olía a amor por todas partes.

De regreso a mi balcón, desde donde me dirijo a ti, mi leal y solitario lector, de regreso platicaba con mis traviesos compañeritos de travesía, cuando estaba en sexto año de primaria. Allá en la escuela de doña Concepción Larrea de Soria, tenía un compañero de salón, Tarciso de nombre, que escribía desde entonces cartas de amor. Tarciso escribía cartas a una niña llamada Isabel, novia imaginaria, escribía cartas de amor a alguien que no existía. “Te acuerdas —le decía— cuánto nos divertimos ayer, fuimos a la Plaza Zaragoza, espero que guardes aún sobre tu cómoda la rosa amarilla que corté en la plaza. Yo recuerdo perfecto el aroma de la flor, pero más fresco tengo el aroma de tus manos. Me paso horas repitiendo de memoria tus palabras y al fondo escucho las campanadas del reloj del palacio municipal que marcaban las siete de la tarde, hora que debíamos regresar a nuestras casas. Isabel, cuánto te quiero, cuánto te extraño. Tuyo por siempre, Tarciso”.

Mi compañero de aula, un niño de primaria, así le escribía todos los días cartas de amor a su novia imaginaria. Un día, por descuido, Tarciso dejó las cartas en el mesabanco, cuando salió con permiso al baño. El Güero Kelele, el más rudo de la clase, encontró las cartas y en son de burla empezó a leer en voz alta, para que todos lo escucháramos: “Querida Isabel: cuánto te extraño”, leyó en medio de unas risotadas sarcásticas. La maestra Sofía arrebató la carta, la leyó rápido y la llevó a la dirección, a donde Tarciso fue convocado de inmediato e interrogado sobre cómo era posible que “perdiera” el tiempo en el salón de clases escribiendo cartas de amor. Gracias a la maestra Chonita, quien exclamó: “Déjenlo, Déjenlo soñar”, mi amiguito fue liberado; eso sí, sin su carta de amor, que quién sabe dónde quedaría.

A los pocos días, no recuerdo cuántos, la niña de cabellos negros y rizados de nombre Marilú, se acercó a Tarciso y le entregó la carta que se había encontrado: “Debe ser muy linda Isabel, con su cabello rubio y sus ojos muy azules, y debe ser muy buena e inteligente, por eso laquieres tanto”.

Tarciso platica desde entonces todos los días con Marilú y hablando sobre cómo era Isabel, fue descubriendo en esta niña de verdad que para amar a alguien no se necesitaba ser perfecto. Marilú era bonita,

pero chaparrita; era simpática, pero de voz un poco chillona; no era tan aplicada en la escuela, pero era maravillosa gimnasta. Pero sobre todo, era una niña de verdad, que platicaba, que se quejaba, que reía y que podía acompañarlo de a de veras a la plaza Zaragoza. Fue descubriendo Tarciso el significado del amor, querer lo que se tiene, con sus virtudes y sus defectos, con lo que tienes y de lo que careces. Entendió que amor no es sólo recibir, sino que hay que dar, es generosidad y humildad, es perdonar y saber pedir perdón. Supo lo que era disfrutar los pequeños detalles cuando hay amor: es compartir, es gozar, es soñar y ser realista. Amor es libertad, es confianza, es buscar siempre el bien del otro. Es respeto, es sencillez, es querer a otro y quererse a sí mismo.

Así, Tarciso fue descubriendo a través de Marilú la esencia del amor. Aprendió que el amor no sólo es para un hombre y una mujer. Los amigos, la amistad, son una forma de amor; la contemplación y el respeto por la naturaleza es también una forma de amar, también lo es el respeto a las ideas de otros. Ni qué decir del amor a los padres, a los hijos, a los maestros, a los empleados.

No sé exactamente dónde está hoy Tarciso. Supe que seguía escribiendo cartas de amor a todo lo bello de la vida, que también escribe poesías, supe que reparte amor a manos llenas por donde pasa y supe también que es un hombre muy feliz.

Propone Chipo, aquí mismo en el balcón, que hoy, aunque ya no es Día de San Valentín, salgamos todos, en lugar de andar haciendo travesuras, a decirles a nuestros seres cercanos cuánto los queremos, cuánto los necesitamos, cuánto les agradecemos su cariño y amistad, cuánto apreciamos su vida y su trabajo.

Yo me solidarizo con Chipo y te digo: gracias por ser mi lector, gracias por tenerme paciencia, gracias por apreciarme. Al cabo que hoy también, como todos los días, es el día del amor.

Hoy me enamoré del viento

Nuestro primer encuentro fue por el tacto. Sentía yo una suave caricia por toda la piel; tenía la suavidad y la textura de una pieza de terciopelo. Como delicadas manos que repasaran mi cuerpo, una tras otra, sin pausas y sin espacios.

Era la sensación máxima de placer y eso mantenía mi cuerpo muy relajado, mis ojos cerrados y la mente empezó a dejarse llevar por la ausencia de pensamientos. Las caricias seguían suaves pero continuas, de abajo hasta arriba, los pies descalzos, las piernas, el torso, la cara, los ojos. Nunca había disfrutado de ese terco masaje sobre los párpados de los ojos cerrados; parece que te llega al epicentro del alma. Creí mesarme los cabellos, pero no, mis manos lánguidamente colgaban de mi cuerpo, debajo de la hamaca... eran las mismas caricias, esas manos de seda que alborotaban mi cabellera de tal forma que sentía una ternura apacible en mi cuero cabelludo. Dejé correr el momento, me dejé querer, permanecí con los ojos cerrados por el propio peso de la felicidad. Mi piel estaba fresca, a una temperatura que no existe. Floté y caí dormido, en un sueño profundo y placentero, me entregué al sueño, me quedé dormido profundamente.

Después de más de una hora de estar en el más perfecto de los descansos, abrí los ojos, desperté, tomé conciencia y aún, después de todo este tiempo, la brisa, la que corre de mar a tierra, la brisa, el viento, seguía acariciando mi cuerpo de arriba abajo.

Ya despierto, di vuelo a la imaginación, empecé a hablar con todos y me doy cuenta de que el viento es el elemento más desconocido para mí. La tierra, el agua, hasta el fuego son cotidianos en nuestro pensamiento.

A lo lejos, muy allá, cerca de Punta de Mita, observo un grupo de veleros, todos con la vela blanca, que recorren parejos uno al lado de otro, el color azul del mar de la bahía. Quisiera ver la cara de los tripulantes.

lantes, hombres y mujeres, dando frente al aire, cortando con su cuerpo la caricia de los vientos; me gustaría ver cómo vuelan sus cabellos sobre los hombros en señal de gusto, pero sobre todo me gustaría leer su felicidad, el ánimo que el viento les produce. Las velas hinchadas por el viento empujan los barcos hacia delante con poderío y mando. Surcan el agua, rajan la superficie, hacen brechas y al final producen el blanco de la espuma que escolta orgullosa la proa de la embarcación, que es la punta de la lanza mirando hacia el destino, destino que ha sido impuesto por el navegante que con mano firme en el timón conduce la nave. El viento, aquí es fuerza, es energía, es motor; también es juego, es diversión, es entretenimiento. El viento es deporte, es tantas cosas al mismo tiempo.

El viento es música. Cuando corre entre las calles arrinconadas forma un silbido que semeja el sonido de una flauta dulce. Entre los pinos del bosque o en la selva tropical forma música, melodías continuas que arrullan al oído. Cuando mueve los móviles que colgamos en terrazas forma acordes cadenciosos al hacer chocar una pieza con otra.

Los que fuimos a escuchar la Filarmónica de Jalisco aún recordamos la música producida por el viento que salía de las flautas, los clarinetes, los cornos, los oboes, magistralmente tocados por los hombres y mujeres que han dedicado su vida a producir belleza.

El viento es escultor. Lo he visto mover las arenas doradas del desierto hasta formar unas dunas onduladas de formas increíbles... y al día siguiente las cambia de lugar y de forma, porque el viento es incansable, nunca para, nunca duerme. También cuando contemplo Los Arcos de Mismaloya admiro la labor del viento; dime tú si no es una maravillosa escultura: la fuerza y la dedicación diaria realizada por miles de millones de años. El viento es perseverante, sigue trabajando hasta lograr lo que quiere.

El viento es poesía. Es inspirador de poetas y autores. Cuántos versos inspirados en este precioso elemento, cuántas canciones, cuántas novelas, cuántas películas, cuántos cuentos infantiles. Recuerdo aquella de título "Viento negro", la historia del hombre del desierto.

El viento es vida; los humanos vivimos de él, lo respiramos, purifica la sangre que corre por nuestras venas. Es aire, ése que debemos cuidar como a nuestra propia vida, ése que no debemos contaminar con el veneno que expiden los humos de los carros mal carburados, ni

con ninguna otra forma que quite esa sana transparencia a la vida que inhalamos en forma de aire.

El viento es energía cuando mueve las aspas de los dínamos en la punta de los mástiles. Es fertilidad cuando transporta el polen de una planta a otra y hace que fecunden. Es patriota cuando orgullosamente hace ondear la bandera nacional. Es estilista cuando vuela las largas cabelleras de las hermosas mujeres. Es niño cuando juega con los papalotes de papel. Es atleta cuando desliza los *wind surf* sobre las olas. Es travieso cuando se excede y tira del tendedero la ropa recién lavada.

Sin viento no habría nubes y sin nubes no habría lluvia y sin lluvia no habría ríos y sin ríos no habría trigo y sin trigo no habría pan. El viento es alimento.

Interviene Champoleón, mi consejero en asuntos de filosofía, y me dice: “No se te olviden dos cosas. Sobre todo, el viento es libertad; anda por donde le da la gana, se mete por todas partes, nadie lo detiene, nadie puede aprisionarlo, nadie puede limitarlo, nadie puede encajonarlo. Es libre, es la libertad en su esencia más pura.

“El viento nos hermana. Tú y yo, todo el género humano lo compartimos, sin problemas, sin rencores, sin envidias. Tú usas el que necesitas, yo hago lo propio, nunca nos peleamos por un pedacito de aire”.

Interviene Ventus, mi caballo alado, mi pegaso, el de las grandes alas de ocho metros: “No se te olvide, el viento es nuestro espacio, es donde tú y yo volamos, hacemos piruetas, recogemos polvo de estrellas, navegamos cruzando los tiernos rayos de luz del amanecer. No se te olvide: es nuestro espacio para vivir realizados”.

Interviene Clarabello, mi ángel de la guarda: “No se te olvide, el viento, el aire es el camino al cielo”.

Interviene Allegra, mi consejera en las cosas bellas de la vida: “El viento es felicidad, esencialmente es felicidad. Es un compañero que nos acompaña durante toda la vida, no nos deja un solo instante, es un amigo, un buen amigo”.

Silencio absoluto. Y te confieso mi conclusión y te confío una intimidad: hoy me enamoré del viento.

Jules Verne

Marzo es el mes en que se conmemora la muerte de uno de mis personajes favoritos. Jules Verne murió el 24 de marzo de 1905. No solamente fue un escritor, un precursor de la novela científica en un entorno de ficción, sino también un investigador, un sociólogo y hasta un inventor sin laboratorio. Con sus aventuras se adelantó a su tiempo, anticipando a quienes tuvieran la mente abierta los avances tecnológicos que dominarían el mundo los próximos años. Nos habló del viaje a la luna, el submarino, el reloj eléctrico, la computadora, el correo electrónico... todo ello una realidad ya.

Pero como todos los que se anticipan a su tiempo, sus relatos, tan bien detallados que deberían haber servido más para la industria y la ciencia, solamente fueron motivo de asombro y placer, nunca de camino para el progreso. En este sentido, me parece que se asemejó mucho a Leonardo da Vinci. Dos seres humanos poco entendidos y poco aprovechados en los avances de la humanidad. En el transcurso del tiempo se fueron reconociendo sus méritos, hasta homenajeando al autor.

Pero cuánto no nos ha hecho disfrutar con sus narraciones fantásticas y con esos viajes magníficos que los chamacos de mis tiempos platicábamos con asombro abajo del único farol de luz eléctrica que había en el vecindario. Solamente terminaban las reuniones cuando se escuchaban los gritos repetitivos de las mamás llamándonos a ir a la cama... mañana hay escuela.

Francés de nacimiento, en Nantes, el puerto situado a orillas del río Loire, nacieron las inquietudes del joven por sus viajes aventureros de todo tipo.

Cómo disfrutamos *La vuelta al mundo en ochenta días*, con un flemático Phileas Fogg atreviéndose a realizar un imposible viaje para ganar una apuesta, acompañado siempre del inseparable Passpartou,

quién, por cierto, en el cine fue encarnado por nuestro insuperable Mario Moreno Cantinflas.

Viaje al centro de la Tierra, la historia apasionante e increíble de una expedición que entra en el corazón de un volcán para llegar al interior de la Tierra. *20,000 leguas de viaje submarino* nos muestra a un misántropo capitán Nemo al mando del submarino Nautilus y donde guarda miles de aparatos, palancas, técnicas de navegación totalmente sacados de su imaginación y que después, con los años, fueron haciéndose realidad. De hecho, el primer submarino movido por energía nuclear lleva el nombre de Nautilus, en justo homenaje al célebre de la historia de Verne. Hasta Disney ha hecho una película con el nombre del capitán Nemo. *De la Tierra a la luna*: acuérdate de esa apasionante aventura de aquellos lanzados por un poderoso cañón, dentro de una cápsula y puestos en órbita. ¡Qué increíble narración! Muchos años después, en la vida real, una madrugada a las cuatro de la mañana pudimos presenciar en los viejos televisores cómo Neil Armstrong pisaba por primera vez la luna, dejando una huella humana y una bandera del país más poderoso del mundo. La fantasía hecha realidad. Y así, una tras otra, Jules Verne publicó 65 novelas, unas 20 historias cortas y ensayos y 30 obras más entre libretos de ópera, trabajos de geografía y obras de investigación. Verne nació en 1828 y murió en 1905, dejándonos las lecturas más increíbles. Con más de un siglo de antelación nos hizo llegar a la luna, volar en helicóptero, navegar en submarinos y recrearnos la imaginación y la fantasía.

Hoy, por lo pronto soñando despierto, montó mi alado caballo, mi pegaso Ventus, y junto a Allegra, mi asesora de las cosas bellas de la vida, sin ninguna preocupación nos lanzamos al espacio, a gozar de cerca de la hermosa rareza del firmamento estrellado. Desde ahí arriba, a muchos kilómetros de altura, seguiremos en contacto con Jules Verne, quien cerca de la muerte, dirigiéndose a su hijo Michael y a su amigo Hetzel, tranquilamente se despidió diciendo: “*Sed buenos*”.

Llegó la primavera

Estoy plantadazo en un largo, muy largo pasillo, totalmente alfombrado en color gris claro. Trato de ver la otra punta y el río de gente no permite llegar con la vista hasta allá; pero mide casi dos kilómetros de largo, o a lo mejor mucho más. El aforo del lugar está sobrecupo. Una avalancha humana se mueve con cierta rapidez: unos van, otros vienen, pero eso sí, todos se mueven, de tal forma que si miras a nivel de las cabezas, percibes cómo rítmicamente esta ola humana sube y baja, movimiento que da el andar. Un hombre con muletas se mueve con lentitud y cierta dificultad, por lo que inteligentemente se orilla hacia la pared. La gente es de todos colores y también de todos olores. Veo un grupo con piel muy obscura, casi de color morado, las mujeres tapadas de pies a cabeza y con una estrella roja en la frente. Cuando los hombres que usan turbante pasan frente a mí, con cierto desagrado percibo ese olor particular que produce la falta de agua y jabón junto con el olor a *curry*. Hay sombreros de muchos tipos: por ahí una gorra vasca, sombreros texanos, boinas, sombreros de paja, gorros playeros, pero lo que prevalece son las cachuchas tipo beisbol, la mayoría con la visera apuntando hacia atrás. No falta un sombrero de felpa gris, como los que usaban en los cuarenta, muy elegantes. Allá viene, con una velocidad inusitada, una mujer de tez muy blanca, con peinado de salón de belleza en aquella técnica de *crepé*, montada en su silla de ruedas, haciendo señales y espavientos, ante el silencio heroico del joven que empuja la silla, casi corriendo. Entre la gente veo bultos de todos tipos, que se mueven también tropezando a veces con las personas: cajas, bolsas de mandado, mochilas y muchas maletas con ruedas que, cual perritos educados, persiguen a su dueño, quien los controla con una especie de tirantes. Sin perder el paso, la gente voltea a un lado y al otro. A veces unos gritan buscando al compañero, de cuando en vez esculcan las bolsas buscando algo que creen haber perdido u olvidado.

El río de gente se conforma por muchas personas, que tienen dos personalidades:

La propia, la de Juan, Patricia, Humberto, Richard, Wolfgang o Petra, y la colectiva, la de grupo, la de río humano, que sigue y sigue, sin perder el rumbo.

Jóvenes, viejos, gordos, flacos, altos, bajos, niños y niñas. Descubro un hombre vestido de negro y que, con su alzacuello impecable, se detiene de cuando en vez a checar en unas pantallas a color con muchas letras. Escucho idiomas diferentes, distingo el español, el inglés y el francés; de ahí en fuera, todos me parecen iguales y diferentes al mismo tiempo. La avalancha se parte en dos cuando dos chamacos se amachan y empiezan a pelear por un baldecito de plástico: los dos lo quieren llevar, la mamá grita, el papá blasfema mientras se le cae del hombro la bolsa de los pañales que le ha tocado cargar, la madre gira 180º la carreola del bebé y con destreza, con la mano derecha, alcanza a retorcer la oreja de cada uno de los chiquillos que, para entonces, se volvían a integrar a la corriente humana. Unos van, otros vienen, todos se mueven en busca de un destino. Muchos hombres uniformados en color negro o azul, con unas franjas doradas en los puños del saco, todos con gorra oficial... también bellas mujeres ataviadas con uniformes, y casi todas con una mascada alrededor del cuello, a veces se frenan y se saludan entre sí.

Sin darmel cuenta, la corriente me atrapa y ahí voy, entremedio de todos, tratando de guardar distancia para no atropellar a un niño o para no acercarme imprudentemente a aquella dama con pantalón blanco entallado, ombligo al descubierto y una corta tapadera en la parte superior del torso; conste que la gente empuja. Ahí, adentro de aquel cauce desenfrenado, se empieza a mirar cómo algunos se salen a la izquierda y otros a la derecha... el río sigue, sin embargo.

Estoy en el aeropuerto Benito Juárez de la ciudad de México, que quizás por ser 21 de marzo, día del natalicio del Benemérito, lució sus mejores galas de embotellamientos, saturación, desorden, ineficacia, falta de sistemas y de procedimientos y aun falta de espacio vital.

A pesar de eso, qué bella es la ciudad de México, qué señorial, qué llena de historia, qué monumental, qué cosmopolita, qué moderna y qué tradicional. Ni los bandidos, ni los criminales, ni los políticos, han podido acabar con esta belleza majestuosa, la ciudad fundada sobre una laguna donde posó un águila comiéndose una serpiente.

En solo un día visité el Museo de Frida Khalo, comí una nieve de chicozapote en Coyoacán, compré libros en las librerías de ejemplares usados y viejos por las calles de Hidalgo, fui de compras al mercado de San Juan, comí con mi amiga Patricia en su nuevo restaurante (la mejor *chef* de comida mexicana en este país, sin duda) y asistí por la noche a la Asamblea General de la Federación Mexicana de Alianzas Francesas y cené con este grupo de entusiastas, presididos por Agustín Legorreta, que se empeña en difundir la cultura del país del presidente Chirac. Una gran participación de la Alianza Francesa en muchas, muchísimas ciudades de México, enseñando el francés y difundiendo la cultura; por fortuna, a Puerto Vallarta nos empieza a llegar esta influencia.

Bueno, pasando fríos y dificultades logré alcanzar mi avión, con cuatro horas de retraso, no sin antes embarcar mis dos hieleras repletas de cosas ricas que compré en el mercado de San Juan. Desde las alturas, diez minutos antes de llegar, cuando la nave comienza a bajar, se empiezan a descubrir los encantos del paraíso donde tú y yo vivimos. Hoy es 21 de marzo, ya pasamos el equinoccio, ya bajó la serpiente por las escalinatas de la pirámide, pero aquí ya se apoderó la alegría del ambiente, el clima calientito sabroso. Aparecen por todos lados las flores amarillas, los colibríes andan como loquitos de flor en flor y los delfines reciben la primavera con danzas modernas y sensuales (no te las pierdas).

Se aparece junto a mí Allegra, mi amable y bella consejera, y en voz baja me dice: “Abre tu corazón a la primavera, disfrútala, déjate llevar por los buenos sentimientos, abre la puerta al amor y a la amistad, deja que los aromas y los sabores de lo bello penetren en tus sentidos. No ofrezcas resistencia a lo bonito, a lo bueno, a lo suave, a lo amable. Déjate llevar por el viento positivo, déjate, no ofrezcas resistencia a la vida y al bien vivir”.

Allegra nos habla a mí, a ti y a todos. Aquí está, llegó la primavera. Te invito... ¿nos dejamos llevar?

Entrevista con un millonario

Me encontré de nuevo con mi viejo y querido amigo, el “Toti”, hombre muy apreciado por mí desde la época de secundaria, y como vivimos hoy por hoy en diferentes latitudes, cada vez que coincidimos en el tiempo y en el espacio es para mí un motivo de enorme alegría. El “Toti” es uno de los personajes de los cuales puede descubrirse desde que son niños el gran futuro que les espera; desde entonces el “Toti” se ganó el respeto y el cariño de todos sus condiscípulos, maestros y hasta del director de la escuela... el respeto se lo ganó por el cariño que todos le teníamos y el aprecio que logró por su calidad humana y sus virtudes.

El “Toti”, mi amigo, es un hombre enormemente rico, no le falta nada, quizá le sobra mucho, pero de lo mucho que le sobra lo reparte todo, lo regala, lo desparrama entre quien va pasando a su lado.

Unos cuantos que lo conocen dicen que ha sido un suertudo, que la vida le ha brindado todo, que la suerte ha sido su fiel compañera, que es de esos seres a los que todo se les da, que todo les sale, que se sacan la lotería sin comprar boleto. Decía Mundo (Edmundo), el de Ciudad Obregón: “El ‘Toti’ nació parado”. Otros que lo conocen, yo digo que los más, me incluyo en ese grupo, dicen que “Toti” se lo merece, que tiene todo porque se lo ha ganado, su actitud ante la vida lo llevado a cosechar riquezas, las más grandes riquezas a las que un hombre pueda aspirar. El paso por la vida lo ha fortalecido. Goza además de buena salud: no tiene presión alta, su colesterol está controlado, no padece ningún signo de diabetes, el cabello no se le cae, no tiene manchas en la cara, no tiene dientes postizos, es canoso pero no se pinta el pelo, no es flaco pero tampoco obeso, aunque tiene pancita. No es guapo pero tampoco horrible, no es escultórico pero tampoco alfeñique, no es alto pero tampoco chaparro. Yo diría que, en este sentido, es un hombre normal; en lo demás es un hombre excepcional. Si le preguntas, él acepta que es un hombre muy rico.

Después de los clásicos abrazos para festejar el reencuentro, de los saludos efusivos, de las majaderías y palabras altisonantes propias de estas ocasiones, convencí al “Toti” de ir hasta mi balcón y ahí conversar y echarnos un chupe, un trago, un vino, un falorazo, un buche, un alipús, unas gárgaras, un fogonazo o por lo menos una chela, una helada, una elodia, una muerta, una difunta, una fría... una cerveza, pues.

Te aclaro una cosa, mi querido y único lector: notarás que hablo del “Toti” con demasiado entusiasmo, lo alabo de más, mis juicios son siempre buenos para él, no soy ecuánime en mis comentarios... ¡cierto! Somos muy buenos amigos y lo aprecio muchísimo, muchísimo.

Llegamos, nos sentamos, nos acomodamos y nos dispusimos a platicar, teniendo frente a nosotros la inmensa y bellísima Bahía de Banderas, ahora luciendo mejor que nunca, porque aunque daban ya las ocho de la noche, gracias al privilegio atinadísimo del horario de verano se podía contemplar completamente iluminado cada rincón de la enorme bahía. Empezamos con el clásico “¡salud!”. El “Toti”, con una copa de tequila con un diseño muy especial, empujado con una cerveza helada, se quejó porque, según él, también el tequila debía estar bien frío, al estilo sonorense. No tienes que decírmelo: en esto el “Toti” está equivocado. Se justifica y se disculpa el error sólo si comprendes lo que es el desierto con 45º centígrados de temperatura a la sombra... ¡Salud!

Una conversación con un compañero de secundaria empieza siempre por recordar, por recordar a los compañeros y a los maestros o los eventos especiales, los desfiles, los concursos de oratoria, las competencias deportivas, las excursiones. De los compañeros recordamos al “Cigüeñal” (un muchacho que cojeaba), al “Alce” (uno que siempre tenía un grano en la nariz), a la “Tasa” (un agradabilísimo compañero que sólo tenía una oreja), al “Buscaviones” (el que tenía los párpados caídos), al “Buscaveintes” (el que camina siempre mirando al suelo), al “Burro” (el más flojo, aunque él presumía de su apodo por considerarse de extremidades largas).

Cada vez me convenzo más, el Toti tiene la culpa; para ser millonario no hay que tener dinero, hay que tener amigos... Eso sí, buenos, muy buenos amigos. ¡Qué gran riqueza!

Lo invaluable de las sillas

Por razones profesionales, viajé a una gran ciudad del Norte del país, distinguida por el carácter de su gente y por el progreso logrado. Por razones familiares, me hospedé en una bonita casa, recién montada, con muebles modernos, una decoración de éstas que ahora llaman minimalistas: paredes blancas y pocos cuadros, todos de buen gusto, una casa acorde para dos jóvenes solteros, buena tv, buen estéreo, cuarto de computación.... Como diría mi amigo Juan, “qué bonito es lo bonito”.

Esa casa, que si bien es cierto no es una casa lujosa, si está bien puesta. Por alguna razón, creo que porque estarían por llegar, no había una sola silla. Repito, ni una silla había en la casa. El comedor no tenía sillas, la cocina no tenía sillas ni bancos, las recámaras tenían una bonita cama, con todo y su edredón o sobrecama, burós, librero, mueble para tv, artículos decorativos modernos, pero las recámaras tampoco tenían una sola silla. La estancia —muy bonita, por cierto— tenía una gran tv colgada del techo, una mesa de centro, algunos artículos (pocos) decorativos, un florero con una sola flor de color naranja con un tallo muy largo, un bonito juego de sofás, pero sillas, lo que se llaman sillas, tampoco había ahí.

Entonces fue que me di cuenta que algo tan común y ordinario, tan poco apreciado, a lo que tan poco caso le hacemos, que nadie toma en cuenta, como es una silla, se convierte en algo valiosísimo. Hoy soy un admirador increíble de ese adminículo, mueble, artefacto, utensilio, equipo o como quieras llamarle a una vil, común y ordinaria silla... y no estoy hablando de las que hizo Colunga para exhibirse en el malecón: éas no sólo son sillas, son verdaderas obras de arte.

Veamos cosas de la vida real. Me sucedieron en esa casa. Los efectos de comer se disminuyen si no hay sillas en el comedor. Si comes parado sólo te estás alimentando, nutriendo, ingiriendo, llenando tu necesidad fisiológica de proveer al organismo con proteínas, carbohidratos,

vitaminas, etcétera, y ésa no es la función de comer o, diremos, de bien comer. ¿Dónde queda el gusto por los buenos modales, por el deleite de los sabores, de los olores y las texturas? ¿Dónde queda el gusto por conversar, por departir alrededor de la mesa, bien sentados, cómodamente? ¿Dónde queda el gusto por una buena sobremesa, un licorcito digestivo y un buen tabaco? ¿Dónde queda la posibilidad de acrecentar la amistad bajo el espíritu positivo que da la magia de una buena comida? ¿Dónde queda la alternativa única de un buen romance, una declaración de amor o simplemente la oportunidad de pedir perdón o de hacer promesas de no volver a pecar si no es en una mesita, sentado cómodamente, con una velita al centro de la mesa?

Qué importantes son las sillas, estoy ahora convencido.

O en la recámara, preparando el momento del sueño, si no tienes una cómoda silla para ver en la TV un instructivo programa como Big Brother o una magnífica obra maestra de actuación como es *Salomé* o cualquier otra telenovela, tendrías que recostarte incómodamente en la cama, con el maldito control en la mano, perturbando tu descanso y tu tranquilidad... Además, la cama no se hizo para ver televisión, se inventó para dormir y posteriormente se le han encontrado otros usos que han llevado a la sobre población de este planeta. Para ver televisión hace falta una buena silla.

En el mismo aposento en la recámara, ¿cómo te abrochas los cordones de los zapatos si no es sentado? ¿Dónde cuelgas tus pantalones y la camisa del día sin una silla? ¿Dónde pones las bolsas y los paquetes? ¿Dónde pones la ropa que va a la tintorería?

Ya sea en la estancia, en el estudio o en el mismo comedor, ¿dónde te sientas a leer el *Vallarta Opina* o una buena novela de Gabriel García Márquez si no tienes la silla vertical que te mantenga cómodamente erguido? Ni se diga para sentarte a revisar las cuentas de teléfono, de las tarjetas de crédito, del celular, de Lans, del crédito del carro o cualquier otra deudita. Para hacer la lista del súper, la lista de invitados para la cena de cumpleaños o la piñata del bebé, y, por supuesto, para mandar una cartita de amor, una esquela de pésame o una notita de agradecimiento por el regalito recibido. Nada de eso puede hacerse sin una silla.

Pero lo peor, si no tienes una silla a la mano, siempre te darán ganas de sentarte. Te cambia la vida, te mueves de un lado a otro de la casa,

vas y vienes, te echas y te levantas del sillón, prendes y apagas las luces. Vivir sin sillas es vivir una vida desquiciada.

Por eso, ayer que llegué a mi casa caminé palmo a palmo mis habitaciones, saludando a cada una de mis viejas y desvencijadas sillas, y les di las gracias por su altísimo servicio y por todas las cosas buenas y ratos maravillosos que me han proporcionado, les di las gracias por sus méritos en campaña.

Concluyo: qué fácil es acostumbrarse a todas las cosas útiles que nos rodean, que nos dan servicio, que nos hacen más fácil la vida. Ahora fueron las sillas, pero qué tal cuando abrimos la llave y no hay agua o nos metemos bajo la regadera y no hay agua caliente o nos subimos al coche y no prende o encendemos la televisión y no hay señal o marcamos el celular y se acabó la tarjeta o movemos el *switch* y no hay luz o vamos al cajero y no hay billetes.

Hoy hago un alto en el camino y hago un homenaje a las sillas y con ellas a todas las cosas simples y ordinarias de la vida que nos dan felicidad y gusto.

Oj-Alá nunca se me vuelva a olvidar que las pequeñas cosas de la vida son las causantes de las grandes cosas; que no se me vuelva a olvidar que los pequeños detalles hacen los grandes momentos; que la gran felicidad es la suma de muchos, muchos pequeños actos en la vida.

Oj-Alá también que cuando vuelva a esa tan bonita casa en aquella ciudad tan próspera y hermosa, haya por lo menos una silla... estaré mucho más feliz de visitar a ese par de jóvenes amigos, que por cierto son mis hijos.

Encuentros y desencuentros

Siempre he buscado escribir mis columnas sobre temas que no sean de actualidad, sin fecha, sin oportunismo de información. Trato, aunque no siempre lo he logrado, trato de escribir sobre asuntos o circunstancias que se puedan leer hoy, mañana o dentro de seis meses. Hoy cambio mi intención y escribo sobre dos temas que tengo frescos en la mente. Mis encuentros y desencuentros de esta semana.

Una casa con alma

Tuve la fortuna de recibir una invitación a comer a la casa de unos amigos en Conchas Chinas. Resultó ser, más que una comida, un oasis en uno de esos días ajetreados. Aterricé a las ocho de la mañana y tomé otro vuelo a las ocho de la noche. En el *ínter*, muchas cosas sucedieron.

La casa es hermosa, como muchas de las de esta zona de Puerto Vallarta... pero esta casa no es sólo bonita, no sólo tiene una maravillosa vista, ni un increíble jardín tropical de todos colores y de todas formas. Entre el verde de las plantas y los rojos de las flores vi cuatro esculturas de Ramís Barquet y otras cuantas más de Tellosa y otros artistas vallartenses. La decoración, muy eléctrica, cargada de recuerdos personales y de buen gusto, más unas pinturas salidas del pincel del dueño de la casa, del patrón. Los pisos y los muebles rechinando de limpios; no podías distinguir si los ventanales tenían vidrios... alguien los había frotado tanto con algún artículo de limpieza. Y allá, allá abajo, estaba el mar azul como pocas veces, tranquilo y sosegado, como sin ganas de moverse. Me dije a mí mismo: qué bonito lugar, qué bonito lugar para vivir.

Pero lo bonito no fue lo que me cautivó. Desde que crucé el umbral de la puerta, sentí la magia del lugar: me mostró el jardín y sus plantas. El lugar me encantó. Nos sentamos en la estancia a charlar y el momen-

to y la conversación y el espacio me hechizaron. De pronto sentí que no estaba en una casa cualquiera, sino en una casa que canta, que da masajes al espíritu, una casa con alma, el alma de sus dueños. Una casa que sonríe como su dueño y también con la generosidad, la simpatía y el encanto de la señora, pero tiene también la finura, la agudeza, la experiencia del hombre, del hombre que se entusiasma por repartir lo que tiene, lo que la vida le ha dado. Como testigo, tengo una encantadora dama nacida en Zaragoza, España, que sabe poner al momento un toque de dulzura. Otra señora y un caballero con propiedad y sencillez dieron el último pincelazo con su afán de bien servir.

Como te das cuenta, no sólo me invitaron a comer (riquísmo), me invitaron a convivir, a disfrutar, a conversar y a tener un bonito espacio de relajación y tranquilidad. Me invitaron a compartir su casa con alma. Muchas gracias. La casa es de Peter y Buri.

Día del Libro

El 23 de abril se celebró el Día del Libro. Me gustó mucho lo que publicó Izazaga, que propone: “¡Vamos a celebrarlo leyendo un libro!”.

Té cuento una historia que me apasiona. Conozco a una muchacha de más o menos 27 años que se dedica a la educación de los niños. Su vocación la ha llevado a estudiar lo que le apasiona en México y en el extranjero. Trabaja con niños y niñas (mexicanas y mexicanos) de cuarto año de primaria, les enseña, como todos los maestros, geografía, ciencias sociales, matemáticas, historia etcétera, etcétera, sólo que además se ha propuesto inducir a esos pequeñines al gusto por la cultura y las bellas artes (gusto que ella misma heredó de su madre). Empezó por el principio, por despertar en los niños el hábito de la lectura, el *hobby* de tomar libros y leerlos. Buen principio, ya que se había encontrado que los pequeñines sabían todo sobre la televisión, la música y sus correspondientes CD, los videojuegos y hasta las computadoras, pero de los libros muy poco conocían. Empieza con los padres y les solicita que el fin de semana lleven a sus hijos a escoger un libro y comprarlo en la librería. Fue una sugerencia-mandato. Invitó a los padres a exponer ante los niños sus vivencias con los libros y a leer ahí mismo, en el grupo. Implantó una pequeña biblioteca en el salón y fueron los niños conociendo poco a poco, con la paciencia y el ejemplo de la maestra, el deleite de

leer un cuento, una fantasía, una fábula, un relato, una historia, una crónica, un reportaje, una novela. Hoy esos niños pequeños de cuarto año de primaria son capaces de leer mínimo un libro al mes y exponer frente a sus compañeritos una síntesis del contenido. ¡Qué maravilla!

Esa maestra, Dios la guarde con ese empeño, dio a sus niños la posibilidad enorme de adentrarse en un mundo nuevo, el mundo de la lectura, que además de estimulararte el intelecto, te llena el alma de cosas buenas y te pone en contacto con ese mundo con el que nada puede competir. A esos niños, la lectura los llevará a ser adultos felices. Enhorabuena.

Encuentros y desencuentros

Siento en la espalda una caricia y, sin equivocarme, pronuncio el nombre de Allegra, la de las buenas cosas de la vida. Me sugiere cerrar los ojos y dejar que la brisa de mar humedezca mis párpados y que el viento de verano, ése que todo lo purifica, que todo lo limpia, que hace mirar las cosas en su exacta dimensión, borre mis desencuentros y me fije sólo en los maravillosos encuentros de la semana...

“Dale más importancia a lo bueno y lo agradable que a lo malo y a lo desafortunado. Fíjate en lo más y olvida lo menos. Agradece a la vida lo mucho que tienes y jamás deseas lo poco de que careces. Lo feo debe servir sólo para valorar lo bonito”.

Me quedé dormido en el balcón, disfrutando los consejos de Allegra.

De madres, abuelas, tías y colibríes

Los caminos de la vida te van presentando circunstancias, momentos, encuentros que van formando tu propia historia y esa raya que cada uno de nosotros va trazando en el recorrido por la vida. Estos caminos, a veces estrechos, a veces anchos, siempre bonitos, muchas veces te presentan oportunidades extraordinarias: un encuentro con la naturaleza, una anécdota, el hallazgo de un personaje desconocido, un nuevo amigo después de mucho camino andado, una experiencia gastronómica, el descubrimiento de un autor desconocido. La vida es tan generosa que no necesitamos descubrir América para tener una buena experiencia. No hay muchos hombres o mujeres tan grandes y tan importantes como Pasteur, que descubrió la pasteurización; o Fleming, la penicilina; o Einstein, la teoría de la relatividad; o Isaac Newton, la gravedad de los cuerpos físicos; o Armstrong, que pisó la luna; o Otis, que inventó los elevadores; o Carrier, el aire acondicionado; o Galileo, quien descubrió que la Tierra era redonda y que no era el centro del sistema universal; o don Perignon, quien por casualidad descubrió ese elixir del romanticismo y la elegancia que engalana las mejores celebraciones, el *champagne*. Shakespeare descubrió en su época todo lo que hoy son las bases del teatro y del cine contemporáneo. Ni qué decir de los científicos como Darwin, o pensadores, humanistas y filósofos como Hegel, Kant o Marx, que se encontraron con las razones de fondo en el pensamiento humano. O en la actualidad, Bill Gates, quien soñó que en cada hogar de este mundo había una computadora personal.

Los comunes, ordinarios y corrientes también tenemos derecho a que los caminos de la vida nos lleven a encontrar y a descubrir cosas maravillosas. Yo descubrí ayer, y desde hace dos meses, la grandeza de la maternidad. Me la enseñó la tía Flora.

Hace tiempo empezamos a observar que en una ramita frágil de una palma areca, justo a la entrada de la casa, se empezó a formar algo raro

que a los cuantos días tomó forma de nido. Un pajarito y un pajarito, una chuparrosa y un colibrí, acarrearon poco a poco, con gran paciencia, pequeñas porciones de hilo, paja, basuritas y otros tipos de materiales que fueron pegando con no sé qué, hasta llegar a formar esta estructura bellísima, envidia del mejor albañil o hasta del mejor ingeniero. Estaba formando el espacio para que ella fuera madre... Con qué cuidado, con qué gusto, con qué amor lo hicieron. Nosotros seguimos día a día el avance de la obra, que serviría para recibir a dos bebitos pelones, de poco largo y bien traviesos. La tía Flora se echó y puso dos huevos, dos pequeñísimos huevos, que a la vuelta de los días serían Pico de Cera y Pico de Gallo, los dos robustos bebés. Ella, a buscar comida y a ponerla directamente en el pico de los pajaritos, de manera ecuánime y justa: lo mismo para los dos. Un día que estaba la tía Flora en el granado (árbol que da granadas), chupando la miel para sus crías, percibimos la presencia de una araña negra y patona que se dirigía justo al nido, al parecer con malas intensiones. Tía Flora la captó a la distancia y, en una fracción de segundo, se plantó frente a ella, revoloteando las alas a 10,000 por minuto, emitiendo ruidos raros y lanzando picotazos... A los dos minutos, el prieto y patudo insecto dio la vuelta, atemorizado, y desistió de su proyecto de atacar el nido. Para una madre no hay nada más importante que el bienestar de sus hijos. Flora nos dio, día a día, durante más de dos meses, la oportunidad de ir sintiendo ese fenómeno maravilloso que es la maternidad. Desde el coqueteo con Picotón, su esposo, hasta el nacimiento y cuidado del producto, como le llaman los ginecólogos a los bebés en proceso. Ayer 9 de mayo, Pico de Cera y Pico de Gallo abandonaron el nido. Se cumplió el ciclo: Flora realizó su vocación maternal. Felicidades por el Día de las Madres.

Este 10 de mayo quiero recordar a dos personajes más. Primero, a las madres de las madres, las abuelas, que también son madres, por segunda vez lo son, o sea que son más madres que las mismas madres y sufren y gozan y se preocupan y se divierten más que nadie. La abuela teje la cobijita, hace siempre dos chambritas, una amarilla y otra rosita, por lo que vaya a ser el bebé, es la que está pendiente de que la mamá vaya oportunamente al ginecólogo, y que coma y tome las vitaminas. De sorpresa llega a la casa con el "Moisés", como los de antes, ignorando que hoy hay en los almacenes aparatos complicados diseñados con toda la tecnología. "¿Pero cómo comparas la ternura y el cariño de un 'Moisés' con aquel otro espantoso artefacto?", diría la abuela. Al momento del

nacimiento, ¿quién asegura que el doctor haya hecho correctamente su trabajo? ¿Que el bebé tenga pañales y cremita para las rozaduras? ¿Y la bata aquella, felpa azul, para que la mamá no se enfrie? Y después, ¿quién compra los primeros zapatos para el bebé? ¿Y la primera piñata cuando el niño ni se da cuenta de nada? Y más grandecitos los niños, ¿quién les da de comer todo aquello que jamás permitió a sus hijos? ¿Y quién perdona las malas calificaciones? ¿Y quién lleva a los críos a su primer viaje a Estados Unidos? Y los vestidos... y la fiesta de quince años... y la alcagüeta. La abuela.

Hoy hay que hacerle un homenaje también a las madres de las madres, a todas las abuelas de México.

Y también, este 10 de mayo quiero recordar en forma especial a tus tías. Todos hemos tenido una tía-madre. Jaime Sabines, la tía Chofi; el "Toti", la tía Maruca; el Güero Quelele tenía a su tía Chabela. Mujeres que sin haber tenido ningún parto han sido madres, muy buenas madres. La tía Llella, que hacía horchata y galletitas japonesas para todos nosotros y que servía para que mi abuela Elisa tuviera siempre a su lado a su Sancho Panza, presta y puesta a cumplir la misma orden de la abuela, transmitida por un lenguaje visual. Las tías que zurcen el pantalón del chamaco travieso, que dan clases al niño para que hagan la primera comunión, que enseñan canciones a los escuincles, que aguantan las bromas de los chavalos y chavalas. Esa figura angelical de la tía a quien le echan la culpa de todo lo malo y jamás reconocen lo bueno. La tía que se encuentra todo lo perdido, que acompaña al doctor a quien lo necesita, que se queda en casa cuando ya no hay capacidad en el automóvil. Hoy 10 de mayo, saludo a todas las tías con mi mayor aprecio y reconocimiento.

Hoy no hay pretexto para no estar feliz. Festejamos a las mamás, a las abuelas, y a las tías y a los colibríes. Hoy los hombres estaremos seguros y contentos: ninguna mujer nos regañará, ni llamará la atención. Hoy todo será felicidad.

Es más, por lo que a mí toca, felicito y abrazo respetuosamente a todas las mujeres del mundo, porque las que no son madres, son mamacitas... razón suficiente, ¿no crees?

El genio de los genios

Platicábamos animadamente, después de una generosa comida. Y al decir “generoso” no me refiero a la cantidad de alimento, aunque sí a la intensidad y gusto de los comensales por departir, convivir y conversar. Bien se sabe que la razón principal alrededor de una buena mesa, claro, es el buen gusto, la delicadeza, la vocación por apreciar las cosas sabrosas, pero además, y sobre todo, la buena comida induce a la buena reunión, a los momentos agradables, a la charla amena, al intercambio de ideas, a la discusión constructiva, hasta llegar al apapacho y a la exaltación de la amistad. Por eso iniciaba refiriéndome a una “generosa comida”.

Después de la degustación de una pequeña tabla de quesos compuesta por un trozo de roquefort, otro de *camambert*, uno más pequeño de *port-salut*, llegó una botella verde y etiqueta dorada de Calvados du Rieuré, ese celestial aguardiente francés elaborado con manzanas y que es el sello de la región de Normandía, del cual deben beberse con delicadeza, gran cuidado, con todo el protocolo y mesura, no menos de dos copas ni más de cuatro. Con la tersura del terciopelo hicimos traspasar la frontera de la garganta, el primer trago, con la bendición expresa que da el acto de levantar la copa y decir *isalud!* No olvidemos que representa el deseo sincero de que te encuentres bien, de que queremos lo mejor para el otro, ¿qué no es la salud el tesoro, la riqueza máspreciada de la que disponemos los humanos? ¿De qué nos serviría una abultada chequera si no podemos, por motivo de salud, pulirnos un buen *roast-beef* como el de esa tarde? O peor aun, ¿si no podemos deleitarnos con el elixir del referido Calvados? Después de estas consideraciones volvemos a repetir *isalud!* Añadiendo después esa palabra a veces hueca, pero casi siempre sincera para formar el deseo verdadero, *isalud, amigos!*

En esta ocasión los temas van y vienen, casi siempre interrumpidos y salpicados con un comentario oportuno, chusco, picaresco, chispeante, al que en algunos círculos selectos se ha dado por llamar “albur”. Esto no quita la seriedad de la conversación, es más bien como ponerle sal y pimienta al guisado.

Los temas fluyeron y caímos en la plática sobre grandes personajes. Salieron a colación los famosos estadistas de la época de la Segunda Guerra Mundial, personajes de la talla de Stalin, Churchill, Roosevelt, De Gaulle, Mussolini y, desde luego, el Reich, el impresionante Hitler, héroe y guía del ahora perdedor en Francia, el maléfico Le Pen.

Alguien, abundando en el tema, recordó los valores militares de Eisenhower, Rommel, MacArthur, Montgomery y otros que hicieron de esa época un macabro juego de ajedrez.

Pero al cabo del tiempo salió el tema apasionante de los pintores a través de la historia, los genios, los monstruos del arte del pincel y de los lienzos, o en otras épocas de las tierras y las piedras y las paredes... se habló de los antiguos, de los precursores, de los que tenían que arrancarle pelos al gato para forjar un pincel o extraer de las plantas y las flores y las arenas las substancias básicas para producir sus pinturas —y vaya calidad de pinturas, capaces de resistir los embates del tiempo a través de los siglos. Qué valor el de esas personas, qué enjundia, qué dedicación, qué entereza, qué decisión para poder realizar lo que se proponían.

Recordarlos, a la vez que es entretenido, nos brinda un gran ejemplo de lo que se puede lograr en la vida si se tiene un propósito claro, una meta y decisión de hacer lo necesario para llegar al final. “No anuncies —me decía un viejo amigo de mi padre— lo que vas a comenzar, grita con satisfacción lo que acabas de terminar”. Por eso no son tan buenas las ceremonias de primera piedra, sino las de última piedra; o los anuncios de “en quince minutos arreglo”, sino los de “ya arreglé”; o los de “en una semana se definirá”. Bueno, éste fue un paréntesis inoportuno que grabó la computadora sin darme cuenta.

Lo que sí, es que a la hora de la puesta de sol y disfrutando de ese enorme gusto que da la soledad, sobre todo cuando es dosificada y voluntaria, empecé a reposar mentalmente a personajes, hombres y mujeres que han trascendido en los campos de la ciencia, del arte, del deporte, de los negocios, del pensamiento y de la tecnología. Me divertí tratando de encontrar y descifrar la personalidad de gustos, vida

privada, hábitos, carácter y forma de ser de personas como Einstein, Napoleón, Kennedy, Bill Gates, Juárez, Leonardo da Vinci, Picasso, Van Gogh... y a éstos tres últimos me pasé un buen rato entrevistándolos imaginariamente, tratando, con mis preguntas, de adentrarme en su forma de ser y de pensar, en sus alegrías y tristezas, en sus satisfacciones y sus frustraciones. Hoy a las diez de la mañana trataré de transmitir mi entrevista a los asistentes al Desayuno Cultural que se hace para ayudar a la Clínica de Rehabilitación Vallarta-Santa Bárbara.

Trato de concluir. Qué provechosa es una reunión a comer con los amigos. Cuánto te deja, cuánto te enseña, cuánto te divierte, cuánto te estimula la imaginación y, por supuesto, qué buen sabor te deja. Las cosas de todos los días deben llegar a ser siempre las cosas más extraordinarias de la vida.

Jeremías

Empezó como un viaje intrascendente y terminó siendo una huella importante en mi vida, en mi manera de pensar y en mi manera de sentir.

Eran casi las cinco de la tarde y decidí visitar a aquel viejo sin edad, ermitaño, aquél que vive donde da vuelta la bahía, donde está aquel bajo de mar que tanta lata ha dado a las embarcaciones y tan buenos ostiones a los paladares. Ahí donde te puedes comunicar con Dios a gritos, ahí donde tu más cercano cohabitante es el eco de tu voz. Ahí donde el viejo sale a pasear todas las mañanas, en la pequeña playa rocosa, y a platicar con su sombra, su única compañera. Ahí donde vive un hombre feliz, de cabellera larga, de pies anchos y maltrechos, rostro arrugado, sonrisa a flor de labios, manos finas. Ahí donde está el hombre que se alimenta del mar y del aire que respira, aquel que coquetea con las flores, platica con los pelícanos y acaricia con sus pies las suaves olas que intermitente y continuamente van y vienen sobre las rocas que con el tiempo y la salinidad se han convertido en obras de arte. Ahí donde está el hombre, el viejo, que se levanta en la madrugada con un canto de alabanza, con un grito de felicidad y agradecimiento por vivir y que conversa, sin ser San Francisco de Asís, ni mucho menos, con los delfines, las tijeretas y los cangrejos.

Llegué hasta allá sin tocar la puerta, porque no hay puerta, y sin mirar por la ventana, porque no hay ventana, penetré al interior de eso que no sé si llamar casa, choza, aposento, albergue, mansión o palacete. El lugar, pues, donde habita el viejo, donde duerme, donde come, donde está cuando no anda caminando descalzo por la playa rocosa o sentado al pie de aquella palmera de más de 12 metros de alto en actitud de contemplación, de reflexión o quizás simplemente recordando o a la mejor haciendo planes para el futuro... porque él, enamorado de la vida, se la pasa haciendo planes para mañana, para la semana que entra

o para los siguientes diez años; siempre desde ese gran mundo que lo rodea.

Entré al lugar y lo primero que miro es el piso deslavado en color rojo herrumbre, liso, plano, como planchando por el calor de la planta de los pies del viejo, que lo habrá recorrido más de mil veces (una curandera me platicó hace mucho que la temperatura de la planta de los pies delata la personalidad y la temperatura del alma de las personas... ve tú a saber). El piso estaba perfectamente limpio, ni siquiera polvo, ni basura, ni nada, lo que habla de la pulcritud del hombre solo.

Por instinto volteeo al techo rústico. Casi me pareció de lámina, pero a manera de plafón, bajo de él, en color negro, hay una red de pescador que cubre de extremo a extremo; aquí y allá cuelgan unas fauces de tiburón, un pez globo, unas boyas blancas y unos flotadores color naranja. En la simplicidad se encontraba la belleza del techo. No había lámparas colgando; de seguro la luz de las linternas o las velas siempre ilumina de abajo a arriba, en mi opinión la iluminación más seductora.

Los escasos muebles eran de bambú, así de gordo, según me enteré cortado en la región. Muebles artesanales, los asientos forrados en piel blanca de conejo, mismos que antes seguro deleitaron al viejo en un buen guiso. Una arcaica mesa de madera de parota, otra de barcino y una más de mezquite, ésta mucho más ruda, pero mucho más bonita. Sobre las mesas muchas cosas: lámparas, básculas, reflectores, una brújula, un calidoscopio que al girarlo formaba preciosos paisajes de luz y color, una llave enorme como para abrir una puerta, un tirabuzón, dos damajuanas, una campanita de bronce con un grabado de un escudo medieval, candelabros, muchos candelabros de distintas formas y tamaños; un frasco grande con un periódico adentro, muy viejo, donde se alcanza a ver, medio rota, la figura de un joven encorbatado.

En las paredes, nada; casi no hay paredes, la casa mira a todos los puntos cardinales. Me llama la atención que no hay ni una sola fotografía. Allá en una vitrina, un estuche de piel que parece guardar un gran tesoro para el hombre.

Me llama la atención un manojo de llaves pequeñas, no sé cuántas, quizás treinta, cuarenta o más, con una etiqueta manchada, escrita con tinta color sepia que alcancé a leer: "Llaves de los cofres de mis tesoros".

Volteo a la derecha y encuentro lo inesperado: un recoveco con un librero con bastantes tomos y frente a él una mesota, una enorme mesa, sólo mesa, sin sillas, y sobre ella muchos cofres, cofrecitos, cofrezotes,

treinta, cuarenta o más, de todas formas, colores, materiales, texturas, grabados... todos diferentes.

Veo los cofres y volteo hacia el manojo de llaves. La tentación era insoportable, inaguantable. Aprovecho que el viejo bajó al mar a rescatar de una tinaja dos guachinangos (la de los cachetes rojos, según la etimología de Cifuentes) que tenía encorralados y atrapados con una cuerda, listos para la hora de la cena. Tomo con mano temblorosa el manojo de llavecitas y me dirijo a la mesota de los cofrecitos. Ahí empezó la aventura.

Probé la primera llave en el candado de un cofrecito ovalado, labrado, en color cedro y con olor a cedro. En su interior encontré un papel arrugado, enmohecido, medio deslavado que decía:

Éste es el Cofre de las Sorpresas
Esculca este cofre y descubre
1,001 sorpresas de la vida.
sorpresas agradables,
excitantes, entretenidas,
divertidas, magníficas.
Busca las sorpresas
en la vida.
¿O qué la vida misma no
es una sorpresa?

Me apuro y trato con el siguiente candado. Abre de inmediato y descubro el interior del cofrecito negro, porcelanizado, con una flor en la tapadera.

Igual, un papel ahora amarillento, donde claramente leo:

Éste es el Cofre de Los Recuerdos
Está lleno de momentos bellos,
de historias, de sucesos, de acontecimientos,
de celebraciones.
Este cofrecito sólo guarda cosas buenas,
recuerdos felices, alegrías, abrazos y besos.
Destápalo. Al juntarse con tus propios
recuerdos bonitos te dará una enorme
dosis de ganas de caminar para enfrente,

te dará mucho optimismo y deseos de vivir.
Recordar es vivir.

El corazón me latía a mil por hora. La ansiedad por descubrir más me hacía torpe al querer abrir el tercer cofrecito, uno de lámina oxidada, con unos adornos en bronce muy delicados. El papelito decía:

Éste es el Cofre de los Pequeños Detalles
Esas insignificancias
que hacen sentir bien
a los demás y a nosotros
nos dan satisfacción.
Esas pequeñas cosas
que tanto valor tienen.
Eso que no cuesta
pero cómo vale.
Toma de aquí uno o dos,
échalo a tu bolsa y
repártelos por ahí.

Para entonces estaba yo encantado con los cofrecitos y con los tesoros de Jeremías, el viejo, como él mismo se hace llamar, aunque en una vetusta acta de nacimiento descubrí que su verdadero nombre es Alfonso de León y Ponce, aristocrático apellido que, con simplicidad, el viejo lo dejó en un simple Jeremías.

Mujeres divinas

Soy un convencido enamorado de las mujeres libres, independientes, autosuficientes y autorrealizadas. Siempre me gustaron las mujeres que estudian, que intelectualmente se dan al tú por tú con cualquiera, que no tienen límites ni fronteras. Me encanta ver a las mujeres que trabajan y que trabajan bien, con responsabilidad, con aspiraciones, con espíritu de superación, con afán de logro. Disfruto mucho ver a las mujeres arrancar desde abajo, con ilusiones, con ganas de ser, con ganas de llegar. Me maravilla verlas emprender, perseguir, perseverar, superar los obstáculos, brincar las bardas, sacar la vuelta a las piedras; realizarse, llenarse de vida, sin pretextos y sin excusas.

En alguna etapa de mi vida dirigí una empresa donde todos, todos los empleados eran mujeres: la directora, la contadora, la gerente de ventas, vendedoras, oficinistas, mensajeras... todo el personal era femenino. Ahí se respiraba un ambiente único: disciplina, honestidad, lealtad, eficacia, responsabilidad, cariño a la empresa, alegría, sentido de compromiso, respeto, solidaridad; además, claro, ahí reinaba el aroma bonito, las bocas grandes y sonrientes, ese olor a mujer tan característico y estimulante.

Repito: siempre he admirado a las mujeres libres, decididas, autónomas, independientes y atrevidas.

Mujeres todas, mujeres de allá y de aquí, mujeres del mundo, mis respetos.

El lunes viajaba y, a mi lado, en el asiento de avión, me tocaron dos compañeritos, hermanos, él como de seis años, ella no llegaba a los cuatro. Después de los trámites de rigor, la sobrecargo los acomodó con mucha gentileza y la pequeña volteaba con dulzura a mirar al hombre, a su compañero. En la punta de la pista, prestos a arrancar y lanzarnos a los aires, la niña, cariñosamente y buscando protección ante el inicio de la aventura de volar, tomó de la mano a su hermanito, al hombre,

al fuerte, al caballero, demandando sutilmente protección, buscando seguridad y apoyo. Fue entonces que me vino a la mente que antes que nada la mujer es belleza, ternura, cariño, suavidad. Pensé en que lo cortés no quita lo valiente, que junto a esa alta capacidad de realización de la mujer, del sentido de lucha, del carácter independiente, jamás deben perder ese ingrediente maravilloso que es la feminidad, la dulzura, el encanto de ser mujer y que produce, por otro lado, el encanto de ser hombre.

La escena de los niños tomados de la mano me hizo pensar mucho. Más que nada me hizo recordar el valor de la feminidad, de las características únicas y propias de las mujeres, de éstas, éstas que han movido al mundo. Que la vida moderna no nos haga perder el romanticismo, la coquetería, los momentos de atracción y dependencia simultánea, la seducción, las formas, que los hombres sigamos abriéndole a las damas la puerta del coche, encendiendo sus cigarros, parándonos todos cuando una de las mujeres se levanta de la mesa, darles el paso. Que el hombre camine por el lado exterior de la banqueta para cuidar, custodiar, proteger, apapachar a las damas, y que éstas, los seres más maravillosos del universo, sigan, a pesar de su estado y sus ocupaciones, siendo mujeres atractivas, dulces, sonrientes y encantadoras.

Las características de igualdad del hombre y la mujer jamás deberán orillarnos a pensar que no hay diferencias. Los sexos somos intrínsecamente diferentes, desde el punto de vista anatómico, fisiológico, corporal y psicológico somos diferentes; también complementarios, tanto como un tornillo y una tuerca, que embonan, que se amachabran, ¿para qué servimos el uno sin el otro?

Vuelvo a mi declaración original. Admiro, respeto y aprecio a las mujeres libres de mente, lanzadas, suficientes, independientes y autónomas. Aprecio mucho a las mujeres que trabajan, reconozco su valentía, su empeño y su gran capacidad de realización.

Admiro más, respeto más, reconozco más, aprecio más a aquellas mujeres que además de todas esas cualidades, son muy femeninas, bonitas por dentro, alegres, seductoras, cariñosas. Mujeres muy mujeres que encuentran en los hombres ya no un sustento, sí un apoyo; que encuentran en los hombres una mano tierna y protectora, como la niña del avión con su hermanito.

Ratificación

Y para remachar el clavo, días después, caminando por el malecón, se te llenan los ojos de ver caminar aquellas jovencitas con pantalón a la cadera y un blusita entallada cuyas dimensiones permiten percibir la parte central de su cuerpo, el ombligo que nos recuerda que por ahí estuvieron conectadas con otra maravillosa mujer, su madre.

O qué decir de aquella señora vestida con manta blanca sentada en la banca, con un ojo cuidando al nieto y con el otro cuidando su figura coqueta, muy femenina, refrescándose con mucha gracia y solera, con un abanico de cartón con la imagen de Jorge Negrete.

Lo dicho: mujeres, todas, mujeres divinas. Mis respetos. ¿Qué sería del mundo sin ellas?

Concédeme un deseo

Hoy decidí salir a caminar,
me dejé llevar y, sin darme cuenta,
llegué hasta aquella playa rocosa,
al sur de Punta de Mita.
Solo, distraído, a gusto,
caminaba lentamente sin preocuparme
ni del tiempo ni de nada.
Descubrí una lata tirada, de ésa
como de conservas, maltratada por los
golpes de las olas y corroída por la brisa del mar.
Cuanto más me acercaba mejor la distinguía.
La centré en la mira del ojo
y itaz! le di en seco una patada, jugando.
La lata voló y, tras un estruendo,
salió de ella alzándose hacia los cielos
la figura clara de un hombre
cuyo cuerpo se esfumaba hasta no tener piernas.
Ni la lata parecía lámpara
ni el hombre parecía genio.
—Pídeme —dijo— que te conceda un deseo.
Él era flaco, huesudo, con los ojos hundidos.
No era fuerte ni tenía los brazos cruzados.
No usaba turbante, pero sí una especie
de sombrero de fieltro, más bien sucio que limpio.
Nunca he creído en los genios,
mucho menos en deseos.
Menos ahora, muy cerca de Punta Mita,
en el año que vivimos y con alguien salido de un

bote, vestido de aventurero... —Pídeme —insiste—.
—Quiero volver a ser niño —le dije—.
Me burlaba de mí mismo por
hablar con alguien pidiendo,
pidiendo absurdos deseos.
Volver a ser niño, ¿cómo se puede lograr?
—Imposible —dije yo—.
—Tu deseo cumpliré —me dijo el genio—.
Por supuesto, no creí;
por supuesto, nada pasó.
Volví a mi casa contento
después de la alucinación.
Leí, recordé, pensé en la playa,
vinieron a mi memoria
muchas caras, muchas piezas,
muchos momentos, muchas circunstancias,
muchos años, y en el sofá me quedé dormido
con ropa, con zapatos y con todo lo que vestía.
La luz llegó por la ventana a despertarme.
De un brinco volé del sofá,
me sentí diferente,
las dimensiones eran distintas,
los pantalones me arrastran, los zapatos se me salían,
la gorra me daba vuelta en la cabeza.
Apuradamente, voy al espejo
y ya no tengo canas, ni tampoco arrugas
ni manchas en las manos,
ni angustias, ni apuros, ni compromisos
y mi rostro es bueno, sin barba.
Soy niño, el genio cumplió.
Cumplió mi deseo de ser niño otra vez.
Y empecé mi nueva vida,
salí a la calle a jugar
con mi cuerpo de niño.
Pero pronto me di cuenta
que mi alma es la de un adulto:
¿y si no me invitan?
¿y si su papá es más rico?

¿y si su casa es más grande?
¿y si gano y no me pagan?
Encontré a los demás niños
y con ellos me puse a jugar.
Ellos, niños de verdad,
sanos, generosos, amigables;
yo, adulto con cuerpo de niño,
rencoroso, precavido, malicioso.
Me gusta mucho
vivir entre niños
y ser uno de ellos.
Con mi visión de viejo aprendo
de ese mundo diferente
ya olvidado
donde todo es optimismo.
No hay complejos,
el perdón existe,
la memoria es corta para los pleitos,
la alegría es de verdad,
no hay política, ni políticos,
ni embargos, ni negociaciones.
Sí hay conflictos
pero pasan, pasan pronto.
Para mí es un mundo nuevo:
se reconocen los méritos,
los héroes se hacen a pulso,
hay valores y respeto;
sin embargo, la vida corre,
pasa como una fiesta,
una fiesta con piñatas,
gritos, carcajadas y brincos.
Me gusta la vida así,
aunque raro yo me siento,
como un adulto en cuerpo de niño.
Una tarde yo pensé
volver a buscar al genio
y pedirle un deseo nuevo.
Lo único que yo quiero —le dije—

es que me hagas otra vez adulto
pero te pido algo más:
ahora quiero ser adulto,
adulto con alma de niño.

Por hoy fue todo. Muchas gracias.
Lo demás te lo dejo a tu imaginación, a tus caminatas, a tus encuentros
y a tus genios que te han de cumplir deseos.

Viaje a la capital

Viajar a la capital del país, desde siempre ha sido algo excitante. Recuerdo a mi mamá en vísperas de ir a la ciudad de México: cartas iban y venían con los parientes, el peinado, las maletas, la lista de las direcciones de los amigos más queridos, el regalito para la tía Germaine y para toda la parentela. Y el día del viaje, el traje sastre muy bien planchado, la blusa impecable, la bolsa de mano recién comprada y su portamonedas del mismo color, el sombrero a la última moda y un cuidado especial con los zapatos que fueran *avant-gard* pero al mismo tiempo cómodos. Se informaba perfectamente con la suficiente anticipación de lo que estaría en Bellas Artes, los conciertos de García Medel, los restaurantes más cotizados, teatros y todas aquellas cosas que le interesaban.

Recordando este protocolo, la semana pasada que tuve un compromiso en la capital, intenté hacer algo semejante, algo de lo que mi madre, si viviera, se sintiera orgullosa. Busqué en mi clóset y, después de repasar todo lo blanco, todos los pantalones de manta blanca y camisas blancas lisas unas y bordadas otras, después de mucho hurgar, por fin encontré un traje obscuro, casi negro, quizás comprado hace diez años, pero que me pareció digno para hacer el viaje a la capital y lucir mis mejores galas en la comida que debería de atender. A tiros y tirones, a las 5:30 de la mañana me forré en ese estuche negro de lana inglesa y me pareció que era ideal, o para un casorio o para un entierro (siendo el usuario el mismísimo difunto). Me di cuenta de que el traje era lo de menos, ¿y los zapatos? No se puede poner uno un traje tan elegante con mocasines tipo Vallarta, menos si éstos son blancos o de piel natural. Revoloteé el clóset y allá adentro encontré un par de color negro, suela gruesa, con el empeine amplio, lisos y con agujetas y todo. Estaban sin estrenar; fueron un regalo de mis hijos en un cumpleaños hace no sé cuánto. Al verlos, sin siquiera probármelos ya me estaban molestando. Me los puse sin calcetines, pero no se veía bien usar traje negro, zapa-

tos de vestir y sin calcetines, como que no va. La búsqueda fue ardua. ¿Cómo encontrar unos calcetines en mi clóset si es una prenda cuyo uso abandoné hace ya varios años? Clarabello, mi ángel de la guarda, hizo su papel y aparecieron unos de seda color negro con el resorte bien tenso, de color negro también y guardados como nos enseñan de chiquillos, como formando una pelota.

Se hacía tarde. Rayando los patines llegué al aeropuerto y, bajo el saludo y sonrisas de todo el personal de la aerolínea, el avión despegó al punto de las siete rumbo a la capital. Me pareció que todo mundo en el aeropuerto me miró como bicho raro, pero aquí arriba, en el avión, todos somos iguales, todos elegantes. Para esta hora me duelen mucho los pies. Malditos zapatos, cómo extraño mis mocasines blancos que me hacen en la “guarachería” (huarechería) de la calle.

El espíritu capitalino

Ocho y veinte de la mañana y estaba en tierra firme en la gran Tenochtitlan, en la laguna donde se posó un águila sobre un nopal, el diseño de nuestro Escudo Nacional. La tierra de los aztecas, del imperio, de la época del señorío de Don Porfirio y hoy la ciudad donde, en el Zócalo, en la plaza principal, en la Plaza de la Constitución, enmarcada por la Catedral, el Palacio Federal y el Ayuntamiento, se han llenado popularmente de vendedores ambulantes.

Salí por la sala nacional, con ese gusto que siempre da llegar a la capital, a la Ciudad de los Palacios, aquella del firmamento transparente.

Busqué a Horacio “El Buches”, mi fiel amigo dueño de un taxi que me transportaba por todos lados cuando tenía que ir a la ciudad a buscar contratos y a recuperar adeudos. No lo encontré, pero a cambio hallé a Sofía, su esposa, y a su hijo mayor, antes un niño, hoy un mozalbete de casi 1.80 metros de altura.

Qué espíritu el de los capitalinos. La señora tomó el coche y, entre atajos y callejuelas, avanzábamos lentamente en aquel mar de carros que semejaba un gran estacionamiento (me acordé de Puerto Vallarta en Semana Santa). La decisión se le veía en los ojos, sin intimidarse. Aquí sí, al volante, hombres y mujeres son del mismo sexo, sin miramientos, sacando la trompa en las esquinas, bajo la protección de la ley de “el que pega, paga”.

Si a mí algún día, como en las películas de acción, me asignaran la labor de conquistar una plaza, seleccionaría todos mis soldados entre hombres y mujeres de la capital... gente que no sabe rendirse, indomables, con espíritu de lucha y sobrevivencia. Basta mirarlos para conocer el tamaño de su decisión.

Con el empuje, sabiduría, empeño y atrevimiento de Sofía llegamos al primer destino. Llegamos a una de las siete maravillas del mundo, un lugar que junto con la Villa de Guadalupe debería ser visita obligada al llegar a la capital... un lugar de tradiciones, con un lenguaje muy particular, un mundo de colores, un sitio de abundancia: el Mercado de San Juan, el templo del avituallamiento alimentario, el mercado donde no existen imposibles, donde sólo hay lo único, lo diferente, lo mejor.

Llegamos y ahí estaba “El Buches”, el marido de Sofía, hielera en mano, listo para acompañarme a hacer mis compras. Entramos por la primera puerta sobre la calle Ernesto Pugibet, la misma donde estaba la fábrica de cigarros Carmencitos y los populares Faros. Entramos por la sección de pescados y mariscos: un enorme atún, pescados enteros, otros fileteados, en rodajas, del Golfo y del Pacífico, ostiones, almejas, langostinos, hueva de pescado, hueva de salmón, pescado blanco de laguna, bagres, camarones de todos tamaños y colores, anguilas de río, patas de cangrejo moro, moluscos diversos, crustáceos. Todo inmaculado, sobre hielo frapé, perfectamente acomodado e incitando al marchante a que los compre. Pasan por tu mente, como una cámara rápida, las recetas, los recuerdos, los buenos restaurantes, las tertulias. Cebiches, *sashimis*, cocteles, a la plancha, con finas hierbas, al vapor, al horno, al vino blanco... qué rico.

Más adentro, las carnicerías, de las cuales sólo quiero mencionar la sección de la ternera. Qué trabajo más profesional el de los carniceros, casi unos artesanos o, mejor dicho, casi cirujanos. Manejan el enorme cuchillo como bisturí, preparan, amarran los rollos para hornear, hacen trenzas con los recortes de lomo, *osso bucos* perfectos, chuletitas con su riñón incrustado, las lenguas del tamaño de una mano y las elegantísimas *têtes de veaux*. Los cocineros que andan por ahí, por todos lados, al ver esas maravillas se imaginan mil cosas para los “especiales de hoy”. Las señoritas ricas de Polanco pelean con el carnicero, quien al final realiza todos sus deseos como el más cumplido y sumiso de los maridos. En esta sección hice un alto y recordé a la tía Germaine, con sus chuletitas

de ternera en salsa de morillas acompañadas de *baby carrots* a la mantequilla, ¡qué paraíso gastronómico!

Sigues y encuentras los cabritos, los cangrejos, el cordero nacional, el de Nueva Zelanda, el australiano, el americano. Más allá las aves: pollos, patos, pichones, codornices, palomos de campo, perdices, faisanes, gansos... todas las que quieras.

A estas alturas el apetito se me desbordaba, la imaginación, los banquetes, las comidas con mis amigos... Conste, siempre pensé en ustedes cuando recorría recetas y modos de preparar y de servir y de acompañar. Qué bueno es compartir con los amigos.

Adentrándose más en el mercado de San Juan, las salchichonerías, jamón serrano importado y nacional, carnes frías, chistorras, morcilla de arroz y de cebolla, longaniza, chorizos rojos y verdes, chicharrón prensado, chicharrón duro, queso de puerco... una abundancia, todo fresco y apetecible. Te imaginas el entremés o el antipasto con todas aquellas ricuras, dignas de un bonito preludio, para abrir boca a una extraordinaria comida.

Y más allá, las verduras y vegetales. Aquí los tomates son más rojos y los tomatillos de milpa más verdes. Cebollas de todos colores, habas, ejotes de cuatro clases (francés, hilo de zapato, amarillos y ejote gordo). Berenjenas grandes y chicas, blancas y moradas, pimientos de colores. Se levantan las exhibiciones como verdaderas pirámides en franjas, y allá, hasta arriba, la propietaria del puesto con su mandil gris, bien coordinada con las sobrinas que abajo atienden al cliente y cobran la mercancía.

Ya no te puedo describir el puesto de los hongos, con más de diez variedades; ni el de las frutas que, como diría mi tía Llella a manera de halago: “parecieran de cera de lo perfecto”, sin darse cuenta la pobre de que para los higos, los *lichys*, las ciruelas y los mangos esto sería la peor ofensa.

Un paseo por el mercado sin duda es la máxima diversión, pero me duelen mucho los pies con estos malditos zapatos de suela gorda y dura, aunque son elegantes.

¿Y en Puerto Vallarta por qué no?

¿Por qué no tenemos un mercado central de alimentos, donde los locales hagamos nuestro abasto y los turistas disfruten y conozcan nuestras costumbres y nuestros hábitos de alimentación?

En Francia y en toda Europa, los mercados son puestos de gran interés, son motivo de atracción turística y puntos de concentración ciudadana.

Nuestro mercado, que alguna vez existió, lo recuerdo, podría ser parte de nuestra oferta turística, en lugar de haberlo convertido en un punto más de venta de sarapes, camisetas, discos piratas y mercancía de contrabando, que ya está choteada con todos los puestos de nuestros protegidos vendedores ambulantes.

¿No sería mejor que en lugar de vender productos “made in china” vendiéramos, como antaño, pescado fresco, en un medio salubre y no como en el mercado del mar frente al Rizo? Recuerdo los puestos de panelas y quesos frescos afuera del mercado, por el lado del río Cuale. Qué bello espectáculo y qué ricura. Recuerdo también cómo hace veinte años disfrutaban los visitantes cuando los guías de turistas los llevaban al mercado municipal y conocían nuestras tradiciones.

¿O será que el tema de los mercados es sólo para románticos?

Viaje a la capital II

Hoy continuaré platicando contigo sobre mi viaje a la capital, a la ciudad de México, la Ciudad de los Palacios, aquella que contiene la historia viva de nuestros orígenes, de nuestra raza, de nuestros símbolos patrios. Esa ciudad hermosísima, ciertamente de contrastes. Aunque, si ves el lado positivo, es una ciudad señorial, cosmopolita, llena de fuentes de cultura, plagada de cosas hermosas. Es la gran Tenochtitlan.

Una ciudad de gran diversidad en su arquitectura, en sus espectáculos, en sus instituciones, en sus universidades, en sus centros culturales, en sus propias colonias y barrios. La ciudad del centralismo, también, en todos sus aspectos: por supuesto en lo político, en lo financiero, en lo administrativo, en lo cultural, en lo deportivo, en todo... los grandes talentos están centralizados en la capital.

Por eso, para tomar el avión me enfundé en mi mejor (único) traje formal y me calcé mis mejores zapatos (los únicos), el de agujetas bien formales, para no pasar vergüenzas con mis conciudadanos capitalinos.

Ya narré mi visita al mercado de San Juan, de donde salí, con la ayuda de mi amigo-chofer asistente Horacio, mejor conocido como “El Bучес”, salí cargado con un cabrito mamón de 21 días de edad, lenguas y sesos de ternera, milanesas y *ossobucos* del mismo becerrito. Compré también un lechoncito así de tierno, doce perdices, unos pequeños tibones de cordero australiano, una bolsa de gusanos de maguey y, lo más folclórico, dos kilos de caracoles panteoneros vivos, que se mueven por todos lados, a los que tuve que transportar en una caja cerrada llena de agujeros, esperando que no se salieran por todos lados, con el consiguiente susto o asco de los otros viajeros en el avión. Por fortuna, todo salió bien y nadie se percató de mi cargamento. Todo esto, más una colección de más de seis variedades de hongos comestibles que compartiré con mis amigos en una de esas comidas agradabilísimas.

Para este momento no aguento los pies del dolor. Extraño tanto mis mocasines vallartenses, tan cómodos y, en mi opinión, tan vestidores... pero no, quise venir a presumir de capitalino a la propia capital. Dejé el saco en el carro y mi camisa blanca impecable ya no lo estaba tanto después del largo recorrido por el templo del buen comer que es el mercado de San Juan. Eran ya las 11:30 de la mañana y mi compromiso de comer era hasta las 2:30 en la zona de Polanco.

En el trayecto decidí hacer un alto y visitar el Museo Rufino Tamayo, justo en el camino. Qué buena decisión. En la capital hay, creo, más de cincuenta museos, pero éste, hoy, fue la mejor opción.

Siempre me ha gustado este museo, porque además siempre me gustó la obra de Tamayo y siempre he agradecido, a él y a su esposa Olga, que a través de su Fundación hayan legado a los mexicanos y al mundo tal volumen de arte. Rufino Tamayo (1899-1991) siempre tuvo un gran interés por el arte, no sólo por su propia creación, sino que además fue maestro y coleccionista, primero de arte prehispánico y después de arte contemporáneo producido por artistas de todo el mundo. Fundó el Museo de Arte Prehispánico Rufino Tamayo en 1974 en Oaxaca, su estado natal. En 1981 nace en el Parque de Chapultepec, ciudad de México, el actual Museo Tamayo, con la donación del realizador de importantes colecciones de pinturas, esculturas, dibujos y tapices de más de 174 autores, además de su propia obra, lo que constituye la exhibición permanente del museo.

Bajé en el estacionamiento empedrado, cubierto por bellos árboles que me parecían robles. Caminé, dejando la banqueta, sobre la hierba, hasta llegar a la entrada principal donde se encuentra una monumental escultura. Al pisar el pasto, de cada huella de mis zapatos nuevos que flagelan mi pie, brota un aroma especial que produce la humedad sobre esa tierra negra y rica, que seguramente pisaron los aztecas hace ya seiscientos años o más. Me detuve, emocionado, a pensar que esta tierra está húmeda no sólo por el efecto de las lluvias sino quizás también por el efecto de las lágrimas de tristeza o de júbilo de los que ahí vivieron.

Fijé la vista en el suelo negro húmedo y vi el movimiento de muchos pequeños insectos, hormigas coloradas, mochomos, arañitas rubias, escarabajos pequeños, descendientes, seguro, de muchas generaciones de insectos que vivieron en los tiempos de Moctezuma. No hay duda, somos un pueblo fuerte, tradicionalista, que se rehúsa a morir por los efectos de la contaminación en cualquiera de sus formas.

Cruzas la puerta del museo y entras a un mundo diferente: ya no hay prisas, ni empujones, ni rateros, ni ruidos... ni siquiera hay dolor de pies, a pesar de esos enormes y pesados zapatos que calzaba. El clima es diferente, aquí existe el silencio. Los visitantes se mueven con suavidad, con delicadeza, con el único ánimo de disfrutar, de gozar el riquísimo contenido de este edificio en cuyos pocos ventanales puedes mirar el Bosque de Chapultepec, una armonía de árboles, luz y obras de arte colgadas en las paredes.

Por la premura del tiempo, no visitaré la exposición permanente que ya conozco. Me fui de lleno, sin saber, a una sala que llevaba el título: "Fred Sandback escultura".

No cabía en mi sorpresa ver lo que este artista, este escultor fue capaz de montar con un solo hilo de estambre, aprovechando las paredes y la luz de las salas, para crear unos efectos sensacionales e indescriptibles. Me encuentro a una de las directoras o quizá curadoras de la exhibición y le pregunto por esa maravilla. Me contesta: "Desde mediados de los años sesenta, Fred Sandback crea esculturas de estambre y materiales similares que juegan con el espacio y el tiempo a partir de una configuración lineal. Para esta exhibición, Sandback elaboró un grupo de trabajos que interactúan con las características arquitectónicas de las salas y exploró las variantes de los espacios de múltiples maneras".

Sólo cabe una reflexión. Cómo aportan los artistas al bienestar del mundo, qué labor más grande la de ellos, lograr que los sentidos de los espectadores capten la belleza y la transmitan al alma y le dejen esa sensación de paz y de alegría.

Todos los visitantes estábamos solazados, disfrutando aquel pedazo de hilo de estambre convertido en una preciosa pieza de escultura.

Arrastrando los pies, me transporté a la otra sala, "Rufino ilustrador". Nunca imaginé lo que entonces miré. No era Tamayo, no era el cuadro de la contrapartida plástica de la imagen poética, no era el arte de la transfiguración, no era el rigor plástico de Tamayo, no: era la simplicidad, en algunos casos casi la inocencia. Una colección de Tamayo ilustrador, portada de libros, tarjetas, decoraciones, viñetas sobre textos escritos por otras personas; quizás las más lindas tarjetas de felicitación que acostumbraba mandar a amigos y familiares... programas de eventos culturales, estampillas postales, carteles, portadas de discos.

Me dijeron: "Esta muestra busca desplegar ante el público la riqueza de creaciones que se olvidaron con el transcurrir del tiempo, aleján-

dose de la vista del espectador al quedar registrados solamente en la edición a la que fueron destinados”.

Ese día, tuve la oportunidad de conocer a un Tamayo diferente al de “Los mexicanos y su mundo”, mural en la secretaría de Relaciones Exteriores pintado en 1967, con sus hombres volando y sus tigres, o el “Terror cósmico” de 1954, macabro, o el de “Mujer con sandía” en esos tonos rojos intensos que sólo Rufino podía dar.

Salí arrastrando los pies. Me senté en la escalinata de ingreso, me quité los pesados zapatos negros, traté de mover a un lado y otro los dedos, con ambas manos masajeé mis pies y pude presenciar ahí, alrededor del museo, a niños brincando la cuerda, niñas jugando a la bebeleche, mamás platicando y disfrutando un vaso lleno de pepinos y jícamas frescas espolvoreadas de chile en polvo y un grupo de monjitas, divertidas como niñas, saboreando un helado de chocolate y vainilla.

Ahí, sentado en la escalinata, descalzo, nadie me pelaba. Caí en cuenta de cómo el valor del arte y la cultura transforma a las personas, las humaniza, les llena el espíritu, las deleita, les regala esa riqueza que el dinero no puede comprar. Mira, alrededor del museo hay un círculo de un kilómetro donde sólo se respira paz, tranquilidad, generosidad, alegría... son los efectos del arte que vive dentro de las paredes del museo. Me costó trabajo calzarme y seguir mi camino a la comida, pero ya eran más de las dos.

Ya no podía más con mis atuendos citadinos. Hombre prevenido vale por dos, decía Doña Tiche, así que yo llevaba un cambio. Me metí al hotel que lleva el mismo nombre del Bosque. Como ahí un amigo tiene su oficina, pasé a saludarlo con la firme intención de cambiar de atuendo. Qué felicidad, pantalón de manta y camisa del mismo material, zapatillas vallartenses en color albo, sin calcetines, como debe ser. Llegué puntual a mi cita, entero y listo para disfrutar de la mejor comida mexicana, preparada bajo la estricta vigilancia de la mejor chef en la especialidad: Patricia Quintana, la mujer, la cocinera, la investigadora, la maestra, la amiga, la embajadora culinaria de México. Comer en el Izote de Patricia Quintana es toda una experiencia que tendrá que platicarte en otro espacio. A pesar de las colas para entrar, estaba tranquilo. Mi reservación era para comer con la mismísima propietaria, a quien, por cierto, le encantó mi camisa de manta y su frescura; de los demás comensales no sé: algunos me miraban con pena, otros con gusto y los más con indignación. De lo que estoy seguro es que a todos

les daban ganas de tener la comodidad de mi vestimenta y envidiaban la compañía con quien yo compartía la sal y la pimienta, y los escamoles y los chiles rellenos de frijoles y todo lo demás.

Con cierta nostalgia abandoné la capital y volaba directo a Puerto Vallarta, el paraíso, cuando recordé escenas del museo Rufino Tamayo. También me vino a la mente que quizá en unos cuantos años tendremos en nuestro pueblo querido un museo. Gracias a la generosidad de un inglés-vallartense, residente en Puerto Vallarta, mi amigo Peter Gray, quien tuvo la idea y donó al CUC catorce valiosas obras, nuestra universidad montará pronto una galería permanente que, con la ayuda de otros artistas y coleccionistas donadores, crecerá hasta llegar a ser un pequeño museo. El rector y los estudiantes estarán muy contentos.

Pequeña reflexión

Amaneció, como todos los días, en el paraíso. El aire transparente, el sol con la ternura de la mañana temprana, el gallo de Don Pepe, el vecino, más cantador que de costumbre; eso sí, en el mismo tono y con la misma nota que usualmente desafina, el mar aburrido como una taza de agua. A lo lejos, en la línea del horizonte, puedo ver unas aves marinas volar, deslizarse en el aire sin ningún esfuerzo. Supongo que estarán platicando con el viento y desde arriba disfrutan el paisaje, la naturaleza, la creación perfecta, de la misma manera que yo hago desde mi balcón.

Es el momento preciso de mirar hacia adentro, de hablar sin palabras con el yo interior, es la hora exacta de la reflexión, del regocijo del espíritu. Es el rato de agradecer a la vida sus regalos, el privilegio de existir, de estar rodeado de belleza y de cariño. Es el momento exacto de guardar silencio y ejercer sólo el acto de la contemplación. Es el tiempo corto de cada día, del recuerdo de nuestro hacer y de la fijación de propósitos. Es el minuto de recordar a nuestros seres más queridos, a los presentes y los ausentes, los que viven y los que ya se fueron a gozar de otro tipo de bellezas.

Es la fracción de tiempo que nos da el día para la sinceridad, para platicar con nosotros mismos sin eco, sin poses, sin presunciones. La verdad y nada más que la verdad. Qué mejor que ser honestos con nosotros mismos y regañarnos si lo merecemos y apapacharnos si nos la ganamos. Es la hora del balance, no el contable, que es circunstancial, sino el de la vida, el del día que pasó, el ayer. Y claro, también es el momento del replanteamiento, del ajuste de rumbo, del reencuentro, el hoy, el presente. También es una muy buena hora para mirar hacia delante, para futurear, para planear lo que sigue, lo que quiero.

Todo esto me decía Champoleón, el gran filósofo, mi asesor decano. Para quien no lo conozca, les diré que es quien me habla al oído, me aconseja, me dirige y me corrige. Mis mejores amigos me dicen que es

una fantasía, sin saber a ciencia cierta que Champoleón, sin ser de carne y hueso, es una figura real, existe; para mi tranquilidad, Champoleón siempre está presente, dispuesto a estar conmigo cuando se lo solicito. ¿A poco tú no tienes tu propio Champoleón?

El sol tierno de la mañana tempranera tiene virtudes especiales: es el sol que rompe la oscuridad de la noche, por aparecer delicadamente, con ternura y suavidad, atrás de las montañas.

Es un buen momento para fantasear, para hacer historias, para escribir poesías, para tener pensamientos positivos, para hacer actos de fe, para hablar de la verdad, para entablar compromisos.

A esa hora del sol nuevo, es hora también de hacer juicios, de poner las realidades en la balanza, de medir fuerzas y flaquezas, de considerar las habilidades y las limitaciones, los posibles y los imposibles.

Hoy pienso en lo mucho que tenemos y lo poco de lo carecemos... Sin embargo, cuánto pedimos de más, cuánto queremos de sobra. El que tiene dinero y es rico, quiere poder; el que tiene poder, quiere fama; el que tiene fama, quiere reconocimiento, y éste quiere otra vez más dinero... y se repite el círculo hasta correr el riesgo de perder la figura y el sentido de la vida.

Teniéndolo todo, cuántas veces nos disculpamos por no obtener logros o no cumplir objetivos personales porque nos falta algo que no es indispensable. "Si yo tuviera esto o lo otro ya habría cumplido con mi trabajo o con mi compromiso". Nos convertimos a veces en seres que tenemos más razones para justificarnos que razones para cumplir. Tenemos salud, medios, facultades, recursos... tenemos todo, menos ganas, deseos, voluntad para llegar a donde debemos estar.

Lo digo ahora porque estoy pensando que, en cambio, hay hombres y mujeres que sin tener nada logran todo. Sin tener nada en lo material, sin tener siquiera buena salud y facultades físicas completas, son capaces de lograr todo. Eso sí, son seres llenos de decisión, de entrega, de buenos propósitos, de determinación, de capacidad de logro.

No conocen las excusas, ni los inconvenientes, ni las malas razones, ni los lamentos, ni los cansancios... sólo saben de esfuerzo, de trabajo, de intentar, de caer y levantarse, de brincar obstáculos, de quitar las piedras del camino. Son hombres y mujeres que no saben rendirse, ni quedarse en el camino.

En estos ratos de leve sol de la mañana tempranera es hora de mirar a esos hombres y mujeres que nos enseñan a no consentirnos tanto, a no poner tantos pretextos, a no desear más de lo que necesitamos.

Hoy tenemos aquí, en Puerto Vallarta, a uno de esos seres extraordinarios, únicos, incansables. Un muchacho que a pesar de sus gravísimos problemas de nacimiento, tan graves que sólo puede mover su cuello y su cabeza y un poquito sus brazos y sus manos, así, así de limitado en lo físico, fue capaz de llegar a estudiar una carrera universitaria, y va por más: está buscando una maestría y además trabaja y acciona la computadora y obtiene resultados. Un hombre que jamás ha dicho “no puedo”, un hombre dispuesto a vivir la vida sin límites... a pesar de todas sus carencias y casi nulas capacidades físicas. Él, José de Jesús “Pepe” Díaz Tenorio, sólo necesita una silla de ruedas motorizada para lograr ser más independiente y autónomo; lo tiene todo, sólo le falta una silla de ruedas.

Para lograrlo, vamos todos mañana al evento organizado por el CUC para recavar fondos, sólo para comprar una silla de ruedas, que más que eso, es una forma de vencer los límites para un hombre, para un joven que no tiene fronteras... es sólo una silla de ruedas lo que necesita para seguir siendo un triunfador.

Además, vamos a cenar rico, escucharemos un bellísimo concierto con un cuarteto de cuerdas de Guadalajara y, por si fuera poco, tendremos la oportunidad de participar en una interesantísima conferencia de Carmen Aristegui, otra persona sin límites, que ha ascendido hasta llegar al escalón máximo que se puede alcanzar entre los comunicadores a nivel nacional, y que por cierto viene generosamente a compartir lo que tiene, para ayudar a comprar una silla de ruedas.

Él lo tiene todo aunque no tenga nada. Lo tiene todo, sólo le falta una silla de ruedas motorizada.

Manicomio

Cada uno de nosotros tiene sus propios hábitos y gustos. Cada quien tiene sus formas muy particulares de trabajar, de divertirse, de convivir. Vamos influenciados por la historia, nuestros antepasados, nuestro entorno, nuestra geografía y clima, definiendo nuestra forma de actuar y de vivir. Los años y el transcurso del tiempo van modificando algunas veces estos hábitos y costumbres y, en otras ocasiones, al revés, van acentuando más la forma de hacer y de ser.

Estos hechos son los que van formando las individualidades, las formas personales de vivir, de actuar en sociedad, de comportarse comunicariamente, de interactuar, de dar y recibir.

No hay duda de que el medio ambiente va influenciado severamente a las personas en su desarrollo, en su actuar, en su conducta, y a veces hasta en su moralidad. La forma de ver la vida no es igual que para un francés, que para un brasileño, por poner casos ajenos a nosotros; ni tampoco es igual para quien nació y se crió en el desierto a temperaturas de 45° centígrados que el que nació en el Polo norte, bajo cero, y con una flora y una fauna *sui generis*. Aquí mismo, en nuestro querido México, no es lo mismo nacer o vivir en ambientes como el de Chiapas, que en otros guapachosos, abundantes y generosos como el de Veracruz, donde lo prolífico de la naturaleza da tiempo y ganas a los hombres y a las mujeres de cantar, bailar, tocar buena música o, simplemente, de mecerse en una hamaca colgada de un palo de mango a otro, cerrar los ojos y empezar a componer un soneto y balbucear un versito, o nomás pensar y pensar en la inmortalidad del cangrejo.

Hay quienes piensan que lo mejor es levantarse temprano, enfundarse en los *pants*, calzarse con uno de los mejores zapatos tenis coronados de tecnología y moda y acelerar el paso hacia el gimnasio, y sudar y sudar y jalar los cables de las pesas y caminar en esas máquinas sin fin cuyo ritmo, por más que apures el paso, jamás vas a rebasar, y de ahí

brincar a esas bicicletas de forma rara que con numeritos digitales te retan a acelerar tu pedaleo y, por más que quieres, jamás te desplazas un solo centímetro. Sudar y sudar... y a la hora y media mirarte al espejo por todos lados, porque cada pared tiene un espejo y entonces viene el premio, el vientre marcado como lavadero, o la pompa dura y levantada o la fortaleza del busto que tanto preocupa a los fabricantes de *brassieres*, o simplemente la esbeltez que me hará esta noche disfrutar mi nueva camisa de lino. Tiene todo esto su chiste, y es una forma de pensar.

Ya lo sé, quizá tú decides que, en lugar de levantarte temprano y ejercitarte el cuerpo y la disciplina, es mejor respetar esa función primordial de la vida, donde el esfuerzo, la tensión, las preocupaciones, se nivelen con horas de sueño. Dejar al cuerpo a su función de recuperación natural: después de la actividad, el descanso; después de la vigilia, el estado perfecto en donde las células, una a una, van sufriendo un proceso maravilloso de recuperación. La noche se hizo para dormir y también la madrugada y, por qué no, también una partecita de la mañana.

Ese momento de intimidad entre tu yo profundo, tu yo desconocido y una almohada de plumas de ganso y unas sábanas limpias y olorosas y, por supuesto, una cortina que hace el importantísimo servicio de oscurecer la habitación, el recinto, el templo del buen dormir, del descanso y de la recuperación.

Algunos. Yo entre otros, prefieren una posición ecléctica a las anteriores. Me gusta levantarme muy temprano. La verdad, esto no es tan cierto: la influencia de mi padre, médico militar, me acostumbró a no poder guardar la cama después de la hora del amanecer. Excitante es prepararte un buen café, para lo cual necesitas una buena cafetera y unos granos de café bueno, de a de veras; acto seguido, escoger el mejor ángulo desde mi balcón, mirar el infinito y dejar que el tema o los temas vengan, y, si no quieren, allá ellos, siempre hay la posibilidad de abrir bien los ojos y empezar a soñar.

En esas estoy cuando, a ojos bien abiertos, empiezo a ignorar lo que miro y lo que oigo, difícilísimo por tener frente a mí cosas tan bellas, y regreso al tema de esta columna: las individualidades, la forma diferente de ser, pensar y actuar de cada quien. Se posan frente a mí figuras y personas que aprecio, que son diferentes, muy diferentes entre sí, y me nace otra inquietud. ¿Qué es lo normal? O mejor pregunta: ¿quién es normal y quién es anormal?

Volteo más hacia mí mismo y me encuentro con la personalidad inigualable de Vincent van Gogh, el impresionista de los impresionistas, que llevaba tanto por dentro que ni siquiera pudo sacarlo ni con esas pinceladas amarillas y azules enormes que cubrían los lienzos con luz y esplendor. Es, pues, según el comentario, un anormal.

Pienso en Gibrán, en Teresa de Calcuta, Howard Hughes, Almodóvar, Los Beatles, tú y yo. ¿Normales o anormales? ¿Qué es la normalidad? ¿Quién es normal y quién es anormal? ¿O será como aquello de que nada es verdad ni es mentira, todo es según el cristal con que se mira?

Lo normal, a lo mejor, es lo rutinario, lo de todos los días, lo bien visto, aquello a lo que los “buenos” de este mundo dicen que sí, y quizás lo anormal es lo diferente, lo auténtico, lo que a mí me gusta, a mi manera, lo revolucionario, lo rompe-esquemas.

No sé, en mi sueño de ojos abiertos me confundí, estoy confuso, sin respuesta. Por eso mejor transcribo y te platico lo que me sucedió ayer. Sin darme cuenta, lo escribí en un pedacito de papel de envoltura.

Manicomio

Hoy hice una visita
al manicomio, quería cumplir
esa obligación de visitas al
enfermo o quizás quería saber,
darme cuenta por mí mismo,
cómo es un manicomio por dentro
y cómo son en verdad los dementes.
Pasé la portería, me entregaron
mi gafete, que guardé en el
bolsillo. Caminé y presencié
muchos cuadros, escuché muchas
voces, observé muchos comportamientos.
Un manicomio
hecho y derecho, tal como lo
imaginaba, lleno de locos
dementes.
No aguanté más y me entrevisté
con uno, como de treinta y ocho años
de edad, pelo muy corto

y escaso, mirada muy profunda,
rostro pálido, unas largas en las
manos, cuerpo delgado
y encorvado

—¿Y tú por qué estás aquí? —le pregunté—
—Para huir de los locos de la calle —me dijo—.

De mi padre impositivo,
que quería que fuera ingeniero
como él, y de mis compañeros
de escuela, activistas desenfrenados,
y de mis maestros amenazantes,
y de mis hermanos peleoneros,
y de mi novia esquizofrénica,
y de mis tíos vergonzantes,
y del político del pueblo mentiroso,
y del cronista de la radio
amarillista, y de mi jefe
abusivo, y de mis compañeros de
trabajo desleales, y del policía
ventajoso, y del funcionario corrupto,
y de la prostituta enfermiza.

Vine aquí para buscar la calma
—me dijo—, en medio de mis amigos
Dementes, en medio de los que no
mienten, no agreden, no despojan,
no envidian, no roban, no presumen,
no engañan, no molestan,
no violan, no maltratan.

—Y tú —me dijo—, ¿por qué estás aquí?
Metí la mano a la bolsa
y sentí el gafete de “visitante”
y lo escondí de vergüenza.

Yo también le dije: —Vine a
vivir con los dementes, mis amigos,
los que ven a Dios, los que
comparten, los generosos, los
amigables, los compañeros,
los locos, los íntegros, los libres.

Ojalá no se me note que sólo
soy vigilante y que al rato
tendré que volver a la calle,
a la jungla, al despojo, a
vivir con los “normales”.
Cuestión de locos, dementes.

Cerré los ojos sin saber si fue una historia, mi imaginación o sólo mi confusión. No lo sé.

Mexicoa

Recuerdo las funciones de matiné a las que asistíamos cuando chamacos después de la película y muchos “cortos” de los programas venideros. Se encendía la luz y la función se terminaba; la exclamación general era la de: “Qué poquito por cinco”, hasta llegar a los gritos exaltados con la misma frase. Función tras función, a los asistentes nos parecía poco lo que recibíamos a cambio del precio de la entrada. Suele suceder en diferentes aspectos.

La semana pasada asistí a un evento donde me sucedió exactamente lo contrario. La invitación decía que te convocaban a la presentación de una revista, titulada *Mexicoa*, una revista de difusión de investigación científica. El salón del Hotel Westin, con muchas sillas, una gran pantalla y un presídium con cinco asientos... todo estaba listo, menos la concurrencia: los invitados no aparecían. El protagonista principal de la tarde, con esa figura delgada y ligera, se movía de un sitio a otro en evidente actitud nerviosa. Creo que hasta los lentes se le empañaban por la mortificación.

De pronto aparecen discretamente los dos que hicieron posible que la revista se publicara, dos hombres de figura muy diferente, los dos con el mismo título, sólo que uno del Centro Universitario de los Altos y el otro de aquí, más cerquita, del CUC, Centro Universitario de la Costa: en la tarjeta de presentación de ambos se lee el título de Rector y ambas tarjetas tienen grabado el escudo de la UdeG. Empezaban a aparecer los que ocuparían los asientos del presídium... los invitados, los convocados aún no aparecían. Adentro estaban ya los dos protagonistas restantes, los responsables del trabajo, los coordinadores, los editores, los que juntaron el material para la revista *Mexicoa*. Él contestaba al nombre de Rafael y ella al de Carmen; me pareció que los unía algo más que la revista, quizás son novios o hasta a lo mejor esposos. Al de la figura delgada y actitud nerviosa le llamaban, los pocos que habían

llegado, doctor, maestro, siempre con mucho respeto y más con admiración y cariño.

La cita era a las seis. Eran las 5:55 de la tarde y por lo menos el presídium estaba completo; también los técnicos, que moverían la computadora para la presentación y, desde luego, los de comunicación... todo estaba listo, el salón con todo su equipamiento, supervisado delicada y escrupulosamente por una joven señora, del tipo muy elegante y mirada penetrante aunque dulce, difícil combinación, a la que llamaban Maripepa, quien certeramente recorría de un punto a otro el sitio con un portafolio bajo el brazo, cuidando hasta el último detalle. Los convocados seguían ausentes... mi reloj marcaba las seis en punto.

Pasaron al salón los poquitos presentes, tomaron su silla, los del presídium se acomodaron y la señora elegante, la del portafolio bajo el brazo, probó el sonido por última vez; estaba por iniciar la presentación del volumen 3 de la revista *Mexicoa*. En un parpadeo de ojos, como avalancha tranquila y educada, los convocados empezaron a llegar. En tres minutos se llenó el salón y en el pasillo central cómodamente se sentaron en el suelo estudiantes y maestros del CUC. Bonita concurrencia, abundante, abarrotó el salón: directivos de las universidades, empresarios (pocos, la verdad), intelectuales, científicos, investigadores, las mujeres de Confetur (siempre presentes), medios de comunicación, jóvenes, muchos jóvenes, maestros. No vi funcionarios de gobierno ni tampoco municipales. Obvio, detalles, porque me alargué más de lo pensado.

Resultó que la revista tiene portada de libro, tiene contenido de libro, tiene presentación de libro, tiene diseño de libro, tiene formato de libro... es un libro. Es mucho más que una revista, es un libro.

El evento ya en este momento dio más que lo esperado, la revista se convirtió en libro.

Pero el evento fue más allá de la presentación del libro. Fue además un acto académico, un acto institucional de la UdeG representada por dos centros universitarios geográficamente distantes pero igualmente comprometidos con sus estudiantes y con el bien común. Se palpó el sentido global universitario, la educación tecnológica, la formación humana, la difusión cultural y la existencia de los investigadores, de los científicos, los que le dan trascendencia y profundidad.

En este momento podríamos exclamar los presentes “qué mucho por cinco”, pero aún había más que ver y apreciar. Fue la oportunidad

para leer entre líneas la postura joven de la universidad, representada por dos rectores, donde existe la conciencia clara de que la labor de la Universidad no es sólo intramuros, sino que hay que desbordar, salir a la calle, integrarse a la comunidad, servir a la gente y recibir también las aportaciones de la ciudadanía. Esto se vio, se sintió no sólo por los discursos, también por los hechos.

Siguió *in-crecendo*. La revista que se convertirá en un libro trata sólamente un tema: “Puerto Vallarta y toda la Bahía, desde cabo corrientes hasta Punta de Mita”: un solo tema, eso sí, visto desde ángulos muy diferentes. Qué interesante y qué bonito, un libro que trata de nuestro querido paraíso, de este girón del territorio nacional al que tanto amamos. Un libro que presenta hechos, realidades, análisis, propuestas y conclusiones. Los asistentes al evento descubrimos que hay quien realmente piense con honestidad y profundidad en el presente y futuro de nuestro lugar. El libro no es uno cualquiera, es sobre Puerto Vallarta y la Bahía de toda nuestra casa, nuestro interés.

Por eso digo que el evento dio más de lo esperado. La comunidad ahí presente recibió y agradeció a los editores la calidad de este trabajo. Todos los presentes, a través de un libro, nos sentimos unidos, identificados, gustosos alrededor de nuestro querido pueblo. Pocas veces tenemos la oportunidad de compartir sin pelear, sin partidismos, sin intereses personales o de segmento. Esta tarde la revista, más bien el libro *Mexicoa*, unió a la comunidad vallartense, que no es poco mérito.

El evento dio todavía más.

Vimos la cara del maestro, del doctor, ahora sí lo digo, el que se llama Juan Luis y se apellida Cifuentes Lemus, el investigador, el científico, el académico, el profesor, el conferenciente, el conversador, el incansable, le vimos ahora sí la cara de felicidad. Un hombre cumplió una meta, un compromiso, un deseo, un propósito, cumplió un esfuerzo de dos años de trabajo y lo culminó, llegó a la cima, con la felicidad con que la vida les paga a los hombres buenos, de trabajo y de decisión.

En dos años vimos, primero, a Cifuentes con la alegría de idear el volumen 3 de *Mexicoa*. Luego con la alegría muy particular de su forma de trabajar, de corretear, de perseguir a los articulistas, de llamar a Rafael y de enviar correos electrónicos a canaya@... Disfrutamos su gran alegría, casi desmedida, cuando recibió la primera prueba del ejemplar, el *domy*: lo acariciaba, lo sobaba, lo leía, lo releía, y su alegría interior se desbordaba con una sonrisa, después una franca risa, de ver el fru-

to de su trabajo logrado, muy bien logrado. Después de esta primera prueba también lo vimos mortificado, después desesperado, luego con gran tristeza cuando, maldita la cosa, se vislumbró la posibilidad de que el libro no se publicara por falta de recursos. Pero Cifuentes no se raja ante los obstáculos, patea las piedras del camino porque ama lo que hace, ama su trabajo, ama a la comunidad donde vive.

El día del evento, el doctor estaba contento, muy contento. Llevaba un letrero invisible en el pecho que decía: "Labor cumplida".

Y allí, en medio del salón, en una silla cualquiera confundida entre todos los asistentes, había una muchacha, una señora más por su parte y actitud que por su edad, una señora discreta, callada, en actitud atenta, natural, entallada en un sencillo y bonito vestido blanco, que, si se le miraba atentamente, se notaba que estaba más feliz que cualquiera de los concurrentes.

Una señora tranquila, en su lugar, muy en su lugar, pero que si la mirabas con cuidado le veías el rostro más feliz que yo haya visto. Una señora que disfrutó en silencio la tarde como nadie. Ella, en la intimidad de su hogar, conoció todos los pormenores de estos dos años de trabajos y desvelos, de sufrimientos y de alegrías. Ella, sin escribir ni una sola línea, es la coautora del volumen 3 del libro *Mexicoa*. Escuché que alguien le llamó Cristina, y su nombre, por cierto, no aparece en el libro.

Llamado a los regidores

Seis regidores se presentaron a su reunión “de trabajo”, a su reunión de Cabildo, con la boca tapada y se negaron a hablar y a participar, en señal de protesta por algo que yo no entiendo (como la mayoría de los ciudadanos comunes y ordinarios), pero que desde luego debe ser muy importante para los intereses personales de ese grupo. En protesta a su partido, ese día no trabajaron.

Mi primera reacción fue de risa. Me pareció, así, de primera instancia, chistoso verles los rostros cubiertos, dejando entrever los cachetes. Pensé que sería una escena de baile de disfraces o una sesión de ensayo para una comparsa para el próximo carnaval. Cuando vi más detenidamente las fotografías y leí la crónica de lo que sucedió, mi reacción fue de la risa a la lástima, a la compasión. Era increíble ver aquel puñado de hombres en esa actitud tan infantil asistiendo a una junta de Cabildo (el órgano de gobierno más importante a nivel municipal). Qué lástima me dieron, ocultando sus problemas políticos y personales atrás de tapabocas, ese mismo que los médicos serios y responsables utilizan cuando trabajan para atender a los enfermos, para cambiar la enfermedad por salud, para salvar vidas. Qué lástima, cómo debieron haber sufrido los tapabocas al medio cubrir el rostro de un puñado de hombres que no estaban haciendo el trabajo para lo que fueron nombrados, elegidos, mejor dicho.

De pronto, mi lástima y compasión, al verlos ahí, sentaditos en forma tan triste y ridícula, se convirtieron en coraje al darme cuenta de que a ellos, a los regidores, se les paga y se les paga muy bien (a veces mucho más que lo que recibirían por sus capacidades en medio abierto y de competencia profesional) porque trabajen con sus mayores aptitudes, talentos, eficiencia y disposición para que esta ciudad funcione y funcione bien para el beneficio de toda la comunidad, y no se les paga para que hagan payasadas en horas de trabajo, poniéndose tapabocas en se-

ñal de protesta contra su propio partido, utilizando espacios y horarios de trabajo que pertenecen al pueblo y no a ellos ni a ningún partido, ninguno, sea del color que fuere.

Compartí mi coraje con un grupo de amigos, ciudadanos formales, serios, interesados en el bien común y en el desarrollo de Puerto Vallarta y de todos y cada uno de sus habitantes, y el coraje de todos pasó a un sentimiento de indignación y protesta por ver la forma en que nuestros representantes en la comuna se burlan de la ciudadanía que los eligió y cada quincena, con sus impuestos, hacen que los regidores reciban puntualmente su salario, anualmente sus bonos y de cuando en vez sus gastos de representación, pago de gastos de viaje, vales de gasolina, paseos por el extranjero, etcétera, etcétera.

Señores regidores, la ciudadanía les recuerda que:

1. El cabildo, el Ayuntamiento es el órgano de gobierno más importante en los municipios mexicanos. Por ustedes pasan los problemas y las soluciones de nuestra ciudad. Ahí se crean los reglamentos, ahí se planea el futuro de nuestra ciudad. Con su trabajo y capacidad, son los consejeros del Ejecutivo, bajo el esquema que entre más personas piensen en relación a una situación correcta menos errores habrá y la ciudad funcionará perfectamente para el bien de todos. El Cabildo está formado por los regidores, por hombres y mujeres electos por el pueblo, en una planilla, pensando que son sus mejores representantes, los más dignos, los más honestos, los más responsables, los más auténticos, los más inteligentes, los más representativos de la ciudadanía.

2. El Cabildo, el Ayuntamiento es un órgano de gobierno, no es un partido político. Cuando ustedes, o el Presidente Municipal, tomaron posesión de sus puestos, perdieron en lo público el color de su partido, si bien en lo particular y en lo privado se vale que sigan teniendo intereses partidistas, es muy correcto. Pero el día que ustedes tomaron posesión de este puesto y juraron que trabajarían por el pueblo y su ciudadanía, en ese momento se convirtieron en representantes de todos, del cien por ciento de los vallartenses, no los de un partido u otro, repito, de todos, del cien por ciento. Se acabaron, ahí en sus oficinas o, más aún, en el recinto oficial del Cabildo, las banderitas de su propio partido. Ya no son del PRI, ni el PAN, ni del PRD, son funcionarios municipales que deben responder y dar cuenta solamente a un partido: al de la ciudadanía.

3. No se vale andar jugando y perdiendo el tiempo cuando esta ciudad está más que nunca necesitada de hombres y mujeres talentosos,

dedicados, disciplinados, maduros, buscando soluciones a los muchos y muy graves problemas de Puerto Vallarta. Votamos por ustedes porque les teníamos confianza.

4. Tienen que trabajar, como todos los trabajadores vallartenses, al menos ocho horas, y cuando el horario de trabajo inicia a trabajar, a dar lo mejor, no a perder tiempo haciendo papelitos ridículos. Si así lo hacen, con el sudor en la frente, pasarán por caja a cobrar sus honorarios llenos de orgullo, cansados, como limón exprimido de tanto y tanto que dieron a la ciudadanía en reciprocidad a su confianza.

5. Fuera de sus horas de trabajo, no como funcionarios públicos, sino como ciudadanos comunes y corrientes, allá en las oficinas de su propio partido o la privacidad de su hogar o donde quieran, hagan su labor partidista, tápense la boca, pónganse sombreritos, porten pancartas, hagan bailes o lo que quieran. Tienen derecho, el pertenecer a un partido les da ese derecho. Las pugnas internas en los partidos son buenas, hacen que se renueven, les dan capacidad de crítica y autojuicio... pero allá, en el Salón de Cabildo, a trabajar por el pueblo, para eso fueron electos y por eso les pagamos.

6. Por último y aprovechando la recta, tampoco se vale que en ese mismo sagrado recinto del Cabildo se manejen las diferencias entre uno y otro partido. Señoras y señores, ya no son del PRI, ni del PAN, son los representantes del pueblo, de los ciudadanos en Puerto Vallarta, que, por cierto, sí están trabajando en serio. Los ciudadanos queremos un mejor Puerto Vallarta para beneficio de todos.

7. Por último, Puerto Vallarta es una gran empresa de la que vivimos miles y miles de personas. Es una noble empresa que da trabajo y ocupación a muchos jóvenes y viejos vallartenses. Estamos pasando momentos difíciles, hay que redoblar esfuerzos y nuestros dirigentes, nuestras autoridades, nuestros líderes de gobierno, necesitan ser cada día más profesionales, más conocedores, más éticos, más productivos, más auténticos, más hábiles, más maduros y más experimentados. La ciudadanía ha cobrado conciencia y está trabajando.

8. A quitarse el tapabocas, a convocar a una nueva reunión de Cabildo, a analizar los grandes problemas y a proponer y ejecutar nuevas soluciones. Nunca es tarde, la ciudadanía estará encantada de colaborar. Todos cometemos errores, lo importante es analizarlos, reflexionar, arrepentirse y volver a empezar. Estamos a tiempo de una nueva reacción positiva, esperamos de ustedes esa reacción; que los tapabocas

sean como un mal sueño, volvamos a la realidad con mucho entusiasmo y mucho trabajo. Puerto Vallarta se lo merece y ustedes son vallartenses y claro que pueden.

Lástima que por tratar este tema, por primera vez esta columna se dedica a un asunto de política. Pero lo hice porque es deber de los ciudadanos decir lo que pensamos y exigir a nuestros representantes, aunque, como es mi caso, muchos ciudadanos no tengamos filiación con ningún partido, ante todo queremos lo mejor para Puerto Vallarta. Ni modo, los ciudadanos estamos enamorados de este pueblo, aunque, repito, no tengamos ninguna sigla en la frente.

Y desde aquí, mi balcón, miro la belleza del pueblito y dan ganas de ponerse a trabajar, para defender lo que es nuestro... por eso somos ciudadanos y tenemos derechos y obligaciones.

Nuestras autoridades también las tienen. Vamos, cada uno, a ser solidarios y responsables con lo que a cada quien nos toca.

Diego

Las circunstancias me llevaron a estar cerca del nacimiento de un niño, de un niño varón que por doscientos setenta días estuvo tranquilo y sosegado desarrollándose en el vientre de su madre, una mujer joven, buena, fuerte y guapa. Al niño lo llamaré Diego, por darle un nombre cualquiera con sello de sexo masculino. A través de todos los días sólo tuvo contacto con el mundo del año 2002 a través de los ojos, los pulmones, la sangre y el pensamiento de su madre, a quien llamaré Trinidad sólo porque es un bonito nombre, símbolo de ese triángulo que forman Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo y, al mismo tiempo, de esta manera personifico al niño y a la madre y me puedo dirigir a ellos mediante nombres propios.

Diego creció cómodamente, sin preocupación alguna. Respiraba, se alimentaba, se fortalecía por obra de Trinidad, flotaba en una camita de agua y hasta ahí recibía cariños cuando ella se sobaba la panza abultada, que era la residencia privada y protegida de Diego. Allá adentro no había ruidos, ni luces de neón, ni gritos... tampoco había hambre, ni sed, ni calor, ni humedad, ni siquiera necesidad de respirar. Un ser cuya única misión era crecer, crecer sano y estar preparado para, en un momento determinado, salir de su guarida materna a encontrarse con el mundo de los terrícolas. No hay apuro, no hay distracciones, no hay angustias, ni dolores, ni reloj, ni hambre... creció y se desarrolló para llegar al término y salir al mundo y conocer a Trinidad y a Emilio, como llamaré al padre. A fin de no llamarlo señor o papá, mejor le doy un nombre y así entraremos en confianza.

No hay plazo que no se venza, así que a los nueve meses en punto, Diego, Trinidad y Emilio se lanzan al lugar donde el primero dejará el cómodo recinto materno para entrar a otro más grande, más iluminado, que tiene, además de obscuridad, luminosidad y una gran gama de colores: el azul del cielo, el verde de los árboles, el sin color del agua. Un lu-

gar que tiene sonidos, el murmullo del aire, el rompimiento de las olas, el canto de las aves, las canciones de cuna, la caricia de las palabras. Un lugar que tiene olores, la piel de Emilio y Trinidad, olor a mantequilla y ajo, olor a yodo, olor floral, olor a frescura de las frutas. Sin duda, un lugar diferente esperaba a Diego.

Pero el asunto más grande es que ahora Diego tiene muchas cosas que aprender. Aprender a respirar para vivir, a llorar para decir que tiene hambre, a cerrar los ojos para dormir. Tiene que aprender que ya no vive solo y que tiene que aguantar que el médico partero le dé una nalgada que le duele, pero indispensable para que aprenda a inhalar y exhalar oxígeno, para que se valga por sí mismo. Tiene que aprender a que le tomen fotos y los adultos le busquen parecido con sus parientes. Tiene que aprender que Trinidad ya no puede hacer todo por él, tiene que aprender a chupar para jalar la leche del pecho y de la mamila, a parpadear para que sus ojos se enjuaguen, estornudar para expeler las flemas y los mocos... desde ese día, la vida de mi queridísimo Diego es un constante aprendizaje de subsistencia, de convivencia, de participación, de decisión, de saber dar y saber recibir. A esta tierna edad de un día, los niños empiezan a conocer el significado de dos palabras que cada día de su existencia tendrán una importancia enorme, "sí" y "no". Aprenderá que el sabio manejo de ellas lo llevará al éxito en la vida, medido en términos de otra sola palabra que lo acompañará por siempre: "felicidad".

El primer encuentro es algo duro, es muy serio, pero es maravilloso entrar al mundo nuestro. Así, de porrazo, suena fácil. Hay que salir del vientre por un conducto estrecho, pero una vez que se pasan y reciben la agresión de la nalgada y del llanto, empiezan los niños a encontrar en la vida una razón enorme, la misma que tienen Trinidad y Emilio y los padres de ellos y los padres de los padres, hasta la quinta y sexta generación.

Y el aprendizaje de los niños continúa a diario. Cada día aprende más un niño pequeño que todo lo que sabe hasta ese día. Empieza a distinguir colores, olores y sabores; a distinguir lo dulce de lo salado, lo frío de lo caliente, lo líquido de lo sólido. Aprende que "hacer pipí" es ir al baño, que mamá es Trinidad, que lo redondo rueda, que las tijeras cortan; así recorrí, aquí sentado, todo el proceso de aprendizaje de los niños... todos los días algo nuevo. Son las cosas primero, luego las

ideas, después los conceptos, los valores, la capacidad de juicio y todo lo demás.

Pensando en esto me dormí profundamente. El color amarillento del amanecer, de ese sol tierno que sigilosamente se asoma la montaña cubierta de verde selva, hizo que mis ojos se abrieran de nuevo para encontrarme con ese panorama indescriptible que los vallartenses conocemos. El joven sol de la mañana se acuerda que ya dejamos atrás el verano y que aparece el mes de octubre y entonces se resiste a ser ardiente aunque no puede. El sol de la mañana es como los niños, aun tiene que aprender. El sol del día me recuerda mucho a la vida misma: se nace, se crece, se desarrolla y se muere, sólo que el sol resucita diariamente y nace de nuevo, siempre por el oriente, atrás de la montaña de selva, y se va por allá, atrás de la línea del horizonte del mar, por el poniente.

Ya despierto, me vino a la mente una pregunta: y los adultos, ¿no tendremos nada que aprender de los niños?

Sin querer, me di cuenta de que por la calle de al lado tres niños corrían cuesta abajo y jugaban a que estaban aprendiendo a volar, extendían sus brazos, levantaban su cabeza y, con la pierna izquierda, con fuerza, de un brinco, se impulsaban hacia el cielo y lanzaban un grito de júbilo una y otra vez, y cada ocasión repetían el ejercicio con más velocidad. Perdí de vista a los niños, pero allá arriba, en el cielo, encontré tres figuritas haciendo piruetas en el aire, utilizando la fuerza del aire para flotar y lanzarse con gracia acrobática por el espacio. ¿Realidad o fantasía? ¿Serán los niños que se convirtieron en gaviotas? ¡Qué más da!

Los niños y las gaviotas son seres inmensamente felices.

El lenguaje del lenguaje

Las buenas o malas relaciones humanas dependen de manera importante de la buena o mala comunicación entre las personas. De la calidad de nuestra comunicación con quienes nos rodean depende la calidad de la forma de convivir y desarrollarnos en la comunidad.

Parece obvio decirlo, pero el lenguaje es la forma más común de comunicación. El adecuado uso del lenguaje beneficia enormemente nuestras relaciones con los demás. Y al decir “adecuado uso”, me refiero no sólo al buen español, escrito o hablado, sino también a la forma de utilizar el lenguaje.

Las mismas palabras de una frase, expresadas de forma diferente, pueden comunicar dos cosas completamente distintas.

Es bueno, es indispensable, hablar o escribir el idioma correctamente, pero esto no es suficiente: es también indispensable utilizarlo con la modulación y los modos que correspondan.

Si realmente nos interesa manejar una buena relación con otros semejantes deberíamos ser conscientes de que una cosa es la idea y otra la forma de expresarla... del cerebro a la boca hay una gran distancia que debemos saber controlar. Con frecuencia la idea y la expresión no corresponden.

Cuántas veces queremos decir una cosa y decimos otra, cuántas veces decimos lo que pensamos, es decir que la idea y la expresión corresponden, pero al hablar lo hacemos de tal forma que desvirtuamos, falseamos la idea y la palabra. Cuántas veces pensamos al 100 y decimos al 50... palabras a medias, que transmiten ideas a medias.

Pero la comunicación y el lenguaje no sólo tienen que ver con las ideas. También se comunican los sentimientos, las emociones, las experiencias, los conocimientos, los estados de ánimo, las aspiraciones, las ilusiones, las fantasías; lo dicho, según como usemos el lenguaje transmitiremos las ideas, de una manera u otra.

Comunicarnos adecuadamente, por tanto, no es hablar, es hablar con sensatez, con prudencia, con medida. El mejor comunicador no es el que tiene el vocabulario más extenso y más propio, si no el que lo usa mejor. Comunicarnos también es saber callar, es guardar el silencio oportuno, porque sobre todo es saber escuchar. La comunicación es un camino de dos vías: se habla y se escucha, y quizá esta segunda sea más difícil de controlar y de bien operar.

El lenguaje corporal también cuenta en la comunicación buena. Si expresas felicidad y la acompañas con una sonrisa, la comunicación se logra eficientemente. Si levantas tu copa para decir “¡salud!” y al tiempo miras a los ojos a tus acompañantes, tu deseo será mejor recibido. Si cuando te presentan a alguien le dices “Mucho gusto”, le aprietas la mano con sinceridad y expresas un gesto de alegría, tu mensaje será mejor captado. El lenguaje corporal debe ser un compañero inseparable del lenguaje hablado.

Todo esto me decía Allegra, mi asesora personal en cosas de la vida y la felicidad. Claro, me lo dijo con esa dulzura que suena como cantos al oído. De sus conceptos nunca quedan dudas. Siempre a tiempo, se presenta cada vez que la necesito. Sin llamarla, ahí está, tranquila y sin apuros. Una comunicadora perfecta, asertiva, inigualable. Estaba ahí, tan bella como siempre, con su cabello suelto y rizado, su boca ancha, carnosa, color púrpura, su piel suave con olor a mujer. Qué dicha tener la posibilidad de contar siempre con Allegra. No puedo decir lo mismo de mis duendes traviesos, que sólo buscan la oportunidad de hacerme pasar malos ratos, me esconden mis lentes y mi pluma porque saben que soy cegatón. Aunque esta vez se pasaron de listos, me escondieron mi *whiskyto* en las rocas que saboreaba escuchando a Allegra hablar sobre todo lo que ya platicamos de la comunicación y del lenguaje. Sin embargo, Chepo, acompañado de su siempre extraordinario lenguaje corporal, con sus visajes de caricatura y las contorciones de su pequeño cuerpecito forrado en unas mallas azules, me propuso que habláramos más sobre el lenguaje y me dio tema. Dijo que hablemos del lenguaje de los enamorados.

¡Ah! Qué hermosura. Hablemos primero de la coquetería, antes de los enamorados. En la calle, ese caminar discreto de las mujeres, discreto pero lucido: derechitas, paso firme, mirada en alto, pantalón a la cadera, blusa arriba del ombligo... ésa sí que es comunicación, es una manera silenciosa de decir “¡Ahí les voy! ¡Aquí estoy!” A tal punto que

los observadores banqueteros exclaman al unísono “¡Adiós, mamacita!”, con un lenguaje claro y conciso, sólo quizá superado por el “Olé” en una gran tarde de toros.

O aquella que espera a la amiga en el restaurante, radiante, bellísima, abre su bolsa de piel color hueso y saca un cigarro, espera que el mesero lo encienda, pide una copa de *vermouth* rojo (como su boca) en las rocas, con una cascarita de naranja, y al primer sorbo saca una libreta de apuntes color negro. Con ello logra el toque de mujer interesante y bonita. Al otro lado, solo también, el supuesto galán. Empieza la comunicación, primero un cruce de miradas, después el tímido brindis a la distancia, él con su varonil tequila blanco, ella, ya lo dije, con su *vermouth* rojo. Continúa la comunicación, el cruce de miradas se torna cruce de sonrisas. La comunicación espera el clímax, él se levanta de su silla y, con paso firme, lenguaje corporal de seguridad, llega hasta ella y, sin dudar, le pregunta: “¿Me siento aquí o tú te vas a mi mesa?”. Nótese lo certero del lenguaje: no pregunta si quiere, la única opción es aquí o es allá. A una comunicación tan clara, a un lenguaje tan bien utilizado, ¿quién puede resistirse? De ahí en adelante la comunicación de la coquetería se mueve hacia algo más serio, más hacia el campo de los enamorados.

Entre los enamorados el lenguaje es claro, tierno, preciso e inequívoco. Las miradas, las caricias, los piropos romanceros, las canciones de Manzanero, la carta amorosa, el regalito espontáneo, el recado en el parabrisas del coche, la flor cortada en el camellón de la avenida... ese idioma que sólo hablan y entienden los enamorados, un idioma universal, un idioma sin palabras.

El amor es transparente.
Esas miradas, esas esperas,
esas caricias, esas entregas.
Qué delatoras son esas
buenas costumbres
de los enamorados.

El lenguaje de los pelícanos

Allá van, volando en dirección de Mismaloya, ordenados, en fila india, uno tras otro, siguiendo las órdenes silenciosas del macho mayor, sin necesidad de gritos, sin aspavientos, sin protagonismos. Así está estipulado, todos vuelan en la misma dirección, se comunican con su propio lenguaje que, por cierto, es muy claro, normativo y aceptado por todos. Llama la atención su disciplina y el ánimo de llevarla bien y de pasarl mejor.

El lenguaje de la sonrisa

El espacio se acabó, pero, antes de irme, quisiera dejar una propuesta para hoy: que todos hoy luzcamos una sonrisa, la mejor que tengamos. Quizá hoy establezcamos en nuestro pueblo una nueva forma de comunicación, a través de un lenguaje más franco, más amigable, más positivo, que nos obligue a dejar atrás las malas vibraciones.

Empecemos hoy a utilizar el lenguaje de la sonrisa. De una cosa podemos estar seguros: mal no nos va a ir.

Dos buenas y una mala

Estoy hablando de noticias buenas y malas.

Empezaré por la mala, para que el valor y el sabor de las otras dos me ayuden a digerir el malestar que me sigue produciendo el que los taladores asesinos de árboles sigan sueltos y furiosos en nuestro querido Puerto Vallarta. La semana pasada te platiqué la escena sangrienta que presencie cuando una cuadrilla de inmisericordes, con hachas y sierras comandadas por no sé quién, tumbaron hasta desaparecer aquel gigantesco ficus, frondoso y sano, cuyo solo pecado era servir de sombra a los asoleados taxistas, servir de techo a los autos de los visitantes y albergar a miles de pájaros corrientes que daban la bienvenida a los recién llegados a Puerto Vallarta. Pues teuento que no sólo asesinaron al grandote ficus, sino que arrasaron con todos, todos los árboles grandes, medianos y pequeños que alegraban los alrededores del aeropuerto, hasta con aquellos preciosos mangos que estaban en la banqueta, a la salida, que despertaban el primer *look that* de admiración de los visitantes extranjeros al constatar que los mangos no eran fruta que nacía de las vitrinas de los supermercados, sino que en lugares tropicales como el nuestro los árboles daban frutos ricos, dulces y jugosos y también daban sombra a los que esperaban ser recibidos por sus familiares y alegría a la vista con esa forma robusta, cabezona que forman sus hojas verdes alargadas.

El domingo aún quedaba uno de esos árboles frutales, sólo uno, y bajo de él se amontonaban más de treinta hombres y mujeres indignados, trabajadores, todos del aeropuerto, taxistas, maleteros, empleados de limpieza, maldiciendo todos a quien dio la orden de acabar con los arbolitos. A ver, ahora que tiren a éste último, a donde se va a guarnecer del sol. También lo sentenció “El Mandamás”, dijeron.

¿Y las autoridades? ¿Y los responsables? ¿Y los defensores del medio ambiente? ¿Y los ciudadanos?

Por todo Puerto Vallarta está sucediendo lo mismo y los asesinos de la naturaleza siguen libres, buscando que pronto, muy pronto, este paraíso se convierta en un páramo, en una resequedad donde los humanos luchen entre sí por una gota de agua.

Una travesía mágica

Ni las sonrisas devastadoras ni las bellísimas atenciones de los empleados de la aerolínea fueron suficientes para hacerme olvidar el escenario pelón de follaje del aeropuerto... Así, me dispuse a una larga travesía que, en la tarde de un domingo somnoliento, me parecía más pesada. Un simpático libro me hizo, en un principio, el viaje llevadero. Se trata de la divertida historia de un chef francés, un cocinero que imaginó a México en la época de Don Porfirio, que describe con gracia la vida social de la época, los bailes, las fiestas, la música, la restaurantería, la ida de cabaret... y con ciertas indiscreciones, revela hechos importantes de la vida política, así como de algunos de los famosos personajes que ayudaban al “Héroe de la Paz” en su tarea de treinta años al frente de la “Monarquía con Ropaje de República”.

Nombres como Justo Sierra, José Ives Limantour, Bernardo Reyes, Ramón Corral, Ignacio Mariscal Creel y muchos banqueros, industriales, diplomáticos y embajadores se barajan, sin dejar de lado la personalidad atractiva de la jovencita Primera Dama Doña Carmelita Romero Rubio, que influyó tanto en la vida cultural y en el atractivo francófilo de la época.

El avioncito hace la primera escala. Abandonan la nave casi treinta pasajeros y proseguimos el viaje sólo cuatro. Después de más sonrisas y buenos tratos, continuamos con la faena. De nuevo en el aire, cerré el libro titulado *Entre caracoles y escamoles*, que en una frase nos habla de la fusión de las dos tendencias gastronómicas de los tiempos: la clásica mexicana con la tradicional francesa. Abro otro libro de tamaño mediano y formato cuadrado que lleva el siguiente sugestivo título: *Los placeres de la lengua*. En él, su autor, un joven y genial literato jalisciense de nombre Dante Medina, maneja el tema de los placeres del buen uso del idioma (la lengua), del lenguaje, de las letras, así como de los placeres del buen uso de los sentidos, en este caso del gusto (el sabor de la

lengua). Un agasajo de tema, de buen escribir y de bien comunicar... Te devora con gran placer el placer de la lengua de Dante Medina.

Después de hora y media de vuelo, asomo por la ventana y percibo una sensación indescriptible. Volamos sobre la Sierra Madre Oriental, un conjunto impresionante de cerros altísimos, uno tras otro como dientes enormes de un peine de carey... De pronto empezamos a entrar, no sin antes estremecernos un tanto por los efectos de las nubes, a una zona que en la penumbra de la tarde aparentaba ser el cielo, ése a donde van los buenos al dejar la Tierra. Se opacó el ruido de los motores y una niebla entre blanca y transparente cubrió todo el universo a mi vista. De pronto esa niebla se iluminó, desde abajo por la luminosidad de la gran ciudad a la que íbamos arribando, mientras que desde arriba la luna llena iluminó con toda su fuerza el escenario. Las luces que venían de abajo y la gran iluminación de la luna, por arriba, crearon, diseñaron el espectáculo más grandioso que yo haya contemplado. Las nubes con silueta aportaron lo suyo. Figuras subían y bajaban, cortes armoniosos, módulos más ligeros o más espesos, aportaban el siguiente placer a los sentidos: las formas se llenaron de colores, los que se producían por los efectos de las luces, los artificiales del suelo (de la ciudad que no se veía) y los naturales del satélite redondo de la Tierra. Yo no me quedé atrás y en mi mente, con todo y mi mal oído, empecé a escuchar los acordes majestuosos de la Novena Sinfonía de Beethoven, que al entrar los coros, las voces, el instrumento musical más perfecto y hermoso llevó el espectáculo a un nivel que si hubiera alcanzado un grado más de disfrute, me lanza al espacio a volar, a cortar con mi gruesa figura aquel escenario celestial. Claro, lo haría con la ayuda de mi escudero inseparable, Clarabello, mi inigualable ángel de la guarda.

No hay remedio, la vida es enorme, fabulosa, magnánima. Cuando crees que ya has visto todo, es que no has visto nada. Qué grandeza, cuánto hay que ver, apreciar, disfrutar, admirar y aprender.

El placer de ver feliz a un amigo

Lo conocí hace ya veinticinco años y creo que ya jugaba golf, ese deporte fantástico, hoy tan en boga en nuestro destino por representar una nueva oferta turística.

Desde entonces ya inventaba compromisos con algún cliente para salir a disfrutar su pasión por ese deporte. Él nunca ha sido un golfista común y corriente. Es muy especial, le gusta el golf, le gusta jugar golf y jamás lo he visto aprovechar el deporte para socializar, mucho menos divertirse en el hoyo 19, comiendo o bebiendo. No, él es un golfista por el golf mismo. Yo casi diría que Roberto ha honrado ese deporte toda la vida, lo ha respetado, lo ha homenajeado. Goza y sufre su propio juego, sin importar si gana o pierde con su compañero. Es un clásico del golf, educado, ceremonioso, cortés, alegre, honrado con su juego, respetuoso de las reglas, de los códigos de vestimenta, cuidadoso de las formas, admirador de los escenarios, crítico de su propio juego, jamás del de los demás; cuida el campo como si fuera el jardín de su propia casa.

Durante muchas semanas, casi toda su vida, juega al menos una vez. Así como los *gourmets* hacen viajes a París o *tours* gastronómicos, o los músicos hacen giras siguiendo la temporada de la sinfónica o de la ópera, o los enamorados de la tauromaquia hacen planes para perseguir los carteles con Enrique Ponce, “El Zotoloco” o Hermoso de Mendoza, así Roberto, durante sus vacaciones, viaja a jugar golf a los mejores y más tradicionales campos. Conoce todos los de abolengo de Escocia, el de St. Andrews, cerca de Monterrey, California... viajes a los mejores lugares del mundo a jugar golf y ganar en cada juego un pedacito de vida. Lo vi muchas veces salir de su oficina de Los Tules vestido a la más pura usanza escocesa: pantalón bombacho a la rodilla, medias del mismo color, zapatos blancos con una franja café oscuro, camisa de cuello a cuadros y una boina típica echada para adelante... salía sin importar el qué dirán; él es un clásico iy qué!

El domingo, víspera de luna llena, llegamos al campo, ése mismo del evento de los grandes campeones en diciembre, presididos por el entusiasmo de Roberto. Eran un *foursome*, cuatro golfistas dispuestos a pasarla bien. El sol caía vertical, pesado, caliente; era la una de la tarde. Al clásico grito de *for* iniciamos el vía crucis de los 18 hoyos. Llegamos al hoyo 3, un escenario precioso, de vegetación exuberante (ahí no hay depredadores de árboles), alrededor todo era color verde, menos el techo, que era azul; el calor quemaba. Entre la plataforma de salida y el agujerito de tres pulgadas, donde al fin tendríamos que introducir la pelotita blanca cacariza, había solamente 105 yardas. Pero estaba allá abajo. Había que tirar hacia un gran desnivel. Roberto, decidido, tomó su bastón de fierro núm. 7 y, sin pensarlo más, le hizo el *swing*. La bola

picó dentro del *green*, el espacio que guarda al agujerito; como a diez metros, rebota a la derecha y sigue corriendo y corriendo y se mete con franqueza hasta donde podía llegar. “Chac, chac”, escuchamos allí arriba. La mayor hazaña de un golfista: de un solo golpe metió la pelota en el hoyo. Roberto había realizado un *hole in one*. No dábamos crédito, entre la admiración y el susto. Los cuatro, como chiquillos, gritamos y brincamos.

La cara de Roberto lo dijo todo. Cuando recogió la bola, volteaba a todos lados, como pidiendo que los árboles, los pájaros, las mariposas y todos los seres vivientes se dieran cuenta de su hazaña.

Conclusiones:

- Qué felicidad ver a un amigo feliz.
- El que persevera alcanza.
- Los hombres buenos siempre tendrán recompensa.
- No por mucho madrugar amanece más temprano.
- Vale más paso que dure y no trote que canse.
- El que bien actúa premio tiene.
- Vale la pena vivir para tirar un *hole in one*.

Qué feliz es ver a Roberto feliz. Por cierto, se llama Roberto Flores Merino y es mi amigo desde antes de tirar un *hole in one*.

Kenna

Lo que el huracán nos dejó

Cuando la parvada de gaviotas, gustosa, volvió al mar volando con disciplina y alegría, supe que el huracán había pasado.

Con esa tranquilidad que te dan los expertos meteorólogos, en este caso unas aves marinas, se iniciaron las acciones de emergencia para buscar la normalidad, lo que para algunos, desgraciadamente, fue difícil de encontrar. Algunos amigos cercanos sufrieron la furia de la naturaleza, ese grado de poder que toma y arrebata a veces lo que no le corresponde.

Después viene la aceptación y de inmediato el desplante humano de no resignarse, sino levantarse y, con fuerza y coraje, corazón por delante, con grandeza, arreciar los esfuerzos, agudizar la inteligencia, acrecentar la voluntad, para volver a poner todo en el lugar que corresponde. La enorme fuerza de la naturaleza no es suficiente para vencer a los hombres y mujeres de carne y hueso, de alma y espíritu, de inteligencia y voluntad. La indomable capacidad humana por querer vivir someterá siempre a los —a veces— despiadados embates de la naturaleza.

Y ante el resurgimiento del hombre, de la raza humana, ante el afán implacable de la humanidad por seguir su camino, las piedras, las rocas, los vientos, las aguas ceden ante el valor de los hombres, que creen en sí mismos y, más allá y sobre todas las cosas, creen en Aquel que rige los destinos del orden universal.

Por eso hoy repito lo que salió de la pluma siempre inspirada de Jaime Sabines:

Me encanta Dios

Me encanta Dios. Es un viejo magnífico que no se toma en serio. A él le gusta jugar y juega, y a veces se le pasa la mano y nos rompe una pierna o nos aplasta

definitivamente. Pero esto sucede porque es un poco cegatón y bastante torpe de las manos.

Nos ha enviado a algunos tipos excepcionales como Buda, o Cristo, o Mahoma, o mi tía Chofi, para que nos digan que nos portemos bien. Pero esto a él no le preocupa mucho: nos conoce. Sabe que el pez grande se traga al chico, que la lagartija grande se traga a la pequeña, que el hombre se traga al hombre. Y por eso inventó la muerte; para que la vida —no tú ni yo— la vida, sea para siempre.

Ahora los científicos salen con su teoría del Big Bang... Pero ¿qué importa si el universo se expande interminablemente o se contrae? Esto es asunto sólo para agencias de viajes.

A mí me encanta Dios. Ha puesto orden en las galaxias y distribuye bien el tránsito en el camino de las hormigas. Y es tan juguetón y travieso que el otro día descubrí que ha hecho —frente al ataque de los antibióticos— ibacterias mutantes!

Viejo sabio o niño explorador, cuando deja de jugar con sus soldaditos de plomo y de carne y hueso, hace campos de flores o pinta el cielo de manera increíble.

Mueve una mano y hace el mar, mueve otra y hace el bosque. Y cuando pasa por encima de nosotros, quedan las nubes, pedazos de su aliento.

Dicen que a veces enfurece y hace terremotos, y manda tormentas, caudales de fuego, vientos desatados, aguas alevosas, castigos y desastres. Pero esto es mentira. Es la tierra que cambia —se agita y crece— cuando Dios se aleja.

Dios siempre está de buen humor. Por eso es el preferido de mis padres, el escogido de mis hijos, el más cercano de mis hermanos, la mujer más amada, el Perrito y la pulga, la piedra más antigua, el pétalo más tierno, el aroma más dulce, la noche insonable, el borboteo de luz, el manantial que soy.

A mí me gusta, a mí me encanta Dios. Que Dios bendiga a Dios.

¿Qué nos dejó el huracán?

No tengo ganas de hacer análisis profundos. Sólo quiero dejarme llevar por lo que veo, por lo que siento, por lo que oigo: amor, unidad, solidaridad, interés comunitario, ayuda mutua. Cómo nos dolió a todos el dolor ajeno. Nunca se había visto tanto amor al prójimo, ganas de ayudar o, al menos, ganas de consolar o de hacer olvidar. Llamadas cruzadas de teléfono, correos electrónicos, mensajes queriendo saber, queriendo aliviar, queriendo dar. La generosidad se desbordó entre los hombres y las mujeres de este pueblo. Comprendimos que el “nosotros” va mucho más allá que el “yo”. Que lo mío no es tan mío y que lo superfluo es menos importante que lo necesario. Nos dimos cuenta de que las cosas van y vienen, pero que el cariño, los quereres, ahí están, incólumes, más fuertes que las marejadas y que las olas de diez metros.

Supimos y aprendimos que un buen apapacho vale más que un número de seis ceros, que la amistad va mucho más allá que un “Hola, qué tal”. Que la solidaridad no es sólo un programa de gobierno, sino una actitud de vida. Qué bueno saber que juntos somos más que uno, que no hay fuerza más grande que la unidad, ni mejor logro que el que tenemos todos juntos. Por eso, el maldito huracán —del que, por cierto, ni quiero acordarme cómo se llamó— tuvo que llegar, para que supiéramos que sí, que todos nos queremos, que todos nos necesitamos, que nadie vale más que el otro. Sobre las olas gigantescas nos quedaron más fijos, más renovados, más lustrosos, nuestros valores comunitarios, nuestra unidad de hombres y mujeres, nuestra amistad, nuestra capacidad de vivir en armonía y en concordia.

¿Qué más nos dejó?

Agradecimiento es la palabra. Reconocer que todo pudo haber sido peor. Apreciar lo que tenemos, ser realistas, ser auténticos.

Agradecimiento a la vida por habernos dejado la vida. A unos más, a otros menos, nos quitó cosas, dinero, sustentos, pero a todos nos dejó vida. Nadie, absolutamente nadie perdió a un ser querido.

Agradecimiento a los amigos y a veces a los solamente conocidos, que ahora ya podemos llamarles amigos. Cuántos ejemplos vivimos donde la palabra *dar* se escribió con mayúscula.

Agradecimiento porque nos quedó casi todo. Las gaviotas y los pelícanos siguen volando, el mar está tranquilo de nuevo, el cielo más azul que nunca, la montaña verde, las flores amarillas... el sol, la luna, las estrellas.

Agradecimiento de saber que no estamos solos; volteas y ahí están todos, listos y dispuestos, ¿qué más se puede pedir?

Agradecimiento por tu abrazo, tu sonrisa, tu apretón de manos, tu llamada de teléfono, tu presencia, tu compañía, tu respaldo, tu interés.

¿Qué más?

Ganas de vivir. La naturaleza nos dio una lección, démosle ahora nosotros una lección a ella. Ganas de vivir, ganas de ser, ganas de disfrutar,

ganas de trabajar, de empeñarnos. Ganas de exprimir la vida en el buen sentido, de explotar cada instante, de aprovechar cada oportunidad.

Dejar volar las ilusiones hasta allá, lejos, de donde venía el viento. Las ilusiones, el combustible de la vida; las alegrías, el sazón de vivir.

Ganas de vivir. De admirar, de no cansarnos de decir “Gracias hermano sol, hermano viento, hermana agua, hermana tierra”... Hermanos todos, los humanos y los animales y los árboles y las flores y los insectos y los poetas y los académicos y los iletrados y los músicos y los pintores y los políticos y los ciudadanos y los niños y los viejos y los buenos y los malos y los santos y los pecadores y los sanos y los enfermos.

Ganas de vivir, de dejar una hora de sueño para disfrutar una hora más de actividad. Ganas de vivir para redoblar nuestra capacidad de admiración por todo lo creado y lo que vemos y lo que oímos y lo que saboreamos y lo que palpamos.

Maldito huracán, con coraje y todo, te doy las gracias por hacernos más humanos y por recordarnos que de cuando en vez hay que voltear hacia arriba y decir con humildad: “¡Muchas gracias!”.

Así sea.

Olores y sabores

Desde hoy la ciudad tiene aroma a ajo y sabor a hierbas. Las banquetas están cubiertas de espuma, del blanco de las casacas y los gorros altos de cocinero. La ciudad huele sabroso, rico, antojable, huele a mantequilla, a aceite de oliva, a echalotes y perejil. Huele a buenas costumbres, a buenas maneras, a refinamiento. Huele a antojo, a paladares refinados, a gente alegre.

Por el aire flota el buen ambiente, las ganas de disfrutar, de deleitarse. Los placeres del sabor están impregnando la atmósfera. Problemas, claro, siempre hay pequeños problemas. El de hoy es uno muy agradable, un problema de decisión: *¿a dónde voy?, ¿qué prefiero degustar: pescado o ternera?, ¿pato o venado?, ¿foie gras o salmón?, ¿crema de ostión o bisque de langostinos?*

Puerto Vallarta, desde hoy y hasta el día 17, es la capital de los sabores, de los olores y de las texturas. Lo mejor de la culinaria nacional e internacional ha sentado sus reales en este pueblo, hoy tan lleno de vida y de ganas de alagar a lo grande a todos los visitantes que afortunadamente empiezan a llegar. Los locales ya sabemos cómo disfrutar de esta fiesta al paladar, ya somos expertos en *gourmet*. Pero hablemos más del tema:

Cocina familiar

Empecemos por el principio. Debo decir que el origen y fuente de toda la cultura gastronómica se encuentra en la cocina familiar. Las familias, a través de una y otra generación, van formando una cultura propia, una manera especial de hacer los diferentes platillos, de sazonarlos, de adornarlos, de conservarlos, de servirlos y degustarlos. Las recetas de la bisabuela y la abuela llegan a la casa de la madre como una sagrada

tradición. Cada familia tiene sus propias tradiciones para festejar los cumpleaños, las fiestas de xv años, los bautizos, las bodas; y se llega al precioso extremo de tener su propia forma y manera de montar la mesa, de seleccionar la mantelería, de distribuir a los comensales alrededor del sagrado altar del comer. Lástima que no todas las familias guarden un recetario y un prontuario de todas sus comidas y tradiciones, porque así tendríamos el mismo ordenamiento culinario que tienen los franceses. Las compotas, las mermeladas y las frutas en vinagre con la fórmula familiar, llenan las despensas de los mexicanos y también las de los franceses. Estas tradiciones van más allá de los alimentos, se apodian también de ciertos procedimientos relacionados con bebidas como el rompope, licorcitos de café o hierbabuena o de granada, curaditos, ponches, mezcales, pulques y muchos más.

La evolución de estas costumbres gastronómicas familiares se logra cuando las nuevas generaciones se unen. Por ejemplo, cuando la señorita González se casa con el joven Sánchez, y de allí empiezan los dimes y diretes: “Mi mamá lo hacía mejor”, “Mi abuela no le ponía orégano”, “Mi nana sí sabía echar tortillas”... Primero es el encontronazo de dos acervos familiares diferentes; después, poco a poco se logra la fusión natural de la culinaria de los dos bandos y de ahí nace una nueva cultura, la de la familia Sánchez-González. Por supuesto, en la época actual, época de las contaminaciones, las buenas tradiciones familiares gastronómicas tienen frente a sí el riesgo inminente de un gran contaminador: la comida chatarra. Mejor continuamos con el tema, antes de pasar un gran coraje con esta comida insípida, desnutrida, sintética y aberrante.

Hablemos de los nuestro:

La comida mexicana

Una comida de diversidad, de contrastes, de muchas diferencias, es la regional mexicana. Qué interesante resulta comparar la cultura de la carne asada (como definió Vasconcelos a la de los sonorenses) con la cultura culinaria poblana, rica en su contenido y barroca en su formato. La comida sonorense obedece a ese carácter regio, honesto, severo, perseverante y sencillo que forja el desierto con su sequía y con sus arenas doradas. La poblana, mucho más poética y artística, de filigrana y de alta composición, refleja la personalidad que da el buen gusto de las

canteras y los adoquines, la seriedad de los conventos, la diversidad de las torres de iglesia, la elegancia de los azulejos. Aquí, una muestra de la riqueza de la comida mexicana, la fusión de muchas comidas regionales, la fusión de las razas maya, otomí, yaqui, tarasca y todas las demás.

Sorpresa

Grandes sorpresas se llevaron los españoles cuando en México encontraron ese alimento básico no sólo del campo, sino también del espíritu, que los nativos llamaban *tlaollis* y hoy conocemos con el nombre de maíz (*Zea mays*). Ni qué decir del emperador Moctezuma, que sin mucho presumir se comía en Tenochtitlan su pescado fresco del día, seguramente un robalito o un guachinango traído directamente de Veracruz en carrera de relevos, acompañado de una agradable y fresca bebida de cacao (*chocolatl*), un pedazo de *auacatl* (aguacate), con su tomate (*tomatl* o *xitomatl*) cortado en cuadritos. Después, un enrollado de tabacos oscuros, de los que ahora conocemos como puros, con hojas traídas seguramente de la región de los tuxtlas. Antes de la siesta, unos dos o tres jalones a un cigarrillo de *Canabis indica*. Quién dice que no existía la gastronomía en esa época. A través de los siglos ha habido canales de comunicación entre los hombres y los países con motivo y pretexto de los alimentos y de sus formas de conservarlos, prepararlos y degustarlos.

Mi privilegio

Voy a volver a ser feminista. Voy a hablar de la grandiosidad de la calidad profesional de las mujeres. Estoy muy agradecido de mi experiencia con esta mujer, conocedora a fondo de la cocina mexicana. No es cierto, no es una gran cocinera, no es una extraordinaria chef, es mucho más que eso; no es cierto, no es sólo la autora más prolífica de libros (catorce) sobre comida mexicana y las festividades propias de nuestro país; no es cierto, no es sólo la investigadora que ha viajado, que ha penetrado en cada rincón de nuestra patria, buscando los orígenes de nuestros alimentos, los condimentos, los métodos; no es sólo eso, ella es mucho más. Es la dueña de una tradición de cuatro generaciones

familiares, es la propietaria de muchas vivencias, de su bisabuela, de su abuela y de su madre; es la poseedora de un arcón lleno de historias, anécdotas, sucesos y circunstancias ligadas todas a las buenas costumbres que se viven alrededor de una mesa. Pero sobre todo tiene un don que no todos tenemos en nuestra profesión... tiene una filosofía propia, tiene una manera de mirar hacia lo que representa la gastronomía. Como indica el título de su primer libro, para ella *La cocina es un juego*. Se mueve frente a las estufas con tanta gracia, con tanta alegría, como si fuera un hada, que con su varita toca y el mole se hace negro y el langostino se hace rojo y las sopas aromatizan el ambiente y los postres expiden polvos de estrellas. En la cocina comunica sin hablar, contagia ánimo sin exigir, se mueve de puntitas, baila graciosamente por todo el espacio y, como por obra de magia, la buena comida mexicana nace con todo su esplendor.

Para mí ha sido un privilegio compartir el escenario con esta mujer que más que una gran chef es una bella dama que en su mano derecha, en lugar de varita mágica, lleva una cuchara, y que con unos cuantos elementos crea un platillo que se convierte en una fantasía... ella se llama Patricia Quintana.

Una plática con Champoleón

Ayer aprendí muchas cosas. Aprendí lo que el profesor Villa trató de enseñarme en la secundaria: que la vida es un constante aprendizaje, que debemos de aprender a aprender a cada instante. Que acabamos de aprender hasta en el último momento de la vida. Aun pensar en la muerte o pasar cerca de ella, también debería motivarnos a aprender.

Champoleón, mi olvidado asesor, el gran filósofo, el hombre sabio que se me acerca y me habla al oído cada vez que lo necesito, cada vez que dudo, cada vez que no encuentro el camino, ése, Champoleón, quizá por eso es tan sabio... en todo se fija y de todo saca una enseñanza. Siempre oportuno, ayer me visitó en mi balcón. Quizá leyó mi mente en blanco o mis angustias por definir, más bien por comprender, algunas situaciones de la vida. Como siempre, sin darme cuenta llegó, silencioso, se sentó en la vieja silla de junto y no pronunció palabra hasta que yo capté su presencia, lo cual no es difícil porque un hombre sabio siempre pesa en el ambiente. Así no quiera figurar, así sea prudente, humilde, precavido, siempre se siente su presencia. Ahí estaba, con su figura austera, delgado, de rostro afilado, nariz prominente, tez blanca, manos largas, boca pequeña, orejas desproporcionadamente grandes. Afable, tranquilo, paciente, de mirada muy penetrante, respetuoso. Sin tema, sin ayuda, el caballero de cabello blanco y largo, suavemente empezó a hablar. Duramos un largo rato: él hablando y yo escuchando. Interrumpíamos solamente —creo yo— para que Champoleón se diera cuenta de que entendía algo de lo que él hablaba. Encantadores momentos pasé, y aprendí que no hay nada mejor que acercarse a un hombre sabio y noble. Se fue, como siempre, cuando le pareció bueno y suficiente. Nunca pierde la noción del tiempo y las distancias.

Concluyo y te cuento mi conversación para que no se me olvide lo que me dijo:

“Lo mejor de la vida es lo que no cuesta, lo que no se vende en el tianguis, ni en los mercados. Para disfrutar el sol y la luna no hay que comprar boletos. Un buen amigo no tiene precio, una buena rolita en el radio, la sonrisa de un niño, el apapacho de la abuela, el olor a yodo del mar, el verde de la montaña, la pureza del ambiente”.

Recuerdo también que dijo: “El tesoro más valioso para un hombre o una mujer o una familia es lo que se tiene, nunca lo que les falta. Hay que valorar lo poco o lo mucho que se tiene y jamás pensar en lo de los demás”. Jocosamente, recuerdo bien, con cara de travieso (por cierto, es muy divertido ver a un filósofo, a un hombre sabio, comportarse como un chamaco travieso), dijo: “Mi esposa no será la Marilyn Monroe, pero es mi esposa. Mi carrito no será un BMW, pero jala bien y me conduce al trabajo. Mi cuenta de cheques no será la de Bill Gates, pero algo tiene. Mi perro no es un dálmatas de concurso, pero protege a mis niños y los cuida”.

“Es mucho mejor (repetía una y otra vez) disfrutar lo que se tiene y no extrañar y desear lo que nos falta”.

¡Ah! Recuerdo algo que aprendí con Champoleón. La palabra “yo” es mucho menos importante que la palabra “nosotros”. “Yo” es poco, “tú y yo” es mucho, “nosotros” es muchísimo, y si podemos conjugar el verbo incluyendo como sujeto a “ellos”, creo que ya la hicimos. Nada más importante que el estar todos y todos bien; he ahí la importancia del trabajo comunicativo. León Felipe decía: “Lo importante no es llegar primero sino llegar a tiempo y todos juntos”. Ahora, me aclaraba Champoleón, “no hay que olvidar que el bienestar comunitario es la suma del bienestar personal, del cual, por cierto, cada uno es responsable; a Dios rogando y con el palo dando. No hay que confiarnos, cada uno tiene que responsabilizarse de vivir bien su propia vida, a plenitud, con dedicación, con entrega, con disciplina; haciendo todo lo mejor que se pueda”.

Todo esto lo dice Champoleón, y lo que más me gusta, con humildad y buenas maneras.

Tradiciones mexicanas

Empiezan a verse por todos lados esas flores que anuncian que pronto llegará la Navidad, con todo lo que eso representa: unidad, amor, dar, perdonar, alegría y regocijo. Estas famosas flores, antes siempre rojas, ahora también blancas, amarillas y últimamente de color salmón salpicadas de tinto, son una de las muchas aportaciones de México al mundo entero. La flor de nochebuena es netamente mexicana. Es curioso ver las navidades en todo el mundo y cómo los adornos básicos son mexicanos, con los motivos de la flor de nochebuena. El plato principal, el tradicional pavo navideño, también es mexicano, es la exportación que hicimos de nuestro guajolote, que de México fue a España, de ahí a todo Europa y luego a todo el mundo occidental. Si nos vamos al postre, qué más navideño que una pieza de chocolate, ya sea en forma de pastel, de tabletas, de bebida o del postre más sofisticado. Pues bien, el *uruguayo* también es de origen mexicano. Total que las cenas de Navidad universalmente llevan el sello de “Hecho en México”. Bueno, nacido en México, por lo menos.

Esto habla muy bien de lo nuestro, de nuestras tradiciones, de nuestras raíces, de la riqueza de nuestros orígenes. Debemos estar orgullosos de nuestra historia y de nuestras aportaciones. También debemos atender el presente con diligencia y disciplina, sin perder tiempo en tonterías individuales; así aseguraríamos un futuro más digno para todos en este país tan grande que en ocasiones ha soportado los embates de nosotros mismos, los mexicanos.

Hablemos un poco más de la flor de nochebuena (*Euphorbia pulcherrima*). Ésta es una planta originaria de México que florece únicamente durante el invierno. Ya desde tiempos prehispánicos simbolizaba la caducidad de la vida y se utilizaba para celebrar el nacimiento de Huitzilopochtli. Sin duda, con la intención de adaptar los símbolos religiosos aztecas a los cristianos, los franciscanos la empezaron a utilizar

para adornar el nacimiento del niño Jesús. Su nombre original en idioma náhuatl es *cuetlaxóchitl*, cuyo significado es “flor que se marchita”. En el mundo prehispánico se elaboraba a partir de ella un tinte para prendas de algodón. De su tallo sale un jugo lechoso que los indígenas utilizaban como medicina contra la fiebre.

Durante la Colonia española se empleó para adornar los nacimientos y los altares de las iglesias. Su internacionalización se le debe al primer embajador de Estados Unidos en México, Joel R. Poinsett, quien en 1825 la vio en la iglesia de Santa Prisca, en Taxco, adornando un nacimiento. La mandó a su país natal, y al regresar a éste se asombró al verla en todos los jardines de su ciudad; puso un negocio de flores de nochebuena y se dedicó a difundirla por toda su nación. Se dice que hizo una fortuna vendiendo esta planta. Se le conoce en el mundo de habla inglesa con el nombre de Poinsettia, en honor del embajador.

Leyenda de la flor de nochebuena

Hubo una vez en México una niña campesina que una Nochebuena quería ir a la misa de gallo, la cual se celebra a la media noche, y quería llevarle un regalo al niño Jesús, pero era tan pobre que no tenía nada que darle. Unos ángeles que supieron de sus buenas intenciones se le aparecieron y le dijeron que saliera al campo y recogiera algunas plantas, las primeras que encontrara, y que las llevara a la catedral.

Cuando entró en la iglesia, todos se empezaron a burlar y a reír de lo que la niña traía de regalo. Sin embargo, la chiquilla no dio marcha atrás, pues sabía que lo que estaba haciendo era seguir el consejo de los ángeles. Así que continuó su marcha hasta el altar y depositó en él sus semillas.

De pronto todos lanzaron un grito de asombro, pues mientras el padre decía misa las semillas empezaron a crecer, se fueron irguiendo largos tallos verdes y de pronto de cada tallo empezaron a brotar flores rojas, llenas de esplendor. La misa se suspendió y los fieles se arrodillaron. La niña cortó una flor blanca y de ella emanó un río de leche, después cortó una flor roja y manó sangre. Enseguida, por la puerta apareció el Niño Dios rodeado de ángeles, los cuales cargaron a la niña en hombros y volando se la llevaron de regreso al bosque.

La belleza de las leyendas es inigualable. Tenemos siempre algo de cierto, algo de historia, algo de mito, algo de magia... mucho de humano que impresiona, convence, motiva y va haciendo tradiciones.

El día de dar gracias

Pronto celebraremos otra tradición, ésta totalmente importada, pero que toma poco a poco carta de naturalización y, la verdad, es una bonita costumbre. Que las familias se junten a la mesa, los amigos, las comunidades en un acto de convivencia para agradecer a Dios, al Supremo, al Creador, al Todopoderoso, al Centro del Universo, al Máximo, como tú le llames, por todos los favores recibidos durante el año. Me gusta esta costumbre, con dos salvedades o aclaraciones:

Primero: no hay que esperarnos al último jueves de noviembre para dar gracias, para el *thanksgiving*. “Todos los días”, me recomienda Allegra, “despierta, brinca de la cama, cerciórate que estás vivo y ya está, de inmediato tu *thanksgiving*, gracias a la vida por la vida misma. Limpia tu vista con la brisa marina y da gracias sin palabras. Basta con tu actitud de contemplación, con tu capacidad de asombro, con tu entusiasmo de ver, admirar y cantar. Las palabras salen sobrando”. Me gusta Allegra, esa mujer tranquila, que habla poco y dice mucho. Cada instante, cada inhalación y cada exhalación, cada encuentro con otra persona, cada mirada, cada caricia, cada cariño basta para dar gracias. Quiero que me diga más Allegra, mi asesora en cosas de la vida. Le hago señas demandando más y más: con un movimiento de cabeza le entiendo que el silencio es el mejor momento de la vida, de la introspección, del mirar hacia adentro, del diálogo con uno mismo. Me insiste con la mirada, sin hablar: hay que dar gracias a diario por saber guardar un momento de silencio, porque ese instante es el encuentro con la verdad, con mi verdad, aquella que no me puede engañar.

Segundo: el que inventó esto de la cena del Día de Dar Gracias pudo haberla pensado mejor. ¿Por qué no unas buenas enchiladas o un pescado zarandeado o un lomo de puerco con una salsa de sidra y manzana? Ahora que, si ha de ser pavo, podría haber inventado aquel tradicional guajolote con mole negro oaxaqueño. Voto porque la cena de *thanksgiving*, además del pavo, lleve antes una bonita entrada y después

del pavo otro platillo lleno de sabor y de muchas vitaminas, aunque tenga un poco de colesterol; total, es día de fiesta.

La luna

Hoy es viernes. El martes en la noche volé y te juro que todavía estoy cubierto del polvo de luz que dejó la luna llena de noviembre. En el aire, el avión, más cerca de ella, estaba resplandeciente, parecía que se iba a reventar. Más tarde, aquí en el balcón, el tradicional baño de luna, los brazos hacia arriba, mirando al cielo y tratando de tomar con las manos la luna misma; los dedos separados entre sí, como antenas receptoras de cada gota de luz. Que no se desperdicie nada de esta luna llena, la penúltima del año, de este año en que nuestro buen Dios se ha puesto travieso y juguetón poniéndonos pruebas, sabiendo que somos capaces de superarlas. Vamos a darle una sorpresa a ese Viejo que es tan bueno: nos dio la vida y nos da a diario la felicidad... si la sabemos buscar.

Estímulos de la vida diaria

Durante la vida, los humanos requerimos de estímulos positivos para continuar nuestro camino siempre llenos de optimismo y alegría. Estos estímulos pueden ser internos o externos, es decir que nos los procuremos nosotros mismos o que las circunstancias nos los presenten, los pongan frente a nosotros y cada quien los aproveche en su propio beneficio.

Nosotros mismos creamos nuestros propios estímulos: el estudio, la planeación de nuestras vidas, los momentos de reflexión, las pláticas con nuestro propio yo, los exámenes de conciencia, la fijación de objetivos personales, los ejercicios de autoestima, la selección de lecturas, los pequeños gustos... todos ellos estimulan nuestro quehacer diario y hacen que las dificultades y los contratiempos nos parezcan poco junto a las oportunidades y los motivos de alegría. Por eso, cuando aparece el cansancio no lo dejamos llegar y buscamos ese estímulo, esa motivación, ese bocadito de alegría que nos hace enderezar el cuerpo y arder el corazón para seguir adelante, llenos de vida, mientras que el cansancio se quedó atrás, muy atrás. De tristezas ni hablemos, ésa, ésa son aliadas del enemigo, del desamor, del aburrimiento, de la rutina, del despecho. Por eso, que la tristeza ni pase por enfrente.

Con suerte y un poco de observación encontramos en el camino algunas experiencias o vivencias que nos sirven de estímulos gratuitos en nuestras vidas.

Las vemos, las encontramos, las metemos en nuestras vidas, las disfrutamos y son las vitaminas para el alma y fertilizante para las ganas de vivir. Esta semana tuve dos de estas vivencias. Te cuento.

En la FIL

Visité las instalaciones en la feria. Me encerré en una editorial con puros cuentos de niño que me absorbieron toda la mañana y no pude llegar hasta donde quería. Fue muy divertido leer libros para niños.

Pues el siguiente día volví a la FIL (Feria Internacional del Libro) y me convertí en un detective privado. Resulta que justo a la entrada, en medio de aquel caudaloso río de gente, distingo la presencia de una pareja tomada de la mano. Iban bien vestidas, cubiertas elegante y discretamente, acorde a un día un tanto frío del invierno de Guadalajara; podía leerse en su rostro el entusiasmo por ir a encontrarse con los libros. Al cruzar el ingreso, sin perder la educación, apuraron el paso, como queriendo ganar tiempo. Cruzan el *lobby* y la pequeña le indica a la mayor algunos detalles que se aprecian en las paredes y el cielo del local de la Expo-Guadalajara: una enorme bandera cubana y algunos retablos con poesías y figuras de famosos escritores, músicos y poetas... siguen apurando el paso y llegan hasta el recinto de los libros y se topan con todo el océano de posibilidades de lectura. Hacen un alto, comentan, se dicen unas cuantas palabras y en gran acuerdo viran a la derecha; ahí las perdí de vista porque tomé un sentido contrario a ellas.

Recorrió apenas tres editoriales, cuando entré al siguiente pabellón, hermoso, bien iluminado, atendido por unas guapas señoritas de vestido azul y prestas a dar informes a los cansados visitantes. En ésas estaba cuando, por el rabo del ojo izquierdo, miro a la parejita de la entrada, tranquilas, sentadas en su banco, hojeando sendos libros. A prudente distancia me senté, libro en mano, sin ninguna intención de leerlo, sino que el libro solamente me servía de parapeto para deleitarme con la escena. Buen cuidado tuve de que el libro no me delatara teniéndolo al revés volteado.

La pequeña tendría quizá ocho o nueve años, bellísima, con su cabello bien peinado y restirado con unos adornitos al final; sus ojos eran del tamaño de un plato, de un color azul o verde, no alcancé nunca a distinguir, máxime con esa penetración de ojos que ponía sobre la hoja de papel impreso. La señora, sin edad —qué importa la edad—, aunque, eso sí, tenía porte de señora, de gran señora, como noté por su forma de tomar el libro: qué cuidado, qué delicadeza, qué respeto. La niña, solita, se paraba al estante y, sin tocar, recorría con la vista todos los títulos, hasta que silenciosamente escogió uno, después otro y al

mucho rato el tercero. La señora, por su lado, había hecho lo propio. Cruzaron miradas, se acercaron a la caja, pagaron y, en ese momento, podía leer en el rostro de la niña la felicidad de poseer un tesoro. Suavemente, caminaron hasta una mesa de café y la niña, desesperada, sacó de la bolsa los tres libros para mostrárselos a su compañera de feria. Lo que siguió no puedo relatarlo, pues estaba yo muy lejos como para poder escuchar. Se reían, platicaban y la mayor le apretaba con cariño la manita a la pequeña. Una comunicación perfecta, un gran júbilo, un gran amor alrededor del tesoro de los tres libros, cuyos títulos jamás conoceré. La mayor se levantó a comprar los refrigerios y, sin aguantarme, me acerqué a la niña y apresuradamente le pregunté quién era su acompañante. Sin mayor trabajo, me dijo: es mi abuelita, se llama Lita.

Me senté a cuatro mesas de distancia para, sin oír, poder escuchar, seguir aquel diálogo maravilloso entre la abuela y la nieta. Lentamente, a pequeños sorbitos degusté mi taza de café, hasta que perdí de vista a la pareja maravillosa... Cuánto debo agradecerle a la FIL el haberme llenado el tanque de combustible para el espíritu. Sin más, me fui a escuchar al grupo de cubanos en el estrado mayor, llevando en el pensamiento la idea de que una abuela es capaz de todo por sus nietos. Cómo valen las abuelas, y además, te transmiten ganas de ser y de vivir.

Me despido

Vi más cosas estimulantes esta semana: la tía Elvira, que a los noventa y ocho años, 98, dije bien, llegó a visitar a mi amigo Pierre a su restaurante en Guadalajara. Tomó media copa de jerez, un platito de sopa de alcachofas y media orden de pescado a las finas hierbas, con sus correspondientes verduras. Al final, una trufa de chocolate y un *demi tasse* de café con leche. Charlamos, platicamos, hizo historias y se despidió caminando lentamente pero por su cuenta, llevando su pequeño cuerpecito muy derecho y su cabellera blanca muy bien puesta. Los tres nos quedamos boquiabiertos.

Después de disfrutar a la tía Elvi, ¿de qué te dan ganas? *De vivir*, punto.

El juego de los pensamientos imposibles

Teníamos exactamente una hora y cuarto para trasladarnos, en carretera, de nuestro origen a nuestro destino; eran exactamente las 7:40 de la noche. Por cierto, las 8:40, hora del centro; es decir, estábamos disfrutando una hora exacta de juventud o, por lo menos, éramos más jóvenes que el día anterior.

Acabábamos de vivir una experiencia, un *performance* de éhos que sólo la naturaleza sabe actuar. Un paño de mar envuelto en montaña; más bien cerros de color rojizo, en forma de picos, todos terminando en su cumbre con unas esculturas gigantescas de piedra semejando la cresta de los gallos. Uno, en particular, tiene forma excepcional, ya que semeja con claridad la ubre de una cabra y lleva por nombre el cerro Tetakaui, que según los moradores de la zona quiere decir “tetas de cabra”.

En el mar tranquilo, acomodados como cigarrillos en su cajetilla, barcos y barquitos de todas formas y colores, predominando los blancos con lonas azules. De pronto, aquello que hacia arriba era la región más transparente del aire, empezó a cambiar de color conforme el sol se iba acercando al Tetas de Cabra. En menos que te platico la atmósfera, la tierra, el agua del mar, los barcos, las piedras, la arena, las personas, todos se vistieron de color dorado. Impresionante: el mundo era de oro y ahí empezó el *performance* de sonidos y colores... el ruido era el sonido del silencio y los colores minuto a minuto se fueron transformando del dorado al amarillo, del amarillo al azul claro, del azul al lila y de éste al naranja y al rojo; lo de abajo volvió a su color normal, la tierra, la arena, las casas, los barcos, la gente adquirieron los colores que les corresponden y el cielo abandonó el azul para convertirse todo, dije todo, en rojo. Luego se bajó el telón, el escenario completo obscureció. Los espectadores guardamos silencio, callamos y cada quien, yo creo, sacó sus propias conclusiones. Recogimos las pocas pertenencias, un maletín negro, papeles, dos cuadernos, un libro de diseño y otro de co-

cina, unos zapatos tenis y unos mocasines blancos, archivamos todo en una mochila y nos montamos en el vehículo plateado que a esas horas nos conduciría al destino. Solamente las luces de los coches en sentido contrario rompían el silencio que habitaba en el interior de aquel coche con diseño modernista; de pronto la presencia de la luna obligó a iniciar el diálogo. Él me llamaba por mi nombre y yo me dirigía a él con mi mismo nombre. No pienses que era un diálogo entre yo y yo, no, lo que pasa es que el que conducía fue bautizado también con el mismo nombre que llevo yo y que también en vida respondían a él mi padre y mi abuelo.

La luna nos condujo a los dos Nachos a un juego divertido, que por lo visto ambos ya habíamos jugado. Empezamos a platicar del regocijo, la felicidad que se tiene cuando te das el tiempo de imaginarte cosas difíciles, de descubrir temas, mejor dicho, de intentar, pues son difíciles de comprender, buscar verdades donde la mente no tiene acceso. La luna nos llevó a hablar del firmamento, de los astros, de las estrellas, de los espacios siderales, de las distancias, de la velocidad, de lo visible o lo invisible, de aquello más allá de lo conocido. Platicamos de la bóveda celeste, que desde el interior del coche plateado se veía inmensa e interminable. Platicamos de por qué no le arrancábamos a la vida diaria más momentos para pensar imposibles, para tratar de alcanzar lo inalcanzable y comprender lo incomprensible; lo divertido que era fantasear.

Brincamos del firmamento a la creación. Él se preguntaba cómo de un espermatozoide y un óvulo pudiera salir un ser que tuviera facultades como la creatividad, la imaginación, la sensibilidad, la capacidad de amar, así como también la capacidad de odiar, de admirar, de emocionarse. Sobre la causa de que los hombres, los humanos, pues, sepamos reír y riámos y sepamos llorar y lloremos, sepamos amar y nos entreguemos a causas buenas, por qué tenemos sentimientos, por qué somos diferentes. Por qué, por qué y por qué, las palabras mágicas de los sabios y los científicos.

Nos divertíamos en el camino, jugando a la imaginación y a la diversión de buscar y no encontrar, pero en el entre tanto fuimos descubriendo cosas que nos llenaron de gusto. Nada pierdes en intentar. Es un poco como la felicidad: en la vida hay que buscarla, hay que poner los medios para lograrla, y ya eso, en cierta forma, es alcanzarla. La mayor felicidad es la búsqueda de la propia felicidad.

Después de jugar a estos diálogos volvió el silencio al interior del coche. Suavemente escuchaba la inigualable melodía del concierto de

Aranjuez, y seguimos el camino permitiendo que la genialidad de Rodrigo nos deleitara. En sentido contrario, nos cruzaban luces blancas y amarillentas; en el mismo sentido, luces rojas que rebasábamos con la suavidad que sólo dan los coches nuevos, modernos y tecnocratizados, en carreteras también nuevas y de doble carril. Como pude, entre luces, números digitales y botones alcancé a subir el volumen, justo en aquella área del concierto en que sube hasta el clímax la obra, donde el que ahora conduce y el resto de los muchachos nos tomábamos de la mano y nos poníamos de pie a homenajear al autor y hacer un deseo para el futuro... de esto hace ya muchos años. No recuerdo, la verdad, pero quizá algún día mi deseo fue jugar con alguno de los entrelazados de la mano, al juego de la imaginación y de buscar juntos los bonitos motivos para disfrutar la vida. Sí realicé ese deseo, hoy el destino me lo cumplió. Silencio. De repente, el otro Nacho, soltando el volante y descuidando el camino, con voz fuerte y casi alterado, se dirigió a mí y me dijo: "Y el infinito, ¿qué me dices del infinito?", y prosiguió: "Imagínate lo que no tiene fin, lo que no se acaba, lo que nunca podrías ver".

Yo siempre he visto en todo principio y fin. El año escolar empieza en septiembre y termina en junio, esta carretera empieza aquí y termina allá, este coche empieza en la defensa trasera y termina en la delantera, todo tiene un principio y un final. Hasta la vida tiene un final. Principia cuando naces y finaliza a la hora de la muerte. Entonces, ¿cómo es que existe el infinito? Yo pensé y no lo dije para no complicar más el juego: ¿y la eternidad?

Creo que esto de jugar a la imaginación y buscar lo que no se puede encontrar se puso en el momento muy pesado, casi agotador.

Por fortuna, apareció la luminosidad que anuncia la existencia de una ciudad: estábamos llegando a nuestro destino, sanos y salvos.

Nos dio tiempo, sin embargo, de concluir. No hay remedio, los temas tratados, los juegos que abordamos, el firmamento, la creación, algunas características de los humanos, el infinito, la eternidad, nos hacen concluir que, por más que se le busque, hay que aceptar la existencia de un Ser Supremo, llámelo cada quien como quiera: Dios, Jehová, Huizilopochtli, Confucio, Godda... Natura... y aquí te dejo esto como un punto de partida, para que hoy en la mañana te dé tiempo de jugar un poco a estos juegos de la imaginación que son tan divertidos.

Por lo pronto, yo empiezo a preparar una convocatoria para reunir a mi consejo, al grupo de consejeros personales que me ayudan, me dan

luz cada vez que pierdo el rumbo, lo cual, por desgracia, es más frecuente de lo que deseara. El tema del infinito me obliga a juntar a Champoleón, el gran filósofo, el señor del pensamiento y la verdad, el de las razones de la vida, la lógica, la ética, la filosofía. También convocaré a Allegra, la de las cosas bellas de la vida, la alcahueta de la felicidad, la que hace descubrir lo bonito, la del cabello largo y rizado y los enormes ojos. A la reunión asistirá, por supuesto, Clarabello, el ángel de la guarda, el cuidador, el custodio, el que alumbría el camino, el que advierte y te toma de la mano. Ventus, el pegaso, asistirá de observador, sin voz ni voto, pero con sus enormes alas blancas da al espacio un ambiente de pureza y plenitud.

Será la reunión de principios de año, la reunión de planeación, de hacer el recuento de los riesgos y de los compromisos. Están las cosas como para tener un larga, muy larga sesión.

Arribamos al destino... mis lentes, ¿dónde dejé mis lentes?, ¿y la pluma?, ¿y mi cuaderno? Primera aparición del año de los traviesos duendecillos: Chapo, Chepo, Chipo y Chopo, un tanto enojados porque no fueron convocados a la reunión de consejo, se dedican a esconder mis artículos personales y a querer sacarme de juicio.

La columna tiene un principio y un final, así que debo terminar sin riesgo de buscar el infinito, lo que sería un pecado de vanidad imperdonable, sancionado por Champoleón con energía y hasta con desprecio.

El valor de la unidad

Tengo frente a mí, claramente en mi memoria, aquella ilustración donde se veía, en tres cuadros, la escena que describo a continuación. Cuadro número uno: dos burritos, más bien dos mulas unidas entre sí por un pedazo de cuerda, a cuyos extremos había sendos montones de pastura, jalaban en sentido opuesto, y como la cuerda no tenía el largo suficiente, ninguna de las dos alcanzaba su correspondiente montón de pasto.

Cuadro número dos: las dos mulas, en lugar de forcejear cada una por su lado y sufrir de hambre, se mueven juntas al montón de pastura de la izquierda y amigablemente se lo comen y disfrutan.

Cuadro número tres: juntitas, las dos mulas se mueven amarradas del pescuezo hacia la derecha y se engullen el otro montón de pastura. Las dos felices, las dos satisfechas, las dos bien nutridas y las dos contentas. La moraleja es bien sencilla.

Bien sencilla, pero a veces poco aceptada. Los humanos, nosotros, los inteligentes, los racionales, los pensantes, por ciertos motivos no nos podemos poner de acuerdo y sufrimos las consecuencias por no ceder, por no negociar o simplemente por no tener el valor de enfrentar las verdades de los otros.

A veces seguimos con aquel viejo mandato de “divide y vencerás”... y por guardar esas luchas estériles no avanzamos, en prejuicio propio y de todos, y seguimos dividiendo para vencer en una lucha que jamás tiene fin.

Malditas costumbres

Esa maldita manía de los humanos de lucirse, de ser protagonicos, de imponer sus ideas cueste lo que cueste y tope donde tope. Ese afán envidioso individualista de imperar, de imponer, de exigir. Esa falta de

capacidad de diálogo, de exponer y recibir ideas, de proponer y de aceptar. Ese maldito afán de confundir lo que es verdad con lo que yo quiero que sea la verdad. De pensar que sólo lo mío vale, de creer que todos los valores me pertenecen, de sentir que soy el ombligo de la ciudad y de la ciudadanía.

Ese tonto afán de confundir los intereses sectoriales con los intereses comunitarios, confundir los intereses de partido con los intereses de la ciudad, volver a confundir los intereses personales con los intereses del grupo, anteponer el yo ante el nosotros.

Esa manía egoísta de que, si no es mi idea, no la apoyo; si no es la de mi partido, no vale; si no me beneficia a mí y a los míos, no sirve. Si no es mi propuesta, no sólo no la apoyo, sino que, más aún, la combato.

Esa farsante idea de tomar puestos de representación sólo para buscar posiciones más arriba, no para servir más, sino para yo ser más. Esa aberrante actitud de ser para imponer, de estar ahí para forzar, de tener para comprar. Esa increíble postura de buscar sólo el poder personal sin importar el bienestar común.

Pero, en fin, creo que me fui por el lado contrario, porque lo que yo acabo de ver es totalmente lo opuesto. El valor de la unidad. Acabo de estar en una ciudad que estuvo en crisis, en una alta depresión económica y, por ende, social. Hoy, unos cuantos años después, gracias al sentido de *unidad de sus ciudadanos*, es una ciudad en auge, en crecimiento total, que vive en orden y con una gran cordialidad. La unidad fue más fuerte que la crisis. Partidos políticos van y vienen y la prosperidad sigue. Han cambiado del tricolor al azul y del azul al tricolor (el amarillo no ha aparecido) y la ciudad sigue mejorando. Han modificado su fuente principal de riqueza y con la colaboración de todos han planeado su futuro, advirtiendo contingencias, evadiendo limitaciones, aprovechando oportunidades y fijando metas, objetivos altos pero accesibles.

Las mulas y el heno

En todas las oficinas que visité, la del Presidente Municipal, la de la Coparmex, la de la Canaco, la de la Asociación de Industriales (ahí no hay de Hoteles y Moteles), la de la Asociación Agrícola y Ganadera, la central de la CTM y otras más, en todas, junto a la foto del Presidente de la república, está el grabado que describía al principio, el de las dos

mulas enlazadas por el cuello. Como que quieren tener presente la moraleja positiva de lo que se logra cuando uno se pone de acuerdo. Me regalaron una copia y yo también la puse en mi oficina. Descolgué una bonita foto del malecón y la torre de la iglesia y colgué el de las mulas. Si te interesa, le saco copia y te la mando por correo electrónico.

Cansado del viaje, entré a mi habitación, apagué la luz y me tiré a dormir... pronto empecé a soñar una historia que ya había soñado...

Sueño romántico en tres actos

Estoy en una ciudad muy grande y muy bella. Serían las 7 de la tarde y el ambiente tiene ese color ámbar transparente que dan las tardes de invierno. La banqueta de la calle es muy ancha, de casi tres metros, y está adoquinada. Un río de personas transita apuradamente en uno y otro sentido. Bajo la mirada y me divierto viendo los zapatos, las piernas, los pantalones de los transeúntes... subo la vista y veo rostros muchos rostros viejos y jóvenes, mujeres y hombres, serios y alegres, distraídos y concentrados; suéteres, chamarras delgadas, gabardinas que esperan lluvias, vestimentas modernas y anticuadas. Son los rostros de las personas de carne y hueso que se mueven en la vida cotidiana de esa ciudad. Producen un murmullo no con sus voces, sino con sus pasos al caminar.

De repente me doy cuenta que de ese río ordenado de personas se desprende una mujer guapa y cruza indisciplinadamente la calle. Es muy guapa, alta, delgada, de pelo negro, piel blanca y ojos claros color aceituna; su boca es carnosa y del color de una rosa roja. Lleva un vestido entallado, de una pieza, y sobre él, una especie de saco muy largo, muy ligero, justo al nivel de la rodilla, que encuadra a la perfección sus piernas, las que encuentran mayor lucimiento debido a la altura del tacón de sus zapatos. Me llama profundamente la atención que lleve entre sus alargadas y muy bien cuidadas manos, una maceta pequeña con una flor que, me parece, es un tulipán.

Unos minutos después aparece un hombre, señor joven, y se sale también de la línea humana que transita por la banqueta y atraviesa la calle y ahí, en medio, toreando a los coches, se para de puntitas, con la clara intención de buscar a la mujer que lleva la maceta de la flor en las manos. Ella aparece por una décima de segundo en la abertura que se deja ver entre un camión y otro, y el hombre levanta la mano desesperadamente, queriéndose hacer presente... la mujer, discretamente, contesta el saludo y cruzan las miradas.

Empieza ahí una discreta pero decidida y elegante persecución, con el deleite y consentimiento de ambos.

Ella volteá, inteligentemente, en la esquina de ese edificio antiguo precioso cuya fachada tiene enormes piezas de cantera pura, de casi ochenta centímetros. El sitio es ideal, sin interrupciones visuales, una gran plaza rodeada de bellísimos edificios en color naturaleza, grises, verdes claros, rosas tenues... qué bella ciudad. Ella sigue con su flor en la maceta, aminora el paso y permite que se establezca ese lenguaje maravilloso, sin palabras, que se inicia cuando el corazón palpita más aceleradamente, no por cansancio, sino que, al contrario, porque los sentimientos brotan a borbotones. El cruce de las miradas se intensifica y ella esboza pequeños movimientos en sus carnosos labios.

Llegan a donde una viejita alimenta a las palomas, justo en el medio de la explanada; no hay barreras visuales, sólo aves que revolotean alrededor de su benefactora y esto propicia el encuentro de miradas y coqueteos. Qué preciosa ciudad. No sé por qué me parece que es Lisboa en Portugal, no lo sé porque nunca he viajado a Lisboa.

La mujer bella, maceta en mano, atraviesa la plaza y se sube a un tranvía. El hombre, desesperado, le agita la mano y la penetra con la mirada, como diciendo, sin emitir palabras, "Me gustas, te quiero, me gustas mucho". La mujer, decididamente y sin taparse, esboza un beso en sus carnosos labios y lo envía a través de la ventana del tranvía. Él la persigue. Seguro que el encuentro amoroso estaba dado.

El primer tranvía hace la parada justo en los muelles del puerto. El hombre también. Ella camina con paso lento hasta el extremo del muelle. Él la persigue con la mente. Ella, descaradamente, le envía un beso por los aires y después se encuentra con otro hombre que la espera, la abraza y la besa apasionado... un contacto de verdad.

Desconcertado y desilusionado, el hombre da la media vuelta y, con paso lento, inicia su camino de regreso, sin perder en su mente la flor de la maceta y los labios carnosos de color rosa roja.

Otro día

Días después, caminaba yo en mis sueños por la misma banqueta ancha, de casi tres metros... el mismo río de gente, las piernas, los zapatos, los mismos rostros.

De repente, me doy cuenta de que de aquel río ordenado de personas se desprende un hombre discretamente bien vestido en color *beige*, con sus zapatos bien lustrados y un ligero suéter de casimir sobre los hombros.

Unos minutos después aparece una mujer guapa, con un vestido entallado, de una sola pieza, y saco ligero que le llega hasta la rodilla. También cruza la calle. Lleva entre sus manos una maceta con una flor. El hombre camina y la mujer discretamente lo persigue. Se para de puntitas para no perder de vista al hombre, que a veces volteá discretamente. La mujer levanta el brazo y saluda con la mano, el hombre le contesta con miradas tiernas. Cruzan una gran explanada, entre palomas que son alimentadas por una viejita, ya sin barreras visuales, se apapachan con la vista, sin tener contacto físico... miradas, mensajes visuales, mensajes corporales.

Él se sube a un tranvía; la mujer, sin dejar la maceta con la flor, le manda señales. Él le dibuja un beso entre sus manos. Ella toma el siguiente tranvía y lo persigue hasta la playa. Se bajan; él enfrente y ella atrás. Los piropos visuales, más activos que nunca: señas, miradas cruzadas. El encuentro amoroso parecía estar dado.

Él camina hasta la playa y se encuentra con otra mujer que lo espera y lo abraza y lo besa apasionadamente... un contacto de verdad.

Desconcertada y desilusionada, la mujer de la maceta da la media vuelta y, con paso lento, inicia su camino de regreso.

Dos días después

En mi sueño pasan los días y las noches en aquella hermosa ciudad. Camino la misma calle y me doy cuenta de que hay dos banquetas anchas, de casi tres metros cada una, adoquinadas, y sobre ambas camina un río de personas ordenadas, una tras otra, de diez en fondo.

Entonces miro que de la acera norte, una bella mujer, con una maceta en la mano, deja la línea ordenada e indisciplinadamente cruza la calle llena de tranvías, coches y camiones. De la acera sur, la acera contraria, un hombre, un señor joven, vestido discretamente de *beige*, con un suéter color camello sobre los hombros, también cruza la calle, indisciplinadamente...

Y de repente, ante un tranvía y otro, se encuentran los dos. Ya no hay miradas seductoras, ni besos figurados, ni saludos con el brazo extendido, ni palomas, ni edificios bellos. Ahí, en medio de la calle, sin miramiento alguno, la mujer tira al suelo la maceta y con las dos manos y las dos piernas y todo, abraza al hombre y se besan y se acarician y con palabras se dicen “Te quiero, te amo, me gustas”... todo en medio de la preciosa sinfonía que forma el ruido de los cláxones, los aceleradores y los chiflidos.

Sin más, recogen la flor, ya sin maceta, y la abrazan entre sus manos calientes. Serían ya las dos de la mañana, en mi sueño, cuando oigo la voz de mi ángel de la guarda, Clarabelllo, que me dice: “El valor de estar unidos”.

Convención de Cupidos en Puerto Vallarta

Estoy completamente convencido de que todos tenemos, junto al ángel de la guarda, otro personaje único, propiedad de cada quien, que se llama Cupido... No necesariamente me refiero a ese niño bonito y regordete, con alas que le brotan de la espalda y que lleva en sus manos un arco y una flecha, cuyo diseño nada tiene que ver con los clásicos instrumentos de cacería de antaño.

Tú, mi querido y único lector, y yo, ciertamente, poseemos, por ventura, este personaje que nos acompaña siempre en las buenas y en las malas y que nos habla al oído, con la intención de orientarnos al bien y alejarnos del mal. No me refiero a eso que llamamos conciencia, la que nos hace distinguir lo bueno de lo malo, la que hace analizar nuestro comportamiento, la que nos hace arrepentirnos de nuestras culpas. No, la labor de Cupido, hasta cierto punto, es mucho más limitada, mucho más modesta, pero no por ello menos importante. Cupido, el tuyo o el mío, no tiene capacidad de discernir, no hace juicios, no analiza. El sólo tiene vocación de ayudar, de convocar, de proponer. Te habla al oído y sugiere con quién, por dónde, cuándo y de qué forma. Cupido es una especie de alcahuete, de Celestino, de buena onda, que te habla al oído para que te acerques a alguien en aquel momento preciso, en las condiciones adecuadas, con el motivo conveniente. Es el que te aconseja con quién y por dónde; es totalmente desinteresado, no espera recompensa, es humilde e incansable. Bueno, la realidad es que recompensa sí espera, y ésa es verte con la sonrisa en la boca, feliz de la vida, rodeado de quien quieras y te quiera.

Ambos Cupidos, el tuyo y el mío, no tienen una forma, una forma igual. El tuyo puede ser rubio y el mío moreno, el tuyo puede ser chiquito y el mío grande, el tuyo puede ser bonito y el mío feo; siempre

buenos los dos, el tuyo y el mío. Es de esos personajes que al menos que los descubras y los conozcas, los conozcas bien, no tienen forma, no tienen figura específica. Cupido puede ser, mientras lo descubres y te identificas con él, etéreo, volátil, nebuloso en su forma y su presencia. Es indispensable, y ésa es la tarea de cada quien, encontrarlo, identificarlo, darle nombre si es posible. Y así tú tienes el tuyo y yo el mío.

Verlo, conocerlo bien, identificar su figura, mirarlo a los ojos y hasta darle un nombre propio, porque ésa es la única manera de entrar en confianza, platicar, comentar, dialogar, llegar a las verdades hasta las últimas consecuencias. Hay que entrar en confianza con él para poder aprovecharlo al máximo.

Me queda muy clara la diferencia entre “conciencia” y Cupido. Éste último nos mueve al amor, a la generosidad, al dar, al entregarse, al ayudar, al consolar, al perdonar, al alagar; nos mueve a la concordia, a la paz, a la integración, a la armonía. Es esa voz que nos dice, quiere, ama, abraza, acaricia. Es esa voz que orienta a los filántropos, a los que toman causas nobles, a los que persiguen la justicia y el bien común. Me queda claro también que es un personaje importantísimo en nuestras vidas, que nos orilla al respeto, a la prudencia, a la complacencia, a la paciencia.

Es él quien, en lo cotidiano, nos sugiere que guiñemos el ojo, cuchicemos una mirada, dibujemos una sonrisa, un apretón de manos, una palmada en la espalda. En la vida diaria nos aconseja ser simpáticos, dar las gracias, apapachar y manejar ese lenguaje corporal que sin una sola palabra dice tanto. Es él, el que todos los días nos sugiere una actitud amable ante la vida, mirar lo bueno de los demás, comprender mejor a los que nos rodean, repartir a manos llenas buenas vibraciones y buenos deseos.

Y más allá, es Cupido el que suavemente nos lleva hasta el ser querido, el que nos hace tomarnos de las manos, acariciar, consentir y dar todo lo que a la otra parte más le gusta. Es decir, Cupido sabe llegar hasta allá, a lo más profundo del corazón, a la mismísima alma y también al cuerpo, a lo humano, a lo sensible y a lo placentero.

Propongo: Congreso de Cupidos

Propongo un próximo 14 de febrero en dos tiempos, más bien en dos actos.

Primero: este acto debe celebrarse desde el amanecer hasta el medio día. Se trata de una acción individual, en la que cada uno identifique detalladamente a su propio Cupido, le llame por su nombre y desarrolle la capacidad de escuchar esos consejos y esos bonitos deseos que siempre tiene para cada uno de nosotros. Digamos que el primer acto es de búsqueda y de identificación.

Segundo: vamos a hacer, a partir del mediodía de hoy y hasta la medianoche, una Convención de Cupidos en Puerto Vallarta, que estoy seguro que será la primera a nivel mundial y que entonces se va a convertir en una enorme promoción para nuestro tan vapuleado destino turístico. Cada uno de los habitantes de Puerto Vallarta, Jalisco y de Vallarta, Nayarit aportaremos nuestro querido Cupido a esta gran convención, y así se juntarían casi 350,000 consejeros sobre el amor y la amistad. No es necesario tener un gran Centro de Convenciones, ya que no ocupan espacio. Aunque, como tienen un gran contenido espiritual, la Convención aportaría a la ciudad un ambiente de paz, tranquilidad y alegría nunca antes visto.

Las amorosas conclusiones de este Primer Congreso de Cupidos Vallartenses llegarían de inmediato hasta Washington, DC y quizá influenciarían al señor George Bush a cejar en su intento pacificador mundial a través de una gran guerra. También, localmente nos servirían para apreciar el trabajo de unos y otros y comprender que nada es tan bueno o tan malo, para que todo se haga o todo se interrumpa; nos llevaría a comprender que nadie es poseedor de la verdad absoluta, que con buena voluntad podríamos caminar más fácil y rápidamente hacia una meta común. Pero sobre todo, sobre todas las cosas, nos dejaría una ola inmensa de amor, unas ganas tremendas de ser amigos de todos, una dicha grande por querernos y ser queridos. Este próximo 14 de febrero la vamos a pasar muy bien, cenaremos muy rico, muy contentos, rodeados de quienes más queremos.

Por mi parte, debo darme cuenta de que el espíritu del 14 de febrero debe durar todo el año, 365 días corridos, y perdurar por toda la eternidad.

En vísperas de la guerra

Recuerdo haber leído una entrevista hecha al escritor y pensador mexicano Carlos Fuentes en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires.

Pregunta el entrevistador: ¿Pueden los escritores, los artistas, seguir creando y desarrollándose en un ambiente dominado por la guerra y el temor? Contesta el escritor mexicano: “¡Sí se puede! Siempre que haya humanidad, un hombre podrá escribir un poema a los ojos de una mujer bonita, para no darle la razón a los terroristas y a los dictadores”. Tomo esta frase de Fuentes, el grande, el gran escritor, el intelectual, como punto de partida. Mientras tanto, comento lo que veo, lo que oigo y lo que siento.

Creo ser un hombre optimista. Estoy rodeado de personas optimistas, mis amigos son optimistas, mi familia, mis hijos, mis nietas son optimistas. Nací en plena Guerra Mundial, hijo de un médico militar, con la amenaza constante de participar en los grupos de los aliados dentro del cuerpo de médicos de guerra. Entre los grandes recuerdos de mi tierna niñez, tengo el de mi madre rezando el rosario para que mi padre no fuera llamado al campo de batalla. Conocí desde pequeño, directamente de la voz de mi mamá y de mi abuela, historias y relatos sobre los ataques de los alemanes a París, el ruido de las sirenas anunciando el ataque nocturno, el ronroneo de los monomotores bombardeando la ciudad, las guaridas en los sótanos de los edificios parisinos. De mi abuelo jamás oí un comentario de guerra, pero sí recuerdo haberlo visto llorar cuando alguien hablaba sobre las tropas alemanas desfilando bajo el Arco del Triunfo; llorar junto al radio de onda corta mientras escuchaba las noticias.

Desde entonces y a pesar de lo antes dicho, la vida se plantó ante mí con alegría, con oportunidades, con unos padres ejemplares que me enseñaron a verle al mundo y a sus hombres lo bueno, lo positivo, lo

bello. La fortuna me hizo rodearme de gente positiva, amable, creativa. Adonde volteo encuentro un amigo que piensa bien y actúa mejor, alguien que me contagia el ver las cosas por su lado bueno... y mi Champoleón, el filósofo, y mi Allegra, la feliz, y mi Clarabello, el custodio, y mi Degusta, el de los placeres bonitos, y Amical, que sí sabe de ser amigo, y tú, mi querido y único lector, tan amable y comprensivo (a).

Sin embargo, voy a confesarte, hoy en la madrugada que escribo, frente a la inmensa bahía y con el ánimo que da el buen dormir, que hoy batallo para encontrar optimismo. Te lo confío, me está costando trabajo pensar de manera positiva y alegre. El estigma de la guerra me está causando conflicto. Me preguntó mi amigo que si creo que va haber guerra y me contesto a mí mismo: iya estamos en guerra! Y todos estamos perdiendo las primeras batallas.

Hemos conocido a un Bush beligerante, guerrero, necio, imperialista, sordo, agresivo, y se nos ha olvidado que existe otro, la causa quizá de los problemas, que es dictador, prepotente, asesino, creído, vanidoso, insensible, abusivo, que se llama Saddam y se apellida Hussein... y en medio, todo el mundo, los ricos y los pobres, los viejos y los niños, los hombres y las mujeres. Qué tristeza que la humanidad, teniéndolo todo, se conforma con nada más que la riqueza, el petróleo, el dinero y el poder. Tener más en lugar de ser más. Y es aquí donde a nivel individual quizá podríamos hacer algo por este mundo, por esta humanidad. ¿Para qué sirve el dinero y el poder si no tenemos tranquilidad y gozo interior? Cuestión de gustos y preferencias.

Estamos en una guerra extremadamente peligrosa, porque la diplomacia y las negociaciones no han podido convencer a dos extremistas inamovibles. Uno amenaza, el más grande, y el otro reta. Una guerra con una tecnología militar inimaginable, manejada como tablero de ajedrez, donde los reyes tienen nombre (George y Saddam) y las demás piezas, a excepción de los peones, son de calidad nuclear y de sorprendente alta tecnología... los peones siguen siendo de carne y hueso, vestidos con trajes de guerra camuflajeados. Bajo el tablero, la humanidad en pleno, esperando las acciones de los estrategas del ajedrez de la muerte.

Estamos ante una guerra que cuando termine apenas habrá empezado. Cuando venza Estados Unidos a Irak, se desatará la verdadera guerra, la del islam, la del terrorismo desmedido, la de las guerras suicidas, la guerra del odio, la del bombazo aquí y allá, la guerra de gue-

rrillas, con nuevos actores y nuevos métodos de pelea. Esta guerra, si sigue, si se logra, jamás, jamás, nunca jamás terminará.

Escribí, el 11 de septiembre de 2001, que el mundo nunca sería igual y, por desgracia, no me equivoqué. Ese día se inició la nueva guerra, diferente, y por primera vez en un territorio intocable, incólume, el territorio de Norteamérica. Se inició la guerra *vs.* Occidente ahí mismo, en Nueva York, Estados Unidos de América, algo nunca imaginado. Una guerra, ésta que decimos que pronto iniciará (y yo digo que ya empezó), aumentará las tensiones entre musulmanes, cristianos y judíos, acabando con los muy pocos avances logrados en el diálogo de estos grupos.

Muy grave, esta guerra corre el gran riesgo de invalidar las decisiones o el querer de las Naciones Unidas, único organismo rector de las relaciones a nivel mundial y de las causas entre naciones. Esto representaría el caos, el desorden, la injusticia, el ojo por ojo y diente por diente. Por supuesto, en este desequilibrio de fuerzas los más perjudicados serían los países más pobres.

Esta guerra superará con mucho la guerra por petróleo, con mucho la dizque defensa del pueblo iraquí, con mucho el derecho de ser juez y parte de los estadounidenses, con mucho los derechos y obligaciones de los países europeos, con mucho los berrinches de Hussein. Esta guerra puede convertirse en una lucha religiosa sin cuartel, una guerra donde los que pelean son los militares y los que mueren son los civiles, las familias, los niños, las madres, las abuelas. ¡Qué horror! Pasa por mi cortamente esta película de miedo, de terror, de desolación. Y no, me resisto, me resisto a dudar de la humanidad, me resisto a aceptar que pueda más la provocación, el fanatismo, la soberbia, la fuerza y el poder, que la sensatez, la prudencia, la tolerancia, la capacidad de negociación, la justicia, la generosidad, el amor al prójimo y el amor a la vida. Quizá el Orden Universal nos tienda una mano, se compadezca de todos nosotros y volvamos a vivir en paz, disfrutando cada quien de lo mucho que tenemos y aceptando lo poco que carecemos. Quizá si tú y yo creemos en esto, quizás se nos conceda el milagro y tus hijos y los míos y tus nietos y los míos alcancen a disfrutar un mundo lleno de plenitud y alegría. Por lo pronto, hagamos caso a Carlos Fuentes, y como todavía hay humanidad, sentémonos a hacer un poema a los ojos de una mujer bonita.

Mientras no haya paz ... estamos en guerra.

Hagamos la paz, cada uno hagamos la paz.

Me lo platicó un taxista

Había recibido una amable invitación a compartir los sagrados alimentos de medio día a la casa de don Salvador. La comida prometía muy buena marca y la conversación y la plática, estaba seguro, no se quedarian atrás. Desde la mañana el júbilo invadió mi humanidad y para esto se necesita una dosis muy voluminosa.

Apuré los pendientes y abordé mi taxi del sitio 14 con entusiasmo y alegría.

“A las Torres Gemelas”, ordené con suavidad al conductor, quien me miró con cierta sorpresa y también con comprensión. No dijo nada de momento, porque seguro le cayó el veinte de que iba a Playas Gemelas, allá en el Sur, y no a las Torres Gemelas, en Nueva York.

El chofer, muchacho joven, gordito, de cara rechoncha, amable hasta con la mirada, nuevo en ese sitio de taxis, que conozco hace más de veinte años, no sabía quién era yo.

Saludos, presentaciones y parabienes. Silencio. “Usted cree que va a haber guerra?”, me preguntó mientras cruzábamos el tráfico de las casi dos de la tarde en el pueblo. Sentí, en el fondo de mi corazón, y lo reafirmé al mirar aquella cara bonachona, que deseaba con toda su alma que mi respuesta fuera “No, no habrá guerra”.

Tuve que contrariarlo y decirle lo que pienso: “Sí, desgraciadamente pienso que sí habrá guerra”.

Pude haber sido más franco y decirle que de hecho la guerra ya había empezado y que el mundo está política y diplomáticamente totalmente destruido; y que las instituciones internacionales están por colapsarse. No tuve valor para ser así de explícito. El joven taxista no quiere saber de nada más que de paz, como casi el 99.9 por ciento de los hombres y mujeres, niños y viejos de este mundo.

“Pero la guerra nos va a perjudicar a todos, a todo el mundo. También a nosotros, a nosotros mucho”, afirmó con cierta tristeza en su voz. Silencio.

Los siguientes minutos, cuatro o cinco, fueron de silencio total.

“¿Cómo se hace el dinero?”, preguntó de repente. Lo repentino de la pregunta y el cambio de tema me sacó de onda.

“Pues, trabajando, produciendo”, se me ocurrió contestar.

“No, no me entendió la pregunta, me refiero, cómo se fabrican los billetes? ¿como el periódico, en una imprenta?”.

“Pues sí, en una imprenta”. Silencio de nuevo. Al ratito, vino su primera propuesta ingenua y maravillosa.

“Yo creo, bueno, propongo, estaría bien entonces que el presidente Bush pusiera a fabricar, por ejemplo, dos millones de dólares diarios, y así el día siguiente y el siguiente, y al juntar muchos millones, se los llevara al tal Hussein en Irak y con eso lo calmara y ya no quisiera guerra y todos tranquilos y ya no nos perjudicaría a nosotros”.

No sabía cómo armar la respuesta. Hablar del circulante y las teorías que soportan la emisión de dinero en juego en un país, ni yo lo entiendo bien, ni tampoco los del Banco Central, así que qué caso tiene. Opté por decir que esa solución no iba a jalar y traté de poner un ejemplo comparando un país con una familia. Silencio y decepción. Silencio. Minutos después:

Se llama Luis

“Bueno, entonces por qué no se juntan solos los dos presidentes, el de Estados Unidos y el de Irak, en algún lugar neutral y platican solos, sin achichincles, solos y platican hasta llegar a un acuerdo, hasta que se arreglen y queden los dos contentos”. Se veía que Luis, así se llama el taxista, tenía ganas de encontrar una solución; la guerra lo tiene abrumado. ¿A quien no? Silencio.

“Bueno, y si no llegan a un acuerdo, pues a la chingada..., a trancazos pues, y el que ganó, ganó”. Para Luis, la guerra estaba resuelta.

Como en la guerra de Troya

Ahora el silencio fue mío. Me hice chiquito en el asiento y me vinieron a la memoria el tercer y el cuarto cantos de la Ilíada, cuando se puso en práctica una solución parecida para resolver la Guerra de Troya: pelearían en persona los dos generales al frente, pero Zeus hizo de las suyas e hizo desaparecer al bello Paris, provocando que un miembro del ejército soltara una flecha artera que rompió el pacto... La solución de Luis ya la había plasmado Homero miles de años antes, en el siglo VIII o VII a.C. Allá se peleaba por una mujer, la bella Helena; ahora Helena se llama petróleo y se llama dinero y se llama poder.

Corríamos en el taxi amarillo por la carretera a Mismaloya. El diálogo y mis pensamientos fueron bellamente interrumpidos por el paso garboso y saleroso de una ballena, ahí, a unos metros de la orilla del mar. Luis se orilló y juntos disfrutamos de un espectáculo, de éhos que sólo la naturaleza puede ofrecer, tan hermosos que pueden hacer olvidar la pena más grande o la preocupación más difícil.

Fue suficientemente para olvidar la guerra, sus implicaciones y sus posibles soluciones. Arrancamos de nuevo a nuestro destino y a mi cita, que volví a saborear sin haber arribado al punto de reunión. Vuelve Luis a la conversación, cambiando de tema parcialmente.

“Qué lástima lo de la máquina de hacer dinero que tiene el gobierno, la imprenta, pues, que imprime billetes y que dice usted que no se puede echar a volar; pero yo había pensado también que Fox imprimiría muchos billetes, juntara dos millones de dólares cada día y entonces un día se fuera a Guanajuato, otro a Tlaxcala, otro a Chiapas, así, y regalarla a los pobres cinco mil, diez mil o quince mil dólares a cada pobre, entonces ya serían ricos y tendrían obligación de cuidar el dinero y hacerlo producir. Así ya no habría pobres en México y todos estaríamos contentos...

Hablamos de más cosas, pero no te las puedo decir: son asuntos que quedarán en los archivos de la memoria de Luis y míos. No te las puedo decir.

Lo que sí es que, ahora que estoy escribiendo, pienso que si en las Naciones Unidas y al frente de los gobiernos hubiera hombres con el corazón pacífico de Luis, decidido a encontrar soluciones para vivir en paz, otro gallo nos cantara.

Llegué a mi destino y la realidad superó las expectativas. Excelente comida, extraordinaria bebida, conversación sabrosa y jugosa, y sobre todas las cosas, un ambiente de calidad humana y amistad de los anfitriones y los otros comensales. Eventos que fortalecen el espíritu. Gracias.

Nota corta

Estuve en una graduación en el Centro Universitario de la Costa. Un acto académico serio, formal y bien organizado. Lo mejor, los propios estudiantes graduados, felices por el deber cumplido, ilusionados con sus posibilidades profesionales, alegres de compartir con sus padres, maestros y la propia institución el sabor agradable de arribar, de alcanzar una meta, de cumplir un propósito. Se veía ahí calidad humana y capacidad de logro. Otro evento que fortalece el espíritu y vivifica el alma. Los humanos, creo yo, estamos siempre tan necesitados de combustible espiritual que debemos echar mano de todo aquello que sea bonito, positivo, constructivo, alegre, bueno, para llenar el tanque y continuar con gusto este maravilloso camino de la vida, que a veces, por supuesto, nos pone trampitas y piedras en el camino.

El deber de aprovechar todo aquello que nos dé ánimo. Vale.

Urge, ya urge

Las ansias de aprender del hombre, de la raza humana, son el motor para lograr los grandes avances tecnológicos. Hoy somos testigos de cómo siete hombres, cinco masculinos y dos femeninos, emprendieron un nuevo viaje hasta el más allá para conocer más cosas del universo y de sus leyes. Aventuras fantásticas, carísimas, atrevidas, donde los que aparecen y se arriesgan son un puñado visible, pero apoyados y sustentados por un ejército de científicos e investigadores.

Resulta para mí inimaginable lo que se requiere de conocimientos para mandar estas naves al espacio, pero sé de cierto que ha permitido desarrollar alta tecnología que se aplica no sólo en estos viajes siderales, sino también en muchos aspectos de la vida en la Tierra: en el campo de la medicina, de la aeronáutica, de la computación, de la física, del desarrollo de nuevos materiales, combustibles y tantas y tantas cosas.

Con todo este acervo de conocimientos desarrollados por los hombres, desde los griegos y los grandes sabios de la historia, hasta llegar al lanzamiento del Discovery —que si bien nos impresiona, tampoco nos asombra ya tanto—, la humanidad sigue siendo frágil y también sus grandes avances, tanto que un pajarito, un ave, sería una gaviota o un pichón, ha puesto en duda el éxito del experimento y peor aún, en peligro la vida de la tripulación, sólo por cruzarse en el camino del poderoso instrumento y chocar con él.

Mientras la tecnología avanza a pasos agigantados y el hombre sabe más y más, las guerras siguen, los niños del mundo se mueren de hambre, los hombres con causa matan a ciudadanos sin deberla ni temerla con estos horrendos atentados terroristas, el número de suicidios aumenta año con año, los poderosos se hacen más poquitos y más fuertes y los débiles muchos más y más frágiles, crece la violencia intrafamiliar... pero eso sí: la humanidad sabe más y más, conoce más y más.

Parece ser que se cultivan la mente y la inteligencia —el cerebro, pues— y se descuidan el corazón y los sentimientos.

Me impresiona la foto, nada nueva, donde desde la nave espacial se ve la Tierra: redonda, grandota, con sus manchas que crean los mares y los valles, las grietas que forman las cañadas y los ríos, las cicatrices que dibujan los volcanes y las arrugas que se conforman con los cerros y las montañas. Desde allá, a los miles de miles de kilómetros, es lo que los astronautas miran, así ven la Tierra, el planeta, la casa de los humanos y de los animales y de los árboles y de las piedras. Mira bien la foto y examina al detalle lo que es la Tierra desde lo más profundo del Universo.

La humanidad sabe más que nunca de la Luna (del satélite, no de la romántica), de los planetas, de las estrellas, de los meteoros, de la Vía Láctea, de la atmósfera, de la gravitación, de los nuevos planetas... y de aquí cerquita, ¿cuánto sabemos? De la Vida, con mayúscula, cuánto sabemos del prójimo, de la convivencia, del bien común, del respeto al derecho de los otros, ¿cuánto sabemos?

De la Tierra yo creo que no sabemos tanto. La recibimos de regalo, aquí nos pusieron hace muchos años, y la hemos explotado, la hemos exprimido, peor aún, la hemos destruido.

¿Cómo querer lo que no se conoce?

No conocemos lo más elemental, el medio que nos rodea, que nos hace ricos, que nos hace respirar y que nos quita la sed y el hambre. El medio ambiente que nos garantiza una vida, un clima, un equilibrio, una alimentación.

Me gustaría conocer, y que todos lo conocieran, el porqué de los árboles, de los ríos, de las montañas, de la vegetación, de los cocodrilos y los jaguares, de las aves y los reptiles, los insectos y las bacterias y las selvas y los esteros. Cuando los conozcamos, seguramente los querremos y conservaremos.

No sé tú, yo prefiero vivir en la Tierra que en Marte. Prefiero vivir en Puerto Vallarta que en el DF. Prefiero vivir frente al mar, refrescado por la lluvia, acariciado por la brisa, encantado con la flora y con la fauna, con la danza de los colores, la alegría del buen clima, la inmensidad del océano, la textura de los montes y las montañas.

La realidad

La realidad es que vivimos en un paraíso y por una cosa u otra lo estamos acechando, flagelando, peleamos contra lo bello, lo bonito y lo generoso. Curiosamente, estamos desdeñando lo que recibimos de regalo, primero de la naturaleza y después de los primeros moradores que diseñaron este sitio para gente feliz y nos lo heredaron, creo yo, con el único compromiso de cuidarlo, de mejorarlo.

Puerto Vallarta es un todo: mar, playa, sol, clima, montaña, ríos, arroyos, vegetación, geografía, topografía, pueblito, fauna, flora, esteros; cuando atentamos contra alguno de los factores que lo componen, estamos atentando contra el todo. Cuando algo de esto falte, el todo, Puerto Vallarta no será lo mismo y los que más sufriremos seremos sus habitantes y también los visitantes, que cuando no encuentren más ese maravilloso todo que ofrecía Puerto Vallarta, buscarán nuevos lugares que les brinden mejores experiencias.

Urge

URGE el plan de desarrollo urbano, bien hecho, bien presentado a la comunidad, bien discutido, bien hecho para favorecer únicamente al bien común, a la conservación de nuestro querido pueblo; proyectando a conciencia, sin intereses de gobierno ni de particulares, la modernización, el crecimiento ordenado, tan fácil: sólo lo que favorezca a la ciudad y a la comunidad.

URGE decretar las zonas de reserva, las intocables, esas que hacen que Vallarta sea único y diferente. Zonas de reserva que nadie, absolutamente nadie, pueda tocar, mucho menos urbanizar o destruir.

URGE actualizar los reglamentos que rijan la ciudad. La construcción, las densidades, las fachadas, los giros, los giros restringidos, la basura, toda la actividad.

URGE que haya hombres y mujeres de gobierno que sepan aplicar con honestidad, con rectitud y en tiempo, estos reglamentos; sin distorsiones, sin privilegios, sin conveniencias.

URGE el apoyo al Patronato del Centro Histórico, no dinero sino voluntad política y de medios, así como estructura legal para poder operar.

URGE una definición de la ciudad que queremos a futuro. Urge planear y definir.

URGE la emergencia de una fuerza ciudadana, que por civismo, por convicción, por patriotismo, defienda a esta ciudad y aporte ese equilibrio que sólo da el desinterés de lo personal por el interés de lo colectivo.

URGE que amemos a Puerto Vallarta para seguir disfrutando todos de esta herencia recibida, y que nuestros visitantes no nos cambien por otro lugar.

En tu ciudad, donde tú, lector único y generoso, tengas tu hogar y morada, seguramente también tendrás las mismas urgencias. Debemos en todo México, todos y cada uno iniciar una cruzada por preservar la naturaleza y buscar colectivamente mejor calidad de vida para todos... para todos.

Guadalajara y los celulares

Fui a Guadalajara y me tocó presenciar dos cosas que te relato brevemente. El equipo de Brasil en la Perla de Occidente. Coincidieron la llegada de los jugadores y la mía: yo en mi avioncito de la tarifa más cara del mundo, ellos en un súper jet. Cientos de periodistas, cámaras, videograbadoras, grabadoras. Me sentí importante creyendo que iban a entrevistarme, levanté mis brazos en alto y los fans, más mujeres que hombres, me rodearon para acercarse a las estrellas a pedirles autógrafos, abrazos o lo que fuera. Los tapatíos se convirtieron en brasileiros, las mujeres se ataviaron de color verde y amarillo y se despojaron de todo lo que les cubriera el ombligo y caminan ahora a un ritmo que sólo da la zamba y la batucada. Guadalajara, por un día, pertenece al país del Amazonas. Todos hablaban portugués, pensaban en la *feijoada* y bebían *caipirinhas*.

La otra observación es la de la invasión de celulares. Cada tapatío tiene un celular. En el súper escuché a una señora llamándole a la empleada doméstica para preguntarle si había llegado el cartero, y a los cinco minutos volvió a llamar para saber si había cebollas en la casa. Todos, hombres y mujeres, en el cinto, como en el viejo oeste, llevaban revólver. Aquí llevan celular enfundado de diversas maneras y colores.

En el restaurante de Pierre sonó un celular y todos los asistentes, entre pánico y alegría, llevaron instintivamente la mano al lugar del celular, lo contestaron y, con decepción, sólo uno recibió llamada. Pero no importa, este fenómeno se sucedió una y otra vez, así que casi todos recibieron el premio de su llamada con el correspondiente efecto de estatus entre la concurrencia. A uno de mis amigos de la mesa le llamó su esposa de emergencia para preguntarle dónde había guardado el disco de José José que compraron el día anterior.

La invasión llega a su culmen en los aeropuertos. El que no esté hablando es un pobre y común viajero. Qué diferencia de aquel que

llama y recibe llamadas. Hasta en el camioncito, y la última dentro del avión, sabiendo que está prohibido, pero por eso justamente tiene más valor de estatus. El que no llama es un desocupado, un inservible al que nadie necesita.

Creía que me libraría de la invasión en el cine: pues no, con musiquita a diferente ritmo sonaron los celulares.

Puse cuidado y, mirando a los hombres y mujeres de Guadalajara, todos tienen una oreja aplastada y de color rojizo y no puedo saber de qué se trata. ¿Moda o signo de los tiempos?

Aquí en Puerto Vallarta, todo en calma.

Milagros de una taza de café

Ya me daban ganas de que amaneciera; me regalaron un kilo de café de altura, del mero Córdoba, Veracruz. Tempranito saqué mi molino y con cuidado deposité unos cien hermosos granos enteros que, al molerse, de inmediato empezaron a emanar aromas. Coloqué con entusiasmo el preciado polvo en mi cafetera de presión, con el mismo entusiasmo que tiene un chamaco con un carrito de bomberos nuevo. Luego, con delicadeza agregué el agua que ya hervía sobre la estufa y así, de repente, vino la segunda ráfaga de aromas. Con la sonrisa de oreja a oreja, presioné la válvula del filtro y con desesperación aguanté dos minutos antes de llenar mi taza, la misma de diario, la del horóscopo chino; de ahí salieron más aromas, al grado de inundar toda la cocina. Estoy seguro de que el vecino pudo darse cuenta que estaba a punto de tomarme una taza de aromático café de Córdoba; mi alegría inundaba también la cocina y disputaba a los aromas el protagonismo de la mañana. Claro, ni los olores ni mi alegría volteaban hacia el mar, porque sabíamos que ante ése nadie compite.

Un sorbo del elixir negro y te llenas de vida, así, solito, sin azúcar ni crema, para qué más que el café puro de la montaña. Café mexicano, el que desde 1790 se cultiva en Chiapas, Oaxaca, Veracruz, Jalisco y otros lugares, con múltiples variedades, tipos y mezclas que nos llevan a degustarlo de muchas formas: de olla y con piquete, cargado o aguadito, con crema o con leche, amargo o dulce, en el campo o en la ciudad, en los climas fríos o calientes, en la calle o en la casa, en el trabajo o en el ocio, en la fiesta o en el funeral.

El café es un magnífico compañero de la mañana y siempre una buena pareja que incita a la reflexión. Acompáñame un momento y démosle un sorbo a la taza de café.

Los universitarios

Un paseo por el CUC

Qué maravilla caminar por un campus universitario, mirar a esos muchachos, hombres y mujeres con los ojos limpios, con la ilusión en el rostro y la decisión en el alma, cargados de libros, de reglas T, de cuadernos y calculadoras. Se te llena el cuerpo de ganas y el espíritu de esperanza al asomarte a las aulas, llenas, rebosantes de estudiantes, de jóvenes preparándose para actuar en el futuro, para modificar los cauces, para encontrar caminos, para presentar alternativas. Jóvenes llenándose de oficio y conocimiento para enfrentar la realidad y con ellos siempre un maestro, un guía, un coordinador, compartiendo lo que sabe y, más aún, encauzando lo que los muchachos aprenden.

Uno de ellos me enseñó algo que alguna vez me pasó por la cabeza, pero que dejé escapar tantas ocasiones. Él se sentía universitario exitoso, pero me decía una verdad de a kilo: la formación del universitario tiene sus límites. Puede recibir extraordinarias instrucciones, magnífica preparación, alta tecnología, pero es difícil cambiar la formación humana, la actitud, la visión ante la vida; el que llega bien formado no tiene problemas y el que no, difficilmente cambia en su época de universitario; los hábitos y la mentalidad arraigada difficilmente se modifican. ¿Entonces?, le pregunté...

Primaria, preescolar, secundaria

El mismo muchacho seguía hablando. Ahí debe empezar la vida profesional, ahí debe empezar la formación humana, el despertar de los buenos hábitos y de las actitudes humanas positivas. Ahí, en los niños,

me decía el joven de veintitrés años, ahí está la piedra a la que hay que empezar a pulir, a desarrollar, a dar figura. Ahí, en la niñez, se forman los buenos universitarios, aquellos que llegan a la prepa sólidos, con criterios firmes, con actitudes abiertas, receptivos y propositivos; aquellos dispuestos a mejorar cada día, con sustentos cívicos y con ansias de ser mejores en bien propio y comunitario.

Con más enjundia, me seguía platicando. Hay que destinar tiempo y dinero a la tecnología y a la investigación en las universidades, pero también, y quizá con más razón, invertir tiempo y dinero en preparar maestros de primaria y secundaria, capaces, decididos, entregados y con una clara idea de su misión. Invertir en sistemas pedagógicos, en materiales de enseñanza, en programas educacionales que lleven a los entonces niños a ser jóvenes preparados y después universitarios exitosos y, por último, ciudadanos activos y de bien. “La formación del universitario empieza en los juegos y en las actividades del pre-escolar”. Me pareció contundente.

La claridad de este joven universitario de 23 años, me quita cualquier dosis de confusión y me hace una transfusión de ganas de vivir y de ser útil, aunque poco y por poco tiempo, pues ya no hay mucho camino que recorrer. Pero el que quede, que lo haga con paso firme y decidido, al cabo que ahí están los jóvenes que nos dan la muestra, que nos enseñan, y ahí están las primarias y los kinders y las secundarias preparando las generaciones del futuro, éas que nos van a quitar las confusiones en las que hoy desgraciadamente caemos.

Hago hoy frente a ti, mi único y querido lector, un acto de fe en los jóvenes universitarios y en los niños de México... nuestro futuro. Así sea.

Las montañas de Puerto Vallarta

Llegué a este paraíso hace tres décadas, desde otro lugar paradisiaco. Uno y otro diferentes como el blanco y el negro. Cuando llegué, hubo cosas que me impresionaron más que otras. El mar de allá y el de aquí no tenían grandes diferencias, aunque quizás sí algunas experiencias diferentes. En el de allá viví más aventuras, más vida marina, más pesca y buceo, más color azul marino; el mar de aquí me pareció más sentimental, más romántico, más inspirador. La diferencia, desde luego, no fue el mar.

Otras cosas me llamaron la atención. Una, quizás la más impactante, fueron las montañas verdes, llenas de selva, de árboles, de palmeras, de helechos, de majaguas, ceibas... montañas verdes de todos los verdes que bajaban, hasta encontrarse con el mar, azules de todos los azules. Desde el aeropuerto, año de 1976, volteabas hacia donde decían era el pueblo y la vista chocaba, se encontraba con ese espectáculo —para mí nuevo— de las montañas con selva tropical, verdes de más de mil tonalidades. Esto sí que es diferente al sediento desierto de color dorado, que también, por cierto, amorosamente se junta a las aguas del Mar de Cortez, el Golfo de California, el acuario del mundo, como lo bautizó el comandante Coustau.

En mis primeros días en Puerto Vallarta no miraba tanto al mar, miraba al otro lado, a las montañas, las recorría con la vista y, entre más las miraba, más me gustaban: llenas de formas, de color, llenas de diferencias, no había un metro cuadrado que fuera igual al otro, llenas de animalitos, de insectos, de iguanas, garrobos y camaleones. En las lluvias, se estrujaban las montañas con la luz de los relámpagos y hacían eco con el tronido de los rayos.

Quería llegar lo que aquí llaman verano, la “época de calores”, y yo disfrutaba de un agradable clima, perfecto calor y perfecta frescura; la brisa reconfortaba. Un clima sensacional que hacía disfrutar a propios

y ajenos. Como este clima me llamaba la atención, pregunté a un amigo mucho mayor y conocedor, un ingeniero enamorado del equilibrio ecológico, el porqué de la bondad del clima. Me explicó: “Tú conociste en Sonora un aparato que sirve para mejorar el rigor del clima sonorense, le llaman ustedes *culer* o aire lavado, un aparato que tiene paja húmeda en su exterior y un ventilador que expide aire fresco. Mira, la montaña, su vegetación, es el enorme *culer* que tenemos en Vallarta. Los vientos del oriente, al traspasar la montaña, con sus árboles y todas sus plantas, se refresca y llega al pueblo puro, transparente y fresco. El clima se lo debemos a esas montañas y también la lluvia y la limpieza del aire. Las montañas son la vida de Puerto Vallarta, un espectáculo a la vista y una actividad ecológica que nos llena de vida... las montañas verdes son Puerto Vallarta”.

Al margen, digo yo, de que las montañas son parte importantísima de lo que por años hemos vendido a los turistas, también forman parte de la magia vallartense.

Defendamos la montaña, los arboles, los arbustos, los animales salvajes y los del campo, ya que nos dan vida y nos alegran el día. Además, en estricta justicia, el campo, la selva, los ríos, estaban ahí antes que nosotros, sin embargo ellos nos recibieron y nos dieron permiso para convivir con todos.

Nobleza. Una nota de alegría

Domingo primero de junio, Museo de Arte Moderno. La exposición *El arte y la paz*. Expositores: una veintena de niños entre los cuatro y los doce años. A la entrada, una pared enorme, blanca, con un dibujo de unos pájaros y unos árboles y llena de pensamientos de los niños expositores que, con su letra chueca, escribieron cosas como: “Cuida a los árboles, ellos nos dan agua y nos quitan la sed”, “Cuida a los animalitos, ellos también saben sufrir y gozar, ellos también son seres vivos”, “Déjenos respirar”; “Queremos un planeta con vida, cuida la naturaleza”. Mas allá, un espacio realizado por los niños con papel y con colores que representa la selva, y dentro de ella, muchos animalitos, esculturas en papel maché forjadas con las manos de los niños. Algo espléndido, único, extraordinario... y después las salas de exposición, trabajos de cuatro o cinco talleres con niños comunes y corrientes, que

con sensibilidad y bajo la dirección de su maestra, crearon verdaderas obras de arte.

Por hoy fue todo. Vámonos a deleitar con las montañas. Para eso no se compra boleto.

El planeta está enojado

La Tierra, el planeta Tierra está enojado y ha manifestado su enojo de mil maneras, las más en forma de fenómenos naturales. ¿Qué otro idioma puede tener, el pobre, que el de repelar enviando terremotos, tsunamis, temblores, inundaciones, deslaves, incendios, sismos, maremotos, marejadas, agrietamientos, calentamientos, enfriamientos, inversiones térmicas? Otras veces los mensajes nos llegan de manera más “humana”: desgracias provocadas por nosotros mismos, los seres más inteligentes del planeta, desquiciados por nuestros propios malos comportamientos frente a la Tierra Vida; y es que secretamente somos actores y testigos de guerras, enfrentamientos, complotos, terrorismo, atentados, magnicidios, provocaciones, contaminaciones...

Los climas han cambiado, al igual que las precipitaciones pluviales; los ciclos de las cosechas, la fauna y la flora presentan signos de franca extinción; los ríos se secan o, en el mejor de los casos, se contaminan al punto de llegar a ser inservibles, los mares se utilizan para pruebas nucleares, el Delta del Amazonas empieza a desaparecer, los glaciares se derriten, los trópicos se congelan, los bosques desaparecen, las ciudades pierden identidad, las palmeras mueren emplagadas, los árboles se destruyen con machetes y tractores.

Y el pobre planeta Tierra, el que nos vio nacer hace millones de años, el mismo que albergó el paraíso terrenal de Adán y Eva, en cuyos mares navegó Noé en su arca llena de animales emparejados, el del Atlántico donde se hizo el encuentro de dos mundos y el Pacífico de las ballenas grises y el Mediterráneo de los sabores a olivos y hierbas, la Tierra de la Antigua Grecia y de los filósofos sabios y del Imperio de los Romanos, la del Jordán y los parajes donde evangelizó el Salvador Jesús... la única Tierra, el único planeta del sistema solar donde nos consta que hay vida, patalea, protesta, repela para poder conservar un escenario donde los

humanos y las próximas generaciones por los siglos de los siglos sigan disfrutando del enorme don que Dios nos dio de la Vida.

Oídos sordos

Necios somos los hombres, lentos para captar el significado de los signos de los tiempos, cabezas duras para descifrar los riesgos del futuro y, por contra, encontrar las oportunidades. Descuidados, lentos, perezosos, rutinarios que no leemos entre líneas... qué digo: la claridad del mensaje. La naturaleza está avisando, desesperadamente notificando a los moradores de este mundo que tenemos que cambiar nuestra conducta destructiva so pena de morir de sed, de hambre y de tristeza. Los mensajes son claros... nadie quiere escucharlos, no queremos creer que si no hacemos algo, el agua se va a acabar, los alimentos van a escasear, las aves dejarán de cantar, las flores serán de color luto y la risa de los niños se convertirán en llanto. Es duro pensarlo, pero nada nos commueve.

Aquí tan solo

Aquí en Puerto Vallarta talamos árboles despiadadamente, sin temor y sin límite; destruimos los esteros, contaminamos el agua del mar, atacamos la montaña, acabamos con las áreas verdes. Aquí mismo, el tránsito es un embotellamiento a todas horas, hay más gas carbono que flores; permitimos un transporte público salvaje, prostituimos nuestro estilo arquitectónico, acabamos con las áreas agropecuarias, tapamos el cauce de los ríos, talamos los montes, construimos en zonas de alto riesgo, nos orinamos y defecamos en las playas... más gases, menos árboles, menos bosques.

Aquí en Vallarta nadie cree que algo vaya a suceder... todo es bonito, nadie piensa en las consecuencias. La palabra “progreso” ha sido un escudo poderoso para cometer atropellos y barbaridades... y el dinero, que después no habrá ni donde gastárselo, porque en el páramo y en la muerte el dinero no sirve para nada.

Somos necios

Los hombres, los masculinos pues, sabemos que miles y miles morimos de cáncer de próstata y muy pocos lo creen en su caso particular y no prevenimos, ni hacemos exámenes ni nada para evitar ese mal.

Las femeninas saben que miles y miles de mujeres mueren anualmente de cáncer cérvico-uterino... y muy pocas se hacen sus exámenes; o cáncer de mama, y casi ninguna va regularmente a realizar sus mamografías.

Todos sabemos, hombres y mujeres, que la Tierra, el planeta, está en destrucción por nuestra propia guerra contra la naturaleza y sabemos que tarde o temprano esto nos llevará a la muerte colectiva, sin embargo seguimos tirando papeles a la calle, vendiendo bebidas desechables para llevar, seguimos utilizando el coche indiscriminadamente, construyendo en la montaña y en las zonas prohibidas, matando animales en peligro de extinción, destruyendo parcelas y ejidos sin ningún juicio, consumiendo plásticos indestructibles; los gobiernos autorizando lo ilegal y los particulares pidiendo lo imposible de conceder.

Un propósito

¿Podemos quizás iniciar hoy un nuevo propósito? ¿Podemos hoy reconciliarnos con la Tierra? ¿Podemos hoy arrepentirnos de lo mal hecho y cambiar a una nueva forma de comportamiento? ¿Podemos hoy amar la Vida?

Yo creo que sí, hoy es un día nuevo. Volvamos a comenzar.

Vida: volar y aterrizar

Pocas cosas he encontrado más bellas que el volar. Desde mi balcón, hoy presencié el espectáculo único de una gran línea de pelícanos en plena travesía por el aire; el caporal, el mandamás al frente y el resto en una disciplina absoluta, zigzagueando a diferentes alturas sobre el nivel del mar. Qué divertidos van, todos en grupo, con esa gran libertad que da el vuelo.

Aquí cerquita, a unos cuantos metros de mi mesa de trabajo, junto al bebedero con líquido rojo que tanto aprecian, dos colibríes, me imagino uno hembra y el otro macho, vuelan haciéndose “sorriloquios”, coqueteándose, llamándose mutuamente la atención, moviendo sus pequeñas alas a 6,000 movimientos por minuto, para gozar de dos placeres inmensos: el volar, el moverse libremente en el aire y el de amar, con toda la pompa y circunstancia del coqueteo, del quedar bien, del buscar la atracción mutua a base de galantería y la feminidad. Los hicieron pequeños. Los colibríes son pajaritos diminutos, pero deben tener el corazón muy grande para disfrutar este doble privilegio.

Escucho el ruido de un cuetón sordo, aunque sonoro, y miro la estampida de una parvada de más de cien palomas o pichones, de todos colores, la mayoría blancos, pero hay otros canelos o pintos de negro, del color de aquellas vacas holandesas que con una sola descarga de su voluminosa ubre son capaces de alimentar con el líquido blanquísimo repleto de proteínas (léase leche) a más de cincuenta chamacos de seis años. Nada tienen que ver las vacas Holstein con las palomas, más que la similitud del color, pero me resbalé y la pluma se fue a donde le dio la gana, y ella, la pluma con la que escribo, también tiene derecho a volar y a ser libre. Qué manera de moverse la de estas palomas que van del hotel con nombre de flor al hotel con su propio nombre, el Paloma del Mar; suben y bajan con una rapidez insólita, viran de izquierda a derecha, en picada o planeando, y jamás chocan entre sí. No sé si llevan un

radar o simplemente es el respeto a la disciplina o a los derechos y espacios de cada quien. Los cuetones las mueven pero no las espantan. Las palomas tienen el doble placer de gozar su vuelo y, además, el placer de la convivencia y, quizás, un tercero, el de saberse dueñas de un territorio que jamás abandonan, un territorio que comparten entre sí, sin luchas estériles, sin provocaciones, sin pleitos inútiles, con total respeto de las unas hacia las otras.

Mucho más temprano, al amanecer, ya había disfrutado el espectáculo que todas las mañanas dan los zanates en el gran laurel de la India que está atrás de mi casa. Esos pajarracos negros, tan negros que brillan en color azul, que vuelan brincoteando de una rama a otra haciendo un escándalo con sus graznidos. Pájaros traviesos, descarados, que vuelan en corto a la terraza del vecino a comerse las croquetas del perro grandote, que sólo mira cómo le bajan la mitad de la charola. A mí me parecen hermosos a pesar de ser chapuceros y vivales, y también vuelan, vuelan bonito, planean por las tardes en los árboles de las plazas (donde hay plazas, pues ya sabemos que en Puerto Vallarta no hay) o los parques públicos, anunciándoles a las beatas que es la hora del rosario y a los niños que es la hora de volver a casa a la merienda. Sirven los zanates también para delatar a los taladores de árboles, como el famoso señor del aeropuerto que ordenó tirar aquellos enormes ficus, por el único pecado de sombrear a los trabajadores y hacer techo a los coches en el aeropuerto. Los zanates (chanates, dicen en Hermosillo) también saben volar.

También estoy viendo volar a una avispa, a una mosca y a un mayate, que me dan vueltas muy cerca, como queriendo decir que no sólo los pájaros tienen la dicha del vuelo; los tres lo hacen en forma diferente, que no voy a describir porque ya la conoces.

Volar, volar y volar es un don particular de las aves y de otros bichos, insectos y hasta animales raros como los murciélagos... pero volar siempre fue un deseo intrínseco en la humanidad.

Vuelo con mi memoria a aquellos dibujos técnicos hechos por Leonardo da Vinci cuando diseñó lo que pudo ser la primera máquina voladora, unos dibujos con una belleza inigualable. Este hombre era capaz de crear belleza con cualquier trozo de línea, mucho más con todas aquellas figuras de geometría que, combinadas, darían la posibilidad al hombre de lograr el sempiterno deseo de volar.

Viene también a mi memoria, al tiempo que doy un sorbo a mi café calientito servido en mi única taza matutina, la del conejo del zodiaco chino, y vuelo al recuerdo de aquella película que repetí una y diez veces, donde Juan Salvador inicia un proceso de lucha y de cansancio, de querer y no poder, de sufrir y de gozar, por romper todas las reglas de las gaviotas, para lograr nuevas formas de volar y vencer las reglas de la resistencia y de la dinámica, para revolucionar el vuelo. Más y más, más fuerte, más rápido, hasta poner en juego y riesgo el poder de su cuerpo y de sus alas. Una experiencia donde la voluntad supera a las posibilidades del cuerpo y reta las leyes de la física; una experiencia donde se vive el viejo postulado de que querer es poder. Qué maravillosa historia la de Juan Salvador Gaviota, qué bonito libro y qué increíble realización cinematográfica.

En mi mente pasan escenas de vuelos, aves, pajarracos, insectos, papalotes, los hermanos Wright, *frisbis*, globos de Cantoya y la de aquel globo rojo que llevaba en la punta de su hilo a un niño que iba volando, conociendo el mundo y sus maravillas. Vinieron a mi cabeza escenas y vistas atropelladas; mi mente se convirtió en una especie de pantalla donde se proyectaba una de esas presentaciones multimedia que cambian de cuadro con una gran rapidez y un ritmo asimétrico. Y los hombres aprendieron a volar, a lanzarse al aire y a sostenerse, primero pocos metros con los hermanos Wright a principios del siglo pasado, y después en vuelos más largos, como Lindbergh, que con su “Espíritu de San Luis” cruzó el Atlántico en un monomotor.

Experimentos geniales para volar mastodontes, experimentos fracasados como el de Howard Hughes con su “Goose” de dieciséis motores, que al mando de él mismo sólo se sostuvo en el aire unos cuantos minutos (por cierto, no dejes de ver la película de *The aviator*). Y el hombre sigue volando y llega a la luna y triunfa y fracasa en conquistar los espacios más lejanos.

Volar, volar y volar

Vuelan los sueños y la imaginación, vuelan las ganas y los deseos, vuelan los sentimientos y las pasiones. Vuela el tiempo en un viaje sin retorno, vuelan los pensamientos. Los ángeles, los querubines, los arcángeles y los Cupidos también vuelan. Vuelan las buenas y las malas noticias.

Volar, volar y volar. Qué maravilla. Pero, lo mejor de volar es aterrizar. Pellizcarse la piel y aterrizar, pisar el piso, poner los pies en la tierra, volver a la realidad, ésa que no es ni buena ni mala, sólo es eso, lo real, lo que existe, y a la realidad cada quien le da el color que más le guste. La realidad tiene dueño, es de quien vuela y aterriza. Es tuya y es mía. Lo dicho, como empecé, no he encontrado nada más bello que volar... empieza la mañana y empiezo a dudar ¿no será mejor aterrizar?

Conclusión: no se puede aterrizar si no se emprende el vuelo, por tanto, qué bello es volar para poder aterrizar y hacerlo bien para volver a emprender el vuelo. Es la vida: volar y aterrizar.

Día de Muertos. Fiesta de vivos

Este 2 de noviembre se celebra en México el Día de Muertos, una fiesta, una conmemoración que hacemos los mexicanos alrededor de la muerte, nuestra visión sobre el paso final en el mundo y el contenido de alegría que significa el terminar una vida terrenal e iniciar otra vida celestial. Sólo un país con sus antecedentes ancestrales, con las culturas maya y azteca, podía concebir una visión de la muerte con una actitud un tanto pagana y otro tanto religiosa, aunado a las costumbres y consecuencias de una evangelización dogmática y cristiana que trajeron los españoles a México. Dos culturas, la de los nativos, mucho más antigua y de gran sabiduría, y la traída por los españoles “civilizados” con todo el contenido religioso católico-cristiano que acompañó a los conquistadores en la figura de los frailes en la época de la Colonia. Dos culturas que se funden en una y forman el mestizaje, la fusión cuyo resultado es México y sus costumbres. El Día de Muertos es una consecuencia de esta fusión de culturas; aunque debe decirse que su origen se remonta a las creencias y la religiosidad de los antiguos pueblos: de los mayas y los aztecas.

La muerte

No es que en México no se le tema a la muerte, ni tampoco que no haya sentimientos de tristeza alrededor del último paso de la vida, sin embargo se festeja porque hay una convicción colectiva de que la muerte no es un final sino un principio; la muerte es la forma de trascender, de cumplir el mandato de la Creación, de continuar la especie y de dar lugar y cabida a los que nacen. Los que se mueren hoy, con alegría, dan un espacio a los que nacen hoy y así se cumple un mandato divino... y los vivos celebran con fiesta y cantos, con recuerdo y agradecimiento a los

que ya se fueron de este mundo y disfrutan en plenitud allá, en el otro mundo, de alegría, de paz y tranquilidad.

Lo jocoso

Los mexicanos, que tenemos una visión chistosa y un poco “vale-madrista” de las cosas, vemos la muerte de una manera jocosa e irónica, la llamamos “calaca”, “huesuda”, “dientona”, la “flaca”, la “parca”. Al hecho de morirse le damos definiciones curiosas como aquella de “petatearse”, “estirar la pata”, “pelarse”, “chupar faros”, “guardarse en un estuche de pino” y muchas otras más. Es bien sabido que los mexicanos, no solamente ante la muerte sino ante hechos difíciles o personajes nefastos, encontramos siempre un alivio haciendo chistes, bromas, caricaturas y todo tipo de actos que producen risa e hilaridad. Sobre la muerte hay en México cientos de bromas, juegos, máscaras... es una forma de decir: la vida no vale nada... aunque nadie se lo crea, ni siquiera el que produjo el chiste.

La fiesta

El 2 de noviembre habrá fiesta en los hogares mexicanos. Los cementerios serán el lugar, el parque más visitado. Las tumbas se barren y se pulen, se cambian las flores y los familiares, vestidos con sus mejores galas, visitan a sus muertos, acompañados de una guitarra para cantarle al difunto las canciones que más le gustaban, y la madre, la abuela o la hija le llevarán un poco de aquellos alimentos que disfrutaba tanto cuando en vida estaban todos juntos. Alrededor de la tumba se hace toda una fiesta, no porque no se extrañe la presencia de quien falleció, sino en señal del convencimiento de lo que aquí se dice: “pasó a mejor vida”. En las casas, en el interior del hogar, se instalan lo que se ha dado en llamar “Altar de Muertos”. Un recuerdo al difunto mayor, al que más se extrañe. Con elementos muy sencillos se elabora un altar, presidido de la fotografía o pintura del “festejado”, con papel picado se elaboran detalles artísticos, la flor amarilla de cempasúchil y todos aquellos artículos que se identifiquen con la persona: ropa, libros, plantas y desde luego, los platos bien decorados de sus alimentos favoritos:

tacos, tamales, frijoles, moles y, por supuesto, una botella de tequila o mezcal o, en esta región de Bahía de Banderas, una copa de raicilla. El Altar de Muertos significa un recordatorio, una actualización de cariño, una forma de decirle al que se fue: “te queremos”.

En las calles, en las plazas, en los parques también se instalan altares de muertos, dedicados, sobre todo, a figuras públicas, a héroes nacionales o personajes muy celebrados por los mexicanos. Ahí encontrarás altares dedicados, por ejemplo, a Pancho Villa, Benito Juárez o personajes cinematográficos como Cantinflas, Pedro Infante o Jorge Negrete. El concepto es el mismo, sólo que llevado de la intimidad del hogar al sentimiento popular y abierto, con lenguaje público.

Costumbres

Junto a este ritual hay costumbres y hábitos de la fecha, de la celebración de los muertos. Entre otros, te platico de las calaveritas de azúcar, un dulce, una golosina en forma de calavera al que se le pone el nombre de la persona que queremos festejar; no es una figura macabra, al contrario: es jocosa y de gran gusto. Estas figuritas se fabrican en la casa o se pueden comprar también ese día en los mercados o en las plazas. El pan de muertos es otra costumbre, es un pan dulce que tiene en su parte superior una réplica de huesos humanos y que es muy sabroso, sobre todo si se acompaña con un chocolate caliente.

Hay otras costumbres más difíciles de entender como las “calaveras poéticas”, versos donde tomando a la muerte de pretexto se envían mensajes a otra persona, de amor, de cariño o simplemente chistoso y de diversión.

El arte

La muerte ha sido para los mexicanos una fuente de inspiración artística. Los mismos altares de muertos han servido para que ese día se construyan verdaderas obras de arte, efímeras, pasajeras, que se exhiben unos cuantos días pero duran por siempre en el corazón de los espectadores. Famosos fueron, por ejemplo, los altares que hacían Frida Kahlo, Dolores Olmedo o José Luis Cuevas. En la poesía, gran-

des obras de poetas mexicanos como Amado Nervo, o en la actualidad el gran Jaime Sabines y nuestro jalisciense Dante Medina; en la música, canciones geniales como la creación de José Alfredo Jiménez que habla de la muerte de mil maneras; y en la pintura y las artes gráficas, todos deben conocer la obra fabulosa de José Guadalupe Posada, que llevó a la muerte, a través de calaveras pintadas, a un nivel de arte que llega a todas las clases sociales; entre estas pinturas la llamada “La Catrina”, la hermosa mujer, elegantemente vestida para cubrir su esqueleto, ha trascendido fronteras y ha llevado este sentimiento popular mexicano a todo el mundo.

En México se celebra el Día de Muertos en todo el país, pero destacan, desde luego, los poblados pequeños alrededor de México, la capital, y las cercanías de la ciudad de Puebla, aunque, por supuesto, lo mejor está en la isla de Janitzio, en el lago de Pátzcuaro, en el estado de Michoacán.

Finalizo con un verso del famoso emperador-poeta Netzahualcóyotl (1391-1472):

Somos mortales
todos habremos de irnos,
todos habremos de morir en la tierra...
Como una pintura,
todos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando
aquí sobre la tierra...
Meditadlo,
señores águilas y tigres,
aunque fuerais de jade,
aunque fuerais de oro,
también allá iréis
al lugar de los descansos.
tendremos que despertar,
nadie habrá de quedar.

El Día de Muertos es Día de Vivos, una más de las hermosas tradiciones mexicanas.

Todo por cuatro pesos (0.40 dólares)

Ciertamente, pasé una noche deliciosa. Magone hizo una demostración sensacional de sus habilidades de mago e ilusionista; se dio el lujo de desaparecer a Champoleón y luego aparecerlo. Con su túnica blanca, allá abajo, zambullido en la alberca, hizo brotar agua de la escultura de piedras que se encuentra a la entrada de la casa y, lo mejor, sentó en las sillas viejas de barbero al grupo más interesante que yo haya imaginado: Beethoven, Vincent van Gogh, Napoleón, Homero y Pedro Infante. Al rato le pareció poco y aumentó la reunión con la figura de Jaime Sabines... lo que ahí se dijo, tengo que platicártelo otro día. Se necesita mucha capacidad de magia para lograr este encuentro, pero Magone es otra cosa. Finalizó su actuación privada con algo, una magia que, si andabas por ahí a las tres de la mañana, seguro te maravilló, porque fue abierta en el firmamento, para gozo y disfrute de todos. Partió el firmamento con dos rayas imaginarias y, en el cruce donde se hace el espacio del Noroeste, de repente las estrellas empezaron a moverse de un lado al otro, corrían, y luego desaparecieron en una danza luminosa, una lluvia de estrellas: un espectáculo bárbaro, inusitado, increíble. La fuerza de la magia de Magote, que permanecía con los brazos abiertos y sus manos largas extendidas, apuntando a la dirección del escenario donde se presentó el espectáculo. Entonces llegó el silencio y cada quien se fue a lo suyo.

En la mañana

Desperté temprano, lleno de júbilo y de contento, parafraseando a Pepe Díaz Escalera. Ganoso, tuve la idea de hacer algo diferente, intrépido, riesgoso, inusitado, casi peligroso. Traía el tanque de la energía marcando al máximo. Deportes extremos, me dije. Paracaídas, planeadores,

caída libre, navegación en ríos tormentosos, tirarme por las cataratas de Mismaloya en un *kayac*, buceo a 300 metros a libre pulmón, escalar la torre del templo de La Luz del Mundo como hombre-mosca, cruzar de una torre a otra en Playas Gemelas en un alambre, encerrarme en un acuario con un tiburón blanco en celo; tenía ganas de algo extremoso, difícil, de hacer algo intrépido que mis nietos contaran a sus compañeritos de clase, algo que me provocara miedo, que me subiera la adrenalina a niveles inaceptables, algo verdaderamente peligroso, que cautivara la admiración de propios y extraños... pero al mismo tiempo, que el riesgo fuera divertido, que el miedo provocara gozo, que el pavor llegara al final a convertirse en una alegría enorme y motivo de orgullo y satisfacción por pasar la prueba. ¡Prueba superada! Es el grito del triunfo.

Todo lo que pensé estaba fuera de mi alcance. ¿Dónde consigo ahorita un planeador? ¿O un tiburón blanco en celo? Puros imposibles. Con cierta tristeza, me quedé quieto, hasta que me llegó la idea, genial, posible, al alcance de la mano y con las mismas características de lo que tanto deseaba. Deportes extremos.

Me acerqué a la parada

Me refiero a la que está aquí, abajo de mi casa, la parada de camiones en la esquina de Colombia y Panamá. Levanté la mano junto con otros tres parroquianos, haciendo la señal de la parada, me refiero a la que se hace para que el chofer entienda que quieras abordar el vehículo, ése de color azul y blanco que me llevaría a la experiencia que andaba tanto yo buscando. Abordamos: primero, el joven con camiseta sin mangas, un hombre de edad madura con cachucha de beisbolista y una mujer joven un tanto pasada de peso; de modo que entre ella, el chofer de camiseta arriba del ombligo y de un color que alguna vez fue blanca, así como el que esto escribe, cargamos a la *charchina* del transporte público algunos kilos que se hicieron resentir. El ascenso fue tranquilo. Cada quien pagó su pasaje y la diversión empezó en el primer arrancón, como éhos de los caballos de carreras. La muchacha gorda fue a dar hasta allá atrás, hasta que un valiente joven, no tan joven, la atajó tomándola de donde alguna vez fue la cintura. ¡Ay!, nomás alcanzó a decir.

Íbamos en el empedrado y el chatarra-bus no corría como yo esperaba para poder lograr la misma excitación que tendría al tirarme en un paracaídas.

Échale, Fofo (averigüé, con el conductor mismo, que se llamaba Rodolfo, por lo cual Fofo me parecía un bonito nombre, corto y cariñoso, que lo describía bien). Córrele, atáscale, apriétale, písale, todo esto decía yo para mí mismo, buscando la emisión de adrenalina. Tranquilos, pasamos por la Funeraria Celis; atrás venían dos camiones más, uno azul y el otro verde. Frente a la funeraria casi todo el pasaje se persignó, quizá en apoyo al difunto que ahí se velaba o en preparación y deseo de tener un viaje feliz hasta el destino.

Éramos unos diez en el interior del vehículo, sin contar a Fofo, el comandante. Nada excepcional sucedía. Primera parada: nadie baja y sí sube una señorita joven, muy joven, guapa, muy guapa, pantalón blanco a la cadera, blusa corta color rojo, ombligo bien formado, demostrando que el partero hizo buen trabajo. Fofo se mostró amable al cobrar el boleto... seguimos rodando en el empedrado. A la vista, la Unidad Deportiva Agustín Flores. Yo estaba decepcionado con la aventura, aunque, confieso, con la mirada alegre por la de blanco y rojo. Empezaron a sonar los motores de los dos camiones que nos seguían. Vuelta a la izquierda, empezaron los acelerones en neutral, para calentar motores. De repente los Detroit Diesel empezaron a rugir, haciendo más ruido que movimiento. Mordimos el pavimento de la Medina Ascencio y empezó lo que buscaba, la acción. Adrián Fernández y Michael Jourdan estarían felices con el ruido. Empezó la lucha. El que venía por la vw quería entrar a la Pancho Villa, y el azul, el mío, bueno, el de Fofo, quería tomar la avenida principal. Amagos, empujones, acelerones, echada de carrocería —valor, pues—, empezó lo bueno. La prudencia de Fofo hizo que el U-34X cediera ante el A-25D.

En eso, la gordita se mareó con el revoloteo y devolvió la papilla, parcialmente, en el interior, pero sobre todo por fuera, lo cual ni se notó, pues nuestro flamante autobús no había probado lavada desde hacía meses, como no fuera por el agua de lluvia, que todo lo que hacía era fijar la mugre con la mugre y ésta con la lámina; de hecho, al de color azul no le quedaba mucho.

La muchacha del ombligo y el pantalón blanco pidió parada, pero Fofo no se la concedió, para beneplácito de todos. Total, empezábamos a tomar aviada.

Del Sheraton hasta el libramiento, fueron más las mentadas de madre que la verdadera acción. Ah, pero en la esquina de Francia, ahí donde Bital, ahí empezaron las parejeras, el azul vs. el verde, ¡hagan sus apuestas!

“Bájale”, decía un señor de un bigote cano que parecía de los que se les llama “cuchos”. “Bájale”, insistía, lo que se convertía en un acicate para Fofo, que pisaba más fuerte el acelerador. Claro, ni modo de dejarnos ganar por el verde, tripulado por un chamaquito muy joven. Ahí, enfrente de donde dicen que las mujeres hacen espectáculos con un tubo, ahí afuera estaban dos policías de tránsito, quienes yo creo que eran jueces de la carrera, porque nomás levantaron la mano con el dedo gordo parado, como diciendo: “Van bien”. La muchacha bonita gritaba pidiendo parada y nadie le hacía caso. Fofo estaba ocupado con la izquierda en el volante y sin separar la derecha de la palanca de cambios, listo para cualquier estrategia del contrario. Los pasajeros mordíamos el cojín del asiento para sujetarnos con las asentaderas y apretábamos el fierro de adelante, en ausencia de cinturones de seguridad. La gordita seguía devolviendo el desayuno, que debió haber sido abundante, porque ya llevaba rato.

Frente al IMSS, Fofo frenó. La muchacha guapa bajó y subió un hombre como de 30 años, con cara de decepción. Después comentó que no encontró su medicina en el Seguro. El bus verde nos rebasó; lo que no sabía, es que Fofo no se deja, así que aceleró y por allá fue a dar el que venía del Seguro, de por sí débil y con estos tratos. La furia alcanzó su máximo al llegar a Plaza Caracol: frente a frente, los dos camioneros y un tercero queriéndole entrar a las “retas”. Ahora sí empecé a tener miedo. Por un momento empecé a desechar, mejor, estar encerrado solo con el tiburón blanco en celo, pero mi conciencia me dijo: “A rajarse a su tierra, aquí está ahora en el transporte público de Vallarta y hay que disfrutarlo”.

Cruzaron un tropel de güeros visitantes, gordos y flacos, rubios y prietos, adultos y niños, cargados con bolsas del mandado y se la jugaron cuando el semáforo estaba en rojo, sin saber que aquí el rojo para los camiones es la luz para seguir adelante y recio. Hasta los taxistas del sitio 14 estaban asustados con la carrera. Yo, emocionado: la adrenalina marcaba ya 98. A los visitantes se les paraban los pelos y exclamaron todos juntos “Gad dem”, que creo es una buena maldición. Los pitidos, los ruidos de las máquinas, el traqueteo de la lámina, el quejido de la

chatarra y las mentadas hacían el momento inigualable. Al llegar donde se junta la lateral con la principal para abordar el puente del río Pitillal, se escuchó el rechinido de un frenón, y el chamaco que pedía bajada desde hacía dos cuadras fue a dar de narices entre el *clutch* del camión y los guaraches apestosos de Fofo; la mamá gritó “¡Pende...o!”, no supe si le decía al chamaco o a nuestro héroe, que con gran experiencia conducía el camión, y por tanto nuestras vidas, a destino seguro.

Ahí en el cruce del camino al Pitillal, ahí donde está Sams, un fulano con una libreta recibió a nuestro flamante U 34X y apuntó. Yo creo que es el que homologa los tiempos récord de las carreras de camiones.

Ahí, en ese cruce, abandoné mi flamante vehículo del transporte público. Todavía traigo buenas memorias de la escena, cómo voy a olvidar los asientos rotos con chicles pegados, la suciedad acumulada y percutida, el calor infernal a pesar de las vidrieras rotas... pero ¿quién te lleva a tu destino por cuatro pesos y además te hace sentir que fuiste a la mejor montaña rusa de Flag Staff o a correr las 500 millas de Indianápolis. Todo por cuatro pesos.

De regreso a mi balcón, me pregunto, ahora que no hay ninguna publicidad para el destino y la promoción abandonada, por qué no anunciamos: “Viaje a Vallarta, el único lugar del mundo que por cuarenta centavos de dólar lo transporta de un lugar a otro y además le hace vivir la experiencia más intensa, más extática, más emocionante y peligrosa, solamente superada por un funcionario de la ONU en Irak o por la acción de una película de Arnold Schwarzenegger. Ganga, ganga, venga a Vallarta”.

Soñé que tendríamos un parque

Decidí tomarme unas vacaciones, aprovechando la época y las circunstancias. Cuatro días deben ser suficientes para reponer la energía gastada, que la verdad no es tanta, porque el tanque energético se rellena aquí, en este precioso pueblo, por generación espontánea.

De todos modos, cae bien separarse de los embotellamientos, olvidarse del Plan de Desarrollo Urbano, de los bochornos en el aeropuerto, de las carreras de autobuses y de la necesidad de querer que se planee el futuro de Vallarta.

Cuando sales de vacaciones, quieres hacerte acompañar de quien más amas o de muchos que quieres, o de un bonche de buenos amigos para juntos disfrutar de gustos comunes y diversiones compartidas. Esta vez decidí perderme solo; bueno, ni tan solo... pero hace bien a veces viajar con tu Soledad, que suele ser buena compañera, y así poder asistir a sitios que sólo a ti te gustan, o sentarte junto a puros desconocidos y tratar de escudriñar quiénes son... o simplemente disfrutar de un espacio donde puedas reírte, carcajearte o gritar y nadie piense que estás loco.

Esta vez decidí invitar a mi OTRO yo. Tomé dos maletas, les tiré un par de tenis, unos pantalones blancos y cuatro camisas del mismo color y ahí acomodé con comedimiento a mi otro yo, bien protegido, acogido con unos calzoncillos y una *T-shirt*. Lo correcto habría sido que él comparara también un boleto de avión, pero están tan caros que, sin consultarlo, lo metí a la maleta y cerré con llave... Total, es un vuelo que no durará más de dos horas.

Mi Soledad se quedó sola en casa y creo que también la va a pasar bien, ya me había amenazado que estaba cansada de mí y que hay muchas cosas que le molestan. Así que se quedó tranquila, sola, disfrutándose a sí misma, dueña de la recámara y de todo: de la estufa y la cafetera, de los libros y de los cachivaches viejos de la casa. Le va a caer bien

a mi Soledad y estoy seguro que me va a extrañar y me recibirá con los brazos abiertos; porque mi Soledad sabe que estar solo es bueno, siempre y cuando se sepa también que tienes compañía cuandoquieres.

Bueno, esta vez le tocó viajar a mí OTRO YO y mi Soledad se quedó en la casa con el Ajo, la Cebolla y el comandante Dexter (los perritos chihuahueños).

Cirque du Soleil

Uno de los días, me encontré con que al lado de mi hotel estaba la hermosa carpa amarilla y azul de este circo, espectáculo maravilloso; la misma carpa que conocí hace casi doce años cuando me llamó la atención un pequeño anuncio que decía “The no animals circus”, pero eso fue en otra vacación.

No quiero hablar de este tema, más bien quiero otro día hablar mucho de este circo, pero tampoco puedo dejar de decirte la maravilla de esta combinación equilibrada de música majestuosa, danza, vestuario, canto, teatro y actuación, coreografía, iluminación, iah! y unos números de malabarismo, acrobacia, payasos, pulsadores y trapecistas simplemente increíbles. ¡Qué gozo!

El parque

En la mañana descubrí que la carpa estaba dentro de un parque, de un espacio espléndido, bien planeado, bien ejecutado e impecablemente cuidado; lleno de árboles, muchos y de todas las variedades, senderos, avenidas, arroyitos, cascaditas, césped, banquetas, pero sobre todo estaba lleno de gente; un día cualquiera, era martes, lleno de niños, de madres, de abuelos, de deportistas, de corredores, caminantes, patinadores y de personas sentadas en las bancas, platicando, conversando, escuchando, tomados de la mano, contemplando, tratando de descifrar la sinfonía que hacían los pájaros con sus trinos. Sí, el parque estaba lleno de pájaros y también de personas.

Escogí una de tantas bancas, una por allá, y nos sentamos mi OTRO YO y yo. Sin platicar, nos quedamos quietos; de pronto, él sacó un librito de su bolsa y empezó a leer en voz alta, cada vez más fuerte, para sí,

con voz clara y muy sentida. Luego se vio rodeado por varias aves, una ardilla, una fila de hormigas y algunos chapulines y grillos que disfrutaban tanto escuchando como mi OTRO YO leyendo. Un parque hace maravillas.

Caminamos, cambiamos varias veces de camino y de banca. Mirábamos el sol de un lado y otro y las sombras también cambiaban con el movimiento del sol. Observas y encuentras interesante el movimiento de las hojas de los árboles, y el largo de la hierba y las gotas de agua que se juntan y forman el riachuelo y más allá la cascada. Un parque te hace mirar y escuchar cosas nunca vistas ni oídas.

Unas discretas bocinas en color verde inglés, el color clásico del equipamiento de los parques, emitían música clásica: Beethoven, Mozart, Liszt; de pronto, escuché el Concierto de Aranjuez y en esa parte que tu sabes, tomo a mi OTRO YO de la mano, y la fuimos levantando juntos, hasta el final, cuando nos entrelazamos en un gran abrazo. ¡Qué falta me hacia encontrarme con ese Yo que siempre llevo por dentro, empaquetado en el mismo cuerpo y a veces con tan poca comunicación! Qué bueno que fuimos juntos y qué bueno que vacacionamos en un parque... un parque limpio, sin *vendimias* ni fritangas, ni crianza de bacterias y virus que enferman a las visitas.

Necesitamos un parque

Vallarta es una ciudad —casi trescientos mil habitantes, dicen los entendidos—, una ciudad hecha y derecha con todos los avances, las grandes cadenas de supermercados, núcleos de cinema de lo más moderno; farmacias de nombre nacional, agencias de automóviles, escuelas privadas en gran número... Sin embargo, es una ciudad sin parque. No me refiero a una plaza, estoy hablando de un gran parque, como el que describo al principio de esta columna, como el de los Colomos en Guadalajara o el del Vigía en Zapopan; lo que se llama un parque: diez, veinte o más hectáreas de árboles, de arbustos, de caminos, senderos contemplativos. Un parque para caminar, para ejercitarte, para pasear, para meditar, para sentir el contacto con lo verde.

Un parque para que jueguen los niños, para que los padres y los abuelos lleven a la familia y les platicuen historias, que conozcan los árboles, que aprendan a contar tantos colores verdes como puedan. Un

parque con bancas para que los viejos descansen y hagan recuento de vida; para tomar a la novia de la mano y canturrearle una canción de Lara; uno donde las monjitas en grupo vayan a rezar el rosario; el atleta a correr y agotar sus energías; los poetas a inspirarse y todos, los comunes y corrientes, a gozarlo como más nos guste.

Un parque bonito, con muchos árboles y arbustos, bien cercado, limpio, sin vendedores ambulantes, que sea para todos y no para unos cuantos; un parque sin churros, ni fritangas, ni venta de discos piratas.

En el parque puede haber jardín botánico, área de flores, árboles frutales, muchas cosas que los técnicos en la materia diseñan. Unas callecitas donde los maestros de primaria lleven a su grupo a darles clases de civismo y las chicas guapas de la prepa vayan a patinar; donde haya música, alegría, sonrisas y buen humor.

Un lugar armonioso, equilibrado, donde las familias pasen un día de recreo, hagan su picnic, jueguen, corran, griten, canten. En Vallarta las plantas y los árboles crecen mucho, si no los talan. No es caro hacer un parque y es una diversión perdurable e inagotable para las familias; mucho mejor invertir en un parque que gastar en espectáculos efímeros que nadie recuerda, aunque de momento haya sido divertido. El parque es una diversión permanente, duradera, inagotable, educativa, tranquilizante, repetitiva, favorece la vida comunitaria y también el cuidado de la naturaleza y el medio ambiente.

Soñé que vendrá pronto un gran hombre, un mandamás, una autoridad que va a regalarle a los vallartenses un parque, un gran parque, no una plaza (también hacen falta) sino una gran experiencia para disfrutar un día completo en familia o con uno mismo. Sin ruidos, sin juegos, sin puestos semi-fijos; sólo árboles, plantas, aves, ardillas, iguanas y cuanta flor y animal pueda vivir aquí.

Eso sí que sería una obra de gobierno que el pueblo va a agradecer.

Ojalá que pronto mi sueño se haga realidad. Los vallartenses viejos, niños y jóvenes, de verdad lo merecemos.

El terror de los ombligos

Con alegría primero y con tristeza después, bajé (en la acepción cibernetica) el único correo electrónico que he recibido en tres semanas. La alegría era por saber que sí había alguien que me leyera, la tristeza fue por el regaño que recibí. Me dice mi remitente epistolar electrónico-digital computarizado, que me olvide de Champoleón, Allegra, Magone, Degusta y demás consejeros, deje de escribir cuentos y fantasías y me dedique a lo que según él es mi verdadera vocación periodística: ser analista político. Para llegar a este punto me puso como palo de gallinero o como echadero de pelícano. Bueno, sus razones tendrá. Eso sí te digo, mi querido y único lector, analista político no voy a ser. Primero, porque no me gusta; segundo, porque no entiendo nada de política; tercero, porque las veces que le he querido entender he salido siempre raspado; cuarto, porque no me da la gana; y quinto y último, porque me gustan los cuentos y las fantasías y, si no me quieres leer más, amenaza recibida en tu *e-mail*, pues ni modo, al cabo que tengo otro lector: la chica que pasa a máquina mi columna, que aunque no quiera se la tiene que leer. ¡Tan-tan!

Eso sí, condenado, me pusiste a reflexionar y hoy intentaré, por mi cuenta, sin ayuda de Champoleón, yo solito intentaré atar algunos temas serios, de profundidad y de interés nacional.

Los ombligos

Hace días que estoy inquieto con este tema. ¿Para qué sirve el ombligo? Lo fácil será decir que es el remate de una tripa larga que por nueve meses fue el conducto comunicador y alimentador de la madre con el chiquitín o chiquitina. Eso ya lo sé. Por ahí el niño respiraba y comía; también, como en los viejos teléfonos, el chamaco se comunicaba con

la mamá, que le decía cariñitos y hasta le contaba cuentos. Por cierto, escuché alguna vez a Jeffro, el gran maestro de psicología, que a los niños que desde su concepción hasta su nacimiento, la mamá, a través del conducto umbilical, les cuenta cuentos, el van a salir con grandes dotes de imaginación y creatividad. Y serán cuando adultos grandes ideólogos, conceptualizadores de ideas, creadores de nuevas tendencias, escritores de un *Harry Putter* (no Potter), con tres ojos y una sola oreja. Sé también que este cordón sirve a veces para ponerle aventura y riesgo al parto, como en mi caso, que se me enrolló por todos lados, y si no hubiera sido porque la partera había leído mucho sobre Houdini, el gran escapista, nunca hubiera podido desamarrarme y hubiera salido más cabeza de cornete de lo que soy. Pero vamos a fondo sobre el ombligo. Dios creó al hombre y lo creó, dicen las Escrituras, a imagen y semejanza. Yo no creo que Dios tenga ombligo ¿o sí? O por lo menos, si todo lo hizo tan bien, el mar, la montaña, las flores y también al hombre, la máquina perfecta, entonces por qué dejó el ombligo tan mal hecho. Mira, el sistema circulatorio es perfecto, el sistema digestivo aún más; y el sistema respiratorio, fuera de que no aguanta los embates furiosos del cigarro, también está muy bien hecho. Mira, los ojos bonitos, y más los tapatíos, con pestañas y con cejas, qué buena creación; la nariz, con todo y pelos para no dejar que penetre el polvo, qué bien hecha y qué bonita; los dedos de la mano, con uñas y de diferentes tamaños, dejando el dedo de en medio más largo para así facilitar aquella señal insultativa que se le hace al camionero que te embiste y te monta en la banqueta, también es creación perfecta. Pero ¿y el ombligo? Unos agujeros sin razón, en formas diferentes, unos hundidos de más, otros saltones, unos redondos, otros con polígono indefinido. El de los mexicanos, como sacando la lengua, y el de los chinos, horizontal, alargado y cerrado, como haciendo juego con los ojos. ¿Será que Dios lo dejó hasta el final de la creación del hombre y la mujer y que cuando llegó al ombligo ya quería descansar?

A propósito, una pregunta de antropólogo: Eva, nuestra madre, la esposa de Adán, ¿tenía ombligo? A ella la hicieron de una costilla de Adán (desde entonces los hombres sufrimos porque nos dejaron incompletos; por eso, si te tocas y cuentas, vas a tener en el lado derecho una costilla más que en el izquierdo, por eso los hombres nos pasamos la vida tratando de recuperar esa costilla perdida). Y si salió de una costilla no tiene por qué tener ombligo. Sin embargo, en los dibujos y pintu-

ras siempre le he visto, arribita de la hoja de parra, un punto negro un tanto chueco; sólo que sea una verruga. Pero no, seguro que después de comer la manzana prohibida, como un castigo más, le salió ombligo, la parte más inútil y fea de los humanos. Si opinas que Eva, nuestra madre, sí tenía ombligo, marca evaombligo.com y has click en el “sí”; si crees que nunca tuvo ombligo, haz clic en el “no”; de todos modos, recibirás el boleto de una rifa para un viaje a El Tuito.

¿Para qué sirve el ombligo? Pues a mi amigo el “Toti” siempre le sirvió para guardar mugre. Recuerdo cómo, después de jugar a las canicas o catotas o bolitos en la tierra, cuando niños, el “Toti” nos daba una demostración de cómo agregando unas gotas de agua en el ombligo se puede amasar una pastita de mugre y con ella hacer unas bolitas que, utilizando una varita de bambú, se lanzaba al compañero en la escuela para molestarlo.

Los sexólogos y las sexólogas dicen que el ombligo es uno de esos puntos eróticos, sensibles, especialmente en las mujeres. Lo señalan como el espacio donde se crea y brota el amor, la copa de donde emana la miel del amor. Nada, yo siempre he oído, me han contado los que saben, que en el ombligo es donde más sienten las cosquillas las mujeres y que cuando ahí les tocas, rápido sueltan la carcajada, espantando al pequeño Cupido que tanto se hizo del rogar para presentarse en escena. Los joyeros dicen que es el espacio preciso para usar una arracada de oro o un anillo de brillantes ¡conveniencia! Los que hacen tatuajes dicen que el ombligo es una maravilla, un epicentro, un botón de donde nace la belleza, el erotismo y la fertilidad y que debe decorarse con dibujos de orden arabesco ¡pamplinas! El ombligo, digo yo, es un agujero inútil y sin sentido.

Los pediatras dicen que sirve para que el chamaco, después de amantarse, se quede dormido, chupándose el dedo gordo de una mano y rascándose el ombligo con los deditos de la otra.

Los productores de Televisa dicen que sirve para hacer un concurso, uno de esos llamados *reality show*, para encontrar el ombligo más grande de México e inscribirlo en el libro de récords Guiness. Si eso fuera, le echo a cualquiera el ombligo de aquella famosa *vedette* llamada “La Fufurufa”, que en razón de su gran ombligo, del tamaño de un plato sopero, sin exagerar, causó una batalla campal en el antiguo Jardín Corona de Hermosillo, cuando uno de los comensales pretendió medir a cuartas el diámetro del exagerado ombligo de la bailarina. Todavía llevo

en mi cacarizo rostro, señas, huellas de una herida causada por un trancazo en esa batalla campal... todo por un ombligo. Quizá de ahí viene mi resentimiento contra este punto del cuerpo humano.

No comprendo cómo cirujanos plásticos de la talla de Guerrerosantos en Guadalajara o Vázquez en Puerto Vallarta, no hayan encontrado una operación sencilla para desaparecer este agujero de piel humana. Propongo que a los hombres, así como les hacen la circuncisión de pequeños, al mismo tiempo les retaquen el orificio con alguna pasta que haga desaparecer la huella que nos dejaron como castigo nuestros primeros padres. Si no hay más, pueden usar de esa pasta de los carroceros para tapar los golpes de los coches chocados.

Una pesadilla

Todo eso soñé con una horrible pesadilla, como castigo y como contraprestación y pago con réditos muy altos de lo tanto que disfruté el ombligo de Paulina Rubio al mirarla una y diez veces en unos comerciales de televisión, anunciando una marca de zapatos cuyo nombre ni siquiera recuerdo. Pero la belleza del ombligo de Paulina te la puedo describir micra por micra.

Si quieres disfrutar la belleza de un ombligo, ve hoy por la noche a cualquier discoteca y ahí admirarás tantos como tu capacidad te lo permita. Está de moda enseñar el ombligo, para deleite de los que sabemos apreciar lo bello. ¡Qué bonito es el ombligo!

Eso sí, que a los hombres les hagan la circuncisión y les tapen el ombligo; estoy de acuerdo en esa parte de la pesadilla.

Un año nuevo es como volver a nacer

“Un año nuevo es como volver a nacer. Es la oportunidad de corregir lo mal hecho; de reforzar lo bien hecho y de iniciar lo que no se hizo. Un año nuevo es siempre una nueva oportunidad, ¡aprovechala!”

Esta frase la vi sobre el escritorio del director de una empresa, a quien fui a darle un abrazo de año nuevo y a deseárselo lo mejor de lo mejor. Escribo esta nota desde la gélida ciudad de Guadalajara, con enormes deseos de volver al calor del clima y sobre todo al calor del corazón de los vallartenses.

Ayer fue día de los Santos Reyes, el último día de los festejos navideños y de fin de año. Durante varios días he visto a todo mundo concentrarse en sus oficinas para planear, para hacer análisis del resultado del año anterior, para tratar de responder a los porqués: por qué sí se lograron algunos objetivos y por qué se falló en otros.

Esta labor de planeación, realizada individualmente y en los grupos de trabajo, será seguramente la base de los buenos resultados del año que hoy se inicia; seguramente será la linterna que guíe los planes de acción corporativos durante todo el año.

Ojalá que esta actitud que observo en el sector privado se adopte también en el gobierno, no sólo en nuestra esfera municipal —por cierto, sería maravilloso que se hiciera: este año será crucial y definitivo en el actuar del presente Ayuntamiento—, también a nivel estatal y federal debió haberse hecho durante estos días una fuerte labor de planeación en virtud de que, a sólo dos años de que termine el periodo de gobierno, existen aún muchas asignaturas pendientes, más ahora que lo urgente es lograr que los poderes Ejecutivo y Legislativo —y quien cubre esos puestos— entiendan que ya no son representantes de partidos políticos y en cambio sí son gobierno, con la responsabilidad de llevar a este país por camino seguro y próspero.

A nivel municipal está tan fácil la planeación que casi casi con hacer unas listas de pendientes de todos aquellos temas ya tan conocidos, tan necesarios, tan indispensables, lo único que hace falta es resolverlos. Las prioridades a nivel municipal son tan obvias que no hacen falta mayores estudios ni complicados planteamientos técnicos, sólo se requiere el orden, la disciplina, la voluntad y el tiempo para resolverlos. Muchas de estas soluciones van a afectar a unos cuantos, van a molestar a unos pocos, van a causar pérdida de imagen, van a desgastar capital político, pero como el beneficio es para muchos más, cualquier costo es mínimo: cuando se tomen esas opciones, la ganancia va a ser mucho mayor.

En estas listas de pendientes hay que actuar con madurez y capacidad de gobierno, y de igual manera solucionar los problemas más difíciles, más ásperos... antes que aquellos más atractivos y más glamorosos, como puede ser la promoción. Hay que recordar que todo tiene una importancia relativa y que unas funciones son sustento de las otras; la promoción no servirá de tanto si no se solucionan simultáneamente las asignaturas pendientes que harán que Puerto Vallarta se convierta en la mejor experiencia vacacional; y entonces sí: a sacarle jugo a la promoción.

Hoy ya se terminaron las fiestas, hoy inicia en Puerto Vallarta la gran oportunidad de gobernar la ciudad con un éxito nunca visto. Tenemos todo para ganar, ojalá que sepamos aprovechar esta circunstancia histórica que nos presenta el momento actual. 2005 puede ser el año de Vallarta.

Y así, entre pitos y flautas, serpentinas y confetis terminamos 2004, año lleno de subidas y bajadas y curvas peligrosas, deslaves y malos tiempos, con la garganta empapada con los elixires de los divinos jugos de la uva; recibimos con entusiasmo el nuevo año y despedimos con alegría la noche vieja. Se cumplió un ciclo, el de un año calendario; como todo en la vida, hay inicios y hay finales; afortunados fuimos todos de vivir este periodo de 365 días, donde por fortuna y después de todo el balance es positivo; tan positivo que aquí estamos, vivitos y coleando, llenos de alegría y entusiasmo por iniciar un nuevo ciclo enero-diciembre y volver a terminarlo entre los sabores de los romeritos con mole, los tamales, los *fruit-cakes*, el pavito con relleno —que no falte—, rociadito todo con un tequila blanco. Para empezar, un buen vinito tinto y al final un espumoso que, si tenemos fe y cerramos los ojos... tal vez el milagro pueda darse y se convierta en esa suntuosa bebida de la región

de Champagne, la única, donde Dom Perignon hizo el descubrimiento, por cierto no suficientemente laureado y reconocido por la humanidad, ya que lo suyo por supuesto ha derramado entre los vivientes mucha más felicidad que todos los descubrimientos, desde Arquímedes hasta Albert Einstein con su teoría de la relatividad.

Por supuesto este ciclo de principio de año (enero 1) a fin de año (diciembre 31) sensatamente lo podríamos partir en periodos más cortos, meses, semanas, días, horas, minutos... instantes; porque la vida es eso, momentos y circunstancias que se aprovechan o se dejan ir. Quizá, si viviéramos en instantes, uno junto al otro, aprovecharíamos más la vida, la viviríamos mas intensamente, la ordenaríamos mejor y nos pasaríamos aprovechando y dando gracias, en una repetición constante de felicidad, al fin y al cabo lo único que importa.

Iniciamos pues este 2005, partiendo rosca de reyes, una tradición hermosísima, que llama a la unidad, a la concordia, a compartir y también al suspenso: ¿a quién le tocará el muñeco? Un año crucial donde el esfuerzo conjunto de nuestro presidente municipal, sus colaboradores, el Ayuntamiento en total y todos los ciudadanos se debe dedicar con sencillez y efectividad a aprovechar el momento propicio que vivimos.

Treinta mexicanos dijeron. Los propósitos

De las seis respuestas, dijeron las más populares. Hacer dieta, adelgazar, bajar de peso, sin duda fue la más popular: 28 de 30 hicimos este propósito, para lo cual todos los milagrosos menjurjes que se anuncian en la televisión subirán sus ventas vertiginosamente, y las pláticas de café y las reuniones vespertinas cambiarán del tema de la escasez de trabajadoras domésticas o de la política, a las recetas —dietas de la luna, del sol, de la playa, de la fruta, del queso, de los jugos o el rompope.

El segundo propósito más popular fue el de hacernos un chequeo médico, la salud, el colesterol, quitarnos los lunares probablemente cancerosos, no asolearnos tanto, ir al dentista, corregirnos ese tabique quebrado de la nariz (y de paso, y ya que estamos con el cirujano plástico, una restiradita, arreglar la papadita, o cualquier otra cosa que se ofrezca... Si los carros necesitan hojalatería, el cuerpo humano, el mecanismo más complejo, con mayor razón), cuidar la presión alta y tomar antioxidantes. La salud: segundo propósito más popular.

Dejar de fumar y bajarle al alcohol. Ojalá que no nos metamos en contra de los buenos puros de Veracruz o de esa bebida sagrada que es el vino tinto, excelsa el de Bourdeaux, extraordinario del Duero, magnífico el de los valles de Chile y muy bueno el del Valle de Guadalupe en México.

Hacer ejercicio... ¡qué lindo y auténtico propósito! Orientado a la salud y a la figura. La estética también es tema de propósitos: las pompas, las bubis, el abdomen de lavadero, los brazos musculosos, son tan importantes que hasta te pueden llevar a aparecer en la revista *QUIEN* o mejor en *MAXIM*. Así pues los diferentes métodos de ejercicio: *spinning*, pilates, *aerobics* acuático, gimnasios y pesas, todo estará de moda. Ejercicio fue el cuarto propósito más popular.

Quinto: ahorrar. Hacer lo que las ardillas y las hormigas, trabajar mucho y guardar un poco de los frutos para disfrutarlo después y así acabalar el enganche de una bonita casa, cambiar de coche a uno menos utilitario y mucho más de moda; viajar a Europa o a otro lugar. Ahorrar fue un propósito muy popular para principios de año.

El sexto y último fue el de leer un libro, es decir, leer un poco más. En realidad es un propósito de estudio, de saber más, de estar al día. Estudiar otro idioma se confundió también en este propósito, inglés los que no lo dominan y francés si el idioma de Shakespeare está controlado. Propósitos, qué bonito, propósitos son ilusiones y éstas son ganas de vivir.

Otros propósitos

El Toti, mi amigo hermosillense —de Hermosillo, Sonora, pues— me escribe de otros propósitos, menos concretos. Los corajudos y malgeniosos podemos pensar que las demás personas no tienen por qué aguantar nuestros berrinchitos y trataremos de ser condescendientes con quienes nos rodean. Los presumidos, pensar que el nivel de los vecinos es semejante al nuestro, que somos como todos, comunes y ordinarios y que la sangre azul se acabó con la Revolución francesa. Los sabelotodos, imaginarnos que otros también pueden ser dueños de la verdad, o al menos intentan acercarse a ella, que no somos los únicos, que los demás tienen lo suyo y también sus razones, que el saber mucho es una virtud y una gracia, por eso nos proponemos compartir con humildad la sabiduría y

aceptar que no somos infalibles y que también podemos aprender del que no sabe tanto. Los poderosos, darnos cuenta que lo somos a costa de los demás y que si no fuera por ellos no seríamos tan fuertes; por eso el propósito es, dice el Toti, el respeto a los demás, darle a cada quien lo que le corresponde, respetar la integridad física y espiritual de cada quien. Dizque a los que somos soberbios, voltear hacia arriba, mirar la inmensidad del cielo, la luminosidad de las estrellas, al brillo de la luna y caeremos en cuenta que no somos nada más que una parte de este espacio y este momento que nos regaló el de allá arriba.

Dejo para otra ocasión la lista completa de propósitos que me envió mi amigo queridísimo, Toti, maestro de la vida, lleno de paz y tranquilidad, porque es un hombre bueno, sencillo y humilde.

De todos modos, hacer propósitos buenos es crear ilusiones y éstas son el combustible para caminar los senderos de la vida. Vale la pena, aunque se falle.

Beisbol, el rey de los deportes. Puerto Vallarta, el rey de los destinos

Estamos en plena Serie Mundial de Beisbol, que de mundial no tiene nada, pero de extraordinario tiene todo. Gusto, pasión, suspenso, nervios, gozos y tristezas.

Para mí, lo reconozco, hablar de beisbol es un placer de toda la vida, desde jugar en aquel triangulito de terreno frente a la casa de mis padres, polvoriento y peligroso, ya que pasaban los coches justo donde andábamos buscando atrapar una bola. Ahí conocí, desde muy niño, a través del beisbol, valores humanos que después encontraría muy importantes en la vida de adulto: hablar de equipo, de convivencia, de respeto a los demás, de liderazgo, de valentía y enjundia, de rasgarse el pellejo por ganar y de morderse uno cuando pierde.

También conocí realidades de la vida que de niño no se comprenden, pero que en los adultos son casos de a deveras. Tony era el dueño de la caretita, del peto, de los bates y las pelotas nuevas... si no le dejábamos jugar de *pitcher* (que por cierto, era malo) se llevaba todo el equipo y se acababa el juego. Gritos, protestas, mentadas, pero se acababa el juego. Aprendí el poder del tener.

Pero vamos al beisbol, al juego de los profesionales, a este espectáculo maravilloso que podemos presenciar por la TV, ya que no pudimos asistir al Yankee Stadium en Nueva York o al de los Marlins en Florida.

Trabajo en equipo

Antes tendría que decir que el beisbol es un deporte para gente inteligente, como tú y yo, un deporte que se juega con la cabeza, no con los pies (las patas). Y esto, por favor, no se me tome a mal. Nadie piense

que me estoy refiriendo al futbol, por supuesto que no, sólo digo que en el beisbol hay que pensar, hay que analizar y hay que decidir para tener resultados, pues ahí las cosas no se dan, se buscan; los resultados no llegan solos, se logran porque se piensan.

Pero decíamos que es un perfecto trabajo en equipo. Nueve atletas en el campo, otros tantos o más en la banca, esperando órdenes para entrar y hacer lo que mejor saben. Todos tienen una meta común: ganar, y todos jalan en la misma dirección para lograrlo, sin reparos, sin *vedettismos*, sin intereses personales, sin glorias individuales. Hay una consigna común, entendida y aceptada por todos: ganar, ganar es labor de todos y también satisfacción de todos.

El equipo está dirigido por un *manager*, por un jefe, por uno que manda y al que los demás obedecen. A su vez, éste se apoya en la sabiduría de otros dos o tres que saben mucho de algo que es indispensable en el equipo, por eso hay un *coach* (jefe) de *pitcheo*, otro que es *coach* de bateo, otro que es *coach* de campo y *fildeo*. El jefe manda, pero sustenta su mando en el respeto de sus otros jefes, signo sin duda de inteligencia. El jefe manda sin berrinches ni complacencias. El equipo, el bien común, la meta de ganar es el único razonamiento... y así, los generales se entienden entre sí y dirigen con conocimiento y respeto al resto del batallón.

En el juego del domingo pasado, un *pitcher* de los Yankees pudo haber impuesto un récord de terminar en serie mundial un juego de nueve *inings*, pero al *manager*, al jefazo, no le interesan los récords ni las glorias personales, lo sacó del juego porque lo importante era ganar, no arriesgar el partido por un galardón personal. El equipo es primero, y Andy Pettitt lo aceptó. Ganaron los Yankees el partido.

Los nueve en el campo y la banca. Los atletas son los hacedores, los *doers*; los jefes son los que más saben, el equipo de sabios, generalmente hombres maduros y, algunas veces, muchas veces, viejos, prudentes, consistentes, conocedores, claros en sus objetivos y en sus formas. Entre los actuales, en la serie mundial uno tiene 73 años de edad y el otro casi le pega a los 70.

Las individualidades

Lo hermoso del beisbol es que, siendo un trabajo de equipo, da lugar a las individualidades, a los monstruos. Se vale ser grande, siempre y

cuento no se estorbe, no se atente al bien común, al bien de todos. Se respetan y hasta se hacen alabanzas a las grandes figuras, a los héroes, a aquellos jugadores que son estrellas, superestrellas, pero que saben moverse en un firmamento... y el *manager* lo reconoce, y también lo hacen todos y cada uno de los jugadores y, por supuesto, el público los aplaude y confía en sus capacidades individuales para que de pronto hagan algo que gane el partido. Son los grandes ídolos: los Clemens, los Jitter, los Posada, los Williams, los González, los Pettites, los Soriano, los Matsui, los Cabrera, los García (Iván el mexicano, por cierto), los Bond (nada que ver con James).

El público

En todos los deportes, la participación del público pesa, pero lo grande del béisbol es que cada espectador es un *manager*, cada quien, en su lugar, va haciendo su plan y su estrategia, decide cómo jugar, los cambios a hacer, a quién poner y a quién quitar. Entonces atletas, *manager*, *coach* y público hacen un gran equipo. Algo que hace que el béisbol sea diferente es que el público disfruta cada jugada, cada movimiento, cada *pichada*.

Planeación y estrategia

Eso es también el béisbol. Es un juego donde el jefe piensa en el hoy y en el mañana. ¿Quién es el contrario? ¿Cómo juega? ¿Cuáles son sus puntos fuertes? ¿Cuáles sus debilidades? ¿Cuál fue su desempeño en la temporada? ¿Qué debe esperarse?

El *manager* piensa en el juego de mañana y en la serie total, pero ante todo piensa en el juego de hoy: hay que ganar a como dé lugar, hoy y mañana también. El orden de sus bateadores, el orden de sus lanzadores, sus repuestos, bateadores emergentes, todo lo que tiene. Si los mejores bateadores del contrario son zurdos, le manda un *pitcher* derecho, toque de bola, base intencional, robo de base... estrategia, estrategia y más estrategia. Es una especie de batalla o un trabajo de *marketing*.

Recuerdo que cuando estudiaba en Boston invité al Estadio de las Medias Rojas a un compañero alemán y a un italiano, ivaya dificultades para explicarles lo que sucedía en el campo de juego!

Alegría y diversión

Podría decir tantas cosas más del beisbol. Es un juego donde han cabido siempre la tradición y la vanguardia, la alta tecnología y el conservadurismo, es familiar, es alegre. Hay cosas tan clásicas como una cerveza fría, cacahuates con cáscara (el llamado “ruido” en los estadios mexicanos), los enormes *hot-dogs*. La música de órgano con tonadillas o ruidos en determinadas circunstancias, la pantalla gigante, etcétera, etcétera. ¡Béisbol, el rey de los deportes!

Conclusión y aplicación

Pensándolo bien, podríamos aplicar estos conceptos beisboleros a la realidad de nuestro querido Puerto Vallarta. Ojalá a la realidad de la próxima administración, donde el *manager* se llama Gustavo.

Si tuviéramos todos una meta común, si todos pensáramos en ganar y, sobre todas las cosas, en el bien común, en el bien de todos, bien cabría el trabajo en equipo, la unidad de pensamiento y de acciones. Cada quien en su lugar. El alcalde sería un *manager*, sin berrinches, pero sin contemplaciones, ni compromisos; los regidores y los funcionarios serían *coaches*, jefes que sustenten el trabajo del alcalde sin compromisos particulares y partidistas, con conocimiento de causa, con sabiduría en lo que les corresponde y con sana intención en sus opiniones y decisiones, con honradez, con sinceridad, con la única mira de ganar para todos. Así, habría también lugar para las individualidades, los poderosos, los especialistas, los ricos, los técnicos, todos tendrían su lugar porque, ante todo, todos buscarían lo bueno para la comunidad y las mayorías. No habría espacio para el egoísmo y los abusos. Las reglas del partido serían claras y el objetivo aún más: ia ganar!

Y el público tendría su lugar y los del equipo que no cumplan ipara afuera! y nadie lo vería mal.

Entonces sí habría planeación y estrategia. Buscaríamos, como el que manda toque de bola, buscaríamos los mercados lógicos, cercanos y viables y no andaríamos con berrinches de traer españoles o belgas a través de Holanda. Como el *manager* que manda robo de base, haríamos campañas sensatas hacia afuera y hacia adentro, para atraer turistas y así ganar el partido, que todos tengamos mejor calidad de vida. Así como el *manager* que ordena batear y correr, una jugada sincronizada, así todos estaríamos al tanto de nuestro trabajo, todos al mismo tiempo, dispuestos a presentar mejores servicios, mayores atenciones, mayor satisfacción de nuestros visitantes. Y a los que estorben, poncharlos y echarlos fuera del juego y hasta del equipo, si fuera necesario; no importa que sean políticos, empresarios, técnicos, trabajadores o administradores del aeropuerto.

Si así fuera, la ciudad sería un gran estadio y todos los jugadores estaríamos muy contentos porque bateamos bien, lanzamos bien, corrimos bien, anotamos bien y con ello ganamos el partido... y el público, que también participa con sus críticas, con sus consejos, con su sabiduría de grupo, estaría feliz, comiendo *hot-dogs* y cacahuates, y aun así habría superestrellas, ídolos, héroes, todos bien queridos porque todos seríamos un equipo que se juntó para ganar.

¡Vivan los Delfines de Puerto Vallarta, campeones del trabajo en equipo y del bienestar para todos sus habitantes! Puerto Vallarta, el rey de los destinos.

Colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Cómo mantenerse joven

Tengo tantos temas el día de hoy que habré de priorizar y quedar con tinta el tintero, dejando material para otras ocasiones. Tengo casi treinta años de vivir en Puerto Vallarta y no recuerdo haber sentido tanto frío en este lugar hermoso de sol, playa y montaña; cierto es que si hacemos un poco de memoria, hay muchas otras cosas que suceden en nuestro destino que tampoco antes habíamos sufrido, así como otras tantas que tampoco habíamos disfrutado.

Los tiempos cambian, el entorno se modifica, los factores influyentes y componentes del mundo turístico se mueven, y eso es justamente lo que debe motivarnos a ser actuales, a planear de acuerdo a las circunstancias, a programar, a ejecutar eficazmente los programas, a controlar. Esto último es la base misma de replanteamiento estratégico constante. Actualizarnos, tecnificarnos, volver a estructuras básicas logísticas. Los tiempos no permiten errores ni ligerezas, no permiten primeras piedras, sino sólo últimas piedras, acción, voluntad de hacer y hacer, pero hacerlo bien, pensando, con lógica, con sentido común, con sustento, con anticipación y con alternativas de solución ante los problemas que sucedan.

Saber que si queremos corregir el rumbo tenemos que estar ciertos de cuál es el rumbo.

Pero hablando de cosas más humanas y menos aburridas, al fin y al cabo con el tema de ser actuales, me llamó la atención lo que escribió un joven de 85 años en su fiesta de cumpleaños, hace apenas unos cuantos días, fiesta en la que estuve cerca de él y por tanto recibí el regalo de este escrito. Dice más o menos lo siguiente, traducido del inglés:

Cómo mantenerse joven

- Tira a la basura aquellos números que no son importantes, como la edad, el peso, la altura; deja que tu doctor se preocupe de ellos.

- Mantén sólo amigos alegres y optimistas; los quejosos y negativos sólo te jalan hacia abajo.
- Mantén siempre una actitud de aprender. Aprende más sobre computación, artesanías, artes, jardinería, lo que sea. Nunca permitas que tu cerebro se haga perezoso.
- Disfruta de las cosas simples.
- Ríe todo lo que puedas, largo y fuerte. Ríete hasta ahogarte de la risa.
- Las lágrimas podrán llegar. Aguanta, resiste, sufre la pena y sácala, muévete, sal de ella. La única persona que está con nosotros toda la vida, somos nosotros mismos.
- Mantente vivo mientras estés vivo.
- Rodéate de lo que amas, ya sea familia, mascotas, plantas, música, arte, lo que sea que ames. Tu casa es tu refugio.
- Aprecia tu salud. Si es buena, cuídala; si es inestable, mejórala; si está por debajo de lo que puedes mejorar, pide ayuda.
- Di a quienes amas, a cada rato, que los amas; no pierdas la oportunidad de decírselo.
- Y recuerda siempre que la vida no se mide por respiros, se mide por los momentos felices que nos quitan el habla.

No sé, mi querido y único lector, qué edad tienes, pero a mí, a mí me llegó el mensaje y me entusiasmó el regalo del cumpleañero de 85 años. Si eres más joven, más tiempo tendrás de aplicarlo y de vivir intensamente este regalo que llamamos vida.

De lo que estoy cierto es que la juventud no está sólo relacionada con la edad: mucho tiene que ver la actitud hacia la vida. Pensar que la juventud es un deber de vida.

Todos los días son días para amar

Hoy viernes 13 es día de amar, de dar y recibir, de compartir. Hoy es el día de querer y ser querido; es buen día para declararse enamorado, de decir “te quiero, te necesito, te extraño, me haces falta”; es el día de mostrar con detalles, con pequeños detalles, el acto de amar, el gusto por estar juntos, de disfrutar las cosas de la vida los dos y todos juntos.

Mañana 14 de febrero también es buen día para expresar amor, y también el 15 y todo el mes de junio y agosto y octubre... y toda la vida.

Amar es el sentido de vivir, amar a una mujer, al tiempo, a la lluvia, a las ilusiones, a una piedra de río, a los recuerdos, a los árboles y a las flores, a los buenos momentos, al mar, a las caricias, al sol, al trabajo, a la luna, a la marea roja, a los niños, a un buen amigo. Jaime Sabines:

Para amarte a Ti
me quité los zapatos para andar sobre las brasas
me quité la piel para estrecharte.
Me quité el cuerpo para amarte.
Me quité el alma para ser tú.

Era un 6 de septiembre, Día del Amor y la Amistad (quedamos que todos los días sirven para amar) cuando escribí un librito, un cuento para niños que después resultó para adultos, pero que creo hoy viene al caso.

Lo transcribo hoy para que lo conozcas y para que me sirva de introducción al tema de hoy. Lo titulé “El niño que encontró su sombra”. Y si descubres una cierta similitud entre el pueblecito de Pascual y alguno que tú conoces, no es mi culpa. El cuento dice así:

El niño que encontró su sombra

En un rincón lejano del planeta vivía un niño llamado Pascual. Vivía en un lugar hermoso, privilegiado. Nunca hacía frío ni calor; había frente al pueblo un inmenso mar color cobalto, ambos tendidos bajo el manto del cielo azul. Había muchos pájaros, de todos tamaños, formas y colores; muchas mariposas, casi todas amarillas con puntitos negros, y también había jardines con flores donde las mamás paseaban a sus hijos y se sentaban a disfrutar los bellos días y a ver a los papás sacar del mar sus redes llenas de peces plateados.

Una cosa más tenía el pueblo de Pascual: todos los días, sin que faltara uno solo, salía por la mañana un sol brillante, alegre y aventurero. Nunca dejaba de aparecer, sin cansarse; era como un reloj asomándose tras la colina donde nacía el pueblito.

Al salir, los pescadores se adentraban en la mar, perdiéndose en el horizonte, las mariposas amarillas y las aves de colores despertaban cantando y bailando y con ellas las mamás y los niños. Pascual salía de su casa caminando hacia la orilla del mar, de oriente a poniente, y junto a él, siempre al frente, al mismo tiempo, nunca antes ni después, la sombra de Pascual, su incansable compañera.

Ambos se sentaban en la playa a observar las velas de los barcos que invitaban al viento a bailar las canciones que cantan las olas del mar. Juntos platicaban, cantaban, silbaban, brincaban, caminaban, corrían y hacían piruetas...

Por la tarde, de regreso a casa, Pascual y su sombra caminaban de poniente a oriente, siempre juntos, uno adelante y el otro atrás, pero siempre juntos: el niño y su sombra.

Pascual, aunque siempre platicaba y soñaba junto a su sombra, nunca le decía cuánto la quería, cuánto disfrutaba su compañía y el tiempo que juntos pasaban. Pascual no lo creía necesario, estaba seguro de que su sombra lo sabía.

Un día como cualquier otro en el pueblo de Pascual, los pescadores salieron al mar por los peces plateados, las mariposas y los pájaros cantaron y Pascual salió a pasear, de oriente a poniente, hacia la orilla del mar.

Después de un rato de platicar sin escuchar respuesta, volteó hacia el suelo y descubrió que su sombra no estaba. Pascual estaba solo, sin sombra, sin amigo...

Buscó en todas direcciones, pintó su nombre en el viento, pero su sombra no respondía. Volteó hacia el azul cielo y descubrió una enorme y blanca nube que envolvía por completo al astro rey; el sol se había escondido, y con él, su sombra.

Pascual sintió tristeza y soledad, no estaba el amigo con quien compartía la belleza que lo rodeaba. Brincó, cantó y saltó, pero su sombra nunca apareció. Y al mirar al horizonte, tampoco encontró las velas de los barcos bailando con el viento. Se preguntó: "Ahora que no encuentro a mi sombra, por qué nunca le dije cuánto la quiero..." .

Así, mucho más temprano que otros días, regresó a casa, caminando de poniente a oriente sin la compañía de su sombra. Y sin comer, lleno de tristeza, se fue a su cama a dormir.

Al día siguiente, los pescadores salieron al mar, las mariposas y los pájaros cantaron y Pascual, con ellos, corrió de oriente a poniente hacia la orilla del mar. Sorprendido y alegre, encontró a su sombra junto a él, y entre lágrimas y risas se abrazaron. Por primera vez, Pascual le dijo cuánto la quería y necesitaba... Y así, juntos, locos de alegría, corrieron hasta llegar a la orilla del mar, donde bailaron y cantaron, con las velas de los barcos, las canciones que cantan las olas del mar.

Pascual y su sombra miraron al cielo despedir con una gran sonrisa a la blanca nube que tan bella lección les había dado...

¿Tú ya le dijiste a tu sombra cuánto laquieres?

Cómo se lamentaba Pascualito, el niño que por un día perdió a su sombra y al día siguiente la encontró, la encontró de a de veras, el no haberle dicho un día cualquiera de éhos que bajaban a la playa, cuánto la amaba, cuánto la quería, cuánto la disfrutaba, cuánto la necesitaba. La sombra, en este caso, era la pareja de Pascual (una pareja no siempre tiene que ser de las que llamamos de amor) y nunca supo lo mucho que se le quería... aunque, a decir verdad, la sombra tampoco tomó la iniciativa.

Tú y yo tenemos más de una sombra. Tu mujer, tu hermano, tu amigo, tu socio, tu empleado, tu jefe, tu alumno, tu maestro, tu padre y tu madre, tu hijo, tu hija... sombras que nos llenan de alegría, de felicidad, de ganas de seguir... y de tantas cosas más. También es nuestra sombra la montaña, los ríos, el aire, los parques, la naturaleza, el agua y todas esas cosas.

Es muy común que sepamos querer, pero no lo es tanto que sepamos expresar nuestro querer. Si me caes bien, déjame decírtelo; si me gusta cómo haces tal o cual cosa, déjame decírtelo; si te quiero, si te amo, si te adoro, déjame decírtelo.

Conozco el ejemplo de un hijo que cada vez que podía tomaba al padre de la mano y le decía cuánto lo quería, cuánto apreciaba lo que había hecho por él, lo que su figura había representado en su vida... el viejo murió con la sonrisa en la boca, con una gran tranquilidad, al saber, estar seguro de que su hijo, no hay duda, lo quiso mucho en vida.

Estos días y estos tiempos están muy necesitados de amor, de comprensión, de quereres, de simpatías... Propongo, te propongo iniciar una cruzada de hablar con “nuestras sombras”, con aquellos que queremos y decírselo, sincerarnos, expresarnos. Perdamos el miedo de decir “te quiero”, decir “muchas gracias por ser así”, decir “qué bien me caes”.

Una cruzada de sonrisas, de optimismo, de buenas vibraciones, para así lograr un prójimo más feliz y una comunidad más alegre y más sana.

Pensemos en Pascual, que no supo hacerlo a tiempo. Tú y yo tenemos la lección y la hemos aprendido.

Hoy, desde mi balcón, inicio esta cruzada y desde aquí te digo a ti, Jorge, Pepe, Pascual, Jacobo, Martín, Ernesto, Ruperto, Leoncio, Lola, Teodomiro, Ponciano, a todos ustedes, gracias por leerme.

Amor sin barreras

Hoy amanecí cursi, tan cursi como un encaje de seda o un mantón de Manila, tan cursi como lo gótico... a veces me gusta lo cursi. El tiempo vuela y entramos al mes de marzo, mes del amor, bajo la creencia aquella de que el amor no tiene fechas ni periodos, ni tampoco términos. Hoy empieza la luna a llenarse y con ello a enviarnos esos mensajes que van cubriendo nuestra piel con ganas de hacer, con ánimo de disfrutar y con sentimientos de compartir. Hoy en la noche, y también mañana, gozaremos el espectáculo maravilloso de la luna llena, y, a eso de pasada la media noche, veremos su reflejo inmenso sobre la superficie del mar, espectáculo que no se compra a ningún precio y que aquí los vallartenses disfrutamos de a gratis.

Hoy en la noche una pareja de jóvenes disfrutarán lo que hace muchos años, en aquellos gloriosos años del Puerto Vallarta romántico, era costumbre. En los hoteles, recuerdo el inolvidable Garza Blanca: se servían cenas románticas en la playa; una mesita para dos, escrupulosamente adornada, mantel blanco, candelabro y la presencia de dos enamorados o dos en proceso de alcanzar el enamoramiento. Podía ser el galán que aprovechaba el momento para pedir perdón por alguna pequeña irregularidad o, ciertamente, para limpiar la conciencia de culpas; podía ser la celebración del aniversario de algo y, si no, cualquier celebración; podía ser el atrevimiento caballeroso del hombre que buscaba la conquista; o simplemente el buscar la antesala romántica a un evento posterior lleno de emociones, gusto y placer... tantas cosas bonitas como aquella sencilla de pasar un rato romántico, junto al mar, a la luz de la luna llena, al son de unos platillos delicados, sabrosos y aromáticos, acompañados de algún líquido ambarino que gustosamente expedía gloriosas burbujas de abajo hacia arriba, como queriendo explotar en notas de alegría. Y allá, entre el sonido del romper de las olas, se escuchaba aquello de “te quiero”, “me gustas” o, mejor aún, no

se escuchaba nada, sólo existía el lenguaje de las miradas cruzadas y las manos entrelazadas.

Hoy este bonito evento, me consta, se repetirá en Puerto Vallarta. Vino a verme un joven amigo a pedirme indicaciones para un menú romántico y también a pedir prestada una mesa, un mantel y vajilla en color blanco. No tengo duda del éxito del evento.

Hablemos de amores

Hay personajes que reflejan diferentes actitudes ante la vida. Si piensas en la figura de un guerrero conquistador indomable, piensas en Gengis Khan; si en un explorador de los mares, en Jacques Cousteau; si en un estadista, en Winston Churchill; si en una mujer científica, en madame Curie o la maestra Villarreal de Puga; si en un revolucionario del cine, en Steven Spielberg; si en un soñador, en Jules Verne. Pero en el amor jamás pensarás en George Bush o Pancho Villa, a quienes quizá identifiquemos claramente con otras cosas pero no con el enamoramiento y el romanticismo.

El amor se recuerda más bien por las parejas, aquellas que se han identificado con diversas situaciones relacionadas con el querer sobre todas las cosas. En la literatura han trascendido figuras de parejas que serán siempre recordadas como símbolos de relaciones amorosas. William Shakespeare creó a la pareja quizá más famosa o, mejor dicho, la historia de amor más famosa, a través de Romeo Montesco y Julieta Capuleto, que venían de familias enemistadas y prefirieron llegar a la muerte por amor. Paris y Helena en la literatura griega. Tristán e Isolda, de Gottfried von Strassburg, marino y princesa: ella, Isolda, muere de amor. Don Quijote y Dulcinea, creados en la imaginación y en la pluma del mejor escritor en castellano, don Miguel de Cervantes Saavedra: un amor platónico maravilloso, lleno de ilusiones, jamás llevado a la realidad, amor fuente de inspiración de memorables hazañas del ingenioso hidalgo. Dante y Beatriz: él recorre el paraíso acompañado de una mujer convertida en ángel, Beatriz, por el gran amor que le profesa.

El cine nos ha presentado, ayer y hoy, personajes que han trascendido y recordamos como símbolos, verdaderos íconos del amor en pareja. En la famosísima *Casablanca*, Humphrey Bogart (Rick) e Ingrid Bergman (Lisa), acompañados de aquella música espléndida.

En *Amor sin barreras* (cine y teatro de Broadway), María (Natalie Wood hermosísima) y Tony (no recuerdo el artista). *Cumbres borrascas*, película basada en la novela del mismo nombre, de Emile Bronte, donde ella, Catherine, se enamora de su amigo de la infancia Heathcliff, y por diferencias sociales y económicas (lo de siempre) viven una tragedia de amor, pasión y sufrimiento. Recientemente, nos queda en la mente la bella pareja formada por Leonardo Di Caprio (Jack) y Kate Winsley (Rose) en la súper producción montada en Ensenada, Baja California, *Titanic*.

La vida real tiene parejas que han hecho historia, algunas perfectas, otras tormentosas, algunas prohibidas, otras ejemplares, pero todas amorosas. Napoleón y Josefina, María Félix y Agustín Lara, la bella y el feo, la mundana y el poeta, la diva de la época de oro del cine mexicano y el compositor romántico más famoso de México. Maximiliano y Carlota, poco que decir. Cleopatra y Marco Antonio: él, militar y político romano; ella, reina de Egipto, una historia confusa de amor, poder, conquista y conveniencia. Aquí en México, muy cerca en territorio y en tiempo, Diego Rivera y Frida Kahlo: él, uno de los tres grandes muralistas mexicanos y del mundo; ella, simplemente pintora mexicana, si bien hoy el *marketing* estadounidense la ha llevado a ser más famosa que a él. Injusticias de la vida y del amor. Pablo Picasso y Françoise Gilot. Liz Taylor y Richard Burton, leyenda de amor vivida en Puerto Vallarta... muchas parejas famosas.

En la vida real también, y no sólo también, sino sobre todo, hay muchas parejas de todos los días que viven el amor diario y cotidiano, con altas y bajas, con alegrías y tristezas, con lujos y con carencias.

No podemos dejar de hablar de amores tormentosos, prohibidos, escondidos o agazapados. El gran presidente John F. Kennedy y la voluptuosa Marilyn Monroe, un *affaire* pasajero que superó al gran amor con el famoso beisbolista Joe Di Maggio. Algunos culpan a ese *affaire* de ser la causa del “suicidio” de la bella artista de cine. Hitler y Eva. Allende, nuestro héroe de la Independencia, y doña Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del corregidor de Querétaro, un amorío muy útil para la causa noble de la guerra de Independencia.

Efectos de luna llena

La luna llena está hoy aquí. Voy a pedirle ayuda al poeta de poetas, al chiapaneco, para cerrar este artículo. Adelante, Jaime Sabines:

La luna se puede tomar a cucharadas
o como una cápsula cada dos horas.
Es buena como hipnótico y sedante
y también alivia
a los que se han intoxicado de filosofía.
Un pedazo de luna en el bolsillo
es mejor amuleto que la pata de conejo:
sirve para encontrar a quien se ama,
y para alejar a los médicos y las clínicas.
Se puede dar de postre a los niños
cuando no se han dormido,
y unas gotas de luna en los ojos de los ancianos
ayudan a bien morir.
Pon una hoja tierna de la luna
debajo de tu almohada
y mirarás lo que quieras ver.
Lleva siempre un frasquito del aire de la luna
para cuando te ahogues,
y dale la llave de la luna
a los presos y a los desencantados.
Para los condenados a muerte
y para los condenados a vida
no hay mejor estimulante que la luna
en dosis precisas y controladas.

Las lecciones de la bahía

Ayer la Bahía de Banderas, allí donde caprichosamente se enclavan Puerto Vallarta, Cabo Corrientes y también el Vallarta de Nayarit, nuevamente me dio una lección. Amaneció de un color diferente. Sobre el horizonte había una bruma ligera que daba al mar un color azul acero. Estaba todo limpio y despejado, sólo yo, mis ojos, mi corazón y el mar... sin testigos, sin gaviotas, sin delfines, sin veleros. Representaba algo así como un gran teatro, un auditorio con foro y con butacas, de las cuales sólo una estaba ocupada, la mía, aquí, desde mi balcón. En el escenario no había gente gente, estaba limpio; la escenografía estaba puesta, y la iluminación, repito, provocaba un color azul acero brumoso. La música era el silencio; el telón estaba abierto. Son las 6:00, las seis de la mañana. El momento me cautivó, mi vista se convirtió como la que da un lente angular de aquellas cámaras de fotografía, mirando al centro de la bahía, hacia la dirección donde a diario se pone el sol, a eso de las siete de la tarde, mirando ahí, a ese punto, abarco los extremos de la bahía, allá, hasta Punta Mita, y contemplo el movimiento del tiempo y, con él, el cambio del color, la variación en la intensidad de la luz y el equilibrio del escenario.

Empiezan a interrumpir los actores: las aves marinas, el crucero turístico que anuncia su llegada con ese ruido sonoro tan característico de puerto, los barquitos y los veleros todos blancos, la panga de pescadores con ese ruido que da la explosión mecánica de los motores de un pistón, el barco de paseo repleto de turistas a quienes desde aquí les veo la sonrisa de oreja a oreja y los pareos multicolores que parten de la cintura, sin ocultar el ombligo de las mujeres vacacionistas. Por allá, hacia mi izquierda, descubro un chapoteadero, un revolcón de agua que provoca borbotones en la superficie y que de seguro es el campo de recreo de una escuela de delfines que, como chamacos de kinder, esperan jugan-

do a que se acerque un barco para escoltarlo y provocar el júbilo de los navegantes. Pasan de las siete, las 7:00 de la mañana.

Aquí, tierra adentro, abajito del balcón, empieza el bullicio, la gritería, la algarabía de la chamacada que traspasa el umbral de la puerta de la Escuela 15 de Mayo y al momento los niños se llenan de ilusiones y de esperanza, porque al aprender empiezan a forjar su porvenir... muchos de ellos, al iniciar cada día de clases, van tejiendo su sueño, van haciendo el guión de la película de su vida, de sus alcances y realizaciones, de su visión muy propia del hacer y del ser. La seriedad de la voz del director, ordenado y amable, interrumpe el momento para dar algunos anuncios muy propios de la disciplina de la escuela y presenta esa imagen maravillosa que tiene la profesión de mentor, de educador, de encauzador: iqué privilegio de profesión!

Ya son las 8:00, las ocho en punto de la mañana. Han transcurrido apenas dos horas y la lección es clara: hay tantas cosas bellas que nos rodean que para qué hay que ir a dar siempre con las feas. Hay tantas cosas que nos provocan júbilo, que nos llenan el alma, que nos hacen sonreír, que nos incitan a cantar y a bailar, que nos limpian la vista, que nos hacen felices y, por mala suerte, buscamos lo feo, lo que nos provoca tristeza o coraje o envidia, que nos enturbia la mirada, que nos hace llorar o nos provoca rabia.

Hay tanta belleza que contemplar.

Son ya las once, las 11:00 de la mañana, y me dice mi amigo: “El optimismo exagerado te evita mirar la realidad”. “¡Mentira!”, me dice la Bahía, “el optimismo te da fuerza y claridad para entender la realidad y no dejarte envolver en ese proceso endurecido que sólo busca poder, fuerza, dinero. La realidad”, repite la Bahía, “sólo necesita entenderse y para ello una visión optimista te da un seguro para llegar a ella por buen camino. Te lo dejo a tu consideración”.

Son ya las 12, las doce del medio día, la hora del Ángelus, donde el cielo se cubre de cantos y música emanada de la orquesta que formó la naturaleza, allá en lo azul del firmamento. Apenas han transcurrido seis horas de este hermoso día, frente al mar, las islas y la magia de la Bahía de Banderas.

Conocí a Storaro y López Tarso

Quién dice que la suerte no existe... hay quien se saca la lotería sin comprar billete, no es muy frecuente, pero sucede; a mí me sucedió. Conocí a Vittorio Storaro, figura esbelta, sesentona, pelo entrecano, vestido a la europea, con una larga bufanda blanca de seda alrededor del cuello. Bajo el brazo, tres libros de portada color negro y con unas fotos que no alcanzaba a descifrar. Italiano, más bien romano, el tipo de artista se le nota a leguas (medida de distancia que se usaba antes de los kilómetros). Hombre de gran éxito, aclamado en Estados Unidos por la Academia del Cine, con tres Óscars en su haber como el mejor director de fotografía filmica, ha trabajado con los grandes directores de cine.

Helo aquí en Puerto Vallarta, cubierto de sencillez (qué admirable que siendo tan grandes, tan exitosos, sean tan sencillos y tan humanos). Se dirigió a los jóvenes mexicanos, a través de los jóvenes vallartenses que llenaban el auditorio Juan Luis Cifuentes Lemus.

“Tengan un sueño y no lo abandonen”, les dijo, y le platicó en dos minutos la historia de su vida, más bien el desarrollo de su sueño. De iniciarse de ayudante del ayudante del ayudante, a ser el número uno... y sigue soñando y haciendo más y más, con el único propósito de ser más y más.

Los tres libros bajo su brazo me los platicó, me los condensó en tres palabras: luz, color, equilibrio. Ésa es ahora su misión, enseñar a los jóvenes estos tres conceptos, y se dedica hoy a la academia, sin dejar el sueño de la fotografía filmica, y tiene muy claro que quiere hacer un filme sobre aquel grande, de nombre Miguel Ángel y de apellido Buonarotti; del infierno al paraíso, aquel que dio la vida a una piedra y de ella creó al “David” o “La Piedad” y también en las paredes de una cúpula creó el mural más expresivo que se haya construido, el de la Capilla Sixtina... otro hombre que hizo realidad sus sueños.

Soñar es un privilegio de todos, hacerlos realidad es responsabilidad de cada quien.

Bienvenido, Vittorio Storaro, a Puerto Vallarta, gracias por compartir tus sueños.

Y después, en tiempo, Ignacio López Tarso, hombre de ojos pequeños y de mirada inmensa, a su edad sigue siendo un joven, trabajando en lo que sabe hacer mejor que nadie y que le gusta tanto: el teatro y el cine.

Una gran claridad en su pensamiento, una memoria cibernética, un criterio práctico y equilibrado.

Defensor de las tradiciones, me platica cómo a la hora de la comida, en voz alta, leía a sus padres y a sus hermanos cuentos e historias de donde, con imaginación, le nació el gusto por la actuación y desarrolló su gran capacidad de dicción.

Un señorón que no pierde el piso, pero que sabe bien lo que ha hecho y hasta dónde ha llegado. Con humildad, comenta que tiene 57 años en la profesión, y dice: "ya si no". Habla con pasión, recuerda a sus personajes, comenta a sus directores. Hombre de historia y hombre actual, está al tanto del cine nuevo, de lo bueno y de lo malo; comparte con los actores jóvenes como si fueran de la misma edad.

Una delicia como conversador, personalidad arrolladora, pacientemente y con delicadeza firma autógrafos a todos. Como compañero de mesa es una delicia: buen catador de vino y excelente paladar, le gusta lo bueno, hombre de buen gusto y bien educado, hombre de formación integral.

Un homenaje muy merecido el que hace la VIII Muestra del Cine Mexicano e Iberoamericano de Puerto Vallarta al mejor actor de nuestro México.

En una semana, Puerto Vallarta fue visitado por dos personajes de talla internacional. Qué bueno que así sea.

La noche de antenoche

Hay eventos a los que asisto que me llenan el alma de alegría. Así ocurrió con el de anteanoche. Se trataba de un acto trascendente para la Galería de Arte Permanente Peter Gray, del Centro Universitario de la Costa de la Universidad de Guadalajara. Un vallartense distinguido, más bien un vallartense y una vallartense distinguida donaban una valiosísima pieza de arte a esta colección.

Dentro de la pintura sujeto de la donación, puede distinguirse con claridad un triángulo de color rojo armoniosamente colocado dentro de un contexto donde figuras geométricas, texturas y la insinuación de una figura femenina llena de sensualidad forman un maravilloso espectáculo dedicado a la belleza.

Esa noche estábamos viviendo en la vida real un triángulo cuyas aristas se manifestaban por tres valores humanos: la generosidad, el agradecimiento y la trascendencia, un triángulo, pues, muy bien sustentado.

La generosidad se veía representada por la calidad humana, por el desprendimiento de una familia que tuvo el valor de descolgar de una pared de la sala de su casa una pintura que para cualquier coleccionista es un tesoro, no sólo por el valor intrínseco de la obra, sino porque poseer una pieza de esa autoría significa un verdadero privilegio, y entregarla a una comunidad universitaria, a un lugar de visita pública.

En términos generales, a los humanos nos cuesta desprendernos de las cosas materiales, particularmente aquellas que nos gustan mucho o que nos recuerdan algo o que tiene un significado especial... desprendérse de piezas de arte es todavía mucho más difícil.

La generosidad triunfó y nuestro queridísimo amigo, el arquitecto José Díaz Escalera, hombre tradición en Puerto Vallarta, hombre historia, hombre anécdota, hombre templado, hombre laborioso, hombre creativo, antepuso la generosidad y, de la mano de su esposa, la también

arquitecto, la también queridísima, Tatiana Borioli, mujer entregada, mujer profesional, mujer cumplida, mujer respetable, mujer sensata, mujer artista, mujer madre, mujer hija, decidieron entregar lo que les pertenece, para que no solamente los visitantes a su casa reciban los grandiosos beneficios de esta pieza, sino que se cuelgue en un lugar donde miles de estudiantes, maestros, directivos, visitantes a la Universidad, aprecien, en la Galería Peter Gray, y disfruten al máximo la contemplación de una obra maravillosa.

La generosidad tiene aquí como resultante el multiplicar el bien al siete veces mil. No dejo de apreciar la generosidad de la familia toda, de José Luis, de Ricardo, de Alejandro y de Leonardo, que bien pudieron respingar y exigir el derecho del tanto a la muy respetable decisión de Pepe y Tatiana. Ellos aceptaron con gusto, ellos también son donadores, ellos también son generosos.

Alguien, esa noche, llamó a este acto, un acto de amor, de amor por Puerto Vallarta, pues el CUC, la Universidad es parte fundamental y sustento de la vida comunitaria de este pueblo en que vivimos. Estoy de acuerdo: el desprendimiento, la generosidad, es sin duda un acto de amor.

Si volteamos a la otra arista del triángulo, nos encontramos que ésa fue también una noche de agradecimiento; se sintió, se palpó, se constató en la actitud del más de centenar y medio de personas que acudieron esa noche a presenciar este acto. Muchos jóvenes y muchos viejos representando el presente y el porvenir con sus aplausos, con sus sonrisas, con su actitud demostraron una gran manifestación de agradecimiento. La Universidad también agradeció en la voz alta del maestro Antonio Ponce, quien a nombre de toda la comunidad universitaria supo decir ampliamente “Muchas gracias”.

También se vio el agradecimiento de los espectadores comunes y corrientes, como tú, como yo, como casi todos, que sin tener manos de artistas, que sin saber nada de arte, nos gusta ser espectadores agradecidos con quien, mediante su sensibilidad, su trabajo, su disciplina, su creatividad, su inspiración y sus lienzos y pinceles, sabe crear esa belleza que a todos nos transforma y nos hace sentir algo en nuestro corazón. El agradecimiento, pues, hizo acto de presencia la noche de anteanoche.

El triángulo tiene tres aristas. Nos falta hablar de la trascendencia, la noche estuvo plagada de trascendencia.

Se vio, se sintió con la emoción, hasta dónde puede llegar cuando hay capacidad de estudio, decisión, trabajo, disciplina, espíritu de logro, tenacidad, autoestima; todo esto sustentado en una gran sensibilidad artística, una manera distinta de ver el arte, una visión única de la vida y de las cosas bellas que nos rodean.

Nos empapamos de trascendencia en la obra de Manuel Felguérez, un ejemplar ejemplo de *hacer* y de *ser*.

Ahí estaba el donador, ahí estaba el cuadro que se iba a donar, pero la maravilla es que ahí también estaba el artista, el autor de esa maravillosa pintura que engrosará el acervo cultural y patrimonial del CUC. Ahí estaba Felguérez, el mejor pintor mexicano de la época actual, acompañado de su siempre queridísimo Meche. Ahí estaba Felguérez, el que nació en Zacatecas, el que lleva una vida entera de trabajo continuo, inspirado, lo repito, trascendente. Ahí estaba el pintor, el que logró establecer su posición desde muy temprana edad, el mismo que empezó estudiando en México, siguió en París, en la Universidad de Cornell en Estados Unidos y, como investigador huésped, en la Universidad de Harvard. Ahí estaba el mismísimo Felguérez, el que ha recibido distinciones del gobierno francés, premios de pintura en la Trienal de Nueva Delhi, India, el Gran Premio de Honor en la XIII bienal en São Paulo, Brasil, la beca de la Fundación Guggenheim, el Premio Nacional de las Artes y la designación de Creador Emérito por el Sistema Nacional de Creadores; ahí estaba Felguérez, el mexicano que ha sabido trascender, y que siendo un luchador social siempre permaneció al mismo tiempo apagado a su calidad de artista.

Ahí estaba Felguérez.

Me emocionó cómo los jóvenes lo conocen, me emocionó cómo los estudiantes de arte le aplauden, me emocionó ver que la generosidad, el agradecimiento y la trascendencia, amalgados por una obra de arte, no tienen edad, ni tienen diferencias. Ahí estaba Manuel Felguérez y ahí estuvieron también más de un centenar de jóvenes que llegarán a ser grandes artistas, eso se les puede leer en la decisión reflejada en sus rostros.

Felguérez, el pintor

En su pintura, Felguérez muestra una pronta preferencia por el abstractismo, en donde la geometría en sus formas básicas: círculo,

triángulo, cuadrado y rectángulo, fungen como elementos fundamentales, manifestándose en pequeños planos que se tocan y se confunden; se atraen y se rechazan, dando lugar a un juego de fuerzas que crean una tensión en el espacio compositivo. En esta etapa, los tonos rosas, los azules, los grises y los rojos son los protagonistas, de un dinamismo dado por la difuminación del color en las obras.

Más tarde, el artista exalta la opacidad del negro y del blanco, aplicando el color a modo de manchas yuxtapuestas, las cuales devienen en figuras irregulares que se expanden sobre la superficie. De entre ellas, aparecen desmembrados cuerpos femeninos evocadores de una gran sensualidad.

En la década de los setenta, su pintura se inclina por la pureza del color y las formas geométricas, en donde sobresale el valor de la repetición en las figuras de líneas rigidizadas. Estas formas se desdoblan en superficies cada vez más amplias, algunas de ellas texturizadas por los juegos del pincel que dan movimiento y calidez al conjunto, logrando siempre una unidad armónica.

Felguérez vuelve a la organicidad de las formas, creando nuevas tensiones entre las líneas curvas y las líneas rectas, los tonos opacos y los colores claros, hasta llegar a un punto en que sus trazos adquieren un dinamismo visceral, en donde sus formas ingravidas parecieran una explosión de rojos y amarillos brillantes. Estas composiciones realizadas en los años noventa adquieren una gran fuerza pictórica, en las cuales el artista sintetiza todo un largo proceso de trabajo.

Felguérez, el escultor

En lo que se refiera a la escultura, Felguérez muestra en su obra temprana la influencia de sus maestros Zúñiga y Zadkine y, más tarde, la de Moore. En un principio realiza figuras humanas de poses estáticas hechas en piedra, inclinándose posteriormente hacia la abstracción. Estas piezas se caracterizan por formas cerradas que parecieran envolverse en sí mismas.

Sus esculturas tienden cada vez más a la simplificación, expresando una relación con la pureza del color, además de un acercamiento a nivel sensorial con los distintos valores de los materiales, como la textura, la dureza o la permeabilidad.

Felguérez lleva sus piezas escultóricas a grandes dimensiones, colo-cándolas en lugares públicos. En esas obras, realizadas en su mayoría en materiales industrializados como el hierro y el concreto, el artista muestra su dominio del espacio en esa capacidad de esquematizar las figuras.

Felguérez, el muralista

La pintura y la escultura son dos modalidades que se enriquecen mutuamente en la trayectoria artística de Manuel Felguérez; característica que se hace evidente en la creación de sus diferentes murales, los cuales son un punto intermedio entre la pintura y la escultura. En ellos, rompe con la superficie plana al introducir en sus composiciones objetos como conchas de ostiones, retacería de productos industriales, residuos de materiales de construcción, vidrios e hilos de plástico. Estos elementos toman un nuevo sentido como parte de la obra de arte, en donde se organizan de manera similar al interior de una máquina.

Dentro de su obra pública ha realizado, desde 1959 a la fecha, 45 murales y escultura urbana en países como: México, Colombia, Estados Unidos y Corea del Sur. Entre ellos se encuentra el primer mural producido en México con un sentido contemporáneo. Esta pieza está en el Cine Diana de la capital, en el cual empleó la técnica del ensamblado. Asimismo, es coautor del Espacio Escultórico en la Ciudad Universitaria.

Manuel Felguérez ha sabido expresar en sus obras ese continuo acercamiento a la materia, el cual se traduce en una poesía de las formas lograda gracias a una comunicación dinámica con sus cualidades más íntimas.

El evento al que asistí la noche de anteanoche, me llenó el alma de alegría. Qué bonita noche la de antenoche.

Regalémosles algo que perdure

Hoy los niños estarán muy festejados: es el día que todos nos acordamos de ellos y tratamos de halagarlos, regalarlos y apapacharlos... hoy había en todas las colonias y en todas las escuelas festejos, fiestas, dulces, payasitos y juguetes. Hoy es Día del Niño y ¿mañana?

Me gustaría reflexionar junto a ti cómo podríamos hacer un regalo a los niños que perdure, que no se consuma al instante, que no se esfume, que no se acabe en tres minutos, ni en un día completo. Algo que les guste, pero que también les deje un fondo, un sedimento que enriquezca, que les siga dando a diario gusto y que al tiempo vaya formando en ellos una base sólida para su desarrollo y felicidad futura.

Y todo mundo lo dice: los niños de hoy son los hombres del mañana; a veces esa frase tan llevada y traída suena hueca y más retórica que real. ¿Qué hacemos los hombres de hoy por los hombres del mañana? ¿Qué hacemos hoy, en el presente, por los de mañana en el futuro?

De verdad, este Día del Niño estamos regalándoles algo que realmente los lleve o les ayude a alcanzar un futuro promisorio, un mañana lleno de alegría, una mejor situación para ellos, los niños y toda su familia.

Se me ocurre a la primera, regalémosles cultura y educación de calidad. De la educación, ni qué decir, todos estamos de acuerdo en que un pueblo bien educado es un pueblo que disfruta calidad de vida... pero también, y de la mano, está la cultura, esa palabra rara, malinterpretada, que solamente pretende complementar la instrucción y la educación básica con aspectos que llenen la sensibilidad, la creatividad, la capacidad de disfrutar, para lograr niños y después hombres con vocación a lo máspreciado en la vida: la felicidad.

Primer regalo

Hablar de niños necesariamente es hablar de maestros. Regalémosles a los niños unos maestros más apreciados por la sociedad, unos maestros bien motivados, unos maestros a quienes les demos las gracias por educar a nuestros niños, unos maestros mejor compensados económicamente y también unos maestros que reciban la oportunidad de capacitarse, de crecer, de aprender como los niños, unos maestros llenos de alegría.

Aprovechemos esos personajes maravillosos que dedican sus vidas a enseñar y démosles lo que necesitan: cariño, comprensión, aprecio, paga justa y posibilidades de crecer en su vocación a través de recibir conocimientos de otros. Existe un proyecto concreto donde cada mes un personaje de la ciencia, de la técnica, de las artes, del deporte pudiera impartir dos días de capacitación gratuita a maestros de primaria; para más información acudir al doctor Juan Luis Cifuentes Lemus.

Éste sí que sería un buen regalo para el Día del Niño, y conste que no me opongo a los regalitos, fiestas, payasitos y demás, al fin y al cabo son niños... ¿pero qué más?

Segundo regalo

Creo firmemente que en la edad de aprendizaje temprano está verdaderamente la posibilidad de aterrizar la cultura. Es principalmente en los niños de preescolar hasta cuarto año de primaria donde está el campo más propicio para sembrar el gusto por las cosas bellas, por el arte, por la filosofía y por la cultura cívica, la cultura ecológica y de conservación del medio ambiente y por todas esas cosas que van disponiendo el alma a recibir a través de los sentidos y de la mente esa carga de temas y sentimientos que van aventando al ser humano a vivir plenamente y a hacer del paso temporal por este planeta algo más agradable, más ameno, más amigable y más trascendente.

Así que propongo que el segundo regalo para los niños de primaria sea que en todas las escuelas se organicen talleres de lectura donde técnicamente les enseñemos a disfrutar los libros, a leer, y en ese momento embarcarlos en esa maravillosa aventura para, a través de los libros, enseñarles a soñar, a expedicionar, a viajar, a conocer nuevas culturas,

nuevos países, a vivir nuestra historia y a imaginarse el futuro, disfrutar de personajes, vivir las tradiciones.

No es difícil ni caro este regalo. Sólo hay que tener el propósito y llevarlo a cabo. El gobierno municipal y la Secretaría de Educación tienen la palabra.

Tercer regalo

Regalarles, inculcarles la cultura ecológica y de conservación del medio ambiente. Los niños, no los despreciamos, tienen la capacidad y también el gusto por aprender más sobre este tema, pero sobre todo tienen la necesidad de vivirlo, de llevarlo por dentro y cada día hacerlo realidad. Si hacemos esto hoy, los hombres de mañana no tirarán por la ventana de su coche un pañuelo desecharable o una lata de cerveza, tampoco ensuciarán el río Cuale o el Pitillal. Los hombres del mañana respetarán al mar, a los esteros y a los delfines y a las ballenas... y a los jardines y a las flores, y no derribarán palmeras para construir sobre ellas un taller mecánico. Formas, hay muchas para enseñar a los niños, pero por qué no iniciar con algo sencillo: un concurso de dibujo o un concurso de pensamientos poéticos sobre el tema de la conservación del medio ambiente, con unos buenos premiecitos cuyo costo llega a nada.

O si quieres, sobre temas concretos como el cuidado del agua o el manejo de la basura, o la limpieza de las playas, o la conservación de las montañas o el mar, la lluvia, los árboles. Lo que sea, pero hay que empezar hoy, y hay que empezar de adentro hacia afuera, enseñarles a los niños a razonar, a querer y a vivir y no intentar convencerlos con campañitas de publicidad hechas por adultos para adultos; la verdad, ahí hay poco que hacer.

La palabra la tiene el Departamento de Ecología del municipio, el Seapal, la Semarnat y también las empresas turísticas, hoteleras o las de diversión o de aventura.

Cuarto regalo

Regalémoslo hoy a los niños: deporte, no el de las Chivas y el América, que es deporte-negocio, bueno, por cierto, pero más deporte-salud.

Campos deportivos, organización de ligas, facilidades de aprendizaje y, que no se nos olvide, maestros de deporte. A los niños les gusta, no los menospreciamos. Para que las cosas estén organizadas ha de haber instructores, capacitación, competencia, ligas, categorías y todo lo demás que hace del deporte algo que instruye, que motiva, que entusiasma, que forma y que divierte. ¿Quién tiene la palabra? ¿Quién hace este regalito a los niños en su día?

Quinto regalo

Cultura cívica. Regalémosles a los niños nuestro ejemplo y así los induciremos a ser ciudadanos de primera, a querer a su terruño, a respetar las autoridades, a venerar la bandera nacional y los símbolos patrios, a cantar el himno nacional, pero sobre todo a vivir una vida de ciudadano respetuoso, a cumplir con las obligaciones elementales, a no pasarse los semáforos en rojo, a no emborracharse en el malecón, a no hacer actividades fuera de la ley y, en cambio, sí proponer, participar, luchar por instaurar la verdadera democracia, en distinguir entre la caricatura que es la democracia partidista y la democracia social y política del país, a combatir la corrupción, a apreciar el valor de los ancianos, a cuidar el patriotismo común de todos los habitantes.

Éste sí que es buen regalo para los niños. Imagínate qué felices van a ser cuando sean grandes.

Hay muchos más regalos para los niños, pero se acabó el espacio y se acabó el Día del Niño... mañana podemos empezar a regalarles la verdad. Hoy, qué bueno que les obsequiamos desayunos, fiestas, globos y payasitos manos blancas y nariz bola... mañana podemos empezar con los *regalos*.

Hoy felicito a todos los adultos por saber que el futuro de nuestro país y del mundo está en los niños, y el destino de ellos está en nosotros, que ya no somos tan niños pero que al menos nos queda un pedacito de corazón de niño, aunque llevemos la cara llena de arrugas.

¡Felicidades a todos!

Entre piropos y chiflidos

Hoy es 3 de mayo, el Día de la Santa Cruz, el Día de los Albañiles, esos hombres mexicanos constructores, mitad ingenieros, mitad arquitectos, mitad constructores (tienen tres mitades porque son extraordinarios y sobrepasan el cien por ciento). Tengo gran aprecio por este gremio, un gremio que es más señalado por la forma como festejan los lunes que por sus méritos. Visión incorrecta, ya que con su trabajo son los creadores de las casas donde todos habitamos, de los edificios a donde todos recorrimos, de las obras urbanas que todos disfrutamos y, sin embargo, casi nadie les ha sabido decir “Muchas gracias”.

A ustedes, mis queridos constructores del Puerto Vallarta de antes y del Vallarta de hoy, dedico esta columna para honrar su recuerdo:

Empieza la historia

Recibí una queja enérgica, tronante y terminante de doña Chola, mi querida amiga, un tanto “llenita”, por no decir regordeta, que sin ser una Afrodita o una Helena por su belleza, sí es mujer de relativo buen ver, cara con su cutis muy limpio y rozagante, ojos claros y pispiretos, cabello fino y lacio cortado a la altura del hombro, corte moderno, sus manos bien tratadas, sin manchas en la piel, las uñas prudentemente largas y con recorte recto, no con punta —dicen que a este corte le llaman *french*—, y bien barnizadas en un discreto color natural. Vuelvo a su cara porque quiero hacer hincapié en su boca, de tamaño regular, labios naturales tirando a un poco carnosos, pero sin llegar a la extravagancia de los labios de Lorena Herrera, no, los de doña Chola son simplemente un poquito gruesos, pero pudorosamente pintados en un color rojo claro mate, sin brillos ni luminosidades provocativas. Su piel es blanca y se le nota que ha usado crema humectante desde pequeña,

hace ya algunos abriles. Se me olvidaba decir de sus cejas, poco pobladas, por cierto, pero eso no se le nota porque acudió a uno de esos lugares donde con tatuaje dibujan la ceja a gusto de la propietaria; las pestañas, éas sí, la verdad las tiene muy lacias y en forma de aguacero, lo cual no le demerita nada, porque ella está llena de vida y felicidad y su cara refleja siempre alegría, buen humor, contento, júbilo y simpatía.

Lo que sí no puede pasar inadvertido de doña Chola son sus caderas, abajo de la cintura, bueno, lo que le queda de cintura. Nunca se han visto caderas más rítmicas al caminar, una perfecta coordinación con las piernas que al caminar se mueven hacia adelante mientras la cadera contonea hacia los lados. De aquí hasta allá adivinas que doña Chola viene por la banqueta sólo por el ritmazo de su cuerpo, ese vaivén cautivador, esa gracia de movimientos que sólo da la buena salud, la confianza y seguridad en sí mismo y el recuerdo de halagos y piropos recibidos, es decir movimiento femenino bien reconocido en los diferentes foros, sea el supermercado, la iglesia o las banquetas y el malecón, que son el foro más heterogéneo y exigente, donde triunfan sólo las grandes.

El motivo de la queja es muy sencillo. Me enseña la página 23A del periódico *Reforma* en su edición del 3 de diciembre pasado. La noticia que se acompaña con una foto de un letrero, a la letra dice:

Prohibido piropear

Guadalajara. Aunque ya van tres trabajadores de la construcción despedidos por silbar o piropear a mujeres que pasan por las obras del nodo vial de Patria y Acueducto, en la capital jalisciense, en las afueras de Plaza Pabellón parece pesar más la costumbre de hacerlo que la prohibición escrita en un letrero afuera de la oficina de la constructora.

Favor de no silbar ni ofender de manera alguna a las personas que pasan por la obra. Té invitamos a conservar tu trabajo.

Después de un inquiriente “¿qué te parece?”, doña Chola procede a explicar su indignación. “¿Cómo es posible que la compañía constructora les prohíba a sus trabajadores silbar a las paseantes? En primer lugar, los albañiles no silban —dice—, chiflan, que es el sonido más apasionante, estimulante y hermoso que una mujer pueda escuchar. Las notas emanadas del clarinete de Benny Goodman son ruidos horribles comparados con el angelical sonido del chiflido de un albañil destacando las características de belleza de la mujer -me decía- no importa que sean bajitas, altas, chaparritas, planas, caderudas, blancas, morenas,

somos mujeres y los albañiles lo saben, pero además nos lo dejan saber como jilgueros que cantan alabanzas a la feminidad y al buen gusto”.

Empiezo yo a creer que doña Chola tiene razón y hago aquí mi primera y muy personal conclusión: el albañil, mejor dicho el gremio como tal, los albañiles, han encontrado que la evolución última del pensamiento es llegar a la estética, a la belleza, y que para disfrutarla no se requiere más del razonamiento y la reflexión, mucho menos del uso o del usufructo. La apreciación y la contemplación son elementos suficientes para el goce de la belleza femenina. Conclusión segunda: los albañiles tienen la valentía de decir lo que sienten, comunican lo que han percibido. Si les parece apreciable lo que pasa por enfrente se lo manifiestan y éste es, pues, el motivo del chiflido.

Cuántas veces me gusta tanto un libro y no se lo digo al autor; o un jefe o un empleado me parece muy eficiente y nunca se lo digo; o al amigo que me parece tan listo y simpático tampoco se lo digo... cuánto trabajo pasamos para decir “Me gustas”. Los albañiles sí lo dicen, y con frecuencia.

Los trabajadores de la construcción han llevado el famoso “fiu-fiu” a un plano de identificación internacional, tanto como una flecha en un letrero indica una dirección, o el círculo cruzado diagonalmente por una línea quiere decir “No”, o las figuritas de un hombre cuadrado y una mujer triangular señalan los baños; así el chiflido, con ese tono, se entiende como “mamacita”, “reina”, “guapa”, “chula”, “cuero”, etcétera, etcétera.

“El letrero también prohíbe —me dice indignada doña Chola— los piropos ¡imagínate tú! Los piropos son la forma más cordial de galantería, de halago, de decir decires. Piropos al ver pasar a la guapa, como aquel que dice “Qué haría este pajarito sin ese nido” o “Morena, qué comes que estás tan buena” o “Mamacita, estás como Santa Elena, cada día más buena”.

Piropos, frases saladeras, inofensivas, pero ciertamente graciosas y que siempre dicen la verdad.

Tiene razón doña Chola, qué ingrata la compañía constructora de Guadalajara, que por chiflar y piropear despide a sus trabajadores, sin saber que los albañiles, aparte del gran mérito de ser los constructores de los espacios que habitamos o en los que trabajamos o en los que nos divertimos, son además un estímulo a la feminidad y un contrapeso a las enfermedades psicológicas, y a eso que hoy en día llamamos depresión,

pues recuerdo muy bien que una amiga de mi madre, doña Matilde, solía decir: “Beatriz, cuando te sientas desganada o medio triste o desmotivada, en lugar de ver al psiquiatra, pasa por enfrente de una construcción y verás después de todos los halagos cómo llegas desbordando ganas de hacer y de vivir”.

Un gran tache para la compañía constructora. No sé quienes son, ni me interesa, pero qué mal que prohíban los piropos.

Por hoy fue todo, un fuerte abrazo a todos y cada uno de los que forman el grupo de los albañiles vallartenses que con su esfuerzo personal nos llevan a disfrutar de mejor manera este maravilloso modo de vida que tenemos en nuestro queridísimo Puerto Vallarta. Salud, amigos, ¡y muchos buenos tacos de carnitas!

El gato pardo que nunca llegó

Se murió un amigo que jamás conocí personalmente, causándome una tristeza grande. Nunca lo traté, jamás estuvimos uno frente al otro y, sin embargo, le guardo un gran aprecio, admiración y gusto por su forma de ser, por su simpatía natural y su encantadora egolatría.

Entusiasta a más no poder, derrochaba ganas de vivir y no obstante murió. Apasionado por su profesión, increíblemente apegado a sus ideas profesionales, defensor de las tradiciones y de las formas, un comunicador natural de sus ideas; extravagante, soñador, crítico y muy simpático, porque era muy auténtico. Nunca lo conocí en persona pero lo traté mucho a través de sus escritos, sus libros publicados y sus programas de televisión.

Empezaba a tener comunicación epistolar con él, aunque hoy uno se cartea electrónicamente y por lo tanto de alguna manera se pierden las formas y el afecto que se transmite en una carta escrita a puño y letra. El rector de una de las universidades de Buenos Aires, Argentina, en una visita que hizo a Puerto Vallarta, durante una cena prometió que nos juntaríamos para charlar. Habría sido una buena conversador, sobre todo sentados alrededor de una mesa, degustando un buen Coq au Vin acompañado de un succulento Malbec, vino tinto de esas comarcas argentinas. No se pudo, nunca se llegó el día.

Me refiero a Carlos Alberto Dumas, mejor conocido como el “Gato Dumas”, cocinero histriónico que seguramente habrás visto aquí, en los programas de televisión, en un canal que se llama El gourmet.com. Su programa “El Gato Pardo”, tenía un alto *rating* gracias a su compañero y amigo de por vida, otro grande que se llama Ramiro Rodríguez Pardo, de ahí el nombre de Gato Pardo.

Un hombre exitoso en su profesión, reconocido en el mundo. Le disgustaba que le llamaran chef: “Soy simplemente un cocinero”, solía decir.

Cocinero, restaurantero, fundador de una Escuela de Cocina, asesor, escritor de cinco libros; conductor de televisión y radio, conferencista... pero sobre todo cocinero. Un tradicionalista, investigador de la historia de la gastronomía, defensor de las recetas exitosas de todos los tiempos, un comunicador lleno de atractivos y simpatía, gritón, exagerado. Era capaz de hablar con una cebolla o con una pechuga de pato y decirle cuánto la quería.

Si destacó como sólida leyenda en su especialidad, el “Gato Dumas” fue más que eso: un gozador de la vida. Después de éxitos y caídas en sus negocios, redescubrió la felicidad de gozar la familia, de compartir con los amigos, de goces tan intensos y sencillos como el aroma de la menta o el sabor del jengibre.

Mas allá del aporte que hizo al buen comer en nuestra América Latina, tal vez la receta más valiosa que nos dejó fue la de sazonar los simples bocados de la vida con irrenunciable alegría.

Quise invitarlo a Puerto Vallarta para que compartiera con todos nosotros su arte y la belleza de su personalidad alegre. Ni modo, “Gato”, tendrás que esperarme y quizá Allá tengamos tiempo de cocinar juntos, pidiendo a Santa Teresa unas ollas y unas sartenes, porque ella asegura que entre las ollas anda Dios.

Recordar al “Gato Dumas” me lleva a otro tema:

La muerte

Lo más cierto de la vida es la muerte. Es de lo único que no podemos dudar. Desde el momento del nacimiento, los humanos nacemos con un destino ineludible, que es nacer para después morir. Algo natural en la vida es la muerte, es lo único que es común a todos, absolutamente a todos, ricos y pobres, blancos o negros, buenos o malos, altos o chaparrones, todos, todos sin excepción llegaremos al final de la raya, unos antes y otros después, pero, no hay duda, todos llegaremos al final: la muerte. Si aceptamos esta realidad, difícil realidad, por cierto, la muerte no es mala, es sólo parte de la línea de la vida, esa línea formada por todas las circunstancias del existir, por todos los momentos y en todos nuestros espacios.

Ante esta realidad, ante la muerte, sólo nos queda aceptarla como debe de ser: ante la muerte, la vida. Vivir la vida, como se debe, in-

tensamente y bien, sería entonces la única receta. Vivir intensamente, sin flojera, sin desgano, sin aburrimiento; por lo contrario, haciendo más y mejor, compartiendo más y mejor, cumpliendo más y mejor. Hay tantas formas de vivir intensamente, tan productivamente, tan beneficiosamente. Vivir la vida, con mayúscula, disfrutar los regalos del Creador, lo bello, lo agradable, la armonía, la cercanía del planeta Marte, el malecón, la montaña, el clima, pero sobre todo, disfrutar a los que nos rodean, a los otros hombres y mujeres, a los que amamos, y al final aprender a disfrutarnos a nosotros mismos: mi tiempo, mi pensamiento, mis capacidades, mis limitaciones, mis tesoros, mis carencias, mi salud, mi enfermedad, mis riquezas, mis pobrezas. Al final, eso, estar a gusto conmigo mismo, aceptar lo que tengo y lo que no tengo, lo que soy y lo que no soy, aceptar y llevar mi realidad por la vida con orgullo, con satisfacción, con alegría y disfrute, caminar mi camino haciendo brecha y haciendo a un lado lo que no debe ser, caminar por la vida, canturreando, saboreando, disfrutando, sabiendo que la vida es Vida, preámbulo de la muerte.

Esto me dijo Champoleón, mi amigo el filósofo, mi gran consejero, cuando le platicué mi tristeza y desánimo por la muerte del amigo que jamás conocí, la muerte que frustró mi ilusión de cocinar junto a él aquí, en Puerto Vallarta.

Alegrémonos. Al fin la teología dice que la muerte es el nacimiento a la vida eterna, la verdadera vida.

André

Érase una vez un enorme crucero de lujo que zarpó de una bella isla lejana, por allá donde el gran navegante Marco Polo cruzaba mares desconocidos. El crucero estaba lleno de pasajeros. Yo calculo que serían mil, pero otros dicen que dos mil, y ella se imagina que podrían llegar a tres mil si cuentas a los tripulantes, al servicio y, claro, al gran capitán y su *staff*.

La familia Legazpi vacacionaba en ese crucero y con ella el hijo menor de la familia, André, un niño soñador, imaginativo, sin límites, que esocondía sus fantasías en un cuerpo ágil, delgado, y una cara redonda, esplendorosa, de agasajo, con ojos negros que parecen platos y pelo castaño oscuro ondulado... un niño próximo a cumplir los nueve años.

Se escapó de la vista de la madre y subió a cubierta y echó vuelo a la imaginación. Cuando miraba las gaviotas volar, en la punta misma de la enorme proa, abrió sus brazos todo lo que pudo y, desde ahí, a casi cuarenta metros sobre el nivel del agua, se lanzó con los brazos a manera de planeador hasta posarse en la superficie de esas aguas profundas, que se elevan y se bajan formando inmensas montañas y valles. Sus brazos se convirtieron en remos: no era un naufrago, era un niño que quiso soñar. Remaba tan fuerte y gozaba tanto las aguas, que se deslizaba con rapidez, disfrutando la humedad, los vaivenes, la sal, el yodo... el mar. Nunca pasó por su mente joven el desfallecer, el rendirse, el cansancio; por lo contrario, pensaba llegar a puerto seguro, a un lugar hermoso, lleno de vegetación, plagado de verde y azul, cruzado por ríos, salpicado con flores rojas y amarillas, palmeras por todas partes, montañas cuajadas de selva. André remaba con los brazos y cantaba con el alma. Los remos, sus brazos, poco a poco se convirtieron en aletas, perdió sus piernas, que se transformaron en cola, su piel se humedeció y la forma humana fue tornándose pisciforme. El mar estaba de fiesta: el niño se convirtió en delfín, precioso, con cara de niño, con alma de niño, con

canto de niño, con ilusiones de niño, pero en forma de delfín. André se llama ahora Phibius.

Phibius

Igual que el niño, el delfín soñaba sólo con la felicidad de ser, de gozar, de disfrutar, de aprovechar todo lo que estaba a su alrededor. El niño André, con cuerpo de Phibius, el delfín, se sumergía a metro y medio y se lanzaba a buscar, sin salir a la superficie, la máxima velocidad y el máximo tiempo. Sesenta kilómetros, luego ochenta, hasta llegar a cien. Doce minutos, veinte, hasta llegar a veintiocho sin salir a respirar. La alegría crecía cuando lograba más y más. Así cruzó las bahías, los golfos, luego los mares y después los océanos, siempre soñando, siempre alegre, siempre disfrutando de la vida. Encontró otros delfines, hembras y machos, jóvenes y viejos, y así, en familia, bailoteaban, brincaban, hacían acrobacias, cantaban con ese ruido tan peculiar. Entre ellos se comunicaban por ondas supersónicas que los humanos no percibimos.

Lo máximo era encontrar un barco y escoltarlo y hacer monerías a los viajantes para alegrarles la vida. Cuanto más rápido navegaba el capitán del barco, más aceleraban el nado los delfines, de tal forma que no había embarcación que cruzara aquellos mares que los dejara atrás. Al tiempo, en una de estas aguas mansas y cálidas, en un barco de mediana eslora, viajaba de nuevo la familia Legazpi, la de André. Phibius, con el alma de André, los reconoció e hizo más piruetas y más ruidos y más gracias y su madre, desde estribor, supo que aquel delfín era su hijo y se llenó de gozo al verlo tan feliz.

Blubi

Pasaron los días y un barco con matrícula de no sé qué país capturó delfines para llevarlos a parques temáticos, en piscinas grandes, bien cuidadas, llenas de graderías con familias y niños que aplauden y gritan y festejan las gracias de estos peces. Ahí también fue a dar Phibius, a quien le cambiaron el nombre por otro que los niños de todo el mundo pudieran pronunciar igual. Ahora se llama Blubi. El delfincito nunca perdió el entusiasmo. Encerrado en el delfinario, se alimentaba

seguro. Su entrenadora, una güerita muy guapa, lo retacaba de sardinas y anchovetas, le medía la temperatura, lo acariciaba, hasta la presión arterial le controlaba; además, la muchacha era bonita, de ojos azules y piel muy fina, aunque un poco pecosa, pero además le cantaba aquella canción que dice “El chorrito se hacía grandote y se hacía chiquito” con una pronunciación que hacía reír mucho a Blubi. Como buen latino —porque la familia Legazpi es de por acá—, era coqueto y simpático.

Con ilusión esperaba las diez de la mañana, hora en que se presenta el primer espectáculo. Blubi, gozoso como siempre, soltaba músculo, aflojaba el cuerpo y se concentraba en el número artístico que pronto iba a realizar... nada más satisfactorio que hacer las cosas bien; nada provoca más gozo que el deber cumplido. André primero, Phibius después y ahora Blubi, nació para ser feliz y lo logra porque se lo propone. Siempre creyó que la felicidad no es congénita, no se da sola, que la felicidad se busca, se aprecia, se cuida, se conserva y se vuelve a buscar. Es una actitud de vida, es una forma de ser. La felicidad se alcanza si se desea. Es más, decían que sólo buscarla es ya tenerla.

Empezaba el espectáculo. Los niños embarrados de helado de chocolate aplaudían, gritaban y se asombraban con el *show* acuático increíble. “Más alto”, gritaban, “más rápido”. Los padres miraban cómo estos hermosos cetáceos hacían felices a sus hijos que, para entonces, comían *hot dogs*, paletas heladas y cuanta mugre encontraban. Tenían la ropa bien mojada.

A la caída de la tarde, Blubi, ya sin espectáculo, recibía a unos niñitos con problema de salud que, junto con la güerita entrenadora, se lanzaban a la piscina azul, impecable, para nadar con todos los delfines, abrazarlos y acariciarlos. Más tarde, hacia la noche, más comida, más sardinas, más anchovetas y complementos vitamínicos... una vida segura, feliz y llena de satisfacciones.

Una mañana, como a las ocho, mucho antes de la hora del espectáculo, Blubi empezó a medir sus fuerzas. Nadaba veloz, de un punto al otro de la alberca, cada vez más rápido, cada vez más fuerte, cada vez más entusiasta; después a saltar, más alto y más alto, tomaba vuelo desde un extremo y al centro se elevaba hasta alcanzar casi catorce metros.

La memoria de Blubi retrocedió a Phibius y de éste a André y le vino a la mente un poema que siempre estuvo sobre la mesa de noche del señor Legazpi:

Un cardenal

Era un cardenal en cautiverio
Vivía en una jaula en casa de ricos
Rojo encendido y negro su color
Combinación aristocrática
Aunque también bandera de huelga.
Era feliz de servir de adorno
Cantaba entusiasmado perfectos trinos
Entendía plenamente
El sentido de su vida.
Una jaula fina
Buena comida de marca
Nido de caña blanda
Sin preocupaciones de sobrevivencia.
Su único compromiso
Deleitar con sus cantos
A los dueños de la casa.
Martín, el mozo
Atendía día a día la jaula del cardenal
Agua, alpiste, limpieza,
Cariños, miradas de simpatía.
Una vida resuelta
Perfecta, como con seguro de vida,
A cambio solo
De hacer lo que le gusta
Cantar, brincotear y comer.
Una mañana temprano
Amaneció decidido
A hacer un cambio de vida
Se le metió la inquietud
De buscar la libertad.
Miró a través de las rejas
Y vio a los delfines jugar
A las gaviotas volar
A las iguanas y a los garrobos
A las hormigas y a los zanates.
Quiero la libertad
Por la que tantos han muerto

Algo debe de tener
Para que se busque así.
Dejar la vida segura
Y a Martín el mozo
Y la comida de marca
Y el baño y el no problema
Y a mis dueños por dos años.
La libertad
El riesgo
El problema
Ausencia de protección
La vida insegura
La búsqueda por mí mismo
El hambre, la sed
El frío, el dolor,
Los ataques, los cazadores de pájaros.
Quiero la libertad
Mi autonomía
La felicidad
Mis gustos propios
La satisfacción
El logro
Volar, volar lejos y alto
Ver hacia abajo
Luchar por mí y para mí
El disfrute de mi tiempo
Mis aficiones, mis locuras
Rodearme de lo que quiero.
Y ante los pros y los contras
El cardenal huyó
Hoy temprano en la mañana
Su vida será diferente
Riesgosa pero feliz
Mucho más feliz que cantar para sus dueños.
Allá va el rojinegro
Con cuerpo de cardenal
Con alma de águila
Con astucia de gavilán

Con resistencia de mariposa
Con plumaje de ave fénix
Enfrentando al mundo
Por buscar la libertad.

Athila

Con este poema en la mente, nadó más fuerte que nunca y, al llegar al centro, saltó y se elevó tanto que en el ascenso las aletas se convirtieron en alas y el delfín se convirtió en águila y, con fuerza, aleteó y aleteó hasta tomar gran altura. Desde allá arriba, Athila —así se llama ahora André— fijó dirección y decidió destino. El águila, llena de optimismo y esperanza, buscó un nuevo porvenir y cambió seguridad por riesgo, comodidad por lucha, sumisión por rebeldía, encarcelamiento por libertad.

El aire, como antes el mar, le daba a André la realización total... la felicidad plena, la única razón de ser y de vivir. Athila tomó aviada y emprendió largo camino volando entre las nubes y el cielo. Sobrevoló valles, lagos, trigales, pinares, desiertos, ríos, una diversidad de geografías, y poco a poco, con la mirada fija, se acercaba al destino, a un lugar de amplia bahía, de clima cálido y de brisa transparente, una bahía que tenía, por un lado, una punta, y por otro un cabo, un lugar con montañas selváticas, con playas, pero sobre todo un lugar con gente buena. Hasta ahí llegó Athila para volverse a convertir en niño.

André

Si ves por ahí un niño de cuerpo ágil, delgado, con cara redonda, esplendorosa, de agasajo, de ojos negros que parecen platos y pelo castaño oscuro ondulado, a lo mejor te acabas de encontrar a André. Por ahí anda todos los días, disfrutando la belleza, haciendo cosas sencillas, platicando con las olas, buscando unicornios, llenándose las bolsas de ganas de vivir. No me extrañaría que este próximo lunes estuviera en primera fila, escuchando las delicias de la música en el concierto de Raúl di Blasio. No me extrañaría, porque le encantan las cosas bellas.

La mujer de la poltrona

En mi caminar diario, la semana pasada, por razones de trabajo, pasé por uno de esos tantos pueblos mexicanos llenos de atractivos y tradición. Las calles empedradas, las banquetas altas un tanto agrietadas, bardas de adobe que anuncian la reciente lluvia de verano con una mata de zacate que crece sobre ellas. Los portones, las ventanas enrejadas, los guarda-polvos de colores, los postigos de madera. El ruido de los cascos de las mulas y de los burros que han sido calzados con flamantes herraduras en cuyo lomo cargan el pienso para las vacas que pronto se transformará en leche para gusto y bienestar de la chamacada del pueblo.

Un pueblo mexicano hecho y derecho, como cualquiera. Su paletería en la esquina, con los clásicos sabores de tamarindo, jamaica y limón. La anticuada tienda que igual vende ropa, papelería y abarrotes y donde las medias de popotillo, los cuadernos y las sabritas se entremezclan sin ninguna pena ni reticencia; por fuera, pomposamente la antigua tienda lleva el nombre de “Nuevo Progreso” en un despintado, aunque nítido, letrero.

Un pueblo mexicano como todos los pueblos, con la mesita en la banqueta donde se expende la jícama con chile, los mangos verdes, las rebanadas de sandía que en su color llevan la marca de México y el camote del cerro, indicio claro de que el viejo de la casa fue a cortar leña y de paso se trajo unos camotitos. Más allá la mesita pequeña, llena de estos dulces que a la salida de la escuela los niños harán desaparecer: los de leche quemada, los borrachitos, los de camote y guayaba, las obleas, los garapiñados y las palanquetas y, al lado, la muchacha con su mandil azul y blanco y su varita con la mota de papel de china espantando las moscas y las abejas.

Tengo muchas más cosas que decirte de este pueblo mexicano, tan común y ordinario, pero tengo que decirte mejor que ahí también las hadas andan sueltas. Eran casi las cinco de la tarde cuando vi en la

banqueta una elegante mecedora muy antigua, un tanto desmejorada, con el bejuco un poco roto... en sus buenos tiempos debió haber sido de color azul plata, aunque hoy casi no tiene color. Ahí estaba la poltrona, como le dicen en mi pueblo, si bien es más conocida como mecedora, sola, con una bolsita de lona blanca colgando en uno de sus brazos.

Si tú ves una pelota correr, sabes bien que atrás aparecerá un niño. Si ves humo salir por la chimenea, sabes que el fogón está prendido y hay una buena mujer echando tortillas al comal. Si hueles un aroma refrescante, aroma seco como el de Chanel número 5, atrás viene una mujer atractiva, simpática, glamorosa y muy guapa.

Si ves en la banqueta una mecedora sola, sabes bien que pronto aparecerá un hombre o mujer sabia, paciente, pensante, reflexiva, tranquila y trascendente. Esas cualidades tienen las personas que se mecen sin apuros en una poltrona.

No aguanté la tentación y me senté en la banqueta de enfrente a esperar la salida de la persona que ocuparía esa tarde la mecedora solitaria. No perdía de vista la puerta cerrada, la puerta en color verde caribeño que escondía atrás el secreto de quién poseía la mecedora que tanto me inquietaba. No tenía yo mucho tiempo, sin embargo bajé imaginariamente la cortina de las obligaciones y decidí esperar.

De pronto la puerta verde se abrió lentamente, casi haciéndola de emoción... y ahí apareció ella. Era bellísima, espigada, muy delgada, con su cabello nítidamente recogido, un discreto lunar junto a la boca, sus manos alargadas, su cuello erguido y largo, el color de su piel blanco, su vestido en bolitas claras sobre fondo azul marino. Se sentó en la mecedora y tomó un ligero vuelo que seguro acompañaba rítmicamente sus pensamientos.

Aguanté hasta donde pude y me levanté, acercándome lentamente hasta ella. Tenía su vista en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Me acerqué más, caminando en dirección directa a ella. Ni se inmutaba, como si yo no existiera, como si yo no hiciera ruido, como si yo fuera invisible.

Entre más me acercaba y menos ella percibía mi presencia, más hermosa me parecía. Pude verle de cerca su cara y también sus manos aferradas a los brazos de la mecedora. Su mirada era transparente, cristalizada, diría. Su respiración, pausada y silenciosa. Su presencia inmensa llenaba aquel espacio enorme que había entre la banqueta y el cielo.

Por fin me decidí y la saludé: "Hola", es todo lo que se me ocurrió decir. Después, haciendo gala de mi pobre imaginación continué di-

ciendo: "Me llamo Nacho". Fue entonces que aquella mirada transparente se clavó en mi abultada figura y me dio la confianza para entablar diálogo. Qué feliz me hizo esta mujer.

Me di cuenta de que era una dama sin edad, aunque ella sostiene que va con el siglo. A la mejor su cara lo atestigua, una arruga sobre la otra; sus bellas manos hablan de su sabiduría, su color blanco salpicado con esas pecas que sólo da el camino andado.

Cualquiera diría que era una vieja, yo sostengo que era una mujer increíble, ya te lo dije muchas veces, bellísima.

Atrabancadamente me convertí en una máquina de hacer preguntas. Lo clásico, cuando nació, el origen del pueblo, si conoció a Pancho Villa, la Revolución, los cristeros, el primer ferrocarril, las costumbres... me miraba como diciendo: "Pobre hombre, qué pocas cosas le interesan, el pasado, la historia, lo curioso, lo simpático, lo increíble. Pobre hombre", pensaría. Aguantó pacientemente mi embestida de preguntas.

En seguida me dijo: "Hijo (imagínate su edad para que a mí me diga hijo), eso es pasado, ya se fue, son recuerdos. ¿Por qué mejor no hablamos del hoy, del presente y de lo que haremos hoy para el mañana?".

"Escucha" me dijo, y ya pasaban de las seis de la tarde y empezaba a caer el cobijo de la oscuridad, "escucha, piensa que hoy es un día único, irrepetible, un día que jamás volverá. El hoy jamás regresa. No lo dejes ir queriendo saber cosas que ya fueron. Siéntate, piensa, reflexiona sobre la maravilla que es este día y lo maravilloso que será el de mañana. Piensa hoy lo que quieras ser y si de veras lo quieras, lo lograrás. Hoy es un día nuevo, diferente, único, aprovechalo. Diseña tu vida de hoy y la de mañana si acaso, no la que ya fue. Vive cada instante con mayúsculas, disfruta el segundo y el minuto, que las horas se gozan solas. La vida se hace de minutos bien vividos, bien aprovechados, exprimidos".

"Piensa", me repitió otra vez y fue lo último que me dijo aquella vieja y bella mujer, "el hoy jamás regresa, vívelo, vívelo como si fuera tu último día, disfrútalo, llénalo, no dejes ni un momentito vacío".

Abrió el costalito de manta que tenía junto a la mano y sacó unas semillitas que empezó a pelar entre sus dientes.

Me levanté y caminé lentamente en aquella calle empedrada que sólo medía tres cuadras. Era tan lento mi paso que el camino pareció kilométrico. "Hoy es un día único, irrepetible, el hoy jamás volverá".

Las hadas andan sueltas.

Hace setenta y cuatro años

Vallarta no se hizo de la noche a la mañana. Desde que don Guadalupe Sánchez decidió fundar las peñas hasta la fecha, han pasado muchos hombres y mujeres que con su quehacer diario han ayudado a poner a nuestra ciudad —el destino turístico que conocemos— en el lugar prominente que todos disfrutamos.

En el campo educativo hasta tenemos varias universidades, como el Centro Universitario de la Costa (cuc) y los muchachos, los jóvenes vallartenses no necesitan buscar fuera una institución dónde forjar sus sueños de aprendizaje y de preparación profesional.

Escuelas privadas con avanzados sistemas de enseñanza, a nivel preescolar, primaria, secundaria y preparatoria, escuelas bilingües y trilingües dirigidas por especialistas y estudiosos de los modernos métodos de enseñanza. Escuelas abiertas para los que no puedan asistir a las aulas, cátedras por satélite, cursos por internet... tanta metodología moderna en la enseñanza.

Las escuelas públicas hoy están muy bien estructuradas. Ya no son sólo la 20 de Noviembre y la Teresa Barba, ahora hay decenas de instituciones escolares repartidas por todo el municipio y operando a la máxima capacidad.

Eso es hoy, pero ¿cómo sería hace setenta y cuatro años? ¿Cómo serían las escuelas? ¿Cómo trabajarían los maestros? ¿Cómo se trasladarían los educadores de un lugar a otro, caminando o a caballo? ¿Con qué elementos materiales educaban? Vale la pena que quienes disfrutamos el presente nos hagamos estas preguntas.

En campos como la medicina, por ejemplo, en Vallarta hoy contamos con tres o cuatro hospitales de primer mundo, además de los hospitales de atención social, todo tipo de laboratorios, centros de especialidades médicas, hasta modernísimas clínicas de cirugía plástica, estética y reconstructiva, aparte de centros de belleza, *spas*, gimnasios, centros

de rehabilitación. Pero, ¿te has puesto a pensar cómo se curaban los vallartenses hace 74 años? ¿Dónde se atendían? ¿Quién los trataba y los sanaba? Igual, ¿cómo se trasladaba el doctor para llegar a sus pacientes? ¿De dónde sacaban los medicamentos? ¿Con qué instrumental se intervenía? ¿Cuáles eran las facilidades hospitalarias?

Hace 74 años corría el año de 1931... ¿Hoteles? ¿Restaurantes? ¿Tortillerías? ¿Tiendas de alimentos? ¿Farmacias? ¿Tiendas de ropa? ¿Papelería y útiles escolares? ¿Policía y seguridad pública? ¿Diversiones? ¿Teatro? ¿Cine? ¿Centros deportivos? ¿Transportes? ¿Comunicaciones? ¿Correo?

Ciertamente, han pasado muchas cosas desde 1931 hasta el año 2005. Apenas hace 50 años que llegó Mexicana de Aviación a comunicar por aire a Puerto Vallarta con el resto del mundo. ¿Y antes qué? ¿Y mucho antes qué? ¿Cómo era la vida de todos los días? ¿Abastecimientos? ¿Corrientes culturales? ¿Y la conexión con México y el mundo?

Hombres y mujeres

Muchos hombres y mujeres vallartenses lucharon con medios muy precarios para que tú y yo hoy levantemos un teléfono y nos comuniquemos a cualquier parte del mundo, lleguemos a la casa y nos demos un baño de agua tibia, nos traslademos en coche por calles pavimentadas, demos vuelta al apagador y se encienda la luz, oprimamos un botón y aparezca nuestro programa favorito por televisión satelital, acudamos a nuestro doctor favorito si tenemos un dolor, vayamos a la farmacia si nos duele la cabeza, una de las muchas farmacias de la ciudad. Cines, dentistas, aeropuerto (aunque muy deficiente), lanchas para pescar, paseos, *pizzas* a domicilio, salones de fiestas, taquerías hasta en las calles, bebidas por litros para llevar y tomar en el malecón, conciertos de Juan Gabriel... comodidades, gustos, trabajos con buenos sueldos, servicios, seguridad social, bienestar, salud, nivel de vida aceptable, escuelas de todo tipo... tantas cosas que hoy disfrutamos en Vallarta: cruceros, paseos en barco, turismo de aventura, campos de golf, grandes supermercados, modernas tiendas departamentales.

Hombres y mujeres entusiasmados por crear, por hacer, por mejorar, por compartir, por formar, por establecer un buen lugar donde vivir frente a las playas y junto a los ríos y los arroyos, hombres que su-

frieron las inclemencias del tiempo, las incomodidades del transporte, las dificultades de la construcción, las carencias en los abastecimientos. Hombres y mujeres que no flaquearon, que no dudaron, sino que, con fuerza, con convencimiento, con entrega trabajaron frente a las dificultades y nos regalaron el Vallarta del presente.

Hombres y mujeres que sudaron la gota gorda por heredarnos un bellísimo lugar, una montaña verde, unos campos llenos de palmeras y aguacates, un mar limpio, con ostiones, con peces, con langostas; tantas cosas, que hasta nos heredaron fuentes de trabajo, riqueza, bienestar, oportunidades, diversión y entretenimiento.

Hoy día que tú y yo disfrutamos felices en Puerto Vallarta, te pregunto en voz baja: ¿no sería bueno voltear un poco la mirada hacia atrás y preguntarnos quiénes fueron los que nos ayudaron a llegar a donde estamos? ¿Quiénes fueron esos hombres y mujeres que entregaron su trabajo, su salud y, en algunos casos, hasta su vida por legarnos lo que hoy es nuestro, la ciudad de Puerto Vallarta?

Hace 74 años

Una jovencita empezó a enseñar a los niños de Vallarta a contar, a sumar, a leer, a escribir y a vivir socialmente. La escuela podía ser cualquier lugar, los llanos, las palapas, la sombra de una parota o, con suerte, una rústica aula sin pizarrón ni mesa-bancos. La maestra Chonita, como todos le llamamos, Ascención Ávalos Haro, inició su carrera de profesora de escuela formando a los vallartenses, instruyéndolos y educándolos, con lo que empezó a forjar el Vallarta del futuro... Hace ya 74 años. Hoy todavía sigue enseñando, dando clases sin ningún cansancio, con lucidez total, con esa categoría que da el deber cumplido.

Homenaje

Quizá no llegue a tanto. Llamémosle reconocimiento, o simplemente un acto de gratitud, los vallartenses, los alumnos de Chonita, y los que no lo fuimos, nos juntaremos alrededor de la maestra para abrazarla y decirle: "Muchas gracias". Me saboreo en escuchar en ese día tantas anécdotas, tantas situaciones que hoy nos parecerán fantásticas. Me

saboreo de preguntarle cómo era su trabajo hace 74 años. La verdad, es un buen momento para ser agradecidos. No solamente los que fueron sus alumnos, sino que todos los vallartenses que disfrutamos el Vallarta de hoy deberíamos acercarnos a Chonita ese día y darle un buen apapacho. No importa si eres de Tepic, de Mazatlán o de Hermosillo, hoy todos disfrutamos lo que Chonita y muchos otros hombres y mujeres vallartenses nos han dado; a ellos les debemos mucho de lo que tenemos en lo individual y colectivo.

Dice mi amigo y consejero Champoleón que quien agradece se engrandece. Vale la pena tomar la figura de la maestra Chonita y todas sus virtudes para, a través de ella, agradecer a todos esos hombres y mujeres vallartenses por su maravillosa herencia, por forjar este lugar, este paraíso donde hoy vivimos felices. Nobleza obliga.

La universidad hace cultura

Guadalajara, Jalisco, 7 de febrero de 2005, ocho y media de la noche. Ríos de gente caminaban apresuradamente, corrían casi sobre ambas aceras de la gran avenida 16 de Septiembre. La cara de todos, hombres, mujeres, jóvenes, muchos jóvenes y niños, las caras delataban expectación, ganas, alegría, pero también tensión, apuro, urgencia. Hacía frío, luego todos llevaban abrigos elegantes, chamarras de piel, suéteres gruesos con cuello de tortuga, mezclillas. Había de todo, desde la esbelta güerita de pelo lacio con rayos luminosos ataviada elegantemente en negro, hasta el joven aquel vestido un tanto a la usanza *hippie* de los años setenta en San Francisco. Eso sí, todos corrían hacia la misma dirección y sus movimientos y nerviosismo delataban que se apuraban para encontrar el mismo objetivo.

En la cuenca de la calle dos largas filas de coches, con bastante orden, avanzaban lentamente, pero sin pausas, en dirección a un letrero que decía “Valet Parking”. Eso también se adivinaba: los de a pie y los de coche buscaban el mismo lugar.

Esos ríos de gente y de coches cargados de gente eran algunos de los más de 30,000 que habían comprado boleto para ingresar al nuevo teatro Diana de Guadalajara y disfrutar del enorme espectáculo “The lord of the dance”. Qué impresión entrar a un recinto cultural de esa calidad. Por muchos que fuéramos, las filas ni se sentían: los que reciben los boletos (iguales a los de Nueva York), los informantes, los acomodadores, los *ushers*, todos sabían bien su trabajo. A la entrada, en el *lobby*, a distancia prudente, el hombre que hizo posible la apertura de este magnífico recinto cultural, el mismo que diseñó la Muestra de Cine Mexicano hace ya 19 años y hace 8 que la heredó también Puerto Vallarta, el mismo que creo la FIL, la Feria Internacional del Libro y la ha puesto justo ahí, con marca y etiqueta de internacional, desde ahí, dije

a prudente distancia, se aseguraba que el funcionamiento del “sueño” fuera correcto. Ahí estaba Raúl Padilla.

El espectáculo fue inmejorable. Música, danza, efectos especiales, iluminación, sonido, todo de primera calidad; el teatro, moderno, funcional, operativo, bien diseñado. Las tandas de butacas en luneta, gradería, galería y palcos, impecables, listas para acomodar a más de 2,500 espectadores deseosos de disfrutar un espectáculo puesto en escena en las principales ciudades del mundo y ahora en Guadalajara con el mismo éxito. Al terminar el espectáculo te explicas por qué más de 50 millones de personas han asistido a los diferentes escenarios donde se presentan.

“Me duelen las manos de aplaudir”, me comenta mi acompañante de diez años, mi nieta, quien junto con otros 2,499 espectadores aplaudió a rabiar la actuación de este grupo excepcional de bailarines. Confieso que todavía tengo en mi memoria y ojalá no se me borre pronto, la figura de esas muchachas bailarinas, delgaditas, espigadas, embarradas con una faldita que, al desplazarse de un lado al otro, tomaba formas inimaginables. El vigor de los muchachos, la fuerza, el garbo y la increíble destreza para zapatear y guardar el ritmo también lo llevo grabado en mi memoria; cierto estoy de que guardaré por más tiempo las figuras angelicales de esas criaturas de sexo femenino que iban de un lado al otro del foro, casi suspendidas en el aire.

La Universidad y la cultura

Qué bien lo hace la Universidad con este apoyo a los eventos de cultura en sus diferentes manifestaciones. Qué bien hace la Universidad en invertir en cultura, en eventos bien seleccionados que aportan a la comunidad estudiantil y a la comunidad ciudadana los beneficios de alimentar el espíritu, de enriquecer el aprecio por lo bello, de cultivar las dotes profundas que sólo los humanos disfrutamos. Qué bien que se hagan estos teatros, estos centros culturales, recintos donde se exhiba el talento de los artistas y sea apreciado por los espectadores. La formación cultural es la única manera de tener alumnos y luego profesionistas con una formación integral, completa, donde se establezcan las ligas y las uniones entre la técnica y la ciencia con las capacidades de hombres y mujeres en la búsqueda de ser, de la felicidad, del gozo interior, del

disfrute de la sensibilidad y la vivencia integral de la inteligencia y los conocimientos. Los valores culturales no los sustituye ni el dinero, ni el éxito, ni la fama, ni el poder, ellos están muy por encima.

Es la Universidad, por vocación natural, por su carácter de universal, la que promueve en la comunidad, a través de la cultura, generaciones de hombres y mujeres talentosos y con capacidad de admirar el arte y a los artistas que sin espectadores concientes y preparados no tendrían razón de ser.

Artistas y espectadores forman el círculo de la cultura y eso necesita espacios y promotores; espacios dignos, amplios, accesibles y promotores que conozcan, que seleccionen, que se atrevan y que operen eficientemente. Esto es lo que yo viví el pasado lunes por la noche.

En Vallarta

¿En qué quedó el proyecto del Centro Cultural que propuso la Universidad en los terrenos del Estero del Salado? La verdad, nos hace tanta falta. Dejo la pregunta para que la conteste quien tenga en sus manos la respuesta o, más bien, voluntad política para lograrlo.

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme

Ayer recibí un precioso regalo: mi nuera puso en mis manos la edición especial del IV Centenario de *Don Quijote de La Mancha*, sin duda la primera novela universal y, junto con la Biblia, quizá el libro más leído de todos los tiempos. *El Quijote* es la obra maestra de Cervantes y una de las más admirables creaciones del espíritu humano, una joya de la literatura castellana que ha sabido conquistar al mundo entero. Esta edición conmemorativa es preciosa, empastada en blanco y con una impresión impecable ¡qué regalo!

El Quijote, en su primera parte, fue impreso a principios de 1605, quizás por estos meses, no lo sé de cierto, pero desde hoy podemos celebrar su 400 cumpleaños. Fresca todavía la tinta de la impresión, salieron para América cientos de ejemplares de la novela, hoy tan famosa: a bordo del “Espíritu Santo” viajaron a México y de ahí a Cartagena de Indias unos sesenta bultos con libros. *El Quijote*, pues, nunca fue extraño en nuestras tierras, al contrario, con unos cuantos bultos que se perdieron *El Quijote* empezó a cabalgar en América y así su andadura por el nuevo continente.

Don Quijote de La Mancha

Un hidalgo en los 50 años de edad, enfundado, casi embutido como salchicha en una armadura vieja y mal armada, con un cuerpo flaco, esquelético como el de su caballo y acompañado siempre por un campesino regordete y basto montado en un asno, en un burro, pues, haciendo las veces de escudero. Ambos recorren esas llanuras de La Mancha, secas y devastadas en invierno y cándentes, muy calientes y ásperas en

el verano, en busca de aventuras, alentadas por ese espíritu de caballero andante que se había imbuido en el Quijote, dispuesto siempre a defender a los débiles, proteger a las mujeres, hacer justicia, imperar el bien y proteger a aquel, quien sea, que lo necesite.

Dos personajes maravillosos que encarnan los dos tipos del alma española: el idealista y soñador, que se olvida de todo lo material, hasta de las necesidades más urgentes, para correr en pos de inaccesibles quimeras; y el otro, el práctico, con los pies en la tierra y el gusto en la panza. Dos personajes cuyas figuras hoy en día tienen gran significación y presencia.

La ficción en *El Quijote*

La ficción es un elemento central en la novela. Ese caballero “desquiciado”, loco según muchos, aunque en esa locura no habría que verse una manifestación clínica, sino una alegoría, una fantasía creada por los libros de caballerías, de personajes fantásticos dispuestos a todo por hacer el bien y establecer la justicia. Al mismo Sancho Panza, a quien en los primeros capítulos se nos presenta como un ser de la tierra, materialista y pragmático a más no poder, lo veremos en la segunda parte sucumbiendo también ante los encantos de la fantasía y la ilusión.

La libertad

Al mismo tiempo que una novela sobre la ficción, *El Quijote* es un canto a la libertad. Me gustaría detenerme un momento a reflexionar sobre aquella frase famosa de Don Quijote dirigiéndose a Sancho Panza: “La libertad, Sancho, es uno de los máspreciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”. Más allá de la ficción de Don Quijote, con esta frase se puede asomar la silueta del propio autor de la novela, Miguel de Cervantes, que bien sabía de lo que hablaba, sobre todo si nos referimos a los años, casi cinco, que pasó cautivo en la

cárcel por diferentes deudas y acusaciones y sus otras tres incursiones a la cárcel.

La idea de la libertad que hace Don Quijote es la misma de toda Europa en el siglo XVIII por los famosos liberales, que decían: "La libertad es la soberanía de un individuo para decidir su vida sin presiones ni condicionamientos, solamente en función de su pensar y de su querer". En estas comparaciones sobre temas fundamentales y centrales de la novela se pueden ir apreciando vestigios de la actualidad que, después de 400 años, sigue teniendo *El Quijote*.

El Quijote no cree que la justicia y el orden social sean funciones de la autoridad, sino sobre todo obra de los individuos, refiriéndose a los caballeros andantes que se han echado sobre los hombros la tarea de hacer más libre, menos injusto y más próspero el mundo en que viven.

El caballero andante es aquel que por su propia voluntad y motivado por una vocación generosa se lanza por los caminos para buscar remedio a todo lo que anda mal en el planeta. La autoridad, cuando aparece, en vez de facilitarle la tarea se la dificulta. Aparece aquí, para nuestros tiempos, el valor de la fuerza ciudadana, los ciudadanos en acción.

Los modernos Quijotes

A mí en lo personal, me gusta mucho la figura del Quijote. Aquí justamente, en mi balcón, tengo al menos tres esculturas, una del Quijote reflexivo, pensante, meditabundo, seguramente enfrascado en el análisis de sus ideales, reflexionando sobre el bien y el mal, penetrando en los conceptos fundamentales de la injusticia, de la libertad y del orden; al lado, otra escultura en madera del Quijote altivo, erguido sobre la punta de sus pies, orgulloso de su armadura y de su lanza, satisfecho de sus dos acompañantes, su inseparable Sancho y el flacucho caballo que lo sostenía en todas sus luchas; tengo una tercera escultura del Quijote, el Quijote en acción, el valeroso, en plena batalla, con el escudo levantado en la mano izquierda y la lanza en posición decidida en la mano derecha; en las tres esculturas su rostro es el mismo, el clásico Quijote que tú y yo conocemos.

Así como disfruto la figura de las esculturas, admiro tanto la figura de tantos Quijotes de cuerpo y alma, hombres de carne y hueso, de

este siglo, de este año 2005 que, como aquel de 1605, hoy luchan por las causas que todo hombre valiente debería defender. Aquí mismo, en Puerto Vallarta, veo algunos Quijotes luchar contra molinos de viento, insensibles, insensatos, que representan la falta de interés hacia lo comunitario, hacia la prosperidad del pueblo, hacia la visión de un Puerto Vallarta mejor visto al futuro.

Mi gran respeto por todos aquellos hombres y mujeres que siguen pensando que podemos luchar por el bien que la gran mayoría detesta, por lograr la justicia, por preservar las causas nobles, por guardar la armonía del hombre y la naturaleza.

Festejemos *El Quijote*

Me gustaría pensar en un homenaje a Miguel de Cervantes y a su gran novela aquí, en Puerto Vallarta. Me gustaría convidar a Dante Medina y a Pepe Brú a que analizaran frente a todos nosotros la importancia, la trascendencia de esta novela en la literatura castellana y en la literatura universal. Tengo la impresión de que *Don Quijote de La Mancha* sigue siendo actual, sigue siendo un libro para estos tiempos, sigue teniendo valores intrínsecos, no solamente literarios, sino vivenciales. Qué bien se sentirá Don Miguel de Cervantes si aquí, en este pequeño rincón del planeta donde se encuentra una de las bahías más grandes y bellas del mundo, nos sentáramos una tarde, 400 años después, a recordar la figura de este ingenioso hidalgo de la región de La Mancha. Es una promesa, Don Miguel.

Los artistas

Cambio de tema para reflexionar sobre una artista que recién conocí, un pincel diestro, que crea luminosidades insospechadas, que capta a veces las cosas de todos los días, la fruta, los floreros y las flores, las naturalezas vivas y muertas, y que a veces capta lo no visible, lo abstracto, lo místico, lo fantasioso, lo que sólo ve la imaginación. Está su obra en la galería Gradita: visítala para que disfrutes de una pintura singular, salida de una artista con el alma fresca, el rostro amable y que desborda ganas de vivir y de hacer arte. ¡Enhorabuena!

De sorpresa en sorpresa

Todo el borlote en México es que empezó la Semana Santa junto con la primavera y al llegar a este pueblo de ensueño me encuentro con las mismas sorpresas, ya anunciadas ante la vista gorda de las autoridades y la complacencia de la ciudadanía. En este año récord, *boom*, espectacular, según las autoridades de Turismo y para los medios de comunicación, las sorpresas son las mismas: a) el aeropuerto es insuficiente y súper mal organizado; b) no hay maleteros; c) subió el precio del estacionamiento en más de 50 por ciento; d) también subieron las tarifas de los taxis del aeropuerto, ya que hoy vale 132 pesos ir del aeropuerto a la Marina; e) ya hay gas neón y anuncios luminosos desde el aeropuerto hasta el malecón (McDonald's ya entró a la moda del gas neón); f) los ambulantes del Parque Hidalgo se relocalizaron enfrente del mismo parque y también al principio del malecón; g) ya no es sólo Venetian, ahora se inicia la construcción de otro gigante (30 pisos) al lado del río Pitillal (pobre río) y ya con todos los permisos; h) las colas de automóviles, como la temporada (según las autoridades) llegarán al récord de Guinness; i) los *table dance* ya tienen permiso para letreros luminosos en su exterior; j) llegó el riquísimo KFC con un mamotreto de edificio que quien lo autorizó ha de vivir en Miami; k) la basura y los vasos desechables tapan las banquetas; l) ya no hay espacio para más camiones de turistas; m) los supermercados están llenos de turistas (otro récord que deben pregonar las autoridades de turismo); n) los changarros, las súper cervecerías y los litros tienen autorización para vender de todo y a todas horas; o) el malecón es la cantina más grande del mundo (ahora que a los de Turismo les gusta lo del *boom* y los récords); p) los noticieros de Guadalajara “promueven” nuestro destino como lleno de “calor y sexo” y todas las escenas que se ven en la pantalla muestran los pleitos en el Malecón, a los chavos orinando en las esquinas, tirando los vasos desechables y las *springbreakers* destapándose todo, los antros y las

taquerías a reventar... ése es el precio del tan anunciado a ocho columnas y pregonado en toda ocasión por los mandamases municipales y estatales, lo que ahora llamamos “el gran *boom* de Puerto Vallarta”.

Lo que no es sorpresa

Puerto Vallarta aguanta todo, resiste lo que venga. Es tanto lo bonito que nos rodea que nada podrá acabar con este maravilloso pueblo. Sería mucho mejor, sin embargo, sacar la cabeza de aveSTRUZ de la tierra y con valentía y decisión empezar a atacar todas las enfermedades y planear un futuro mejor para las generaciones futuras... y que al abrir la boca para hacer declaraciones o emitir un boletín de prensa estén conscientes de lo que dicen, porque las malas informaciones o la falta de análisis profundo de los hechos son tan malas en sus consecuencias como las verdades a medias o, mejor dicho, como las mentiras absolutas.

Reconocimiento a un amigo

Evento de gran altura tendremos los vallartenses este próximo lunes 25 a las 20:15 horas. La razón, un evento que nace por ese auténtico deseo de las personas de saberse dirigir a otras para decirles “Muchas gracias”, esa virtud humana de saber reconocer en otro sus valores y sus realizaciones, esa necesidad que a veces sentimos de, en tiempo y en precisión, dirigirnos a otros para expresarles nuestra admiración, nuestro agradecimiento y nuestro aprecio.

Es el caso de este evento, que le reconoce a un amigo de Vallarta toda una vida dedicada a la academia, a la investigación, a la publicación de ensayos y libros enriqueciendo a la región y a sus habitantes con sus conocimientos. El 25 en la noche los vallartenses, todos los asistentes al acto que se celebrará en el Salón Vallarta del Fiesta Americana nos dirigiremos a José María Murià, al doctor en Historia, al miembro del Sistema Nacional de Investigadores, al académico, al ciudadano probo, al presidente de El Colegio de Jalisco por trece años, al escritor, al periodista, al hombre altruista interesado en la problemática de la sociedad jalisciense y vallartense, al hombre común y corriente, al máximo conocedor del tequila y además buen consumidor, al amigo, sobre todo al amigo le estaremos esa noche reconociendo no sólo su dedicación sino también sus logros y su buena intención.

Conocer a Murià para mí ha sido un privilegio; el haber estado cerca de él es una suerte. Conozco de cerca a Murià, con sus fuerzas y debilidades, con sus grandes cualidades y sus escasas limitaciones y pude, solamente, con justicia decir que es un hombre y un ciudadano sobresaliente. Admiro su autenticidad, aceptando que a veces le produce problemas; valoro en lo que vale su honestidad intelectual; reconozco su capacidad por luchar en defensa de lo que piensa y de sus ideales. Un hombre que actúa con esta firma es un hombre que merece reconocimiento, aunque también, y lo acepto, es un hombre que no es monedita

de oro. Solamente los que no hacen nada, solamente los que flotan en el ambiente, solamente los que no toman partido, solamente los que no emprenden grandes tareas, solamente ellos pasan sin problemas ante el juicio de los demás. Murià ha tomado el camino contrario, el camino difícil, el camino de iniciar, de emprender, de luchar, de defender, de tomar posición, de definirse y también el camino de llegar hasta el final, por lo que puede ser criticado, pero es por eso justamente que debe ser reconocido. Es un hombre que no se conforma, que en sus trabajos busca la perfección y a quien le incomodan mucho las cosas a medias, las cosas malhechas, lo que pudo ser y no lo fue por falta de trabajo, por falta de decisión o simplemente por falta de dedicación y tiempo.

En mi opinión, es un hombre que ha sembrado a veces en terreno no tan fértil y sin embargo siempre ha llegado a cosechar. El trabajo compensa las dificultades, la rectitud de intención y la honestidad vencen a las controversias, la perseverancia tiene más fuerza que las carencias.

Un amigo de Vallarta. A muchos nos consta el interés que ha puesto en establecer El Colegio de Jalisco en nuestra ciudad, yo diría contra viento y marea, y lo logró. El único propósito de ese interés era dar a nuestra ciudad la posibilidad de acercarse a un instituto serio de investigación y de estudio y también la posibilidad cierta de capacitar académicamente a ciudadanos que de otra manera no podrían lograrlo; de acercar investigadores que conscientemente penetraran en los problemas y en las soluciones de nuestra ciudad. En lo personal y fuera de El Colegio de Jalisco, siempre ha estado presto a participar y a colaborar en los asuntos pequeños y en los de gran trascendencia, con una gran disposición. Todo Puerto Vallarta está invitado a este homenaje.

Para darle contenido a este evento, nada mejor que la participación de la única mujer que ha sido secretaria de Relaciones Exteriores de México y la única mexicana que ha escalado posiciones internacionales, tal como lo hizo Rosario Green al llegar a ser subsecretaria General de las Naciones Unidas.

Reconocimientos anteriores

No es la primera vez que el doctor José María Murià ha sido reconocido. A los toreros se les hace un homenaje con una corrida monumental, a los futbolistas en un encuentro deportivo de gran envergadura, a

los artistas con un extraordinario festival conmemorativo, a los historiadores y a los intelectuales con la publicación de libros que contengan profundos trabajos de investigación. Éste ha sido el caso de Murià. Dos libros, uno titulado *Porfía y autenticidad*, presentado en el Paraninfo de la Universidad, y otro titulado *Ensayos en homenaje a José María Murià*, ambos escritos por reconocidos especialistas en las diferentes materias, ambos escritos para homenajear a Murià. Aquí en Puerto Vallarta el homenaje será a través de la magistral conferencia de la señora Green, pero también será con la sencillez y el calor que producen los amigos, los amigos vallartenses de Murià que esa noche le diremos “Muchas gracias por todo lo que has hecho”.

Si los árboles pudieran defenderse

La luna está en fase menguante, va perdiendo la fuerza y la luminosidad que tuvo hace días. Su figura es lánguida y desgarbada, como que muestra en su forma jirones de pena. La luna no está solo en menguante, está triste, sobre todo está muy triste.

Guardé silencio mientras la miraba anoche, ya tarde, a deshoras, para encontrar en ella mensajes que favorecieran al amor, a la tranquilidad, al sosiego del alma. Se empezaron a escuchar en el silencio algunos lamentos desvanecidos, agucé el sentido y traté de escuchar, los oía, pero quería escucharlos, me parecieron lamentos y llanto, el ambiente se humedeció con olor a lágrimas, a lágrimas frescas, recién derramadas, que venían primero de allá y luego de acá. Escuché más claro, primero las que venían del norte, del otro lado del río Ameca o quizás sólo desde el aeropuerto. Volteé mi mirada hacia el centro, hacia la corona de la Guadalupana y también miré primero los rostros de tristeza, escuché los llantos, los gritos desesperados, los lamentos como de quien ha sido atacado vilmente, mutilado o asesinado con alevosía y mucha saña. Chocaron los gritos del norte con los del sur aquí, frente a mis narices, en este campo de batalla que luce bello con una montaña atrás, todavía con algo de selva y un mar enfrente, todavía con algunas ballenas, delfines y mantarrayas.

Es el dolor de los más de cien árboles que hoy fueron asesinados en la región, es la protesta, es la desesperación, es el coraje y al último la tristeza de todas estas plantas que tardan diez, veinte, cincuenta y hasta cien años en crecer para que hoy una banda de desgraciados, de asesinos sin conciencia, de malditos con machetes, con sierras de banda y hasta con *bulldozers*, a sangre fría, los ataquen, les sequen la sabia que es su sangre, los corten en pedacitos y los escondan por ahí o los entierren para que nadie los vea, igual que quien asesina a otro.

Y allá, en las oficinas refugiados, tomando café y charlando tranquilamente, los que ordenan los magnicidios, los que pagan por tirar árboles, los que contratan a los profesionales asesinos de árboles, asesinos de vida, asesinos del planeta. Y allá en otras oficinas, no tan refrigeradas, ni tan bien decoradas, sentados en un escritorio, con una torta de queso de puerco guardada en el cajón, los que autorizan, los que legalizan el crimen, los que justifican los desmanes, los que, desde el pequeño trono que les da el ser autoridad, permiten, a cambio de no sé qué, que se asesinen diariamente más de cien arbolitos que antes daban flores, daban lluvias, daban oxígeno, daban años de salud a sus vecinos, daban equilibrio a la vida de todos. Y allá, en no sé dónde, en la calle, en las oficinas de gobierno y quizá hasta en las cantinas a las doce del día, los que debían inspeccionar, los que debían sancionar mejor, los que debían prevenir y salvar la integridad y la vida de todos y que, sin embargo, se hacen sordos y ciegos ante lo que no quieren ver y escuchar, porque su interés está en otro lado y en otra cosa.

Un día, muy pronto, será tan fuerte la protesta y el llanto de la naturaleza que hasta los insensibles de estos cuatro niveles de asesinos de la tierra, los que ordenan y pagan, los que ejecutan, los que dan licencias y los inspectores que no inspeccionan, lo escucharán y pagarán enloquecidos, sufriendo la sed que da la sequía, la soledad que da la muerte y la miseria que llega cuando se acaban los recursos naturales... quizá no vivan para escuchar los llantos, pero sus hijos o los hijos de sus hijos, pobres, sin merecerlo, sin culpa alguna, pagarán las consecuencias.

Ayer presencié la lenta mutilación de un hermoso árbol: primero un brazo, luego otro y uno tras uno aquel erguido caballero de elegante vestimenta verde fue cayendo al suelo, sin poderse defender, lentamente, con saña, caía un pedazo y el siguiente esperaba el tiempo suficiente para que el gladiador contrario afilara el machete. Fue en el estacionamiento de Plaza Caracol. Traté de evitar la masacre, pero no pude. “Tengo órdenes y me pagan”, me dijo primero; después le salieron sus buenos sentimientos a aquel enorme muchacho de más de cien kilos de peso y un gigantesco machete en la mano y dijo: “Ya no nos va a quedar nada, nos vamos a tener que ir al cerro, nos’ tamos acabando todo... ¿pero qué quiere que haga? Me ordenaron tirar toda esta hilera”.

La tala en la segunda entrada a Nuevo Vallarta es un verdadero desastre. Qué cosa más horrible, qué manifestación de poder obtuso y sinvergüenza. Qué tragedia que nadie pueda parar ese atropello, or-

denado no sé por quien, pero consentido por todos. Tan bonito ingreso que pudieron hacer, ampliando la calle y dejando unas hileras preciosas de vegetación vieja. El mejor adorno de una calle es la vegetación que la rodea. Entrar a un sitio, a un destino por una gran vía custodiada por enormes árboles en fila india y, entre medio, con bambúes y selva, es para presumir a cualquiera.

Son tan valientes

Los árboles son tan valientes que no lloran aunque les parece duro, muy duro, sentir que sirven para tanto y a pesar de eso los golpean, los atropellan, los destruyen. Tú y yo y tu familia, hagámonos amigos de los árboles, defendámoslos y ellos sabrán responder y en reciprocidad nos darán de beber, de respirar aire puro y nos deleitarán a la vista, al olfato y al tacto... hagámoslo por nosotros y por las generaciones que vienen.

Hoy tenemos las palabras... mañana quien sabe.

Las delicias del verano

No se necesita saber que el próximo 21 de junio, solsticio de verano, es oficialmente el inicio de esta estación del año que tanto me gusta. Basta sentir, bajo el sol radiante, la caricia encantadora del calorcito sabroso, para saber que estamos cambiando de tiempo. Automáticamente te nace el deseo de beber más agua y mitigar la sed; las ganas de cambiar de ropa, dejar los colores oscuros y llegarle al blanco, sacar los trapos de manta, agrandar los escotes en el caso de las mujeres y rescatar los vestidos de tirantitos.

Al verano, aunque muchas veces nos quejemos del excesivo calor, hay que recibirlo con gusto, casi con entusiasmo, porque nos llega acompañado de cosas lindas y muy disfrutables.

Para empezar, llega con el Día de San Juan y con él, la temporada de lluvias, las palmeras y toda la vegetación recibe los primeros beneficios del agua, del duchazo que les regala la naturaleza; aparecen otros verdes, muchos tonos de verde hasta ahora escondidos por la capa de polvo que las cubre, y con ello el ambiente se hace más transparente, la luz del día es nítida y translúcida, la ciudad se limpia.

La lluvia arranca la sed de las parcelas: los terrenos resecos, inservibles, se convierten en útiles, fértiles, listos para recibir la semilla y procrear el fruto. Los agricultores pronto iniciarán su día por la mañana, volteando hacia el cielo y prediciendo la hora en que las gotas de vida se encuentren con la tierra.

La lluvia es una de las grandes delicias que nos llegan con el verano. Los arroyos secos se humedecen y al rato crecen fuerte, juntando el agua y entregándosela a los ríos para que la conduzcan hasta allá para beneficio de todos. El río Ameca, el Pitillal, Los Orcones y todos los de la región se llenarán del vital elemento, produciendo bienestar en la comarca.

Pero voy a dejar a un lado la naturaleza y voy a cambiar de tono.

Los placeres del verano

Es temporada de frutas, de sabores, de jugos y sobre todo de colores. Empezando por las tunas y las pitahayas, que por fuera lastiman con sus espinas y por dentro llevan el color de la mexicanidad y el sabor de nuestra patria, desde el amarillo y el anaranjado hasta ese rojo mexicano que el arquitecto Barragán presentó al mundo y que identificó a México frente al orbe, dio origen a los colores del papel de China, a los mercados, a los vestidos de las Adelitas. En cuanto a la fruta mexicana, es época de las milpas, de “los veranos”, de la sandía que plasmó en todo su esplendor Rufino Tamayo, con el verde, blanco y colorado salpicado con el negro de las semillas, esas sandías que han dado la vuelta al mundo exhibiéndose en los museos. Los melones, totalmente intrascedentes en su exterior, pero con esa ternura de color en su sabor, son tan ricos que le han dado una denominación al dinero como sinónimo de un número grueso, como son los millones; tan ricos son también los melones que han dado origen a otro sinónimo, tan atractivo y singular como esas partes tan simétricas y apetecibles que las mujeres lucen por enfrente y que dan pie al comentario a primera vista. Es época de flor de calabaza, de calabacitas tiernas y de esos pepinos de milpa que sólo quieren un chorrito de limón, una pizca de sal gruesa y unas gotas de alguna de esas maravillosas salsas de botella que se producen en la zona; los pepinos también sirven como sinónimo para decir “gol” en el argot del futbol, y si le buscas, efectivamente está bien empleado, porque se refiere al perdedor al que le meten los goles, ¿duele?

Las frutas de verano dan lugar a las aguas frescas, las de guanábana, de tamarindo, de mango y también son culpables de esos carritos callejeros muy bien arreglados que, sin mucha asepsia pero con mucha sabrosura, preparan aquellos vasos de sandía, piña, papaya, sin olvidar la blanca figura estilizada de la jícama con chile en polvo.

Más placeres

Qué gozo más intenso que llegar a la casa a mediodía y quitarte los zapatos y así, descalzo, recorrer el fresco del mosaico o de cualquier piso. Es como tener contacto con la realidad, es recibir mensajes por los pies; caminar descalzo puede hasta llegar a ser sensual. Pero quizá el

mayor placer de verano es asolearte, recibir de frente y en forma directa los rayos del sol que queman, que calientan la piel, que te hacen sacar impurezas a través del sudor; sentir de frente al rey del sistema y sentir que vives, que tu cuerpo funciona, que vibras por dentro y de pronto... encontrar una sombra, un tejado, o mejor, un árbol que, con su follaje, de momento te proteja, que deje pasar esa ilusión de recibir una ráfaga de brisa que, al tocar la blusa o camisa mojada, se convierta en frescura, en refrigerio, en descanso.

Otros placeres

La travesura de jugar a las mojadas, sentir que el agua rodea tu cuerpo, el meter el pie en un charco, el lanzarte a un chapuzón en la alberca, las guerritas con la manguera, los cubetazos, o simplemente poner tus manos bajo el chorro de agua y llevártelas como jícara a la cara y a tu cabellera... una sensación tan agradable que, si no hiciera calor, no podríamos disfrutar.

Cubrirte de mar, bajar a visitar el fondo, junto a Los Arcos o en Las Marietas, olvidarte del pasado y hasta del presente para vivir, aunque sea por un momento, como un pez, o como un escarabajo marinero, con el placer de conocer otros colores indescriptibles y otro mundo. Confundirte entre las anémonas, los caracoles o al menos ser por un momento una roca preciosa, vestida de musgo y de conchitas.

O más de todos los días, el regaderazo matutino con agua fresca, fría, que te revive y te hace gritar y a algunos hasta cantar, que te hace brincar del gusto y entusiasmo y que te lanza a la calle lleno de optimismo a enfrentarte al quehacer diario. Dejar que el jabón te corra desde la frente hasta los pies y que con sus movimientos fuertes y certeros de estropajo sientas que se te purifica el alma, como si la piel estuviera en contacto con tu yo íntimo. El baño de verano es un verdadero placer.

Los placeres del lino y de la manta, que desbanca a otras telas, esa caricia de la ropa suave que al contacto con la piel tiene el efecto maravilloso de lograr la temperatura de cero grados (0°), es decir, ni frío ni calor. Mira cómo luce ella con su vestido largo de manta, con bordado en blanco junto al corte del escote, un nudo abajo de la falda que levanta tantito el corte y da pie a mostrar un poquitín de la pierna y, para encuadrar el cabello lacio, la tez morena y el cuello largo, un collar de

piedras color agua que sirve para reflejar las miradas de admiración de los que pasan a su lado. ¡Qué delicia es el verano!

Los placeres gastronómicos

Con este calorcito, cómo se antoja un gazpacho andaluz bien sazonado y frío, un *mousse* de aguacate fresco decorado con una hojita de cilantro, una *vichysoisse* de poro y papa, ensaladas de mil formas y otras tantas variantes de aderezos, los *carpaccios* de res o de salmón, los ceviches, los *sashimis* de atún, las tostadas de pulpo amoroso y una chela espumosa y bien fría. En el patio de la casa o en la terraza con los amigos, la vecina o el invitado especial, el asador con unas costillitas o la clásica arrachera acompañada de una brocheta de frutas a las que le pasas un brochazo de salsa *teriyaki*. O el domingo de verano, un buen *pic-nic*, la canasta con los quesos, el jamón serrano, los salamis, en el suelo, sobre un mantel, bajo una enorme parota, sin estéreo, porque la música la ponen los pájaros que cantan.

Otros más

Pasear en un convertible rojo por el malecón, o pedalear una bicicleta o trasladarse en un patín del diablo. Placeres todos del verano. Jugar golf, explorar la orilla de los ríos, deslizarte en *canopy* entre los árboles de la selva o, sin tanta cosa, ponerte el traje de baño y simplemente tirarte en la arena de la playa.

Juntar un dinerito y viajar en el verano. Si te late, te hago dos sugerencias. En toda Francia, el 21 de junio se celebra la Fête de la Musique, un evento formidable en que participan orquestas sinfónicas, grupos de *rock*, *jazz*, ensambles de cámara; en las calles, en los parques, en los auditorios, en todas partes, hay música. Es un evento que vale la pena, o si prefieres Italia, del 8 de junio al 2 de julio, el Festival Internazionale di Danza Contemporanea en la Biennale di Venezia, algo inolvidable. O, por qué no, visitar El Tuito, Mascota, San Sebastián, Guadalajara, Morelia (que está preciosa), Janitzio y tantas bellezas dentro de la república mexicana.

El placer de amar

El verano se hizo para amar, amar con las manos sudadas, el pulso agitado y la sangre caliente. Amar a los amigos, a la naturaleza, a una piedra, a las causas nobles, a lo desconocido... aunque lo mejor será amar a alguien de carne y hueso, con su piel, con sus labios, con sus ojos, con su temperamento; amar a alguien con nombre y apellido, eso sí, intensamente, porque el verano se hizo para amar.

Crónica de una mañana en el súper

Me encontré a mi buen amigo en uno de estos modernos supermercados que se han instalado en Puerto Vallarta. Un abrazo, el reclamo amistoso por el mucho tiempo que no compartimos una buena comida (hace apenas dos semanas), la puesta al día de los últimos acontecimientos, por no decir vulgarmente chismes, la actualización del estatus de amigos comunes y, lógico, también el relato de los últimos achaques, así como el intercambio de las curas naturistas, temas éstos últimos que nunca se tocaban hace apenas unos cuantos años, lo cual no tiene nada que ver con la edad sino, sobretodo, sobre la reciente investigación de los poderes curativos de la manzana, el nopal, el calcio derivado de las espinacas, el ajo entero en ayunas y tantos temas medicinales que los jóvenes no han podido aprender y que los adultos mayores conocemos a la perfección, ¿por qué será?

Fue un encuentro muy agradable. Continuamos sin rumbo el recorrido dentro del supermercado; ni él sabía lo que yo quería comprar, ni yo tampoco. Despacio, empujábamos el carrito, uno al lado del otro, platicando, obstruyendo casi por completo el pasillo, estorbando a las amas de casa que sí llevan prisa y una idea concreta de a qué van.

De repente, mi amigo frena su carrito, y yo, educadamente, hago lo mismo, pensando que había encontrado alguno de los productos que procuraba: nada, frenó para hablar con mayor libertad de expresión, no sólo de palabra sino también corporal, sobre algún asunto que mucho le molestaba de este nuevo mundo político, esta generación de gobernantes y aspirantes a lo mismo, con conductas muy *sui generis* que tienen como símbolo gráfico (logo) un rastrillo de jardín, representación más que perfecta para expresar que el único interés es barrer hacia adentro, arrimar para acá, es decir, cumplir con sus objetivos propios y muy

personales... “A la madre con los ciudadanos”, dijo mi amigo, con voz firme y hasta altisonante. Por coincidencia, estábamos parados frente a una cabecera con un gran altero, una pirámide de *six-packs* de una prestigiada marca de cerveza y, al frente, estaba una señorita demostradora, con una faldita muy cortita y muy apretada, con una blusa que quizá era una talla más pequeña que lo que debía y dos centímetros más corta, por lo que la figura lucía espléndida y dejaba entrever con discreción esa parte del cuerpo tan inútil desde el punto de vista fisiológico, pero tan atractivo desde el punto de vista humano y sensorial, o sea el ombligo. Comprendí la razón que tenía mi amigo en hablar serio y fuerte. Estaba empeñado en llamar la atención de la susodicha chiquilla demostradora o promotora de la cerveza en cuestión y tal vez hasta llegar a impresionarla de esa manera, ya que, por medio de presencia física, galanura, perfección física, guapura, creo que no sería posible; los kilos extras, los anteojos de doble fondo, la papada no tratada por el cirujano plástico estético y los achaques de la rodilla izquierda lo impedían. En sí, el corazón de un hombre no tiene límites y la ambición de conquista es muy propia de los seres masculinos. Ejemplos hay muchos: Gengis Khan, Alejandro el Grande, Hernán Cortés y, más recientemente, Bush y Tony Blair.

Frente al departamento de carnes, entre el criterio de las mujeres que sí llevaban apuro para que el pobre carnicero las atendiera y darle gusto a cada una con el tema de “espero que esté blandita”, “quítale el pellejo”, “deshuésela y los huesos me los pone aparte porque son para el perro” (pensé que a lo mejor se refería al marido que estaba chambeando duro en la oficina) y aquella más jovencita que dentro del bochorno de tantos clientes para un solo carnicero, la vida mía le pedía a éste una receta para cocinar unos bisteces de pulpa bola. Mi amigo y yo ni nos inmutábamos, apenas eran las 12:30 del día, cuál apuro. Intercambiamos dos recetas frente a la carnicería; él me dijo cómo preparaba la machaca con huevo y yo le comenté sobre una carne de puerco con chile colorado y papas. ¡Ah! también dijimos qué baratos estaban los higaditos de pollo, a 5 pesos el kilo, pero que nadie los compra porque no les gustan a los chamacos de la casa y a los maridos les hacen daño por el exceso de colesterol y ácido úrico.

Sin darnos cuenta, proseguimos el camino sin comprar ni un gramo de carne y abandonamos la algarabía de las mujeres y los apuros del car-

nicero que sólo alcanzaba a limpiarse las manos en el mandil a la altura de lo que antes fue la cintura... el hombre estaba abrumado.

Dimos la vuelta en un pasillo donde dos chamacos que vienen de Morelia con sus papás a pasar vacaciones, en una correteada hicieron un tiradero y un quebradero de botellas de salsa enchilosa. Mi amigo y yo cambiamos de rumbo. El área del súper estaba más sucia que el Malecón un sábado a las seis de la mañana. Cierto, sin el olor del líquido ambarino que en el Centro se percibe, fruto del desalojo de estos líquidos en la vía pública... las bebidas para llevar, "los litros", como se les llama, tienen sus consecuencias.

Bonito cuando mi amigo y yo pasábamos por el área de salchichería, una hermosa isla en que por un lado venden quesos y por el otro carnes frías. Una señora bajita, bueno, muy chaparrita, de puntitas, se quería hacer notar para que una de esas muchachas con tapabocas y gorrito blanco la atendiera... levantaba la mano, pedía, suplicaba, exigía y el resultado era nulo. Me dice mi amigo, con esa perspicacia que le caracteriza: "Se parece al grupo de ciudadanos y ciudadanas, hombres y mujeres que se acercaron al Ayuntamiento a pedir una copia del Plan de Desarrollo Urbano, en proceso, y nadie los escuchó, mucho menos les prestaron una copia". Sí, pero la señora sólo quería un cuarto y medio de jamón y de pronto se lo estaban dando de otra cosa. Cuarto y medio; qué bonito, en lugar de decir 375 gramos la señora pidió cuarto y medio. Al fin le sirvieron, sólo que la despachadora le entregó el jamón de una marca diferente a la que la chaparrita prefería. "Pruébelo, éste es mejor y está en oferta". Después de varios intentos, argumentos y contrargumentos, la cliente, con muchos trabajos, consiguió su paquetito de jamón de la marca que ella quería.

La gente se apeñuscaba frente a la vitrina. La clientela descubrió que en una charolita de plástico había trocitos de mortadela con salsa *catsup* y salsa enchilosa (ojalá que no sea de la que quebraron los chamacos de Morelia). Un señor con *shorts* brillosos de color verde, calcetines *nylon* negros y zapatos moccasines del mismo color y camiseta blanca con un letrero que decía: "Yo pisteé en el Malecón de Puerto Vallarta", descubrió la charolita y le gritó a la esposa y a tres chamacos que la acompañaban (creo que uno no era hijo sino vecino, pero venían juntos de vacaciones y le dieron con singular alegría a la mortadela; una comida menos de qué preocuparse). Un estadounidense, muy rubio, y su esposa, muy gorda, vistiendo unos *shorts* blancos "aguados", descu-

brieron que aquí en Puerto Vallarta se puede comer “de oquis” en los supermercados y también llamaron a otra pareja, que escuchamos venían de un pueblito cerca de Denver. El de los calcetines *nylon* se quejó de los empujones y de la invasión extranjera; le escuché decir que ahí, en la salchichonería, había más tráfico, embotellamiento y desorden que en la avenida Medina Ascencio y que el gringo grandote parecía uno de esos camiones azules que corren, que “vuelan” por la avenida de ingreso, atropellando gente buena.

Mi amigo, con todo este espectáculo, ya no quiso comprar su medio cuarto de pechuga de pavo, tan buena para la salud. Continuamos el viaje en el súper: probaditas de yogur, galletas, pan con mermelada y, ya más sofisticado y más formal, llegamos al departamento de alimentos preparados. Todo un banquete: chicharrones, alitas de pollo, guacamole, costillitas BBQ... pero en las sillas y mesas no había lugar; pareciera que todos los güeros que están en Puerto Vallarta estuvieran en ese banquete. Faltaban servilletas de papel para atender el tumulto, los excesos de mostaza y *catsup*. Por eso se dice que aquí tenemos turismo súper.

Con los carritos vacíos nos dirigimos a la caja 13; caja rápida, decía un letrero. “Buenas tardes”. “¿Tardes?”, contesté, “si llegamos de mañana y casi no compramos”. “¿Cómo está?”, dijo la señorita cajera, por cierto, guapa, morena trigueña de ojos chispeantes y con la boca muy pintada de color carmín. “¿Cómo está?”, pregunta. “De la chin...”, contesta mi amigo. “¿Por qué?”, pregunta. A mi amigo le salió lo Napoleón (encontró una nueva posibilidad de conquista) y dice: “Ya ves, estas viejas tales por cuales que lo mandan a uno al mandado, todo quieren que uno haga”. “No se deje, señor, póngase fuerte, rebélese, que se sepa quien es quien”. “Seguro”, dijo mi amigo con la seguridad que le daba el apoyo de la linda cajera del súper. “Pero ya ves cómo son las mujeres, lo traen loco a uno a puras órdenes y mandados”. “No se deje señor, rebélese”, insistió con una sonrisa la muchacha. “Mire”, le dijo, “la próxima vez que lo manden al mandado a llevar el súper, póngase fuerte y contéstale: “¡Ah, no! primero voy a lavar y planchar, luego a barrer y trapear y después, hasta entonces, voy al súper, ¿me oíste, vieja?”. Tan, tan, mi amigo el conquistador se quedó con la boca abierta. Viendo su tristeza, la bella cajera continuó: “No se crea, señor, las mujeres necesitamos mucho a los hombres como usted, ¿sino quién nos da dinero?”, agregó pausadamente.

Como decía Barrios Gómez: 5mentarios.

Afuera del supermercado, en uno de los localitos anexos, hubo que hacer la parada obligada. Fue tan largo el recorrido que ya no hay tiempo para llegar a preparar la comida. La solución: un pollo rostizado, acompañado de tacos dorados, papas y chiles jalapeños. Volteeé hacia arriba y el nombre de la rosticería me recordó tanto aquella secretaria maravillosa que además de sus virtudes profesionales, lucía al frente una hermosa pechuga, no sólo prominente en tamaño, sino, sobre todo, en condición estética, por lo cual la única manera de quitar la vista al nivel del pecho era mirarle su hermosa sonrisa, que desbordaba simpatía y buen carácter.

Ésta fue una historia de la vida real, algún día continuará.

Mientras tanto, hay que prender el clásico tabaco poscomida, y así, fumando, esperar la benevolencia de los funcionarios del Ayuntamiento para que saquen de lo obscurito el proyecto de Plan de Desarrollo Urbano, a fin de que lo conozcan los ciudadanos comunes y corrientes como mi amigo, el carnicero, la cajera, el rostizador de pollo y mi ex secretaria la pechugona.

Bienvenido

Hace apenas un día que estabas guardado en el vientre de tu madre; calladito, protegido, en un envoltorio de maternidad, bien alimentado, sin contacto con el mundo, comunicado sólo con la paciencia, la serenidad y el amor de tu madre. Sé que ella hablaba contigo, te arrullaba desde afuera, cantaba cancioncitas para ti, te apapachaba, te hacía caricias, disfrutaba tu evolución desde que fuiste un óvulo fecundado hasta que conociste por primera vez la luz, el ruido, las voces, los colores. Se también que tu padre, de vez en cuando, te consentía a través de tocar el ombligo de tu madre y de acariciar su vientre que por tu culpa estaba un tanto abultado; sé también que estaba muy pendiente —no podía hacer más— de tu maravilloso encierro de nueve meses en tu hábitat milagroso que te hospedó para que crecieras y te prepararas a entrar al mundo del año 2005, en este lugar que los mayores llamamos planeta Tierra. Tan pendiente, que sé que con el sonido de los latidos de tu pequeño corazón realizó una composición musical que obsequió a todos los que desde hoy te quieren, en señal de bienvenida al mundo de todos los días.

Pues hoy cambiaste de casa y ya te diste cuenta que los perros ladran y que los automóviles inundan las calles y que una luz muy intensa te envuelve y que el cielo es azul y la vegetación es verde de tantos verdes y que hay muchos otros como tú, desde el bebé que estaba en la cuna de al lado hasta los viejos y arrugados de cabellera blanca. Hoy llegaste a otro mundo, al mundo donde convivimos los humanos con los animales y con las plantas y con las piedras. Un mundo donde hay selvas y hay desiertos, donde hay ríos y lagos y mares; donde hay lluvia y sequía, frío y calor; minas de metal en el centro de la tierra y bancos de coral en el fondo del mar. Un mundo donde amanece cada veinticuatro horas y aparece una bola de fuego que llamamos sol y que es el centro de nuestro universo, y anocchece cada día y aparece una bola de luz que

llamamos luna, que nos da energía, que mueve las aguas del mar, pero sobre todo nos recuerda que somos románticos, que nos enamoramos, que somos sensibles y tiernos.

Por eso hoy que cambiaste de espacio y dejaste la cobertura total del viente de tu querida madre, tengo ganas de decirte unas cuantas cosas:

Primero, quiero que sepas que has llegado a un mundo maravilloso, un mundo bueno, agradable, un mundo heredado por la mano de un Ser Superior que lo creó en siete días... un mundo de colores, de viento, de agua, de fuego y de tierra. A veces, los que aquí vivimos nos olvidamos y queremos torcerlo un poco y entonces la Naturaleza nos recuerda la misión y el camino, y para ello nos manda huracanes, terremotos y otras desgracias, pero es sólo para que enderezemos la mira, para que corrijamos el rumbo. El mundo es bueno y la vida es increíble, maravillosa, encantadora, divertida, entretenida, interesante. La vida es para vivirla, bien, ordenada, con sentido, con pasión, con entrega, con ideales, con ilusiones. Vale mucho la pena vivir. ¡No lo olvides jamás!

Viniste aquí con una sola misión: ser feliz, y para serlo hay que proponérselo, hay que decidirse y poner los medios para llegar a ese destino incomparable que es la felicidad; que por cierto, te lo digo, ya buscarla es encontrarla. Alcanzar la felicidad tiene sus trucos. La sencillez, la generosidad, el saber dar y recibir, la admiración de la belleza, la defensa de tus valores, el aprecio de las pequeñas cosas, la lealtad, la aceptación de uno mismo, la autoestima, la amistad verdadera, el reconocimiento de los demás, el afán insaciable de saber y de ser. También hay enemigos que es preciso evitar, no quiero hoy decirte muchos porque hay tanto bonito que platicarte, pero estate alerta... cuidado con el egoísmo, con la envidia, con la ambición desmedida de tener, con la deslealtad, con la mentira. Mejor fíjate en cómo ser mejor, cómo ayudar, cómo convivir con alegría, cómo disfrutar lo poco o mucho que tengas, cómo participar, cómo entregarte a las causas buenas y justas, cómo encontrar en todo lo que te rodea, lo bueno, lo amable, lo bonito, lo disfrutable; en cosas de todos los días, en el parque, en la escuela, en la hora de la comida, en las puestas de sol, en los amaneceres, en el trabajo terminado y bien hecho, en las caricaturas de la vida, en tus defectos y en tus habilidades, en tus errores y en tus aciertos. La vida debes verla del color que tú quieras, el que más te guste, el que te llene; total, ya quedamos que la misión principal es ser feliz, porque siendo feliz trasciendes y haces trascender.

Desde hoy aprende a amar, es el mejor camino: el amor vence barreras. Ama a tus padres, a tus hermanos, a los que están cerca y a los que están lejos, ama a los otros como tú y también a los que sean diferentes, ama a los pájaros y a los reptiles, a las piedras, a las montañas, a los feos y a los guapos; ama las ideas, las ilusiones, los sueños. Ama tus creencias, tus valores, tus principios y defiéndelos, que es una forma grande de amar. Ama la vida.

Date motivos para vivir. No pares de crearte ilusiones y sueños, son dos pretextos para caminar aprisa, sin cansancio, o también para detenerte a hacer un alto y contemplar, mirar desde arriba el panorama y gozarlo. Las ilusiones para la vida son como el agua para las plantas y los sueños para los hombres son el inicio de una realidad.

A tu llegada recibiste una fuerte impresión, una nalgada para que lloraras; no te equivoques, nadie quiso maltratarte, fue la manera de hacer que gritaras, para limpiar tus pulmones y para arrancarte tu primera expresión de júbilo por haber arribado. Es cierto, no te lo niego, en los caminos de la vida hay tropiezos, malos momentos, a veces hasta se sufre; son llamados para fortalecernos, para levantarnos con más bríos. Por cierto, las caídas en la vida son algo de todos los días, son necesarias, se aprende mucho más de los errores que de los aciertos; eso sí, al caer hay que levantarse rápido, sin esperas ni pretextos. Entonces serás más fuerte, más perseverante y quizá más sabio.

Podría hablarte de más virtudes (trucos) para ser feliz, como la humildad, la paciencia, la prudencia, la perseverancia, la transparencia, la autenticidad... pero irás poco a poco sabiendo más del camino por el que debes conducirte hasta llegar a ser hombre.

Eso sí, no puedo terminar sin decirte que aunque crezcas, aunque seas grande y mayor, jamás dejes de ser niño. Guarda tu alma de niño, cuídala sobre todas las cosas; no dejes de asombrarte diariamente del color del amanecer, no pierdas nunca tu capacidad de asombro, hay tanto que ver, que admirar y agradecer. Aunque seas grande juega con tu imaginación como hoy que eres niño. Los hombres con alma de niño son hombres felices.

Quiero que sepas que empezaste muy bien, tu sola llegada, tu presencia entre nosotros nos ha llenado de alegría, nos ha rejuvenecido, nos ha dado una razón más para vivir, para trabajar, para cuidarnos. ¡Ah, muchacho!, tan pequeño y aparentemente tan frágil y tanto bien que ya nos has hecho a muchos... al menos a los que estamos cerca de ti:

nos has unido más y has creado en nosotros muchas, muchas ilusiones y sueños. ¿Ya ves qué fácil? Ya estás haciendo lo tuyo en la vida.

Bienvenido, Ignacio V, te queremos, tienes toda una vida por delante, seguro que la vas a disfrutar y sacarle provecho. Naciste con vocación de ser feliz. Dios quiera.

P. D. Dedico este escrito a todos los bebés que nacieron ayer, antier y los días anteriores. También a los que nazcan hoy, mañana y todos los días por los siglos de los siglos.

Epílogo

El hombre que vive de noche y sueña de día

Una y otra vez he visto el sol ponerse bajo el horizonte del desierto, la luna postrarse tras la silueta del árbol de fuego y las sombras reflejarse en los gigantes de cristal. Mil veces he escuchado el murmullo de mi infancia en mi eterna soledad, muchas más he percibido el olor de la silenciosa lluvia tras mi ventana y otras tantas he sido abofeteado por el aroma del puerto que al esfumarse me arrebata mi inconsciencia; pero lo único que en mi vida permanece siempre como una constante es él.

Él y sus tardes, sus mañanas y sus noches. Sí, sobre todo las noches de lunas, portadoras de sus ilusiones y sus sueños. Noches de unicornios salvajes en los jardines, noches de estrellas que se esconden tras las nubes para espiar sus conversaciones con los míticos corceles. Nunca me he atrevido a espialarlo, son sus noches y de nadie más; pero sus días son los nuestros, los míos y los tuyos. Aquí me topo de frente con él, con el hombre, con sus historias, sus fantasías y sus realidades. El hombre que vive de noche y sueña de día, el hombre que navega el Pacífico en un barco de papel, que trepa cipreses entre colores y texturas, y cruzando las barreras del olvido en un globo de canto ya va robándonos todo y dejándonos más.

El hombre que vive de noche y sueña de día es incansable... es invencible porque nadie puede tocarlo. No existe en geografías, vive en sus propios cuentos y en sus historias. Como el otoño, siempre aparece y reaparece, inventando su forma y su color, sus modos y sus maneras; y en ese reinventar nos inventa a todos nosotros, viste al mundo de simplicidad con su ejército de letras y palabras transformando así las sombras en figuras y los mitos en realidades. En su piel arrugada yace el código de los tiempos, en su cabello el retumbar de las olas sobre la

arena, en sus manos las huellas de un viejo que partió y que siempre se quedó y en sus ojos, no sé... creo que nunca lo sabré.

Descubrí que para verlo no debo mirarlo, basta el reflejo de mi imagen distorsionada para saber quién es; y encontrarlo significa observar el espejo de todos a través de sus palabras.

El hombre que vive de noche y sueña de día es mi padre...
Bienvenido a su mundo.

Ignacio Cadena Rubio

Desde mi balcón
se terminó de imprimir en febrero de 2006
en los talleres de Ediciones de la Noche.

Guadalajara, Jalisco.
El tiraje fue de 1,000 ejemplares.

edicionesdelanoche@gmail.com